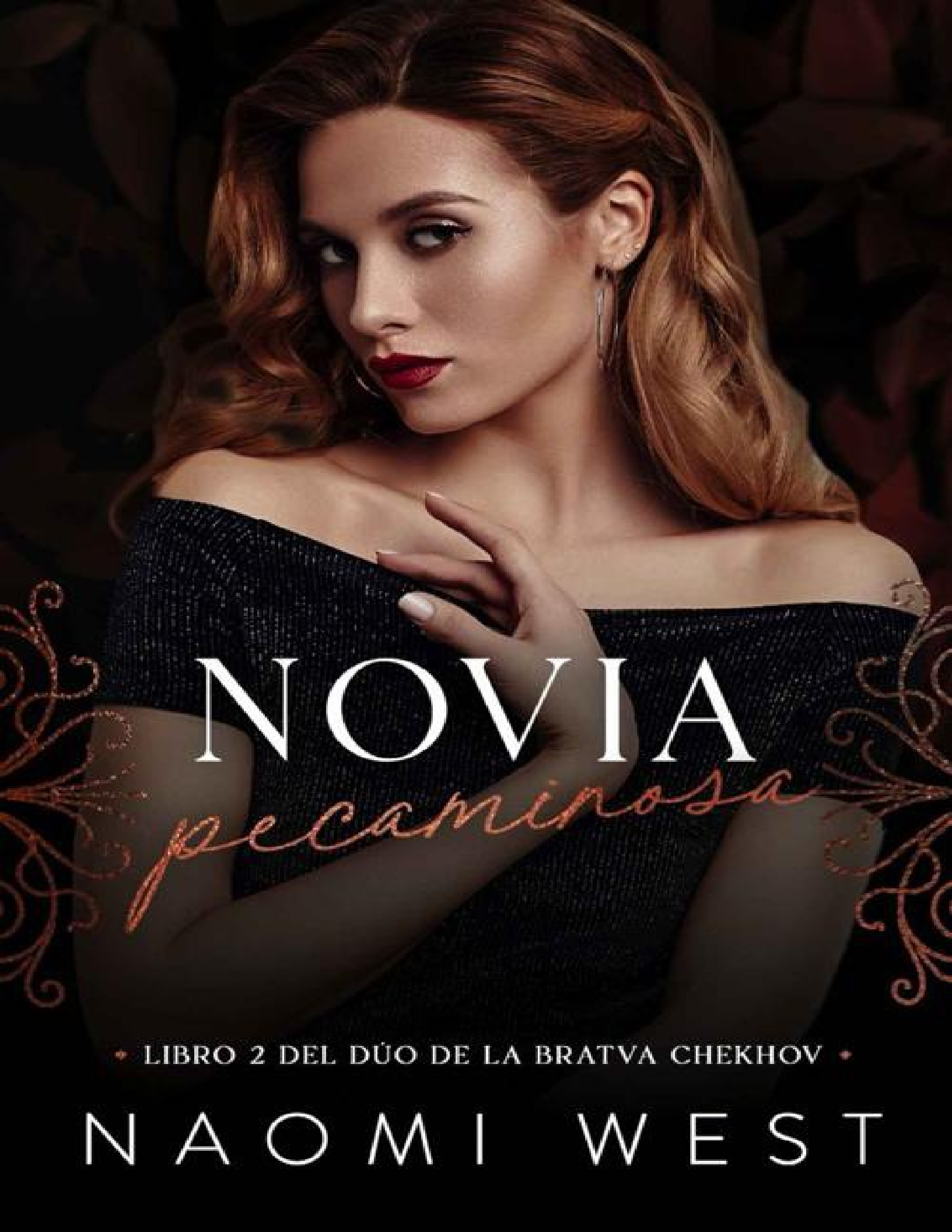

NOVIA
pecaminosa
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA CHEKHOV
NAOMI WEST

NOVIA PECAMINOSA

LA BRATVA CHEKHOV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Novia Pecaminosa

1. Daphne
2. Pasha
3. Daphne
4. Pasha
5. Pasha
6. Daphne
7. Pasha
8. Pasha
9. Daphne
10. Daphne
11. Pasha
12. Pasha
13. Daphne
14. Daphne
15. Pasha
16. Daphne
17. Pasha
18. Pasha
19. Daphne
20. Daphne
21. Daphne
22. Pasha
23. Pasha
24. Pasha
25. Daphne
26. Daphne
27. Pasha
28. Pasha
29. Daphne
30. Daphne
31. Daphne
32. Daphne
33. Pasha
34. Pasha
35. Pasha
36. Daphne
37. Daphne
38. Pasha
39. Pasha
40. Daphne

41. Daphne
42. Pasha
43. Daphne
44. Daphne
45. Pasha
46. Pasha
47. Daphne
48. Daphne
49. Daphne
50. Pasha
51. Daphne
52. Daphne
53. Pasha

Epílogo: Pasha

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

NOVIA PECAMINOSA

LIBRO 2 DEL DUETO DE LA BRATVA CHEKHOV

Este bebé VIENE.

Y Pasha no está por ningún lado.

En este punto, estoy empezando a perder la cuenta de cuántas personas están intentando arruinar mi vida.

Mis padres.

Mi ex y su amante.

Los enemigos de Pasha (y créanme, hay MUCHOS).

Pero que Pasha me abandonara en el momento más difícil al que me he enfrentado es la guinda del pastel.

Él prometió que estaría aquí... pero no está.

Hasta que, de repente, sí está.

El problema es que eso podría ser peor.

Porque el hombre que amaba se ha convertido en otra cosa.

Un monstruo.

Un extraño.

Y nuestro felices por siempre nunca se vio más lejano.

Novia Pecaminosa **es el segundo y último libro del dueto de la Bratva Chekhov. La historia de Pasha y Daphne comienza en el primer libro,** ***Resplandor Pecaminoso*****.**

DAPHNE

La próxima persona que me diga que “empuje” será directamente “empujada” por la ventana.

Mel parece notar mi irritación y cambia de táctica. Una de las muchas razones por las que es una buena hermana. —Muy bien, solo respira. Como te dijeron. Dentro… —respira hondo y me hace un gesto para que la imite—. Fuera… ¡Eso es! Sigue así. Dentro… fuera…

—¿Cómo se ve ahí abajo? —la mirada de Jameson está fija en la pared opuesta para no ver nada demasiado biológico. Pero él está haciendo su parte, sosteniendo una pierna mientras Melanie sostiene la otra.

Tengo que admitirlo… me ayuda sentirlos aquí, literalmente apoyándome, incluso por más indigno que parezca. Prefiero esto a esos estúpidos estribos que me ofreció la enfermera hace cinco minutos.

—¡No sé! —Mel entrecierra los ojos por encima de mi rodilla—. ¡Dilatado!

—Justo a tiempo —dice la enfermera a cargo.

Sé que se supone que debe ser tranquilizador y reconfortante, pero realmente desearía que estas enfermeras dejaran de decir tonterías falsamente optimistas y me sacaran a este bebé.

—¡Deberías saberlo! —espeta Jameson—. ¡Has hecho esto antes!

Melanie resopla. —¡Y tú también! ¡Y tenías una vista mucho mejor!

—¡*No* voy a mirar la vagina de tu hermana!

—¡Es básicamente lo mismo!

—Diablos que lo…

—¡Chicos! —pongo una mueca de sonrisa para no parecer tan perra—. ¡No me importa quién mire mi vagina! ¡Solo asegúrense de que no me haga caca!

—¿Sientes presión? —mi hermana coloca una mano suave sobre mi estómago—. ¡Eso es bueno! Eso es realmente bueno.

—Lo dices tú —respiro profundamente. Dentro… fuera… Dentro… fuera…

Otra inhalación. Otra contracción. Otro grito de dolor arrancado de mi pecho.

Es demasiado tarde para la epidural. Era parte de mi plan de parto, pero esta niña mandó a la mierda ese plan hace mucho tiempo.

Está saliendo demasiado rápido… y sin embargo, no lo suficiente.

Alguien grita en el pasillo. Los callaría si no estuviera tratando de pasar una sandía a través de una pajita. La conmoción se hace más fuerte y estoy a punto de decirle a la enfermera que sede a quien carajo no esté respetando el hecho de que *literalmente estoy dando a luz* cuando la puerta de la habitación se abre de golpe.

—¡Daphne! ¡Llegamos! —Sofiya deja caer su bolso en el sofá y se quita el abrigo en la percha sin apartar la mirada de mí—. Mak está justo afuera de la puerta. *Bol'shaya kuritsa* se niega a entrar aquí…

—¡Oye, Daph! —Mak asoma la cabeza por la puerta, pero igual que Jameson, mantiene sus ojos apartados de mí tanto como puede—. ¡Te quiero! ¡Lo estás haciendo genial!

—¿Pasha? —mi corazón salta dentro de mi pecho. Si ellos están aquí, entonces…

Pero, en el momento en que veo el rostro de Sofi, mi corazón se detiene.

Él no está aquí.

Abre la boca para decir algo, pero la puerta se abre de nuevo y la atraviesa Asya.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Casi choco contra una silla de ruedas —deja la variedad más gloriosa de bebidas de café que he visto en mi vida en la encimera junto al sofá—. Melanie, no sabíamos qué te gustaba, así que hicimos una suposición. Sofi, la tuya está marcada con la pajita rosa. Daphne… —su expresión se calienta cuando me ve—. Tendrás lo que quieras después de que todo esto haya terminado.

Es impresionante ver a esta mujer deslizarse por la habitación como si fuera la que está a cargo. Incluso la enfermera se hace a un lado para dejarla. Asya cuelga su abrigo, toma un sorbo de su café, se arremanga el suéter y se acerca a Jameson.

—Mi hijo está afuera, buscando apoyo moral. ¿Como parece que tú preferirías estar…? —le guiña un ojo—. Yo me encargo. Si tú quieres, Daphne.

—¡Lo que sea! ¡Está bien! —gimo entre dientes mientras otra contracción recorre mi cuerpo—. ¡Solo sáquenme este bebé!

Jameson da un suspiro de alivio y le cede su puesto. Pero, antes de irse, busca a tientas mi mano y me da un apretón. —Tú puedes. Estamos aquí para ayudarte.

Le aprieto la mano. Me alegro de que sea el esposo de mi hermana; me alegro aún más de que sea mi hermano a través de ella. —Gracias. De verdad, Jameson. Gracias.

Otro apretón. Luego se va, haciendo todo lo posible por no salir corriendo de la habitación.

Las manos de Asya se sienten cálidas en mi pierna. No sabía cuánto la necesitaba aquí hasta ahora, pero ahora las lágrimas se ahogan dentro de mi pecho. Se inclina sobre mí y me aparta el cabello de la cara. —Estamos aquí, *milaya devushka*. Lo estás haciendo de maravilla.

Me alegro de que estén aquí. Pero Pasha… Prometió que *él* estaría aquí. Su único objetivo para mantenerme tan cerca todo el tiempo era estar *aquí*. Me lo prometió cada vez. —¿Dónde está Pasha? ¿Por qué no está él aquí?

Siento las lágrimas calientes rodar por mis mejillas.

Asya mira a Sofiya, que sacude la cabeza con un suspiro. —Escucha, Daph, él…

Un grito recorre mi cuerpo al mismo tiempo que una contracción más poderosa. *Santo infierno*, no me prepararon para esto en las estúpidas clases de preparación al parto.

—Estoy segura de que a todos nos encantaría conocer la excusa del supuesto padre de este bebé —gruñe Melanie a mi lado—. Pero ahora mismo tenemos cosas más importantes en las que centrarnos.

Sofi le lanza una mirada furiosa. Pero, cuando toma mi mano entre las suyas, es gentil y tranquilizadora. —Ella tiene razón. Lo estás haciendo bien, Daphne. Solo respira conmigo. Dentro… fuera…

Asiento. Lloro. Grito. Le ruego a Dios que me arranque la mitad inferior de mi cuerpo para no tener que sentir más este dolor.

A cada lado de mí, Sofi y Mel me aprietan las manos y sostienen mis brazos. Y luego, al accionar algún interruptor invisible, el mundo a nuestro alrededor desaparece. Soy solo yo. Mis hermanas. Mi madre… mi *verdadera* madre. Cabezas inclinadas juntas, respiraciones sincronizadas entre susurros de aliento y promesas de lealtad.

Otra contracción.

Otro grito.

Otra ronda de respiraciones sincronizadas y murmullos de aliento.

Una.

Y otra.

Y otra vez.

Hasta que algo ahí abajo, en la cúspide de todo mi ser, se extiende y se abre, dando paso a la presión insoportable. Es como si se abriera una válvula de escape y de repente, demasiado de repente, todo ese peso se desliza fuera de mí a toda prisa.

Los médicos y enfermeras se abalanzan hacia mí. Mi equipo de soporte se aparta rápidamente del camino, pero ninguna de ellas me suelta las manos.

Espero lo que tanto necesito escuchar. Y luego…

Ahí.

El siguiente grito en esta habitación es mucho más pequeño, más alto. Y música para mis oídos.

Me disuelvo en un charco de sollozos y suspiros de alivio. Se acabó. Por fin se acabó.

Ella está aquí.

Ella está viva.

Ella es hermosa.

El alivio comienza a dar paso a algo que no quiero que se me acerque. Lo hace de todos modos, porque no se me permite tener felicidad por mucho tiempo.

Nuestra hija está aquí. Pero Pasha no.

Se lo perdió.



ELLA ES TAN BELLA. ¿Alguna vez los bebés salen tan perfectos? La mía lo hizo, y mi corazón rebosa de alegría al ver su carita hermosa.

—Te amo —le susurro mientras la sostengo en mis brazos. Es tan pequeña. Tan leve. Es alucinante comparar lo ligera que se siente con el peso impío que pesaba sobre mí hace apenas unos momentos—. Te amo tanto. Eres mi dulce y hermosa bebita. Toda mía.

Melanie bebe su café en la silla junto a mi cama. Me alegro de que esté cerca; los puntos que me tuvieron que poner me impiden moverme mucho. —Ella es realmente hermosa. ¿Has elegido un nombre?

—Deberíamos esperar a que llegue Pasha —Sofi es respetuosa y puedo notar que está haciendo todo lo posible por ser amable. Pero también es muy obviamente protectora con su hermano—. No sería correcto nombrarla sin él.

—Tuvo mucho tiempo para elegir un nombre. No es su culpa que él haya decidido pasar su último tiempo en silencio y lejos de nosotras.

Incluso a mí me sorprende la forma en que mi lengua pronuncia las palabras. Al parecer, el dolor abre paso a la ira.

Sofi suspira. —Pero él…

—Sofiya —Asya apoya una mano en el brazo de su hija—. Dejemos que nuestra nueva madre le ponga un nombre a su hija. Él lidiará con eso después.

—Lo entiendo, en serio —extiendo la mano para apretar la mano de Sofi. Lo último que quiero es perderla, aunque sea temporalmente, por alguna estúpida riña—. Pero no quiero que la primera experiencia de nuestra hija sea esperar a que aparezca un hombre.

Eso desinfla a Sofi. Suspira y le da a mi mano un pequeño y amistoso movimiento. —Sí. Punto hecho. Maldito seas, feminismo.

Me aclaro la garganta. Toda la habitación me presta su atención embelesada, especialmente la enfermera con un bolígrafo sobre el certificado de nacimiento. —Tatyanna Melina Chekhov.

La enfermera parpadea. —Em… ¿cómo se escribe eso?

Asya me besa la frente; Sofi chilla y hace lo mismo. Melanie ahoga un sollozo, Jameson sonríe y Mak se inclina sobre el hombro de la enfermera y le deletrea los nombres. Examina minuciosamente el certificado y luego asiente. —Todo listo —anuncia.

Por enésima vez en la última media hora, me dejo caer sobre las almohadas que me sostienen. Estoy tan cansada. Estoy tan… abrumada.

—Dios —me quejo suavemente para mis adentros—. ¿Puedo simplemente…?

—Por supuesto —Asya comienza a ahuyentar a todos de la habitación, incluido el personal médico. Mel me da otro abrazo y beso y roza con sus labios la frente de Tatyanna.

—Te amo —susurra. Mi corazón se aprieta. Será una tía maravillosa—. Estaremos a la vuelta de la esquina si necesitas algo.

Asiento. Sé que lo harán. A pesar de todo el dolor y la angustia que he pasado en la vida, aprendí que siempre puedo depender de mi gente… mi pequeña y extraña familia… para estar a mi lado pase lo que pase.

Simplemente pensé que con Pasha sería igual.

Supongo que me equivoqué.

Taty se retuerce en mis brazos. Su rostro se contrae en una amenaza de grito. La envuelvo con más fuerza en su manta y la acerco aún más a mi pecho.

—Chito, dulce bebé. Está bien. Mamá está aquí. Estoy aquí y nunca te dejaré —lucho por contener las lágrimas de tristeza y me obligo a concentrarme en la alegría. A concentrarme en *ella*—. Tú eres mi todo, pequeña Taty. Serás fuerte y feroz y maravillosamente salvaje, y siempre te amaré, pase lo que pase. Yo siempre te protegeré.

Ella vuelve a sentarse y se acurruca en mi calidez. Ojalá pudiera quedarse así para siempre, pequeña y dulcemente mimosa.

Por ahora, puedo.

Son los minutos, las horas y los años venideros los que me preocupan.

PASHA

—A menos que haya algo más… como, ay, no sé, *pruebas reales*… mi cliente y yo nos iremos.

El agente especial a cargo Aaron Smithson rechina sus molares y hace todo lo posible para no volverse tres tonos de púrpura. —Estamos a punto de encontrar la evidencia en cualquier momento…

—Ay, qué bien. Eso significa que no tienes ninguna —mi abogado, Samuel Tomei, cierra su maletín y se levanta. Estoy muy ansioso por unirme a él—. Por tu bien, esperemos que encuentres algo. De lo contrario, se viene un juicio muy feo. Para ti.

—Habla todo lo que quieras, pero está ahí. Te tengo muerto en los derechos —Smithson se mueve para bloquear la puerta y enfrentarse a mí. No sé qué es peor… su actitud o su aliento—. Será mejor que te vigiles, Chekhov. Sé que yo lo haré.

Tomei revisa su reloj. —¿Es eso una amenaza, agente Smithson?

—Agente *especial* Smithson. Y no. Es una promesa.

No hay forma de sofocar el resoplido que se me escapa de la nariz.

—¿Algo gracioso, Chekhov?

Me pongo el abrigo que Tomei me devuelve, junto con mi billetera y mi teléfono muerto. —Nunca he conocido a un hombre adulto al que haya que recordarle con tanta frecuencia que es especial.

Es la única pizca de alegría que he disfrutado en lo que parece una eternidad en esta caja.

La expresión del rostro de Smithson vale la pena.

En el momento en que dejamos la comisaría, Tomei me entrega un nuevo teléfono y un expediente. —Por ahora y para más adelante. He sacado todo lo que puedo por ahora. Pero, si yo fuera tú, no estaría demasiado preocupado. No tienen nada contigo ni hilos sueltos de los que tirar.

—¿Debería preocuparme en absoluto?

Entrecierra los ojos ante la luz del sol y luego sacude la cabeza. —No. Bueno… al menos, no sobre esto.

Veo lo que quiere decir cuando enciendo el nuevo teléfono.

Tengo ochenta y tres mensajes de texto, ciento nueve llamadas perdidas y diecisiete mensajes de voz.

Joder.

—Oye. Estoy fuera.

Mak suspira por el altavoz. —Buen puto Dios. Te tomó bastante tiempo. Oye, hay…

—¿Cómo está?

—Solo cállate y escucha. Hay un helicóptero esperándote en un helipuerto a solo cinco minutos de tu ubicación. Te estoy enviando un mensaje de texto con la dirección. Conseguimos permiso del hospital para aterrizar en el suyo. Trae tu trasero aquí, *ahora*.

—Lo haré —le ofrezco mi teléfono a Tomei para mostrarle el GPS—. Necesito llegar aquí.

Él asiente y me hace señas para que lo siga hasta su auto.

Estoy tratando de no dejar que el tono abrupto de Mak me afecte. Rara vez está así… autoritario, eficiente y serio.

Lo que significa una de dos cosas:

Realmente la cagué.

O algo anda mal con Daphne.

Pensándolo bien, ambas pueden ser ciertas al mismo tiempo.



REVISAR los mensajes de texto perdidos mientras el helicóptero despega no me hace sentir mejor. Peor, en realidad… me hace sentir mucho peor de lo que jamás pensé que podría sentir.

Daphne se puso de parto.

Puede que me lo haya perdido.

No. No pienses así. Cálmate, joder.

El viaje en sí dura cinco minutos. Básicamente un salto sobre el espacio aéreo de la ciudad. Pero esos cinco minutos parecen como si hubieran pasado cinco eones sin mí.

Me desabrocho el cinturón y salgo del helicóptero antes de que toque completamente el helipuerto. No me importa lo que me grite el piloto; lo único en lo que puedo pensar es en llegar a la habitación de Daphne.

Por favor, déjame llegar a tiempo.

Ella me necesita allí. Le prometí que siempre estaría ahí. Cada primero, cada momento, cada hito.

Por favor, Dios, déjame llegar allí…

Presiono el botón del ascensor hacia la sala de partos. Las puertas no se cierran lo suficientemente rápido… juro que el ascensor se mueve más lento solo para fastidiarme.

Así es como se siente todo este maldito asunto. Como si el universo se moviera a paso de tortuga solo para castigarme por mis pecados.

Vuelven a abrir en una sala de espera casi vacía. Paso junto a una pareja que espera para llegar al frente del escritorio y golpeo el mostrador con las manos. —Pasha Chekhov, para Daphne Covington. Habitación 117. ¿Dónde está?

La enfermera solo tarda un segundo en comprobar los expedientes. —La Srta. Covington y su familia pasan tiempo con el bebé. Los amigos serán admitidos más…

—¡No soy su maldito *amigo*! ¡Soy el padre!

El padre que se lo perdió.

El padre que se perdió todo.

El padre que se vengará de forma brutal, lenta y agonizante de las personas que hicieron que eso sucediera.

Escucho un suspiro familiar justo detrás de mí. Mak se materializa y apoya su mano en mi hombro. Es todo lo que tiene que hacer para que yo reciba el mensaje.

—Me lo perdí, ¿no? —las palabras se sienten flojas en mi lengua—. Me lo perdí.

La enfermera parece poco comprensiva. —Veo que te tiene en la lista. Solo necesito ver una identificación y luego iré a comprobarlo y me aseguraré de que esté dispuesta a las visitas.

—Maldi…

El agarre de Mak sobre mi brazo se vuelve sorprendentemente fuerte. —Dale tu identificación a la amable señora —murmura en mi oído—. Asegúrate de que sepa que no eres Conrad Ewing ni nadie más en la lista negra.

La lista negra. Por supuesto. Algo que yo personalmente insistí en establecer por su propia seguridad.

—Perdón por mi hermano —se ríe Mak a la enfermera mientras le paso la billetera. Él pone su mano en mi otro hombro—. Ha sido uno de esos días.

Ella arquea una ceja y me ofrece una pequeña sonrisa. —No puedo decir que esto no sea normal. Relájese, Sr. Chekhov. Su hija no se irá a ninguna parte.

Mak se ríe de su pequeña broma. Yo no. Estoy demasiado ocupado tratando de no ser devorado por las fauces abiertas de la decepción.

Lo voy a matar. De hecho, voy a asesinar a un agente federal y dárselo de comer a los perros que voy a adoptar solo para matarlo.

Y luego le daré esos perros a mi pequeña y le contaré todo sobre aquella vez que Papi mató a

golpes a un hombre por mantenernos separados.

Con la bendición de la enfermera, Mak me guía hasta la habitación. Estoy sorprendentemente agradecido por su presencia. Siento las piernas como plomo y no estoy en condiciones de navegar solo por este laberinto fluorescente.

—Toc, toc —llama suavemente a la habitación. Luego, finalmente, abre más la puerta para que pueda pasar.

Lo primero que veo es a Daphne, dormida en la cama. Por un segundo de infarto, realmente creo que podría estar muerta… está muy pálida y agotada. Pero entonces su pecho se mueve y me sacudo ese oscuro pensamiento. Necesito liberarme de *todos* los pensamientos oscuros.

Algo difícil de hacer cuando…

Un pequeño chillido atrae mi atención… y mi corazón… hacia el bulto en los brazos de Jameson.

Puto Jameson.

¿Quién carajo se cree que es? Ese es *mi* bebé. Se supone que *yo* debo ser el primero en sostenerla aparte de Daphne. Este cabrón también me está quitando mis primeros.

Tengo que quitarle las manos de encima a mi hija. *Ahora*.

—Así no, amigo —Jameson me mira fijamente.

Mierda. No quise decirlo así: en voz alta. Aun así… una vez más, ¿quién carajo se cree que es? —Tú no eres su padre…

—No. Soy su tío. Su tío sobreprotector, que te dará un puñetazo en la cara si no retrocedes y cuidas tu tono.

Mi voz de la razón… que en su mayor parte está amortiguada debajo de mi ira y decepción y algo que se siente como dolor… dice que tiene razón.

Las otras voces me gritan que lo ataque y me lleve a mi bebé.

Pero entonces, de la nada, en medio de mi caos y oscuridad, un pequeño rayo de luz se abre paso.

Es la luz que sale del rostro igualmente diminuto de mi hija, toda aplastada y mirándome con los ojos entrecerrados.

Ella chilla. De nuevo.

Justo así, estoy jodidamente destrozado.

—Cómo…

Quiero preguntarle cómo se llama.

Quiero saber cuánto pesa, cuánto mide, si fue un parto fácil o una luchadora.

Pero lo único que puedo hacer es tragar saliva y apretar los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas. Si digo algo más, todos en esta sala me verán hacer algo que *nunca* hago.

Desmoronarme en putos pedazos.

—Su nombre es Tatyanna —Melanie se desliza al lado de Jameson. La sonrisa no llega a sus ojos—. Tatyanna Melina Chekhov. Taty, para abreviar.

Otra vez me faltan las palabras. Están todas ahí, en mi boca, pero se niegan a salir. Me paso una mano por la cara. *Joder*, en realidad estoy temblando. Pero no quiero que mis primeros momentos con mi hija sean con puños y furia, así que me obligo a abrir los dedos y, en cambio, los presiono contra mis costados.

Por el rabillo del ojo, puedo ver a Mamá y a Sofi mirando. La tristeza está escrita en ellas y eso es lo último que necesito en este momento. La simpatía no mejorará esto. La lástima no soluciona una puta cosa.

Mamá es la primera en acercarse a mí, con los brazos extendidos hasta que me envuelve en su cálido abrazo. —Tu hija es hermosa. Estoy tan orgullosa de ti. De *ambos*.

Cualquier tensión que sentía cuando entré por la puerta se disuelve. Lo único que me queda es la dolorosa necesidad de abrazar a mi bebé y no soltarla jamás. Extiendo mis brazos para tomarla, dejando que Jameson decida si es una demanda o una súplica.

No dice nada.

Pero sí, con cuidado, la coloca en mis brazos.

Justo así, estoy perdido. Total y absolutamente desenredado desde adentro hacia afuera. Todo lo que necesito es sentirla retorcerse dentro de sus mantas para hacerme darme cuenta de que esto es todo; así es como viviré el resto de mi vida. Mis brazos nunca abandonarán esta posición y ella nunca saldrá de ellos.

—¿Podrían…? —intento aclararme la garganta para poder al menos pronunciar una sola frase—. ¿Les importaría a todos…?

Mamá asiente y alcanza a Melanie y Jameson. —Claro. Vengan, vamos a comer algo. Necesito su ayuda para elegir algo para Daphne. Estará hambrienta de algo bueno.

Melanie no parece cómoda dejándonos aquí. O tal vez es más bien que no se siente cómoda dejándome *a mí* aquí. Con su hermana y su sobrina.

Odio entender por qué.

Me siento en el sillón mullido junto a la cama de Daphne. Ni siquiera me di cuenta de lo jodidamente exhausto que estaba hasta que mi trasero golpeó el asiento. Sofi y Mak siguen a los demás fuera de la habitación. Me dan sus sonrisas tristes y prometen volver pronto con comida y bebida, luego cierran la puerta detrás de ellos.

Cuando por fin estoy solo, me rompo.

Ya estoy roto, pero esos pedazos se fracturan en fragmentos cada vez más pequeños hasta que soy incapaz de retenerlo todo.

Hasta que no puedo evitar que las lágrimas corran por mi rostro.

No es así como se supone que debería ser. No es así como nada se suponía que debía ser. Se suponía que yo debía estar *aquí*, justo aquí, *jodidamente* aquí, calmando el dolor de Daphne y ayudándola a través de su respiración mientras le dábamos la bienvenida a nuestra hija a este mundo.

Se suponía que iba a escuchar los primeros gritos. Ver los primeros respiros.

Se suponía que yo sería el primer rostro que viera cuando abriera los ojos por primera vez.

Se suponía que debía nombrarla. Respirar bendiciones sobre ella.

Lo perdí… *todo*.

No soy un hombre que derrama lágrimas por nada ni por nadie. Pero ahora que he empezado a llorar, no puedo parar. Estoy demasiado envuelto en el dolor por perder algo que nunca supe que deseaba tanto. Estoy enojado con las personas que destrozaron un momento en el tiempo que nunca podré recuperar.

Y estoy tan abrumado de alegría… de asombro… por Tatyanna. *Mi* Tatyanna. Mi Taty.

Se retuerce entre las mantas, entrecerrando los ojos, retorciéndose y arrullando mientras lo hace. No sé lo que quiere. *Joder*, ¿alguna vez sabré lo que quiere? ¿Estoy destinado a ser un padre terrible?

No. No vayas allí. Puedes hacerlo.

Taty se retuerce aún más. Estoy a punto de hacerle saber a mi hija que está atrapada allí para siempre cuando decide que es su turno de sorprenderme… liberando su bracito.

Y luego, colocando esa mano increíblemente pequeña en mi cara.

—*Malen'kiy solovey* —murmuro mientras ella sigue arrullando una y otra vez.

Mi pequeño pájaro cantor.

—Lo siento mucho —susurro antes de darle otro beso en su suave frente. Su cabello es tan suave, tan oscuro y hermoso. Ya empieza a rizarse en las puntas—. Lo siento mucho. Quería estar aquí. Más que nada. Pero me retuvieron. Literalmente, lo juro, me esposaron y yo simplemente… estoy aquí ahora y no iré a ninguna parte. Jamás. Siempre estaré aquí para ti. Siempre te voy a proteger. Siempre estaré a tu lado y de tu lado. Te lo juro, Tatyanna, siempre voy a cuidar de ti.

—¿Qué hay de Daphne?

La voz de Mak me sobresalta, incluso por muy baja que sea. Me da un momento para recomponerme antes de terminar de entrar de nuevo a la habitación. En su mano hay una bebida grande, se acerca y me la entrega.

No me pierdo la forma en que me mira. No es una mirada que alguna vez pensé que recibiría de mi propio hermano. Como si no confiara en mí, o peor aún, estuviera decepcionado de mí.

Ya somos dos.

—Daphne es mía. Tatyanna es mía —tomo la bebida e interiormente le agradezco por anticipar

mis necesidades básicas cuando las he descuidado. Maldita sea, tenía sed—. Esta es mi familia. Protejo a mi familia.

Sabiamente, retrocede unos pasos antes de hacer la siguiente pregunta. —¿Incluso de ti mismo? ¿Incluso después de todo?

Debería enfurecerme por el descaro. La implicación. Pero, honestamente, ahora mismo estoy demasiado jodidamente agotado para mantener el frente *pakhan*. Ahora mismo, solo necesito ser su hermano.

—Incluso de mí —concuerdo—. Incluso después de todo.

—Estabas bastante jodidamente enojado.

—Fui bastante jodidamente estúpido.

Suspira y, por primera vez en toda su maldita vida, no hace una broma.

Sofi irrumpe con varias bolsas de comida en una mano y una bandeja con bebidas en la otra. —No tengo idea de qué querrá Daphne, pero supongo que "todo" sería su respuesta después de esa terrible experiencia. Mierda, nunca he apreciado más los anticonceptivos.

Siento una oleada de orgullo en mi pecho. —¿Lo hizo bien?

—Jodidamente… quiero decir, increíblemente increíble —Sofi se sonroja y saluda con la mano a su bebita sobrina, luego coge una hamburguesa de una bolsa y la deja en la mesa auxiliar junto a mí—. Esta mujer es una guerrera. Ni drogas, ni estribos, ni siquiera la bañera. Simplemente aguantó con todas sus fuerzas y gritó para superar lo peor. Te diré una cosa… lo pensaría dos veces antes de hacerla enojar.

Mi Daphne. Mi reina. Ella todavía está dormida, a pesar de toda nuestra conversación, y no la culpo. —¿Creen que podrían…?

—Ya nos vamos —Sofi empuja a Mak, que hace pucheros, hacia la puerta—. Solo queríamos asegurarnos de que ustedes dos realmente coman algo. Estamos en el vestíbulo cuando nos necesites.

—¿No quieres decir "si"?

Ella sonríe. —No, quiero decir "cuando". Bienvenido a la paternidad, *bol'shoy brat*. Se necesita un pueblo.

Acerco a Taty a mi pecho y me levanto de la silla. Ella comienza a quejarse de nuevo, así que la balanceo con cuidado en un brazo y dejo que agarre mi dedo con el otro. Tal como esperaba, ella es fuerte e implacable.

Tan lentamente como puedo para no despertarla, me siento en el lado de la cama más cercano a Daphne. Es la primera vez que la veo desde que perdí la cabeza hace más de una semana. Desde…

Mierda. No puedo permitirme pensar en eso. Al menos no ahora.

Todo lo que necesito es mirar su rostro. Tocarle el cabello.

Es impresionante lo desordenado y perfectamente correcto que puede ser todo al mismo tiempo. No es así como lo imaginé y, sin embargo, es exactamente lo que soñé. Sostener a nuestra bebé en mis brazos, sentir el cálido aliento de Daphne sobre mi piel mientras duerme.

Soy un hombre decidido a conquistar el mundo.

Entonces, ¿cómo es posible que todo mi universo esté aquí, en esta pequeña habitación?

DAPHNE

No he estado dormida desde hace tiempo. Solo quiero que él piense que lo estoy. Probablemente sea la única manera en que me permitirá verlo real.

Por *una vez*.

Estaba soñando con partos, bebés y ovejas danzantes cuando sentí que alguien estaba cerca de mí. Me sacó de mis sueños hasta que pude abrir los ojos.

Pasha llorando y susurrando sobre nuestra bebé es lo último que esperaba ver.

Me dolió el corazón al verlo. Quería sentarme y atraerlo hacia mí, pero tenía demasiado miedo de perder este momento. Estaba tan, tan enojado conmigo cuando se fue. ¿No volvería a estar enojado una vez que descubriera que estaba despierta?

Cuando Mak se va, Pasha pasa de la silla a la cama y se sienta a mi lado. No sé por qué… *Ah*. Está acariciando mi cabello.

Eso es… joder. Ya no puedo fingir más.

Finjo un bostezo somnoliento y abro los ojos. —Hola.

—Hola —Pasha me sonríe. Yo… no estoy segura de qué pensar sobre eso—. ¿Cómo te sientes?

No sé por qué me río. Es un resoplido feo que hace que me arrepienta de haberme movido porque, *mierda*, me duelen los puntos. —Como si me hubiera partido por la mitad. Pero vale la pena.

Realmente valió la pena cada segundo. Ella es tan bella. Tan perfecta. Me cuesta creer que haya salido de *mí*.

Pasha no deja de acariciarme. Él es todo calidez y amor y ternura y necesito concentrarme en otra cosa antes de romper.

—¿Cuándo entraste? —pregunto.

Él deja escapar un profundo suspiro. —Ni siquiera lo sé. Yo solo… estaba tan concentrado en llegar aquí. Ni siquiera presté atención a eso.

—Estás aquí ahora.

—Sí —su sonrisa vacila—. Estoy aquí. Ahora.

El aire se siente pesado a nuestro alrededor. Está lleno de miles de cosas que elegimos ignorar, miles de cosas pequeñas y no tan pequeñas que deben abordarse en algún momento.

Como cómo estamos.

Como dónde diablos estaba en lugar de *aquí*, conmigo, como prometió que estaría.

Como por qué mi apellido no es exactamente… preciso.

Hablando de nombres… —¿Estás enojado? —alcanzo el pie de Taty y aprieto las mantas que lo envuelven—. ¿Que la haya nombrado sin ti?

—Ni siquiera un poco —Pasha lo dice sin dudarlo. De hecho, le creo—. Después de todo lo que hiciste para traerla a este mundo, tienes derecho como su madre a ponerle el nombre que te dé la gana.

Le dedico una sonrisa tensa. Tengo que tratar de no desmoronarme bajo su calidez… especialmente, cuando aún hay lágrimas de felicidad brillando en las esquinas de sus ojos.

Taty se retuerce en su bulto, se gira penosamente hasta que arruga la cara y estalla en un gemido ensordecedor. Antes de que pueda entrar en pánico, Pasha se levanta.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herida? Es algo…

—Necesita que le cambien el pañal —interviene con calma—. Yo me encargo. Descansa.

Me dejo caer sobre las almohadas y lo veo ponerse a trabajar para cambiarle el pañal. ¿Cómo sabe todo esto? ¿Cómo sabe qué hacer y cuándo hacerlo?

¿Por qué yo no?

Reacomodo las almohadas detrás de mí y lucho por levantarme. Ver a Pasha moverse es tan extraño y tan natural al mismo tiempo que mi cerebro casi se parte en dos al intentar encontrarle sentido. Es el mismo hombre de siempre… eficiente, enorme, tranquilo como un glaciar.

Pero tararea mientras trabaja. Canciones. Música saliendo de sus labios.

Las maravillas nunca cesan.

No creo que alguna vez haya dudado de que sería un padre capaz; simplemente no esperaba verlo siendo un gran papá. Es entrañable y hace todo tipo de cosas en mi interior. Y mis hormonas. Y mi corazón.

Y simplemente no puedo lidiar con todo eso ahora.

Él vuelve a armar su mameluco y la envuelve nuevamente en su manta, arrullándola en respuesta a sus propios pequeños balbuceos. Ni siquiera tiene un día y ya está intentando mantener conversaciones.

Se ve tan pequeña en sus enormes brazos cuando la carga hacia mí.

Mis manos tiemblan cuando alcanzo para tomarla. Esta será la primera vez que intento

amamantar. Este también será mi primer intento de abordar al menos uno de los problemas que se interponen entre su padre y yo.

Pasha se da vuelta para dejarnos una vez que ve que ella está sentada en mis brazos, pero le agarro la mano. —No. Por favor… quédate. Necesitamos hablar.

Hace una mueca mientras vuelve a sentarse. ¿Quizás fui demasiado lejos, demasiado pronto? Pero el hecho de que se siente en la cama en lugar de en la silla es una buena señal, ¿verdad?

Taty encaja perfectamente en el hueco de mi brazo. Ella es una calidez bienvenida, tanto para mi cuerpo como para mi alma, y no sé si alguna vez podría pedir más. Saco con cuidado mi pecho de detrás de la bata holgada y guío su boquita hacia mi pezón. La enfermera dijo que podrían ser necesarios algunos intentos para lograr que se prenda, así que me imagino que sumergirme en la conversación que ninguno de los dos quiere tener es una distracción decente.

—No te mentí. Bueno, no más que una persona promedio —ya quiero castigarme por lo patético que suena—. No digo que sea mejor. Solo… Lo que trato de decir es que nunca me esforcé por engañarte. Para mí fue como estar bajo protección de testigos. No una mentira para lastimar. Solo un engaño para proteger a gente.

Su rostro es cauteloso, cuidadosamente neutral. —¿Gente como tus padres?

—En primer lugar. Digo, eso es lo que me dije a mí misma cuando cambié mi nombre. Como no me perseguiste cuando perseguiste a Melanie, todos se dieron cuenta de que no sabías que había otra hermana. Y yo no sabía quién eras. En absoluto. Así que cambiar mi apellido y distanciarme de ellos fue… me dije, de todos modos… lo mejor que podía hacer como hija suya —hago una mueca cuando Taty presiona sus encías con especial fuerza contra mi pezón—. Pero, cuanto más lo pienso… creo que lo hice para protegerme a mí misma.

Pasha no dice nada. Solo me hace un gesto con la cabeza para que continúe.

—Básicamente crecí en un internado. Ambas lo hicimos, Melanie y yo. Por eso somos tan cercanas. Éramos la única familia que teníamos. Incluso cuando regresábamos por las vacaciones, era más como… como si fuéramos adornos para presumir ante sus amigos. Una vez que terminaba el espectáculo, volvíamos de regreso a la caja.

Inclina la cabeza hacia un lado y me estudia. —Tu padre trabajó para mí. Para mi padre también. Es difícil creer que nunca nos cruzamos.

Intento ocultar la mueca de dolor cuando Taty me encía dolorosamente el pezón. Necesito que chupe, no que mastique. —Tal vez lo hicimos. No estoy segura. Pero creo que, cuando te convertiste en CEO, yo ya estaba en la universidad. Y, honestamente, no podía esperar a salir de allí. También Melanie —lo miro—. Es por eso que ella no te odia por… ya sabes. Lo que hiciste. Le dio la excusa perfecta para huir. Ser libre —ahora es mi turno de resoplar—. Una vez, ella bromeó sobre enviarte una tarjeta de agradecimiento y una canasta de regalo por hacerle el favor. Fue la guinda del pastel cuando arruinaste a nuestros padres también.

Pasha se acerca para acariciar la mejilla regordeta de Taty. Él solo gruñe y nuevamente asiente para que continúe.

No sé qué más hay que decir… hasta que veo un destello de metal en el bolsillo de su abrigo

sobre la silla. —Tengo otro secreto. Creo que nunca te dije por qué tengo tanto miedo… *tenía* miedo… a las armas.

—La mayoría de la gente lo tiene.

—¿A mi nivel?

Las comisuras de su boca se contraen. —Vale. Quizás no tanto.

—Claro —respiro hondo y rezo para que mi leche comience a fluir. En cualquier momento. También rezo para que esta conversación realmente nos esté haciendo algún bien, en lugar de que él simplemente me siga la corriente hasta que se vaya—. Me… me apuntaron con una pistola. Cuando era una niña.

Sus dedos en el rostro de Taty se detienen.

—Fue uno de esos secuestros puramente por dinero. Paga una determinada cantidad o el niño pagará. Me bajaron de la bicicleta durante unas vacaciones de verano y me ataron a una silla. Me apuntaron con una pistola a la cabeza y lo grabaron todo para que mis padres lo vieran —cierro los ojos ante el recuerdo—. El tío que sostenía el arma disparó y mató a uno de sus cómplices solo para demostrar cuán real era la cosa.

Lágrimas frescas y calientes me pican los ojos. Hace años que no pienso en esta pesadilla. Sacudo la cabeza.

—Mi padre se negó a "negociar con terroristas". Les dijo que, por lo que a él le importaba, podían dispararme; él no les iba a dar ni un centavo —miro la cara de mi bebé para no tener que mirar la de su padre. Aun así, puedo sentir la furia saliendo de él en oleadas—. Yo tenía siete años en ese momento. Y la cantidad era solo siete millones. Un millón por cada año. Amenazaron con aumentar otro millón por cada año que me quitarían, hora tras hora, si mis padres no pagaban. No importaba. Stewart Hamish nunca se rinde.

Pasha nunca ha estado tan quieto, tan grave o tan silencioso.

—Al final, me dejaron ir —decirlo en voz alta realmente ayuda a secar mis lágrimas. Porque joder, despierta algo dentro de mí que no sabía que había estado durmiendo todo este tiempo—. ¿Puedes creerlo? Esta banda de secuestradores y ladrones y *asesinos*… se sintieron mal por mí. *Ellos* se sintieron mal por *mí*. Dijeron que nunca habían visto a un padre renunciar así a su hijo. Igual me ataron y me tiraron en la puerta de entrada, pero me dejaron ir. Y entonces Papá dijo: "¿Ves? Por eso no cedemos a las demandas. Nunca son lo suficientemente fuertes para llevarlo a cabo."

Pasha no dice una palabra. No es necesario. Puedo sentir lo furioso que está con solo escuchar esto, y lo entiendo. Sostener a Taty en mis brazos, sentirla al menos intentar tomar de mi pecho… asesinaría al hombre que intentó secuestrarla. Y pagaría cada centavo, con intereses, si alguien alguna vez lo hiciera.

—Te cuento todo esto porque quiero que sepas que solo mentí sobre mi nombre. Nada más. Realmente no soy muy cercana a mis padres. En absoluto. ¿Me pidieron que me metiera en tu cama y les revelara todos tus secretos? Sí —cuando me dirige su dura mirada, vuelvo a sacudir la cabeza—. Ni siquiera lo pensé. Rechacé. No lo habría hecho incluso si fueras un extraño para mí.

Pero para entonces, tú estabas… quiero decir, nosotros estábamos… Teníamos… —le hago un gesto a Taty.

Estábamos embarazados.

¿Qué queda por decir? Estoy cansada. No puedo pensar en nada más. Agradezco que me haya dejado hablar, y espero que al menos eso suavice algunas cosas por el bien de Taty. Ella merece una familia feliz y saludable, incluso si sus padres no están juntos como pareja.

Cuanto más permanece en silencio, más pesado se siente mi corazón. Esperaba al menos una pregunta de seguimiento. Algo. Taty ha decidido que no quiere mamar, así que meto mi pecho detrás de la bata y la acurruco cerca de mí. Me concentro en sus pequeños rasgos perfectos. Hago lo que puedo para aliviar el dolor.

—Lamento no haber estado aquí.

Dejo a un lado la decepción, los recuerdos aún muy viscerales de su ausencia, y lo descarto. —Está bien…

—No está bien. Tenía la intención de estar aquí. Te juré que estaría aquí —se pasa una mano por la cara—. Nunca quise que pasaras por eso sola.

—No estaba sola —por lo cual estaré eternamente agradecida.

—Tampoco estabas sola cuando la hicimos —él pasa su dedo por su suave mejilla. Su voz está llena de emoción, tristeza y arrepentimiento. Y culpa. Tanta maldita culpa—. La hicimos juntos y se suponía que la daríamos a luz juntos. Pero fallé. Y mentí.

Por supuesto que es humano. Por supuesto que tiene derecho a sus emociones. Yo simplemente… nunca pensé que lo vería teniéndolas. Siempre es tan duro y estoico y enojado. Incluso su risa suele tener cierto filo.

No quiero presionarlo. Pero siento que saberlo ayudaría. Un poco. —¿Dónde estabas? Si puedo preguntar.

—Siempre puedes preguntar —sus ojos se encuentran con los míos—. Siempre. No me esconderé de ti.

—Vale.

Y luego, suspira. —Me arrestaron. Y detuvieron, literalmente. Al otro lado de la ciudad, en esa mierda de comisaría.

No puedo reprimir mi grito ahogado. —¡¿Qué?! ¿Por qué?

—Está lo que dijo el agente especial, y luego está lo que dice mi instinto.

—*"¡¿Agente especial?!"*

Él asiente. —Alguien tiene información privilegiada sobre los federales. Hizo que me arrestaran bajo sospecha de tráfico de armas.

Dejo escapar un suspiro de alivio por la nariz. —Vale. Pero estás aquí, así que obviamente eso significa que no tienen nada. Pero tu instinto…

—Mi instinto me dice que fueron tus padres. Usando sus conexiones para hacer de mi vida un infierno.

—Sincronización impecable —sacudo la cabeza—. Son conspiradores, pero no *tan* buenos.

—¿Piensas que es una coincidencia?

Me muerdo la lengua. La forma en que me mira y me habla es casi como si realmente valorara mi opinión. Eso sería… algo. Algo diferente. —¿Quieres mi opinión?

Pasha de repente me frunce el ceño como si acabara de darle una bofetada. —Por supuesto. ¿Por qué no la querría?

Yo… en realidad no lo sé. Por lo general, a la gente no le importa mi opinión salvo que les haga ganar dinero. Esto es diferente. Se trata de familia. —Creo que sería inteligente asumir que nada es una coincidencia. No hasta que podamos demostrar lo contrario.

Nuevamente, me muerdo la lengua, pero solo porque siento una repentina oleada de rabia brotando dentro de mí.

Nos robaron esto.

Robaron algo precioso que nunca jamás recuperaremos.

¿Cómo pudieron?

¿Cómo se *atrevieron*?

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto. Soy todo fuego y furia. Sin miedo a lo que podría hacer. *Sé* lo que podría hacer y ya nada de eso me asusta.

No si eso vengará nuestra pérdida.

Pasha se inclina hacia adelante para colocar un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. Y luego sonríe con dientes de lobo y oscuras promesas.

—No te preocupes, *moya plamya*. Les haré pagar.

PASHA

Hago otra nota para enviarle a mi nueva asistente una vez que la contrate: ***Donación significativa a la sala de maternidad del hospital.***

Será considerable. Suficiente para llevar todo este lugar al nivel que mi familia merece. *Sala de Maternidad Tatyanna Chekhov* suena muy bien.

La paternidad realmente me está cambiando.

—Has sido padre durante dos minutos —se ríe Mak a mi lado.

—¿Recuérdame otra vez por qué estás aquí?

—Oh-oh. El Pasha normal ha vuelto. Realmente estaba empezando a disfrutar de Papi Pasha.

—Llámame así una vez más, te reto.

Mak sonríe y me saluda con su botella de agua. —Oye, venga. Todos somos familia aquí. Incluso te traje tu bebida favorita para despertarte —me entrega otra botella de agua… que definitivamente *no* es agua… y se sienta en el sillón a mi lado—. ¿Cómo están?

—Acomodándose en su nueva habitación. A Daphne todavía le duelen los puntos —intento no hacer una mueca ante la idea de que se desgarró. No es nada que jamás me repugne; el hecho de que ella tenga cicatrices de batalla por traer a mi hija al mundo en realidad me provoca una erección con solo pensarlo.

Me desanima más el hecho de que indirectamente le causé ese dolor. Mi semilla, mi bebe.

Nunca quise lastimarla y, sin embargo, aquí estoy, cumpliendo todos los requisitos.

—Sí —Mak bebe su bebida y asiente—. La niña tiene una cabeza grande. ¿Qué? —pregunta cuando le lanzo una mirada fulminante—. ¡Apenas tiene un día y es tremendamente inteligente! Francamente, le tengo un poco de miedo.

—Como debería ser.

Mi hermano pone los ojos en blanco, pero no oculta la sonrisa. —De todos modos, volvamos a los negocios. Ya sabes, la *verdadera* razón por la que estoy aquí no tiene nada que ver con el hecho de que soy un tío nuevo que se muere por ver a su sobrinita.

—Sí, sí —me muevo en mi asiento y saco el teléfono de Daphne de mi otro bolsillo—. Ella me dio el código. Espera.

—Así que ella solo… *te dio* el código. De su teléfono. No se hicieron preguntas.

—Dijo que no tiene nada que ocultar —toco el código en la pantalla de bloqueo. Efectivamente, se abre en su pantalla de inicio. Para mi sorpresa, es una selfie espontanea que nos tomó juntos —. Y ella ha sido abierta sobre todo.

—Entonces, ¿por qué estamos husmeando?

—Nunca nada es una coincidencia —digo, haciéndome eco de las dolorosamente precisas palabras de Daphne—. No hasta que demostremos lo contrario.

Mak frunce el ceño. —Ahora que lo pienso, las cosas se han sincronizado demasiado a la perfección. Pero no estarás pensando que ella tenga que ver con eso, ¿no?

—No. Yo… —abro la bandeja de entrada de mensajes e inmediatamente tengo que contenerme para no apretar el teléfono hasta que se rompa.

Ewing.

Y Brittany.

Y sus padres.

—Alguien nos está jodiendo —gruño—. A ella, a mí, y ahora a nuestro bebé. No dejaré que esto siga así.

—Mierda, yo tampoco —coincide Mak—. Daphne es familia. Taty es sangre.

Los hilos de texto son todos más o menos iguales. Daphne exige una explicación de cómo consiguieron su número. Brittany intenta engañarla haciéndole creer que ella fue quien lo reveló. La diferencia clave es que Ewing tiene la audacia de sugerir que Daphne debería aceptarlo de regreso. Los múltiples emojis de risa con los que respondió casi me hacen reír a mí también.

Es el hilo con sus padres el que encuentro más interesante.

PAPÁ: ***¿Y bien? ¿Recibiste la información?***

DAPHNE: ***No. Ya te lo dije, no lo haré. Por favor deja de preguntarme.***

PAPÁ: ***Todo el patrimonio de nuestra familia depende de esto. No tendrás nada, ¿no lo entiendes?***

DAPHNE: ***Tengo todo lo que quiero***

DAPHNE: ***SIN TI***

PAPÁ: ***Solo porque estás abriendo las piernas para el enemigo, ¿crees que eso te convierte en su esposa?***

PAPÁ: ***No eres nada para ese hombre.***

PAPÁ: ***Solo una puta a la que dejó embarazada. Un error de borrachera***

PAPÁ: ***Tomará a tu bebé y te tirará a la calle.***

PAPÁ: ***Esto es por tu propio bien.***

Mis puños se aprietan en el sillón. Stewart Hamish tiene suerte de no estar aquí ahora. Estoy a unos cinco segundos de patearle el trasero hasta convertirlo en pulpa antes de arrojarlo al concreto.

DAPHNE: ***Él es TU enemigo***

DAPHNE: ***No el mío.***

DAPHNE: ***Puede que no sea su esposa, pero soy mucho más feliz con él de lo que jamás he sido.***

Si antes pensaba que estaba orgulloso de ella, ahora ese orgullo rebosa.

Supe que vi algo en ella esa noche, la luz de las llamas bailaba a lo largo de su piel.

—¿Algo bueno? —pregunta Mak.

Asiento. —Todo está bien. Lo único que ocultó fue su nombre de nacimiento.

—Difícilmente es un crimen que valga la pena castigar.

—No es un crimen en absoluto —abro los mensajes de texto de su madre por curiosidad morbosa —. Cuanto más leo aquí, más lo entiendo.

MAMÁ: ***¡NO crie a mis hijas para que fueran tan zorras!***

DAPHNE: ***En realidad, sí lo hiciste.***

DAPHNE: ***Menos mal que decidimos ignorarte.***

Por la poca información que Mel ha compartido, parece que ambas hermanas fueron criadas para verse y actuar de cierta manera para conseguir la mejor pareja. —*Todo para hacer crecer a la familia* —ella había suspirado mientras tomaba té.

Levanto los ojos hacia Mak. —Nueva regla: de ahora en adelante, nadie bajo mi mando o dentro del alcance de mi influencia hará arreglos para que sus hijos se casen. No aceptaremos ninguna oferta y no haremos ninguna. No voy a hacer que mi hija pase por eso. Y mataré al hombre que lo intente.

—Te pintaré el objetivo en su cabeza, hermano —sonríe Mak—. Es una nueva era para la familia Chekhov. Tardó mucho tiempo, si me preguntas.

Nos sentamos juntos en el vestíbulo un rato más, bebiendo nuestro vodka escondido y observando a otras familias nuevas y futuras entrar y salir por las distintas puertas. Es raro pasar este tipo de tiempo con él. Normalmente abordamos negocios para la corporación o asuntos de la Bratva. No recuerdo la última vez que pasamos tiempo juntos como simplemente… hermanos.

—Tenía la intención de agradecerte —tomo lo último de mi bebida.

—¿Por qué?

—Por estar ahí. Por ella. Por ambas —le doy una palmada en el hombro y le doy lo más parecido a un abrazo con lo que me siento cómodo—. Y por mantenerme a raya.

Su sonrisa torcida es un abrazo en sí mismo. —Oye. Somos familia. Amo a mi familia. Y no eres tan terrible.

Me río y lo empujo a un lado. —Voy a ir a ver al resto de mi familia ahora. Ve y haz lo tuyo. Haz tu magia.

—¿Sí? —mira a la enfermera rubia detrás del escritorio, que definitivamente lo está observando.

—Sí.

Sé que la mayoría de los nuevos padres regalan puros a los hombres de sus vidas cuando nace un nuevo bebé. No pude comprar mis puros a tiempo, por lo que concederle un favor a mi hermano menor parece algo bastante cercano. Mejor incluso.

Libertad. Ese es el regalo.

Libertad para hacer lo que quiera en lo que respecta al amor. Para perseguir a quien quiera, sin condiciones. Mientras nuestra familia esté a salvo, ya no me importa.

Solo quiero que sea feliz.

~

ME QUEDO lo más silencioso posible cuando entro a la sala de recuperación. Se parece más a un hogar que a una sala de partos, con un sofá envolvente y una cama tamaño Queen, chimenea eléctrica, televisor de pantalla plana y todo.

Daphne está profundamente dormida en la cama. Junto a ella, en el moisés, está nuestra preciosa Tatyanna. Me acerco de puntillas solo para chequearlas, aunque realmente no sé qué chequear. Mientras ambas respiren y estén en paz, soy feliz.

Estoy *feliz*. Es un sentimiento nuevo. Una nueva experiencia. A veces me desconcierta y en otras me asusta, porque ¿cómo diablos he vivido tanto tiempo sin ello? ¿Puedo siquiera llamar a eso "vivir"?

Daphne murmura suavemente en sueños. No puedo oírlo claramente, pero suena muy parecido a mi nombre.

Su nombre… bueno, eso es intrascendente. Ahora, de todos modos. Una rosa con cualquier nombre huele igual de dulce. ¿Cómo pude haber permitido que un patético intento de arruinar su vida amenazara con arruinar la nuestra? ¿Por un *nombre*?

A la mierda eso.

Ella es mía ahora.

PASHA

—¡Toc-toc! —mamá llama a través de la puerta. No espera una respuesta antes de abrirla.

—¡Hola! —Daphne devuelve la llamada. Está descansada, pero todavía tiene un poco de sueño. La ayudo a sentarse mejor contra las almohadas.

En cuanto a mí, odio ese maldito sofá con cada dolor en mi espalda. Quienquiera que haya diseñado la "cama plegable" para las parejas que no están dando a luz tenía un asunto pendiente con el suyo propio. Era un dispositivo de tortura, pero no soy alguien que retroceda ante un desafío.

Nada me alejará de mi familia.

—¿Cómo está mi niña? —mamá deja su bolso y su abrigo, y se abalanza sobre Daphne y el moisés con practicada facilidad—. ¿Estás bien? ¿Descansando lo suficiente?

Me llama la atención un arrastre de pies en la puerta. Aparece Arlo, vestido con pantalones caqui y un chaleco anodino, como si no acababa de dirigir un sindicato poderoso en Rusia hace unos meses. Lleva bolsas de regalo, flores y globos, y luce exactamente como el abuelo cariñoso que un completo extraño asumiría que es.

No sé cómo me siento acerca de esto.

El hecho de no levantarme instantáneamente en armas contra él es aún más preocupante.

—Sí, gracias —Daphne sonríe—. Aunque anoche me rompí un punto y tuvieron que arreglarlo. Todavía estoy en reposo.

Mamá se gira hacia mí y me golpea ligeramente el brazo. —¡Será mejor que mantengas tus manos alejadas de ella! ¡Necesita recuperarse!

—Soy inocente —gruño. Estoy demasiado cansado para reunir mucho más que eso.

—No has sido inocente desde el día en que naciste, Pasha Chekhov —ella se endereza y sonríe —. Además, los conozco a ustedes los hombres. Son todos iguales.

—*Malyshka, milyn'y*, ¿puedes culparlo? —Arlo me guiña un ojo mientras desliza su brazo alrededor de la cintura de Mamá—. Hay algo embriagador en que una mujer tenga el hijo de un hombre. Resistir la tentación es un trabajo en sí mismo.

Los ojos de Mamá se agrandan y un tono rosado muy interesante ilumina sus mejillas. Ella lo mira y murmura algo. Cuando sus ojos se posan en los míos durante un breve segundo, juro que veo un atisbo de preocupación en ellos.

—De todos modos —objeta—, estoy muy feliz de ver que te va tan bien. A las dos. ¡Y ahora es el momento de que *Babushka* acurruque a su pequeña Taty!

Coloca a Tatyanna en sus brazos y se disuelve en arrullos y caricias.

—Tiene tus ojos —le señala a Daphne, que se sonroja. Mamá se vuelve hacia mí—. Y tiene tu espíritu. Tu fuego. Y creo que tu nariz.

—Oh, definitivamente —coincide Arlo. Mira a mi bebé por encima del hombro de Mamá y, cuando en su rostro se dibuja una amplia sonrisa, me siento aún más incómodo con lo… bueno, *cómodo* que se siente todo esto.

—No tienes que preocuparte por nada, cariño. Una vez que regreses a casa, estaremos todos los días para ayudarte a instalarte.

Daphne se resiste. —¡Ah! Oh, de verdad, eso no… eso no es necesario. No tienen que hacerlo.

Arlo interviene antes que yo. —Es una tradición, de donde venimos —explica—. Los abuelos son tu apoyo, tu base. Entendemos lo agotadora que puede ser la maternidad. Además, Asya ha criado a tres bebés —él le da una orgullosa palmadita en el hombro—. Ella es una especie de experta.

Eso hace reír a Daphne y se recuesta en las almohadas. Me estaba preparando para una pelea, o al menos una pequeña protesta. Pero mientras la veo calmarse visiblemente en su presencia, me doy cuenta de que puede estar experimentando más ansiedad por nuestra nueva vida de la que deja ver.

—Me aseguraré de que la habitación de invitados esté preparada para ti —le digo a mi madre—. Por si acaso la necesitas. Apreciamos su ayuda.

Mamá me despide con una sonrisa fácil. —Por supuesto, Pasha. Somos familia. Es lo que hacemos.

Arlo nos sonríe y le hace un gesto a Taty. —¿Puedo cargarla?

Daphne me mira pidiendo permiso.

Solo eso me tiene anonadado.

Asiento con rigidez y él la toma de manos de Mamá. No sé en qué centrarme más: en el exjefe de Bratva que ahora acuna con cautela a mi recién nacida en sus brazos, o en la vivaz madre de la recién nacida que me deja las decisiones a mí.

Progreso.

Los murmullos de Arlo en ruso atraen mi atención hacia él. Lo que capto me recuerda las oraciones que tradicionalmente los miembros de la familia pronuncian por sus hijos.

Lo que no entiendo es por qué *él* se las da. O por qué lágrimas de alegría brillan en sus ojos

mientras murmura. Cuando termina, le da un beso suave en la frente y con cuidado se la devuelve a su madre.

—Son tan bendecidos de tener a su hija cerca —vuelve al lado de Mamá con un brillo melancólico en la mirada—. Todos los niños son regalos. Pero hay algo especial en un primogénito, que le da un espacio eterno en tu corazón.

De nuevo, me mira. Casi parece… triste.

Taty comienza a molestarse en sus mantas, por lo que mi madre y Daphne dirigen su atención hacia ella. Arlo me da un asentimiento y sale de la habitación.

Y yo me quedo aquí, preguntándome por qué exactamente ha pasado ese hombre.

DAPHNE

—Se ve rara.

Reprimo mi risa. —Ayyy, Gentry. ¡Ella es tan linda! Igual que tu hermana.

Mi sobrino de seis años hace una mueca mientras mira a Taty. —¿Por qué tiene la cara así de arrugada?

—¡Gentry! —Mel se abalanza para regañar a su hijo, pero, sorprendentemente, Pasha se hace cargo.

Le guiña un ojo a mi hermana y luego se agacha junto a Gentry, que no conoce a este hombre ni cuál es su negocio. La mirada que le da a Pasha es casi más divertida que la que le dio a Taty. —Ella parece un poco aplastada, ¿no?

Gentry asiente. —Y arrugada.

—Apuesto a que yo también fui así cuando nací. Todos los bebés tienen que pasar por un lugar muy estrecho para llegar hasta aquí, por eso sus caras se ven así —Pasha presiona sus manos a ambos lados de su cara hasta que sus mejillas y labios se hinchan.

Ay, Dios mío.

Tengo que taparme la boca con la mano antes de escupir de sorpresa ante el padre de mi hija. *¡¿Quién* es *este hombre?!*

Lo juro, nunca antes había conocido a este Pasha. Se ríe cuando Gentry lo imita, y los dos comienzan a hacer sonidos extraños y a hablar entre ellos con la boca aplastada hasta que Gentry se disuelve en un ataque de risa.

Mel me mira, tan estupefacta como yo.

Jameson pone los ojos en blanco y se ríe y levanta a mi dulce sobrina, Max, para que pueda venir a ver a la bebé. Aunque solo tiene dos años, sus ojos se agrandan cuando ve el rostro de Taty y jadea. —¡Ay! ¡Qué bonita!

Indica el coro de “ayyy” en la habitación. Sostengo a Taty un poco más para que pueda ver mejor. —¿Bonita bebé?

Max asiente y extiende la mano para tocar su pequeña nariz de botón. —Bonita bebé. Qué

bonita.

Mi corazón está tan lleno. Ha sido un día de descanso y visitas intermitentes, empezando por la madre de Pasha y su… ¿amigo? ¿Si así es como lo llamamos?

Y no mucho después de que se fueron a buscar desayuno, Sofi y Mak pasaron para chequearnos y arrullar a Taty.

Ahora mi hermana y mi cuñado están aquí con sus hijos. Estar rodeada de amor y familia… ¿qué más puedo pedir? Esto es todo lo que alguna vez he soñado.

Finalmente lo tengo.

Taty comienza a quejarse, sus gemidos reveladores son la única advertencia antes de que comiencen los chillidos. Probablemente tenga sueño, ya que Pasha acaba de cambiarla y una enfermera le dio fórmula para complementar nuestras desventuras con la lactancia.

—Nos iremos —me dice Mel mientras aleja a Gentry del moisés—. Te llamaré y veré cómo estás más tarde.

—Te amo.

También amo a mi sobrina y a mi sobrino, a quienes me aseguro de darles besos antes de que se vayan. Jameson aprieta mi mano libre y le hace un gesto a Pasha con ese tipo de respeto estoico y serio que los hombres parecen amar tanto.

Ya casi han llegado a la puerta cuando se abre.

Y mi corazón se desploma.

Mis padres están aquí.

Stewart y Ophelia Hamish se resisten a Melanie como si estuvieran mirando a un fantasma. Es casi cómico, porque parecen recién llegados de unas vacaciones en la playa… Stewart con pantalones cortos tipo cargo y una polo floral, Ophelia con su característico vestido de verano y un enorme sombrero flexible, y ese estúpido bolso de fin de semana que siempre insistía en llevar consigo “por toallas y cosas así”.

Fantasma del pasado o no, nada les impide abrirse camino hacia la habitación, sin ser invitados y definitivamente no permitidos por la lista negra que establecí con Pasha.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —le sisea mi madre a mi hermana.

—¡Podría preguntarte lo mismo! —intento mover las piernas para poder salir corriendo de la cama, pero Pasha me presiona con una mano firme para mantenerme allí—. ¿Cómo se enteraron de nosotros? ¡Se supone que no deberían estar aquí!

—No deberí… Daphne, cariño, ¡somos tus padres! ¡Venimos a ver a nuestra nieta!

Literalmente estoy temblando de rabia. —Tienen que irse. Ambos.

—¡Señor! ¡Señora! ¡Les dije!

Una de las enfermeras a cargo intenta pasar entre todos para llegar hasta mis padres, que fingen

no poder oírla.

—¡No pueden estar aquí! ¡No son invitados aprobados!

Stewart resopla. —Somos los abuelos de la niña, por el amor de Dios. Tenemos todo el derecho a estar aquí.

—No, no lo tienen —Melanie se interpone entre ellos y yo—. Ahora, por favor, váyanse antes de que tengamos que llamar a seguridad.

—La seguridad ya está en camino —resopla la enfermera.

—Ya. ¿Ven? Ahora *realmente* necesitan irse.

—¡Ay, joder, por el amor de Dios! —Stewart se gira hacia Melanie, ignorando por completo el hecho de que hay niños en la habitación—. ¡Tú y esa boca tuya! ¿Por qué no solo te arrodillas y le das un uso real por una vez? No sería la primera vez, ¿no?

Mel y yo jadeamos. Jameson se vuelve furioso y da un paso adelante para poner fin a esto de una vez por todas. Abre la boca, pero antes de que pueda…

—Stewart. Es suficiente.

Todas las miradas se dirigen a Pasha. Atrás quedó el hombre juguetón y paternal que le aplastaba la cara a Gentry. En su lugar está el señor supremo Bratva, irradiando una ira impía mientras se alza muy cerca del techo y se traga a mis padres en su sombra.

—Pídele disculpas a tu hija —gruñe—. Ahora.

—¿O qué? —Stewart aspira y mantiene la cabeza en alto—. Solo tengo una hija, y estoy seguro de que no le debo ninguna disculpa.

Ophelia pone los ojos en blanco, sacude dramáticamente la cabeza y pasa junto a él. —Ay, cálmense los dos. Actúan como si fuera la Tercera Guerra Mundial. ¡Solo estamos aquí para ver a nuestra preciosa nieta!

Su voz se convierte en un chillido monótono cuanto más se acerca a Taty, pero no me importa. No quiero que sus garras se acerquen a mi hija. —Ya te lo dijimos…

—¡Aléjate de ella, joder! —Mel empuja a Ophelia hacia atrás con tanta fuerza que la mujer tropieza contra una pared—. *¡Largo!*

La puerta se abre de golpe, y al principio creo que finalmente ha llegado la seguridad para poner fin a esto. En cambio, son Mak y Sofi, seguidos por Asya, y los tres están en pie de guerra.

La seguridad probablemente habría sido más segura para el bien de mis padres.

—Ella les dijo que se fueran —le sisea Asya a Ophelia. Stewart la alcanza para alejarla, pero Mak es más rápido y tira su brazo hacia atrás.

Los gritos estallan. Puro caos. Caos por *todas partes*.

—¡Quítate de encima!

—¿Dónde está la seguridad?

—¡Mel, toma a los niños y llévalos al auto!

—¡Solo quiero a mi nieta!

—¡No son bienvenidos aquí!

—Lo juro por Dios, si le pones un dedo encima a mi hija…

—¡Tú pusiste tus manos sobre la mía!

—Maldito enfermo…

—¡Vale, vale! —finalmente llega la seguridad y llena la habitación al máximo. Hay demasiados cuerpos aquí, empujándose y gritando—. ¡Todos fuera! ¡Solo los padres y la familia aprobada pueden quedarse!

Cierro mis ojos. Intento hundirme más profundamente en las almohadas. Si tengo suerte, me tragarán y me mantendrán aislada hasta que todo esto acabe.

Eventualmente, *finalmente*, la presión se desvanece junto con la multitud. Ophelia y Stewart son escoltados hasta la puerta, con las manos en el aire para que la seguridad no los arrastre por el cuello.

Jameson suspira y niega con la cabeza. Luego mira a Pasha, aparentemente sin saber qué decir. Se conforma con un apretón de manos, un gesto de agradecimiento y sale para encontrarse con Mel y los niños en el estacionamiento.

Asya es la primera en correr a mi lado. —*Malyshka*. Cariño. ¿Estás bien? ¿Te hicieron daño?

Sacudo la cabeza. —No… físicamente…

Chasquea la lengua y me acaricia el cabello hacia atrás. —Eres fuerte. Eres hermosa. Tienes una maravillosa familia propia y una nueva familia en nosotros. Estás mucho mejor que ellos y la gente así no puede tolerarlo.

—Gracias —de alguna manera, logra hacerme sonreír.

—Ahora, Sofi y yo pasaremos un tiempo con la pequeña Taty mientras tú y Pasha descansan un poco. ¿Suena bien?

Asiento. —Sí. Aunque probablemente ya esté dormida. Ha estado muy callada durante todo este lío.

—Oye, Pash —Mak mira fijamente el moisés y luego mira a su hermano—. Tú tienes a Taty, ¿verdad?

Los puños de Pasha, que claramente no sujetan a nuestra hija, se aprietan. Esa vena en su mandíbula comienza a palpitar. Su voz, cuando sale, está a medio camino entre salvaje y temerosa. —Será mejor que alguien me diga que tienen a mi hija aquí en esta habitación.

—¿Quizás la enfermera? —sugiere Sofi. Sin esperar respuesta, sale volando de la habitación para comprobarlo.

No entres en pánico. No entres en pánico. Probablemente la enfermera la llevó a un chequeo de rutina; solo era más fácil sin el moisés.

—¿Daphne? ¿Cariño? Respira. Respira conmigo. Está bien. Está bien. Solo está…

—Ella no está con la enfermera.

Sofi está más pálida que jamás la he visto cuando regresa a la puerta. Mira a Pasha, con los ojos muy abiertos y llenos de pánico. —La enfermera nunca se la llevó. Planeaban regresar más tarde, una vez que todo estuviera en calma.

—Entonces… —Mak traga con dificultad—. ¿Dónde está?

Mis ojos escanean la habitación. El moisés está vacío. Cada rincón también lo está. No hay ningún otro lugar donde ella pueda estar.

—¿Taty? —lloro—. ¿Tatyanna? *¡¿Dónde está mi bebé?!*

PASHA

El mundo está amortiguado. Borroso.

Caos.

Makari sale corriendo de la habitación para agarrar a los guardias de seguridad, a nuestros guardias, a cualquiera.

Sofiya marca cada contacto rápido que tiene y grita en su teléfono.

Mamá está buscando en los armarios por si acaso.

Daphne está gritando. Sollozando. Apuñala frenéticamente el botón de llamada en su cama de hospital para que alguien venga a ayudarnos.

Y, en medio de todo esto, durante un horrible segundo, no puedo… no puedo moverme. No puedo respirar.

¡Piensa, Pasha! ¡Cálmate!

¡Pasha!

—¡Pasha!

La voz de Daphne atraviesa la niebla. Está arrodillada en la cama, rogándome que la mire.

Solo me hacen falta tres zancadas para cruzar la habitación, tomarla entre mis brazos y darle un beso firme en la frente.

—Quédate aquí. Te la traeré de regreso.

Otros tres pasos y agarro mi abrigo y abro la puerta de un tirón. —Mak, estás en guardia. Nadie entra ni sale. Sofi, estás conmigo.

Nadie me cuestiona. No ahora. No en este estado de ánimo.

Mi hermana y yo nos dirigimos directamente al escritorio de la enfermera y agarramos la primera figura autoritaria que encontramos. —Mi bebé ha sido secuestrada —le digo—. Necesitamos que cierres este lugar.

La enfermera farfulla. —¿Qué? ¡No! ¡No puedo hacer eso!

—¡Entonces busca a alguien que pueda, joder!

El jefe de seguridad dobla la esquina en el momento perfecto. Sin duda escuchó los gritos, así que aprovecho la conmoción para llamar toda su atención.

—Cierra el hospital —le ordeno—. Mi bebé ha sido secuestrada.

—Señor, voy a necesitar que se calme…

—¿Escuchaste una maldita palabra de lo que dije? *¡Alguien robó mi maldita bebé!*

Otros padres se arrinconan ante el trueno de mi voz, pero a mí no me importa. Si logra que alguno de ellos haga lo que yo digo, que así sea.

El guardia levanta las manos en alguna patética maniobra para apaciguarme. —Señor, por favor. Tenemos protocolos para esto…

—Sofi —bajo la voz mientras ella se acerca a mi lado—. Esquemas. ¿Qué hay encima de esta habitación?

—Depósito.

—Bien.

Saco mi arma y disparo un solo tiro al techo.

Tiene el efecto deseado. Todos gritan y empiezan a buscar refugio. El jefe de seguridad grita por radio pidiendo que se cierre todo el hospital. Las puertas se cierran de golpe y las cerraduras se establecen. *Perfecto*.

—Sofi, llama a Lev y haz que sus hombres aseguren el estacionamiento. Dom puede comprobar los ascensores. Tú… —señalo al guardia—. …me vas a mostrar las imágenes de seguridad de la habitación de mi esposa.

—No voy a… ¡¿qué diablos?! ¡Suéltame!

No tengo tiempo para esta mierda burocrática. Lo agarro por el cuello y arrastro su cobarde trasero hacia una puerta que parece pertenecer a la parte trasera de las operaciones. —¿Es aquí?

Él se calla.

Lo golpeo contra la puerta y le pongo el dedo en la cara. —Escúchame ahora mismo, hijo de puta, porque no voy a repetirlo. Si mi hija se pierde por tu negligencia, personalmente me aseguraré de que tu vida se convierta en un infierno. Traje una maldita pistola al hospital. ¿Crees que estoy jugando?

—N-no.

—Correcto. No lo estoy. Entonces, déjame preguntarte de nuevo: ¿es aquí donde se almacenan las imágenes de seguridad?

Él asiente. —S-sí. P-pero tienes q-que entender…

—No tengo que entender una mierda. Ábrelo. Ahora.

No tengo ni el tiempo ni la paciencia para descubrir cuál es su problema. Una vez que abre la cerradura, lo empujo adentro y lo hago sentarse en la silla frente a los controles para obtener la transmisión de la habitación de Daphne hace unos minutos.

—Justo ahí —señalo una de las pantallas donde se ve a Stewart y Ophelia entrando a la habitación. Incluso solo ver una grabación de ellos hace que se me apriete el puño—. Más despacio. Ahí.

Sigue mis órdenes sorprendentemente bien, ralentizando la reproducción en el momento en que el lugar estaba lleno de familiares enojados y guardias de seguridad exasperados.

—Más lento.

Puedo ver a Tatyanna en su moisés. Los cuerpos que se mueven de un lado a otro me impiden tener una visión clara de ella. Pero, cuando se separan de nuevo, su moisés está vacío.

El bolso de Ophelia, sin embargo, parece sospechosamente lleno.

—Reprodúcelo de vuelta. Cinco segundos.

La imagen en la pantalla retrocede, luego se reproduce nuevamente. Esta vez, me concentro en seguir cada movimiento de Ophelia.

La cámara nunca la capta en el acto exacto, pero es inconfundible: su bolso está fláccido y vacío antes del enjambre, luego lleno y más pesado después.

Ella mira a su alrededor y luego cierra la cremallera.

—Haz una copia de esto. Enviaré a alguien a recogerlo más tarde.

—No voy a simplemente…

Levanto una mano para silenciarlo. No solo porque estoy cansado de sus débiles protestas, sino también porque hay algo más en una pantalla adyacente. Una escena muy relevante que otra cámara captó en cinta.

Stewart Hamish… entregándole exactamente al mismo jefe de seguridad un fajo de billetes.

—Hijo de puta —agarro su nuca y golpeo su cara contra la pantalla. Grietas de telaraña se ondulan a través de la imagen de él aceptando el soborno—. ¿Qué te dijeron que hicieras? ¿Eh? ¿Para qué diablos te pagaron?

—¡Solo para frenarte! —se lamenta. El guardia no está hecho para este trabajo. Rompe a sollozar y la saliva vuela por el cristal—. ¡Solo querían que te retrasaras! ¡Cien dólares para ganar tiempo!

—*¡¿Cien putos dólares?!*

Mi puño se conecta con su estómago antes de que pueda siquiera procesar mi ira. Se dobla y es exactamente el ángulo que necesito para golpear su cabeza contra el escritorio una vez más.

—¡¿Qué clase de hijo de puta tacaño vende a un *bebé*?!

Sofi corre hacia el espacio reducido. Cuando me ve golpear su cara contra la pantalla otra vez, y

lo que está sucediendo en la pantalla misma, no le toma mucho tiempo averiguar lo que pasa.

Su rostro se oscurece y se endereza en el segundo del *pakhan* que necesito que sea ahora mismo. —Dime qué hacer.

—Enciérralo aquí. Haz que Ilya envíe a alguien a buscarlo más tarde. Necesito una copia de esta transmisión, que alguien llame a Tomei y que tú vengas conmigo.

Sofi se pone a mi lado, toma su teléfono y grita órdenes en ruso a todos los hombres involucrados.

Voy a desollarlos vivos. Voy a desollar a cada uno de los Hamish mientras miran, y voy a alimentar sus pieles a este maldito supuesto guardia…

—La encontraremos —Sofi suaviza su voz en un pasillo vacío, de repente mi hermana otra vez —. Ella estará a salvo. Ella estará bien. No van a hacer nada estúpido.

—Metieron a *mi hija* en un puto bolso —quiero golpear la pared y vomitar al mismo tiempo cuando las palabras salen de mi lengua—. Ya hicieron la última estupidez que jamás harán.

PASHA

Probablemente por primera vez en mi vida, cuando escucho sirenas y veo las luces rojas, blancas y azules parpadeando a través de las ventanas, me siento agradecido.

Los agentes de policía corren por el edificio, duplicando la búsqueda en curso encabezada por mis *vors* y sus hombres. Las puertas se abren de golpe en todos los pisos, y los equipos médicos dejan todo lo que estén haciendo que no sea peligroso para una vida para ayudar a revisar las habitaciones ocupadas.

Han pasado quince minutos de esta maldita mierda y estoy en el último nervio.

Y luego…

—Vlad acaba de llamar —Sofi me da un codazo para que gire a la derecha en lugar de a la izquierda en una intersección de pasillos—. Él los encontró.



PRÁCTICAMENTE DERRIBO LAS puertas de la cafetería de una patada.

En el momento justo, el maldito Stewart Hamish se pone de pie de un salto en el centro del comedor abarrotado y me señala con un dedo huesudo.

—¡No puedes mantener a salvo a tu propia hija! —sus chillidos solo me incitan y nadie quiere interponerse en mi camino. Cuando ve que la multitud no me detiene, retrocede contra la mesa —. ¡¿Cómo puedo confiar que mantengas a *mi* hija a salvo?! Acabas de…

Mi puño conecta con su cara. Stewart cae sobre la mesa con un gemido, la sangre goteando de su nariz. Se calla y seguirá así si sabe lo que le conviene.

La vista hace que Ophelia grite. Me doy la vuelta para verla encogida en una mesa diferente, abrazando el bolso contra su pecho.

Nunca antes había golpeado a una mujer. Juré que nunca lo haría.

Esta podría ser una excepción.

—Dame el bolso —mis dedos se flexionan, divididos entre querer quitarle la bolsa y querer estrangularla hasta dejarla inconsciente.

Por una vez, Ophelia hace lo correcto y me entrega el bolso. Tengo cuidado de no agarrarlo demasiado fuerte, pero también soy rápido para quitárselo y ponerlo fuera de su alcance.

Dejo el bolso sobre una de las mesas y con cuidado abro la cremallera. Mi corazón late en mis oídos, ensordeciendo todos los demás sonidos excepto los pequeños murmullos de mi bebé.

—Ahí estás —mi voz se quiebra. Estoy tratando de ser gentil con mi hija y una fuerza a tener en cuenta para todos los demás, pero, honestamente… me siento jodidamente aliviado de que esté viva. Viva, a salvo y aparentemente inconsciente de la aventura en la que se encuentra.

Taty bosteza mientras la saco con cautela del bolso. Cuando ella parpadea, todo el estrés, la preocupación y la ansiedad que inundan mi sistema se disuelven.

Me dejo caer en uno de los bancos solo para recuperar la sensación en mis piernas. El alivio es abrumador. La sostengo lo más cerca de mi pecho que puedo sin aplastarla, susurrándole promesas de que nunca más la perderé de vista.

Los agentes de policía pululan por la cafetería, con las armas en la mano y las miradas recorriendo el área. Cuando me ven sosteniendo a mi bebé, se dirigen directamente hacia mí, hasta que Sofi y un grupo de testigos de los alrededores señalan a Stewart y Ophelia y explican todo lo que pasó.

—Dado que su hija no abandonó las instalaciones, esto no se considera un secuestro a toda regla —explica finalmente uno de los agentes mientras sus colegas esposan a los Hamish—. Pero, si quiere presentar cargos…

—Sí —ni siquiera es una cuestión de "si". Simplemente, "cuándo". —Intento de secuestro. Soborno. Agresión. Mi abogado ya está redactando los trámites para una demanda civil. Estaremos encantados de proporcionar pruebas para un caso penal.

El policía asiente. —Muy bien. Podemos acompañarlo de vuelta a la habitación, o…

Sacudo la cabeza. —No. Gracias —parece un hombre decente; solo no quiero lidiar con nada más hoy.

Mientras levantan a los Hamish y se los llevan, algo me molesta en la mente, hasta el punto de que no puedo superarlo.

—¿Por qué?

Stewart tira de su control para poder mirarme. —¿"*Por qué*"? ¿Realmente necesitas preguntar?

Asiento. No confío en mí mismo para no gritarle en la cara.

—Ella piensa que eres un maldito héroe que vino a salvar el día —escupe—. Nosotros sabemos mejor. *Yo* sé mejor. Solo queríamos que nuestra hija y nuestra nieta estuvieran en casa con nosotros. Donde estarán a salvo. De *ti*.

~

LA SALA de maternidad está inquietantemente silenciosa cuando regresamos. El personal no me

mira, y hay un conserje solitario barriendo los escombros de “un tío que disparó al techo”.

—¿Sabes algo sobre eso? —me preguntó el oficial principal antes de irse.

Sofi y yo nos miramos. Luego, al unísono, ambos nos encogimos de hombros. —Tendrás que consultar con el jefe de seguridad.

Aunque tendrán que esperar hasta que termine con él. Por ahora, está escondido a salvo en un búnker cerrado donde puede reflexionar sobre los días que le quedan en esta tierra.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación, Mamá nos saluda con un dedo en los labios. —En voz baja —susurra—. Tuvieron que darle alguito para calmarla. Está despierta, pero…

La voz de Mamá se apaga y luego sus ojos se iluminan cuando ve a Taty acurrucada y envuelta en mis brazos.

—Ve a ella —me frota el brazo y me empuja hacia adentro.

La habitación está a oscuras, las persianas cerradas y las luces bajas. Daphne se sienta erguida en la cama, pálida y apática mientras mira las sábanas. Las huellas de lágrimas ahora están secas en su rostro, pero su cuerpo todavía tiene hipo.

—No puedo… no puedo encontrar… —sus murmullos van a la deriva. Se rodea la cintura con los brazos y se encorva—. Lo siento… no puedo encontrar…

—Oye, oye —intento calmarla colocándole una mano suave en la cabeza y sentándome en la cama a su lado—. Está bien. Mira.

Coloco a Tatyanna en su regazo, con cuidado de sostener su cabecita mientras los ojos de Daphne luchan por centrarse en el bulto que se retuerce y le balbucea.

Le lleva un tiempo darse cuenta.

—¿Taty…? Tatyanna! ¡Mi bebé! —Daphne rompe a llorar y acuna a nuestra hija contra su pecho, meciéndola hacia adelante y hacia atrás para calmarlas a ambas. Taty parece sentir la angustia de su madre, porque pasa de la calma y el silencio a una fuerza de la naturaleza chillona.

Paso de la cama a la silla junto a ellas, y me dejo caer sobre los cojines con un profundo suspiro. Nunca me di cuenta de lo jodidamente tenso que ha estado todo mi cuerpo hasta ahora. Ahora soy un charco de alivio y cansancio.

Nadie me pide que me mueva de este lugar. Nadie me necesita o al menos nadie viene a mí necesitando nada durante el resto del día. Mamá asoma la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que tengamos comida y bebida, pero, por lo demás, nos deja solos para que nos recuperemos. Mak hace guardia afuera de la puerta, pero no entra a menos que esté agarrando algo de comida. Sofi pasa una vez para informarme que todo lo pertinente se enviará por correo electrónico, pero que no puedo revisar mi bandeja de entrada durante el resto del día.

Ella no escuchará ningún argumento de mi parte. No estoy de humor para lidiar con más mierda. Solo quiero sentarme aquí y ver dormir a mis dos hermosas chicas.

Solo queríamos que nuestra hija y nuestra nieta estuvieran en casa con nosotros.

Para eso debe ser la guardería en su casa. La cuna sin terminar, los peluches y las mantas de color rosa pálido…

Han estado *planeando* esto.

Conociéndolos, no pararán. No hasta que Taty esté en sus garras, al diablo con Daphne.

El sol se ha puesto y lo ha estado haciendo por un tiempo. No sé qué hora es. Lo único que sé es que necesito dormir y no lo conseguiré a menos que pueda sentir a Daphne y Tatyanna a salvo en mis brazos. Así que me quito los zapatos y me meto en la cama junto a mi mujer, mi hermosa mujer, y le rodeo la cintura con el brazo. Mi mano descansa sobre Tatyanna, donde duerme profundamente en su moisés adjunto.

No quiero darle ningún peso a las palabras de Hamish en absoluto… son los desvaríos de un hombre al borde de perder la cabeza. Demonios, ya ha perdido casi todo lo demás.

Pero eso es lo que me preocupa: cuando un hombre no tiene nada que perder, tiene todo que ganar.

Y yo tengo todo lo que él quiere.

DAPHNE

Me despierto sudando frío.

Rezo para que estas pesadillas duren poco. Que las imágenes de mis padres metiendo a mi hija en un bolso de lona no se arremolinen en mi mente para siempre.

Pero, cuando alcanzo a Taty y encuentro un moisés vacío, la pesadilla se vuelve demasiado real.

—¿Taty? ¿Taty? —me siento erguida demasiado rápido, pero no me importan los mareos. No me van a volver a quitar a mi bebé—. ¿Tatyanna?

—Aquí.

Los latidos de mi corazón se desaceleran instantáneamente ante el sonido de la voz tranquila de Pasha. Está paseando por la habitación cerca de una lámpara con poca luz, lo que me hace sentir como una idiota por no darme cuenta de inmediato.

En el hueco de su brazo está nuestra dulce Taty, mamando somnolienta del biberón que Pasha sostiene en su boca. Es una vista entrañable. Pero también es *mi* trabajo.

—Debiste haberme despertado.

Y ahorrarme las pesadillas.

—Necesitabas dormir. Yo puedo alimentarla.

No debería impedirle que sea un padre atento. Pero necesito darle los nutrientes y el vínculo que conlleva la lactancia, así que le tiendo las manos. —Tengo que intentar.

Él me la pasa, aunque la ceja arqueada plantea la pregunta que hasta ahora se ha negado a formular: *¿Aún no funciona?*

Finjo que no lo veo ni me doy cuenta de lo que él pregunta en silencio mientras la tomo y la acuno hacia mí. Pero la respuesta es la misma: *No, no está funcionando.*

La enfermera dijo que es normal tener dificultades al principio. Solo tengo que seguir intentándolo.

Lo único que no puedo permitirme es entrar en pánico.

Me hago a un lado el camisón para dejar al descubierto un seno pesado. Siento la leche aquí, en

mi cuerpo, tensándose debajo de mi piel. Pero, cuando rodeo su boca con mi pezón y siento que se prende con éxito, también siento un dolor punzante que me recorre.

—¿Estás bien? —Pasha se sienta en la cama a mi lado, con la mirada fija en la alimentación.

Bueno, el intento de alimentación.

—Duele. Mucho. Pero tengo que seguir intentándolo, porque la enfermera dijo que es lo mejor que puedo hacer. Incluso si se trata de un conducto bloqueado o una infección, hacer que se alimente de mí eventualmente aliviará el dolor.

Él arruga su rostro. —Eso no puede ser cierto.

—Lo es. Bienvenido a la paternidad. Es extraño aquí.

Lo que también es extraño es lo normal que se siente esto. Pasha reclinado en la cama a mi lado, mirando a nuestra bebé mamar de mi seno. Sin insinuaciones, nada sensual o sexual al respecto.

Solo nosotros, siendo una familia.

O eso supongo. No es como si supiera cómo se supone que es una familia real.

Nos quedamos ahí sentados en silencio hasta que Taty se queda dormida. Tengo cuidado cuando la alejo de mi seno y Pasha la toma en sus brazos para mecerla, hacerla eructar y acostarla en el moisés. No me mira ni una sola vez durante todo el tiempo que la cuida, pero puedo notar que está sumido en sus pensamientos.

Solo cuando termina de arroparla se vuelve a sentar en la cama con un suspiro. Está de espaldas a mí. Puedo sentir la tensión saliendo de él en oleadas.

—¿Qué quieres hacer con tus padres?

Estoy legítimamente sorprendida de que me lo pregunte. Después de todo lo que le han hecho a él, a mí y ahora a nuestra hija, esperaba que él lanzara todo su huracán de furia sobre ellos.

Demonios, pensé que ya lo había hecho.

Me mira por encima del hombro. ¿Cree que dudaré porque son mis padres? Si es así, tengo tres palabras para él: *Que. Se. Jodan.*

—¿Qué crees que debería hacerse? —le pregunto.

Pasha resopla. —No quieres saber lo que pienso.

—Sí quiero.

—Son tus padres. Yo…

—No, no lo son —abrazo una almohada contra mi regazo para que mis dedos dejen de temblar. Literalmente estoy temblando de rabia al recordar lo que pasó hoy—. La familia protege a la familia. Nos cuidamos el uno al otro. Stewart y Ophelia Hamish *no* son mi familia. Son secuestradores, simple y llanamente. Intentaron llevarse a *nuestra maldita bebé*. ¿Fueron arrestados?

Pasha me da un solo asentimiento. Hay un fuego en sus ojos que intento ignorar, pero la forma en que me mira me anima a seguir hablando. A seguir siendo honesta sobre todo lo que siento.

—Comparto ADN con esas dos personas y ahí es donde termina nuestra conexión —lo miro a los ojos para que vea lo seria que soy—. ¿Qué clase de madre sería si escondiera algo así debajo de la alfombra? Quiero que se vayan. Quiero que paguen.

No recuerdo un momento en el que haya escuchado mi voz sonar tan fría. Tan calculada. Pero, si es lo que necesito ser para proteger a mi bebé, que así sea.

Aunque me asuste un poco.

—Quiero presentar un informe policial y presentar cargos. Solicitar también una orden de restricción. Para mí y para Taty, y para ti si sientes que lo necesitas.

Pasha se ríe irónicamente. —Lo necesitan más ellos por su propio bien. Pero sí, estoy de acuerdo. Con todo. Y también se hace fácilmente. Hay una docena de testigos que no necesitan ser sobornados para compartir sus testimonios sobre el secuestro. Lo harán gratis después de verme sacar un bebé de un bolso de lona.

Siento náuseas. —Todavía no puedo creer que ella haya hecho eso.

—Taty está bien —le sonríe a su bulto dormido—. Ella no recordará nada de esto.

Supongo que eso debería ser reconfortante. Odiaría pensar que los primeros recuerdos de vida de nuestra hija serían traumatizantes. ¿No pensaron en eso?

Ja. Por supuesto que no. ¿Por qué lo harían? Eso requeriría anteponer el bienestar de otra persona al suyo propio.

Nunca han demostrado capacidad para hacer eso. Jamás.

Las lágrimas me pican los ojos. No quiero que me vea desmoronarme y romperme así, pero no puedo evitarlo. Gotas gordas ruedan por mis mejillas mientras trato de decir—: Lo siento mucho.

Pasha frunce el ceño. —¿Por qué?

—Por… por… traerlos a tu vida —abrazo la almohada más cerca de mi pecho—. Por permitirles acercarse a nuestra hija.

Siento que el colchón se hunde y cruje debajo de mí. Un brazo cálido y pesado se desliza alrededor de mis hombros y me atrae hacia su pecho. No sé qué está haciendo, qué es esto… y no puedo darme el lujo de investigarlo demasiado. Mi corazón no puede soportarlo.

Pero se siente bien. Tenerlo aquí. Sentirlo abrazándome.

—Sé que no los llamaste —dice.

Parpadeo hacia él. —¿Lo sabes? Quiero decir, por supuesto que no lo hice, pero…

Pero pensé que me culparías por ello de todos modos.

Pasha niega con la cabeza. —En primer lugar, ¿cuándo tuviste tiempo? En segundo lugar, no me he alejado de tu lado por más de unos minutos desde que llegué aquí. Y tercero… —levanta mi

cara para mirarme realmente—. Te *conozco*, Daphne.

Todo lo que lo alejó durante esa horrible semana regresa. Quiero que me conozca, que crea que me conoce, porque realmente me conoce.

Debe ver el dolor en mis ojos, porque de repente se refleja en los suyos. Es fugaz, pero está ahí. Yo lo vi. Sé que lo hice.

Él baja los dedos de mi barbilla y mira hacia otro lado, pero no deja de abrazarme. —Tenías razón —toma mi mano entre las suyas y la mira distraídamente. Intento ocultar el escalofrío que me recorre… del tipo bueno… cuando su pulgar acaricia mis dedos—. En realidad, nunca me mentiste. Ni siquiera sobre tu nombre.

—Pero…

—Estás registrada legalmente como Daphne Covington. Eso no es mentira. Tampoco lo es el hecho de que tu relación con tus padres es… ¿Cómo debería decirlo…?

—Tóxica. Inexistente. Una espina clavada en mi costado.

Él sonríe. —Eso y más. Nada de esto es culpa tuya.

El alivio me inunda. Me inclino hacia él, agradecida tanto por su apoyo físico como metafórico. —Y Mel… Ella no…

—Lo sé —deja escapar un profundo suspiro—. Lo que no sé es cómo te encontraron aquí. No solo en esta ciudad, sino en esta sala.

Mi sangre se congela y se acumula en lo profundo de mi estómago cuando la implicación se establece.

—Estamos… —trago fuerte. No me gusta la idea; odio expresarla aún más—. ¿Estamos siendo seguidos?

Si yo odio esa idea, Pasha claramente la desprecia. Con una venganza. Todo su rostro se oscurece y si no tuviera tanta confianza en mi estatus ante sus ojos como madre de su hija, correría hacia la puerta.

Él es, en todos los sentidos de la palabra, *peligroso*.

—No deberíamos. Tengo gente por todas partes. Pero no se me ocurre de qué otra manera ellos están logrando esta mierda —esa vena en su mandíbula comienza a latir de nuevo—. La sincronización es demasiado perfecta. Demasiado calculada.

Miro fijamente su mano sosteniendo la mía. Por la forma en que su pulgar acaricia el dorso de mis dedos. No estoy segura de que sea consciente de que todavía lo está haciendo, igual que no estoy segura de que sea consciente de cuánto me está atrayendo justo después de empujarme.

Dios me ayude, quiero que me atraiga. No debería. Pero quiero sentirme segura por una vez en mi vida.

—Solo quiero ir a casa —es lo que sale en su lugar.

Pasha asiente. —Lo consultaré con la enfermera por la mañana. La habitación de invitados no

está lista, pero a mi madre no le importará…

—¿En tu casa? —tengo miedo de mirarlo; tengo miedo de la respuesta. Del rechazo que sé que viene.

—En *nuestra* casa —corrige—. Por supuesto. A casa. ¿Dónde más sería a casa?

Me encojo de hombros. —No lo sé. Después de todo… Mierda, no lo sé.

—Sería mucho más fácil para mí si mi esposa viviera bajo el mismo techo.

¿Es posible atragantarse con tu propia saliva? Porque creo que acabo de hacerlo.

—Disculpa. ¿Tu *qué*?

Pasha parpadea como si fuera yo quien dice locuras. —Me escuchaste. Nos vamos a casar.

DAPHNE

Creo que estoy alcanzando la capacidad máxima para lidiar con cosas abrumadoras. Acabo de dar a luz. Me convertí en madre. Secuestraron a mi hija. Y sí, regresó sana y a salvo, pero no hay forma de deshacerse de las pesadillas por *un tiempo*.

Y ahora…

¿Casarnos?

Casarnos.

Pasha quiere que nos *casemos*.

Una cosa a la vez. Realmente necesito concentrarme y digerir un hito enorme de mi vida a la vez. *Respira*.

Pasha abre la puerta del ático y me hace pasar al interior. Intento ignorar la forma en que mi corazón se aprieta cuando paso junto a él, o la forma en que sostiene el portabebés de Taty con tanta facilidad.

Como si él estuviera manejando todo esto mucho mejor que yo.

—Iré a acostarla —dice mientras cierra la puerta detrás de nosotros—. Tú ponte cómoda. Tu batido está en la cocina.

—¿Mi batido? —no sé si quiero dejar a Taty sola, pero me deshago de ese pensamiento. Ese miedo.

No está sola. Ella está con su padre. Ya sabes, ¿el hombre que la trajo de vuelta?

Tal como dijo, hay un batido fresco en la isla de la cocina. Mi sabor favorito “vayas bayas” también. Debió haber llamado con antelación y pedirle a uno de los guardias que le entregara esto mientras estábamos completando los trámites de alta en el hospital.

Debo admitir que volver a estar en un entorno familiar está empezando a calmarme.

No, no solo “familiar”. En algún momento del camino, este lugar realmente se convirtió en mi *hogar*. Esta se convirtió en mi cocina y mi sala de estar a la vuelta de la esquina. Esa es mi licuadora. Mi tostadora. Mi taburete en el mostrador.

Mi hogar.

Llevo mi batido conmigo mientras deambulo por el ático, tratando de seguir los sonidos de Pasha arrullando y balbuceando con Taty. Los encuentro en el dormitorio principal; le está cambiando el pañal en un hermoso cambiador escondido en un rincón.

—Oye —intento anunciar suavemente mi presencia en la puerta para no asustar a ninguno de los dos—. ¿Dónde están los analgésicos? Creo que debo tomar un poco.

Por favor, Dios, que sea hora de tomar un poco.

Creo que me estoy recuperando… físicamente… bastante bien. Pero caminar mientras los puntos mantienen entera mi vagina no es la experiencia más placentera.

Pasha asiente hacia la bebida que tengo en la mano. —Ya cubierto.

—¿Ah? —miro hacia abajo.

—En tu batido. Dom recogió tu receta y le pedí que la agregara a tu batido. Están triturados y licuados para que no tengas que saborearlos.

Ahí va mi corazón otra vez. Haciendo cosas estúpidas como apretarse y añorarlo.

—Ah. Gracias.

Se encoge de hombros. —Sé que no te gusta tomar pastillas, así que… —termina de ponerle a Taty un mono nuevo y la levanta en brazos.

Parece tan pequeña en sus manos. Tan pequeña y frágil, y mirarla solo me enfurece más con las personas que una vez conocí como mis padres. ¿Cómo pudieron? ¿A *ella*?

—Debería ir a desempacar —enfoco mi mirada en el batido—. ¿Qué habitación de invitados quieres que use?

—Ninguna.

Las náuseas se acumulan en mis entrañas. —Ah —me obligo a mirarlo. Solo para preguntar dónde se supone que debo ir.

Pero entonces me doy cuenta de mi pijama.

En la cama.

Su cama.

No… *nuestra* cama.

—Si me das un segundo para acostarla, te ayudaré a ponértelo —Pasha le da un beso en la frente a Taty antes de meterla en el moisés. Una vez que parece que no va a salir de sus mantas, él camina alrededor de la cama hacia mí.

—Lo puedo manejar…

—Estoy seguro de que puedes. Pero todavía te estás recuperando —toma el dobladillo de mi camisa y, lenta y cuidadosamente, la sube por mi cintura—. No hay nada malo en recibir un poco

de ayuda.

No sé cómo responder. Excepto llorar, y siento que lo he estado haciendo *mucho* estos últimos días. Así que solo levanto los brazos y lo dejo quitarme la camisa.

—Date vuelta.

Hago lo que él dice. En cuestión de segundos, me desabrocha el sostén de lactancia y lo desliza por mis brazos.

Esto… esto es más sexy de lo que debería ser. Sus dedos bailan ligeramente a lo largo de mi piel con cada movimiento, ayudándome a quitarme los pantalones deportivos y haciéndome gestos para que levante los brazos.

Lo deseo.

No se me permite tenerlo.

Quiero creer que se resiste tanto como yo. Que su respiración se entrecorta en su garganta mientras lucha contra la tentación de acariciar mis senos cada vez que sus dedos rozan los costados.

Pero pronto me pone la camisa larga de dormir y Pasha se aleja para ir a revisar algo en el baño. Me acerco al moisés para ver cómo está Taty. Está profundamente dormida. Su respiración es suave y constante.

Uno de estos días voy a superar la maravilla de cómo ella surgió de mí.

O quizá no. Quizá solo la vea dormir durante toda su adolescencia y siga maravillándome de cómo alguien tan hermosa, tan increíble y tan perfecta podría ser parte de mi mundo.

Tomo un sorbo de mi batido mientras finalmente salgo a la sala de estar. Afortunadamente, aquí hay silencio. No hay pings ni alarmas que me despierten en medio de la noche. El sofá es suave, mucho más suave y mejor que la cama de hospital hecha de lámina de roca.

Necesito una siesta.

Aquí será suficiente. Porque no me muevo ni un centímetro. Estoy demasiado cansada. Demasiado desgastada. Los analgésicos aún no han hecho efecto y yo solo… Joder. Solo me voy a acostar.

Por supuesto, es entonces cuando la puerta de entrada se abre de par en par.

—¡No nos hagas caso! —anuncia Mak mientras entra a hombros, cargando lo que parece un montón de maletas y bolsos—. Solo estoy instalando a Mamá.

—¿Qué…?

—¡Yo primero! ¡Seré la primera! —Sofi pasa junto a él y añade su abrigo a la pila—. ¡Primera en conseguir abrazos de bebé!

—¡Literalmente estoy sosteniendo todo menos el fregadero de la cocina! ¡Eso no es justo y lo sabes!

—¡No seas tan bebé! ¡Tu sobrina no llora ni la mitad!

Mak mira furioso a su hermana. Luego, me ve en el sofá y me muestra su característica sonrisa torcida. —Oye, hermana. ¿Cómo te va?

Resoplo una risa cansada. —No tan mal como pensé. Estos puntos mantienen todo unido, gracias a Dios.

Le lleva un minuto darse cuenta de a qué me refiero y, cuando lo hace, la expresión de su rostro vale la pena. Decide que arrastrar todo a la habitación de invitados es mejor que visualizar mis partes femeninas "colgadas" y me deja reírme sola en el sofá.

La puerta se abre de nuevo. Asya es mucho menos bulliciosa que sus hijos cuando entra, pero no sé si es a propósito o porque está demasiado ocupada lanzando besos a quienquiera que esté hablando por teléfono con ella. No hablo su idioma, pero estoy bastante segura de que les acaba de decir que los ama y que los verá más tarde.

—Daphne, *malyshka* —deja su bolso junto a la creciente pila de zapatos en la puerta—. ¡Lamento mucho despertarte! Hablaré con mi *shumnyye deti* —añade mirando fijamente hacia el dormitorio principal donde fueron Sof y Mak.

—No me despertaste. Estaba a punto de acostarme, eso es todo —le sonrío mientras se sienta a mi lado y toma mi mano entre las suyas.

—Como deberías. El descanso es muy importante en este momento para que puedas recuperarte —Asya se inclina hacia adelante y medio susurra—: Si Tatyanna se parece en algo a su padre, apuesto a que esa cabezona hizo un desastre allí abajo.

Ay, Dios mío. Intento con todas mis fuerzas no resoplar en la cara de la madre de Pasha. —¿En serio? ¿Pasha?

—*Bozhe moy*, pensé que había dado a luz a un literal genio, ¡con lo grande que era su cabeza! Diecisiete puntos y solo vodka como analgésico. Eso y mucho sueño —aprieta mi mano—. Por eso estoy aquí. Tú descansa mientras yo me instalo.

Es mi turno de sentir un poco de calor en la cara. —Sé que lo mencionaste en el hospital, pero todavía… supongo que no lo entiendo. ¿Por qué…?

¿Cómo puedo preguntarle por qué hace todo esto sin sonar grosera?

—¿Por qué estoy aquí para ser tu ama de llaves, niñera y chef temporal? —Asya me mete un mechón de cabello detrás de la oreja—. Así hacemos las cosas, *malyshka*. Apoyamos a nuestra familia. No tienes familia que te apoye, así que aquí estamos.

—Entiendo esa parte. Yo solo… —suspiro—. Supongo que no esperaba tanta ayuda. Definitivamente, no de mis padres.

Joder. Mi voz se acaba de quebrar por emociones que no tengo energía para sentir.

—Lo sé. Y… —ella duda. Ambas levantamos la vista y vemos a Pasha acercándose a nosotras, seguido por su hermana, que está llena de orgullo por su sobrina bebé dormida en sus brazos. La sonrisa de Asya se tensa en las esquinas mientras los mira—. Sé lo que es no recibir ayuda. Es

doloroso. Es solitario.

—¿Tus padres no estaban?

Ella suspira. —Kostya, mi esposo, me llevó muy, muy lejos de todos y de todo lo que conocí y amé. Mis padres estaban en Rusia y los suyos estaban demasiado ocupados viajando para dedicar tiempo a mí. Kostya… no quería tener nada que ver con bebés. "Trabajo de mujeres", lo llamó.

—Eso es tan extraño. Digo, considerando lo increíblemente útil que ha sido Pasha.

Su propia sonrisa es tensa, más para mostrarle a su madre que lo que realmente siente. Entró justo cuando Asya mencionó a su padre y eso lo puso tenso. No sé mucho, o realmente nada, sobre ese hombre, pero me atrevería a suponer que no fue un gran tío.

Asya se burla amargamente. —Como dije, Kostya no quería tener nada que ver conmigo ni con mis bebés cuando cada uno de ellos nació. Juró de arriba abajo que Pasha ni siquiera era suyo. Pasaron varios años antes de que dejara pasar esa diatriba.

Hay tristeza en los ojos de Asya mientras habla de su pasado. No conozco todos los detalles, y algo me dice que realmente no quiero saberlos y que no debería entrometerme.

—Estoy muy agradecida de que estés aquí, de verdad —digo en su lugar—. Simplemente no quiero ser una carga. Tienes tu propia vida y no quiero quitarte eso.

—Nunca eres una carga, *malyshka*. Necesitas recuperarte, y estamos aquí para darte el tiempo para hacerlo.

No sé si es por la falta de sueño, por las hormonas o simplemente por lo emocional, pero todo esto se está volviendo abrumador para mí. Su amabilidad es más de la que he recibido de mi familia, salvo quizás por Melanie. Pero ni siquiera ella podría dejarlo todo para atender todas mis necesidades… ¿y por qué lo haría?

No se trata de Melanie. Eres tú sin saber lo que es tener una madre de verdad.

No sabes lo que es ser amada por una verdadera madre.

—¿Te importaría? Si yo… —hago un gesto hacia el dormitorio, incapaz y sin ganas de forzar más palabras a través del nudo que se aloja en mi garganta.

—¿Quieres un baño? —me pregunta Pasha, con su mano en la parte baja de mi espalda mientras me ayuda a levantarme y entrar al dormitorio—. Te prepararé uno.

—Lo puedo manejar.

—Ven —me empuja al baño y luego cierra la puerta—. Te mereces un baño caliente antes de una larga siesta.

—No, estoy totalmente de acuerdo —bostezo—. Solo digo que puedo hacerlo sola.

—Lo sé —me ignora por completo y abre el grifo del baño. También es una bañera de hidromasaje. *Dios, necesito eso.*

Pero de repente lo recuerdo… ahora soy madre. Tengo un bebé que cuidar. Tengo un bebé al que necesito proteger. —¡No puedo! No puedo, tengo… necesito… ¡Taty me necesita! —giro sobre

mis talones y corro hacia la puerta.

Pasha me bloquea en el último segundo. —Taty está bien. Está con su tía y su tío y su abuela. También hay tres hombres en la puerta principal y media docena más abajo. Ella está a salvo, Daphne. Ella está bien.

Supongo que tiene razón. Yo solo… —No quiero que se sienta abandonada. O descuidada.

—No puedes cuidar de ella si no te cuidas a ti misma, Daphne. Ahora basta de discutir. Vamos a quitarte esto de encima.

Empieza a levantar el dobladillo de mi camisa, pero agarro su muñeca para detenerlo.

—Puedo hacerlo. Puedes irte.

—Daphne —su voz está mucho más cerca de mi oído ahora. Su aliento cálido se extiende por mi cuello. Me quita los dedos de la camisa de dormir y sostiene mis manos entre las suyas, medio sosteniéndome por detrás—. No necesitas esconderte de mí.

—Pero estoy… —*fea. Gorda. Flácida. Cubierta de estrías.*

—Estás loca si crees que ya no me atraes. Que solo verte me va a asustar —me levanta la camisa y presiona su mano sobre mi estómago—. Tú diste a luz a mi hija. *Nuestra* hija. Eso es increíble.

¿Por qué este hombre me hace llorar tanto? Parpadeo para contener las lágrimas lo mejor que puedo y rezo para que no las vea.

La forma en que me toca, tan suave y cuidadosamente con mi camisa de dormir y luego mis bragas… No puedo comparar esta ternura con el mismo hombre que se marcha furioso. Que literalmente mata gente para ganarse la vida. Son dos entidades completamente separadas y desearía muchísimo que el Pasha que me ayudó a entrar en la bañera se quedara para siempre.

Aunque sé que no lo hará.

Sé que todo esto es para aparentar. Por el bien de su hija, no por el mío.

Así que me hundo en el agua tibia de la misma manera que desearía hundirme y esconderme de él. De la forma que me mira, todo calor y deseo mezclados con lástima.

No es que él me ame.

Ya no.

Me acurruco en la bañera, abrazando mis rodillas contra mi pecho. —No… no me siento cómoda estando lejos de Taty por tanto tiempo.

Es cierto. Junto con el hecho de que están mirando mi cuerpo flácido y desnudo, mi ansiedad está por las nubes.

Pasha saca su teléfono, toca algunos botones y me lo entrega.

Es una transmisión de cámara. Directamente al dormitorio principal y centrado completamente en su moisés.

—Desliza a la izquierda.

Lo hago y de repente veo que hay otra cámara en una habitación diferente. Me doy cuenta de que es su guardería, con la cuna, la mecedora y los juguetes con los que es demasiado pequeña para jugar.

Otro deslizamiento, otra habitación. En este, Makari hace rebotar a Taty en sus brazos y le da besos en las mejillas.

—También hay audio —explica Pasha. Recoge su teléfono y lo guarda en su bolsillo—. ¿Te sentirías mejor si coloco un monitor aquí?

—¿Lo harías? —no sé cómo voy a ducharme con los ojos pegados a una pantalla, pero algo se me ocurrirá—. ¿Los hacen impermeables?

—Los hacen como yo quiero. Es mi tecnología, mi empresa —se acerca más y acaricia mi mejilla con un dedo—. Y tú eres mi familia, *plamya*. Dime la palabra y te daré todo lo que necesites para sentirte segura.

Tú. *Eso es lo que necesito.*

Pero no le digo eso. No me siento con el derecho.

—¿Tienes algo que me haga sentir bonita otra vez? —bromeo amargamente, con los ojos en blanco. Lo que sea que tenga que hacer para desviarme. Ignorar el dolor en mi corazón.

Pero Pasha no ayuda en absoluto con eso. En lugar de dejarse llevar por mi humor autocrítico, toma la esponja de mar, la sumerge en el agua, la escurre y comienza a frotarla sobre mi espalda.

—Eres hermosa tal como eres —su voz es cálida, pero firme. Como si fuera una orden que necesito escuchar sin discutir—. Tu cuerpo es hermoso. Nada cambia eso. Nada lo hará jamás.

No respondo. Simplemente me siento allí y dejo que me lave.

PASHA

La mandíbula de Sofi está en su regazo mientras termino de explicarle cómo le conté a Daphne sobre nuestra boda.

—Bueno, que me condenen, Sr. Darcy. Tu sentido del romance es abrumador.

Le frunzo el ceño. —No estaba pidiendo tu opinión. ¿No tienes nada constructivo que aportar? Como, ay, no lo sé… ¿dirigir la Bratva?

Ella me lanza una sonrisa con dientes. —Estoy manteniendo a tu hija tranquila y feliz para que *tú* puedas hacer algo constructivo. Como tomar una siesta.

En el fondo, agradezco la ayuda.

En la superficie, estoy irritado con el mundo en general.

Makari cruza la puerta de mi oficina en casa y le sonríe a Taty. —¿Está durmiendo? —susurra.

Sofi asiente. —Apenas. Sus ojos siguen parpadeando, pero se están volviendo más lentos, así que…

—Así que es mi turno —aparta a mi hija de Sofi y la acuna contra su pecho—. Hola, bebita. El tío Mak te tiene. Sí, él lo hace. Está bien… puedes babear sobre mi camiseta, no me importa.

Sofi le pone los ojos en blanco, pero puedo ver la sonrisa en su boca. Una vez más, siento en el fondo toda la calidez de orgullo y felicidad por mi familia. Solo no aparece en mi cara, ni en mi voz. Eso requiere más energía de la que tengo en este momento.

—Entonces, volviendo al tema de las nupcias… —se desliza hasta el borde del sofá de dos plazas—. ¿Cuándo es el gran día? ¿Ya se han hecho planes?

Suspiro. —Acabo de cerrar el bautizo de Taty en el *tserkov* para el mes que viene. Les enviaré a ti y a Mak los detalles —abro el calendario de mi escritorio y dejo escapar otro profundo suspiro, mientras empiezo a contar hacia atrás, desde el día de Taty—. Quiero al menos una semana antes del bautizo para que Daphne y yo podamos adaptarnos, así que eso deja… menos de cuatro semanas para casarnos.

Mak silba por lo bajo. —Maldición.

Las cejas de Sofi se levantan, pero, por una vez, no tiene nada sarcástico para decir al respecto.

Gracias a Dios. —Suena como un plan. ¿Asumo que harás una situación de palacio de justicia? ¿Entrar, firmar los papeles y largarse?

Hago lo mejor que puedo para ocultar mi propia sorpresa por lo desagradable que suena. Ni siquiera hace un año, no tenía ninguna aspiración de casarme, y mucho menos de tener hijos. Pero, ¿ahora…?

—Joder, no. Merece más que eso. Si voy a unirme a ella como su esposo para siempre, lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que tenga la boda de sus sueños.

Mi hermana se burla. —Sabes que se necesita como un *año* entero para hacer esos arreglos. Por no hablar de las pruebas, degustaciones, fiestas…

—Haz que suceda —me encojo de hombros y arrojo mi bolígrafo de nuevo al vaso—. Es sorprendente cuánto se puede hacer en tan poco tiempo cuando se trata de la cantidad adecuada de dinero.

—Ah. Entendido. No escatimar gastos.

—Ninguno en absoluto —me vuelvo hacia mi hermano, que ha vuelto a acariciar a su sobrinita —. Mak, necesito que llames a Melanie y veas qué sabe sobre las preferencias de Daphne. Haré que Mamá y Sofi obtengan algunas ideas de Daphne, pero tengo la sensación de que su hermana recordará algunos detalles más importantes.

También tengo la sensación de que Daphne no será completamente comunicativa con sus deseos. Ella ha sido reservada, alejándose constantemente desde…

Bueno, desde que actué como un idiota y la dejé sola durante una semana.

Sé que tengo que pagar el precio de mi estupidez. En ninguna parte dice que me tiene que gustar.

—Claro —Mak toma una nota en su teléfono con una mano mientras hace rebotar a Taty con la otra—. Considéralo hecho. ¿Qué quieres hacer con el FBI? ¿Y los Hamish? ¿Y el contrato por el que Brennan sigue siendo una cobarde?

—Haz lo que mejor te parezca —le digo con un gesto de la mano—. Confío en que ambos tomarán las mejores decisiones en mi nombre mientras yo me concentro en mi familia.

Mis dos hermanos me miran fijamente. Parpadeando. Bocas parcialmente abiertas.

Joder, necesito un trago. Luego una siesta.

—Lo que sea que estén a punto de decir, no lo hagan.

Para mi sorpresa, obedecen.

Pero, al salir de la oficina, Sofi me detiene con una mano en mi brazo. —Lo estás haciendo muy bien —dice en voz baja—. Tú puedes.

Asiento en señal de agradecimiento, levanto a mi hija de manos de Mak y salgo a la sala de estar.

Encuentro a Daphne tumbada en el sofá, profundamente dormida. Todavía luce pálida y desgastada, casi peor que cuando salimos del hospital. No le estaba mintiendo cuando dije que es hermosa… lo es, en más de un sentido.

Pero estoy empezando a preocuparme por ella.

Taty se está quedando dormida otra vez, así que la pongo en el moisés que preparé en la sala de estar. Después de todo lo que pasó en el hospital, tengo buenas razones para mantener a nuestra hija a nuestro alcance en todo momento.

Saco una manta de la otomana detrás del sofá y cubro a Daphne. Apenas se mueve. Sin embargo, ha estado bebiendo agua. Eso es bueno. Agarro la botella de donde la dejó en el suelo y me dirijo a la cocina para rellenarla.

—¿Mis niñas están dormidas? —pregunta Mamá cuando me ve entrar.

—Todas excepto la bocona.

—Nunca conseguí que Sofi descansara más de cinco o diez minutos seguidos —Mamá desliza un plato de barras de galletas hacia mí por encima del mostrador—. Los hice como bocadillos. Saben a postre, pero están llenos de nutrientes.

—Estoy seguro de que le encantará —termino de llenar la botella con agua fresca y vuelvo a cerrar la tapa antes de agarrar el plato—. Estoy preocupado por ella. No parece estar recuperándose bien.

—Estate atento a las cosas. Si llega la próxima semana y empeora, es posible que desees hablar con un terapeuta. La depresión posparto es algo muy real.

Mi estómago se retuerce ante la idea de que Daphne sufra algo. ¿No ha pasado por lo suficiente?

Pero luego me doy cuenta de que mi madre sabe estas cosas y la torsión se intensifica. —¿Tuviste eso?

Ella duda. Intentamos no mencionar su horrible matrimonio con Kostya tanto como sea posible, pero algunas cosas no pueden permanecer reprimidas para siempre.

—No lo sabría con mucha certeza —Mamá suspira y agarra una toalla para limpiar las encimeras —. Nunca me prestaron tanta atención ni tanto cuidado. Pero también diría que mi situación era muy diferente a la de Daphne. Mi depresión fue causada por mi vida más que por las hormonas.

Tiene sentido. Lo odio y desearía poder retroceder en el tiempo para ser de mayor ayuda para mi madre en dificultades. Básicamente nos crio como si no estuviera casada en absoluto.

Pero no puedo hacer eso. El pasado es inmutable.

Solo puedo arreglar el futuro.

Las barras de galletas y la jarra de agua van sobre la mesa de café, y dejo caer mi trasero exhausto en el sofá, a los pies de Daphne. Estoy tan jodidamente cansado.

Amo mi vida, amo a mi mujer y amo a mi hija.

Pero también me encantaría dormir ocho horas ininterrumpidas. Consecutivamente, también, si puedo convencer a mi hija de pasar la noche sin gritar.

Finalmente puedo cerrar los ojos y sentir que me duermo sin sueños… cuando un teléfono suena

en el suelo.

Debe ser de Daphne. Probablemente un texto. Probablemente de Melanie.

BZZT.

BZZT-BZZT.

BZZT. BZZT. BZZT-BZZT.

Haciendo una mueca, coloco las piernas y los pies de Daphne sobre mi regazo y me acerco a ella para agarrar su teléfono del suelo.

Sin llamadas, todos mensajes de texto. Y siguen entrando, uno tras otro.

¿Quién diablos necesita tanto enviarle un mensaje?

Levanto el teléfono y espero a que vuelva a vibrar. No leer sus textos; solo quiero ver el nombre que aparece.

Todd Bloom.

Ah.

Eso es extraño.

Daphne está de baja por maternidad. Sus jefes no deberían contactarla hasta dentro de cuatro semanas, al menos. Y definitivamente, no así.

Miro a Daphne. No oye sonar su teléfono y solo se mueve mientras duerme para sentirse más cómoda. Probablemente lo mejor.

Desbloqueo su teléfono. Toco el botón Mensajes.

Y veo rojo instantáneamente en el momento en que leo el mensaje más reciente.

TODD: ***Es ese bebé o tu trabajo. Elige.***

PASHA

Me considero un hombre razonable.

Pero ya no tengo más opciones para este hijo de puta.

TODD: ***Estamos dirigiendo un negocio***

TODD: ***Necesitamos personas en las que podamos confiar***

TODD: ***Personas que son responsables y no se van en un abrir y cerrar de ojos***

Tengo que tomarme un descanso mientras hojeo los mensajes antes de partir el teléfono por la mitad. ¿Por qué no me lo dijo? ¿No vino a mí?

TODD: ***Contesta tu teléfono***

TODD: ***Tenemos que discutir tu futuro en esta empresa***

Apretando los dientes, tomo mi teléfono y marco un número al que he estado esperando hasta ahora.

—¡Sr. Chekhov, me alegra escuchar de usted!

—Aubrey —me dejo caer sobre los cojines del sofá y me despido de mi siesta—. ¿Todo salió bien con las presentaciones?

La sonrisa profesional de Aubrey se puede escuchar a través del teléfono. —Muy fácil. El cheque fue cobrado hace cuatro días, por lo que parece que obtuvieron todo lo que necesitaban.

—Y eso es todo lo que obtendrán de cualquiera en el futuro.

Esa sonrisa se ensancha. Es un tiburón que huele la sangre en el agua y es exactamente por eso que la contraté para este trabajo. —¿Estoy escuchando lo que creo que estoy escuchando?

—Lo estás. Con efecto inmediato, Todd y Keith Bloom ya no son bienvenidos dentro de esas puertas. Envía seguridad para escoltarlos fuera. Con fuerza, si es necesario. Incluso si no lo es, podría ser necesario darle una patada en el trasero.

Daphne se mueve. Su ceño se arruga mientras parpadea, sin duda alertada por los nombres de sus ahora *antiguos* empleadores.

—Haré que un equipo los escolte hasta sus autos —confirma Aubrey—, y luego un segundo equipo puede entrar y recoger sus efectos personales.

—Perfecto. Hazel debería estar ahí, así que pide su ayuda para dividir todo si lo necesitas.

—Lo haré.

Cuando cuelgo, miro a Daphne. —¿De qué estás hablando? —grazna, su voz espesa por el sueño —. ¿Qué está pasando con Todd y Keith?

Elijo mis palabras con cuidado. Se supone que esto es un regalo… diablos, es una puta liberación… pero sé que ella todavía está bajo los efectos de algunas hormonas y analgésicos bastante poderosos. —Todd y Keith ya no son tus empleadores. Tampoco son los dueños de la galería.

—¿Qué? —se sienta erguida—. ¿Perdí mi trabajo?

—En una forma de… —me interrumpo cuando veo las lágrimas brillar en las esquinas de sus ojos. *Mierda*—. Espera aquí. Necesito agarrar algo para ti. Vuelvo enseguida.

La carpeta que necesito es fácil de encontrar. Ha estado en el cajón superior de mi escritorio durante varios meses. Lo estaba guardando para una ocasión mucho mejor y más feliz, pero ahora parece un buen momento para dárselo.

Cuando regreso, ella está sentada en el sofá envuelta en la manta, mirando a Taty dormir. Me siento a su lado y le entrego el expediente. —Estaba guardando esto como regalo de bodas, pero… adelante. Echa un vistazo.

Daphne abre el archivo. Hojea la primera página. Luego jadea y la cierra de golpe, mirándome en estado de shock. —No.

—Sí.

—Qué… —traga saliva y mira el papeleo nuevamente—. ¿Qué hiciste?

No parece tan emocionada como esperaba. —Cumplí mi palabra. Te encontré un trabajo mejor, que paga mejor que ellos y te trata mucho mejor que ellos. Simplemente no mencioné que serían *sus* trabajos.

—Eres dueño de la galería.

—En realidad, no —doy la vuelta a la página superior y señalo una sección muy particular del contrato de venta—. *Tú* lo eres.

Daphne tiene hipo y se tapa la boca. La mano que sostiene la carpeta tiembla.

—La mujer con la que acabo de hablar, Aubrey Day, ha estado administrando las instalaciones y supervisando las transacciones de ventas mientras tú y yo estábamos fuera —busco en su rostro cualquier signo de euforia. Cualquier alegría. Lo que sea—. Pero esto es tuyo. Cualquier cosa que quieras hacer… podría sugerirte cambiar el nombre de Bloom Brothers a otro para empezar… eso lo decides tú.

—¿Qué pasa con Keith y Todd?

Me abstengo de poner los ojos en blanco. —Han dejado muy claro que no se puede confiar en ellos para administrar la galería de forma ética y confiable, así que están fuera.

—Fuera. Como en…

—Buscando empleo alternativo. Preferiblemente, en un hemisferio alternativo. A fin de cuentas, es una suerte que los deje vivir lo suficiente para hacerlo.

Ella mira la carpeta. Su expresión es ilegible, y eso es casi más inquietante que su ira. O su tristeza.

Entre las dos, creo que preferiría su ira.

Desafortunadamente, parece que solo me he ganado su tristeza. Ella parpadea y dos lágrimas gordas ruedan por sus mejillas y se las limpia.

No entiendo. —¿Qué ocurre?

Daphne niega furiosamente con la cabeza, se pone de pie de un salto y sale de la sala sin decir una palabra. Le doy una mirada a Taty para asegurarme de que todavía está dormida, y luego corro tras su madre.

La encuentro en el pasillo, todavía a la vista del moisés, pero lo suficientemente lejos como para que no tengamos que susurrar tanto. Empuja la carpeta contra mi pecho. —No lo quiero. Devuélvelo.

—No puedo hacer eso, Daphne. Todas las ventas son finales.

—Entonces deja que esta persona Aubrey se lo quede.

—Es un regalo. Para ti.

De nuevo, niega con la cabeza. No me mira. —No. No… no me pueden comprar.

—¿De qué estás hablando?

—Esto. ¿Comprarme una empresa? ¿Toda una *empresa*? Esto es… —cuando gira su rostro para tratar de ocultar las lágrimas, puedo ver la tristeza grabada en su rostro. No se siente nada feliz, aliviada o agradecida.

Está jodidamente devastada.

Y yo estoy jodidamente *confundido*.

—No me interesa tu dinero —espeta entre lágrimas—. Francamente, no me importa el dinero de nadie. Eso no es lo que quiero.

—Entonces, ¿qué quieres?

—A ti.

Respiro hondo. Mi corazón golpea dentro de mi caja torácica y siento que mi lengua se espesa contra el paladar. No sé por qué soy tan receptivo, aparte de que ha sido un infierno tratar de evitar la tentación física.

Ahora, está esto. *Nosotros*. Algo más profundo.

Daphne suspira y se abraza. —Solo te quería a ti. Siempre lo hice.

Esa alegría se estrella directamente contra el suelo.

¿Pasado? ¿Quer-*ía*?

Mierda.

Es hora de desviar la ruta. Las cosas están tensas, las cosas están crudas, pero, cómo diablos cree que la voy a dejar ir.

Como diablos dejaré que ella renuncie a mí. Renuncie a *nosotros*.

La alcanzo y, para mi alivio, ella no retrocede. Cuando la acerco y tomo su cara en mi mano, no me ignora ni intenta alejarse. *Progreso*.

—Me tienes. Estoy justo aquí.

Daphne intenta no parecer frustrada. —Quiero decir…

—Yo sé lo que quieres decir. ¿Dónde pensaste que había ido?

—Yo… no lo sé.

—Oye. Mírame —le inclino la cara para que tenga que mirarme a los ojos—. Prometí que cuidaría de ti. Que estaría aquí a tu lado para todo. Eso incluye asegurarme de que estés en una posición de respeto e independencia en tu vida profesional, cuando y si puedo hacer algo al respecto. En este caso, podía hacer algo, y así lo hice.

La incredulidad lucha con la tristeza. Todavía más, lucha contra la esperanza que veo parpadear en el fondo de sus ojos.

—Te mereces algo mejor, Daphne. Mucho mejor de lo que nadie te ha dado jamás. Déjame hacer eso por ti. *Quiero* darte algo mejor —veo algo parpadear en su mirada. Voy a eliminar esos pensamientos de inmediato—. No, esto no se debe a que acabas de dar a luz. Planeaba comprar la galería hace meses.

Su mirada se fija en la mía con un nuevo enfoque. —¿Qué? ¿Por qué?

La acerco más a mí. —Porque, además de ser unos idiotas egoístas y misóginos, son jodidamente terribles en lo que intentan hacer.

La risita de Daphne surge. —Dime cómo te sientes *realmente*.

—Con mucho gusto —empiezo a contar mis dedos uno por uno—. No saben nada sobre lo que realmente significa “vanguardia”. No han presentado a un artista real y respetado en años. Están tan cegados por la codicia que no pueden identificar sus colores primarios. Francamente, deshacerse de ellos y convertirte en la nueva propietaria de la galería es hacerle un favor al mundo del arte.

Una sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca. —Maldición. Eso es duro.

—No, es la verdad —entierro mi nariz en su cabello para respirarla por un momento. Por mucho que esté decidido a darle paz, a ser su ancla en la tormenta, ella hace lo mismo por mí. Por lo general, no se da cuenta—. Escucha: haz lo que quieras con la galería. Dirígela, véndela, dásela de comer a los lobos… me importa un carajo. Siempre y cuando te haga feliz.

Daphne suspira. En una muestra subconsciente de confianza, se inclina hacia mí. Le froto la espalda y bebo el momento en que finalmente veo que algunas de sus paredes comienzan a desmoronarse.

O tal vez simplemente se rompen un poco. De cualquier manera… *progreso*.

—Realmente me encanta trabajar allí —gime en mi pecho—. Simplemente odio las limosnas. No es que no aprecie el gesto, solo…

—No estás acostumbrada a recibir regalos sin condiciones.

—*Exacto* —solloza—. ¿Qué tan jodido es eso?

—Masivamente —cuando me mira, me encojo de hombros—. Los Hamish son gente jodida. Te criaron como te criaron… y, sin embargo, aquí estás. Con una gran decisión que tomar —sostengo la carpeta en alto para que ambos la miremos—. Puedes vender esto y obtener tus propias ganancias, invertir en otro lado, lo que quieras. O…

—¿O…?

—O puedes tomar la opinión de todos sobre cómo deberías vivir tu vida y metérselas por el culo. Gana para fastidiarlos. Haz que se arrastren a tus pies haciendo lo que haces.

—¿Es eso lo que *tú* haces?

—Más o menos. Solo que con mucha más sangre involucrada —le doy la carpeta—. De cualquier manera, será la vida que *tú* elijas. Ni siquiera yo puedo elegir por ti.

Daphne acepta la carpeta y la mira fijo durante un largo momento de silencio. Todavía parece insegura de sí misma, pero las lágrimas se han secado y se las arregla para darme una leve sonrisa.

La tomo. Así como sé que ella se quedará con la galería.

No solo porque es su pasión y el trabajo de su vida. Sino porque, en el fondo, detrás de sus penas y sus tensiones, es una mujer hecha de fuego.

Y está lista para ver arder el mundo.

DAPHNE

—¿Dijiste que habrá guardias allí?

Pasha asiente y me lanza una mirada preocupada. —Como siempre. ¿Recibiste otro mensaje de texto?

Mi teléfono se siente increíblemente pesado en mis manos. No quiero mirarlo. Ya cometí ese error esta mañana mientras me preparaba para el primer chequeo de Taty.

Ahora, estoy constantemente mirando por el espejo retrovisor, preocupada de que alguien nos esté siguiendo.

Alguien que no sea los hombres de Pasha, claro está.

—No puedo entender cómo siguen obteniendo mi número —me trago el enorme nudo en la garganta que se forma cada vez que me siento frustrada. O aterrorizada. Ahora mismo es un poco de ambas—. Te lo juro, no le he dado este a nadie más que a ti y a tu familia, a mi hermana y ahora a Aubrey.

—Y Aubrey es buena gente —Pasha se frota la mandíbula, pensativo—. Hice que la examinaran en todos los frentes —me mira de nuevo—. ¿Te sentirías mejor si hiciera que la auditaran nuevamente?

Me siento como una mierda por querer eso. Pero me siento aún peor cada vez que aparece un nuevo mensaje de texto de Conrad o Brittany. —Sí, por favor.

—Hecho —alcanza mi mano—. Escúchame, Daphne: te tengo. A ti y a Tatyanna. No voy a dejar que les pase nada. Nadie jode a mi familia.

Eso debería calmarme. Lo hace… más o menos.

Pero en lo más profundo de mis huesos, esa ansiedad persiste. Todavía estoy nerviosa. Todavía me pregunto si Conrad estará a la vuelta de la esquina, en cualquier esquina, esperando para abalanzarse sobre mí y tomar lo que quiere. Lo ha hecho antes, e incluso después de perder su carrera por el violento “mensaje” de Pasha, todavía no se dará por vencido.

Lo peor es que tiene ayuda. No lo entiendo. No sé si alguna vez entenderé cómo una mujer puede apoyar las acciones de su supuesto “prometido” mientras él persigue a otra mujer.

—Llegamos.

Estoy tan perdida en mis propios pensamientos que no registro a Pasha estacionándonos en la clínica hasta que dice algo. Tardo en salir del auto, mientras él fácilmente da la vuelta y abre el portabebés de Taty del asiento trasero.

Una cosa de la que nunca jamás me quejaré: Pasha cargando esa cosa tan pesada. Puedo hacerlo, pero, mierda, es voluminoso, incómodo y supone una tensión para el brazo. Él hace que parezca tan fácil.

Pasha nos registra en la recepción y luego nos lleva a los ascensores que van a la oficina del tercer piso. Lo sigo, rogando a mi corazón que se relaje.

De hecho, estoy emocionada por esta visita. Tatyanna tiene oficialmente una semana. Tomo algunas fotos de ella en el portabebés para su libro de bebé, luego tomo una de Pasha sonriéndole.

—¿Chekhov? —pregunta una enfermera cuando salimos del ascensor.

—Esos somos nosotros —Pasha levanta el portabebés y envuelve mi cintura con su brazo libre para empujarme hacia adelante.

Tenemos una pequeña charla con la doctora, que arrulla a Taty y elogia su apariencia saludable, su movimiento, etcétera. Pero, cuando pesa a Taty, frunce el ceño.

Mi estómago se hunde.

—Hasta ahora, este es mi único punto de preocupación —la Dra. Bradshaw vuelve a colocar a Taty en el portapapeles, y toma algunas notas en el portapapeles—. ¿Dijiste que está amamantando?

—Exclusivamente —mi boca se siente seca—. Sé lo importante que es para ella recibir una nutrición natural. Y por el vínculo, por supuesto.

—Por supuesto —nos hace un gesto para que tomemos asiento y hace lo mismo en el sillón de examen—. ¿Cómo va eso? ¿Algún dolor o malestar?

Mantén la compostura. Ya siento que mis ojos se calientan con lágrimas que realmente, realmente no quiero derramar. Y ese estúpido nudo vuelve a mi garganta.

—Yo, eh… Ha sido… —suspiro—. Ha sido un desafío. Y muy doloroso.

La Dra. Bradshaw no tiene más que calidez en su expresión mientras toma notas. ¿Por qué me siento tan juzgada? ¿Como si fuera un fracaso? —Ya veo. En cuanto a su agarre, ¿cómo es? ¿Ha podido formar un vínculo seguro?

—No… No. No consistentemente. A veces no se prende en absoluto —ese bulto se hace más grande. Mi boca se vuelve más seca—. La sostengo y froto como me enseñó el especialista, y tal vez ella se prende por uno o dos segundos y luego solo… grita. Lo intentamos de nuevo, ella vuelve a recibir un poco y luego los gritos.

Ella me odia. Mi bebé me odia.

La Dra. Bradshaw asiente y deja su portapapeles a un lado. —Tengo buenas noticias y tengo algunas… no las llamemos “malas noticias”, más bien algo de lo que debemos estar conscientes

y estar atentos. Tatyanna *está* por debajo del umbral normal en términos de peso cuando se trata de recién nacidos. Ahora, hay algunas fluctuaciones que pueden ocurrir en la primera o segunda semana. Pero, con una nutrición adecuada, todavía debería estar en el rango del percentil 50. Y no lo está.

Soy un fracaso. Fallé. No soy madre hace más de una semana y le fallé a mi bebé.

—La buena noticia es que esto se puede remediar fácilmente. No veo signos de otras causas aparte de los problemas de alimentación que compartió, así que estas son realmente buenas noticias. Mi fuerte recomendación es… —se detiene y me mira—. *Recomiendo* —repite en un tono mucho más suave y gentil—, cambiar a fórmula. De esta manera podrás realizar un seguimiento de cuánto y cuándo come Tatyanna, y podremos vigilar juntos su progreso. Para ti, Daphne, me gustaría que intentaras usar una bomba para estimular la producción y el flujo de leche. No te preocupes; cuanto más puedas extraerte y sacar leche, más pronto se aclarará todo esto…

Su explicación se desvanece mientras miro a Taty. Es tan dulce y pacífica, abrigada y durmiendo en su portabebés.

Pasha puede sostenerla. Esta cosa de plástico puede sostenerla. Demonios, una completa desconocida con un estetoscopio puede sostenerla.

Pero yo no puedo. No sin hacerla gritar, llorar y luchar por alejarse de mí.

Ni siquiera puedo alimentar a mi propio bebé.

Realmente no me doy cuenta de nada más que la doctora tenga que decir. Se va por un momento y regresa con una bolsa de plástico llena de fórmula para bebés, dos biberones, un paquete de tetinas y un folleto de instrucciones.

Hablan sobre el horario de alimentación y el rastreador incluidos en la bolsa. Me cuesta concentrarme en otra cosa que no sea la lata de fórmula que mi bebé tiene que comer porque yo no puedo proveer por ella.

Al salir, me entregan otra bolsa de suministros. Mis dedos se sienten flácidos cuando lo tomo; se me revuelve el estómago cuando veo que es un kit de extractor de leche.

Porque no puedo alimentar a mi bebé yo misma.

No como una verdadera madre.

No como una *buena* madre.

Más bien como *mi* madre.

DAPHNE

No recuerdo mucho del viaje a casa. Creo que Pasha intenta hablar conmigo, pero soy un zombi. Inalcanzable.

No quiero llorar. He llorado muchísimo desde el día que di a luz. Pero me estoy asfixiando bajo esta abrumadora presión en mi pecho. Ahogándome en una pena que no sé cómo expresar.

Así que, cuando llegamos a casa, decido canalizarlo todo hacia la determinación.

Sí lo resolveré.

Sí alimentaré a mi bebé.

Escucho a Asya preguntarle a Pasha cómo nos fue, pero no me quedo para escuchar su respuesta. Los dejo para que comenten mis fracasos mientras llevo la bolsa con el extractor de leche al dormitorio.

Quien diseñó esto al menos hizo un esfuerzo para que se pareciera menos a algo que encontraría en una granja lechera y más a… no lo sé. Cualquier cosa distinta a lo que es, supongo. Es este aparato con forma de huevo que succiona de forma segura mi seno a la altura del pezón.

Pero, tan pronto como lo hace, el dolor surge en mi pecho. Una cosa buena de esto… tengo que encontrar *algo* bueno… es la falta de encías royendo mi sensible pezón. Es un dolor más sordo y más amplio.

Pero eso no cambia nada.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí sentada, intentando extraerme leche de un seno y luego del otro, antes de romperme. Los contenedores están completamente vacíos. Me duele el pecho por el esfuerzo.

¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

¿He estado matando de hambre a mi bebé?

Las lágrimas que he estado reteniendo todo el día brotan. Me dejo caer sobre las almohadas, no sin antes arrojar enojadamente la bomba a los pies de la cama.

Por supuesto, Pasha elige ese momento exacto para entrar a la habitación, con Taty acunada en su hombro. Su ceja se mueve cuando ve la bomba rebotar en el colchón y caer al suelo, pero

sabiamente se abstiene de decir nada al respecto.

—Le hice un biberón —dice en cambio. Se sienta en el borde de la cama y me la entrega. Cuando saca el frasco de fórmula preparada de su bolsillo, quiero tirarlo al otro lado de la habitación también—. Pensé que deberías ser tú quien la alimentara. Podría ayudar a mejorar las cosas.

Que se joda por ser amable y perfecto. Está siendo muy paciente y comprensivo mientras yo pierdo la cabeza por mis insuficiencias.

Sería fantástico si nuestra hija fuera igual de paciente y comprensiva.

No lo es. Ni por asomo. La sostengo cerca y la mantengo cerca de mi seno como si se estuviera alimentando de él, pero le ofrezco la tetina del biberón en lugar de la mía. Al principio, ella lo toma sin preocuparse. Miro a Pasha, que sonríe y me aprieta el hombro.

Pero luego se detiene. Arruga la cara. Escupe la tetina.

Y grita a todo pulmón.

—*Malyshka*, vamos —la reprende Pasha. Él la alcanza y estoy muy ansiosa por devolvérsela—. Tu madre solo quiere alimentarte.

La única gracia salvadora aquí es que ella sigue gritando. Sé que es horrible pensar eso… un pensamiento más horrible en un día lleno de pensamientos así… pero no puedo evitarlo. No soporto verla reírse con él cuando solo grita y llora cuando intento vincularme con ella.

Esta vez, ella es una alma en pena que ofrece igualdad de oportunidades y odia la fórmula con cada fibra de su ser. No solo empuja la botella, sino que rápidamente gira la cabeza y la escupe sobre su padre. Luego, lo mira con una expresión que ninguno de los dos anticipó… como: *No, bébelo* tú.

Es algo gracioso. Solo un poco. Lo suficiente como para secarme las lágrimas por un segundo y hacerme resoplar feo. Pasha me mira cuando lo escucha y se une con una suave risa. —Volveré a llamar a la doctora. Ten.

Me la devuelve para poder cambiarse la camisa.

—Dulce niña —susurro entre sollozos mientras nos pongo a ambas en posición vertical—. Mi dulce bebita. ¡Sí lo eres! Eres mi dulce bebita…

Taty simplemente me mira con los ojos entrecerrados con sospecha.

Cuando Pasha sale del baño, nos encuentra a las dos llorando en la cama.

—¿Qué pasó? —él la levanta y la sostiene contra su pecho desnudo, guiando su mejilla para que descanse contra su piel.

El hecho de que ella se calme instantáneamente me hace sentir aún peor.

Al mismo tiempo, mis ovarios gritan: "*¡Segunda ronda!*" mientras observo a un Pasha sin camisa, todo músculos ondulantes y piel tatuada, acunar a nuestra pequeña recién nacida y susurrarle consuelo como si fuera la cosa más natural del mundo.

Odio esto.

Odio jodidamente muchísimo todo esto.

Odio cómo me duele el corazón al saber que mi propia hija me odia. Cómo mi cerebro sigue susurrando recordatorios de que no soy una persona digna de ser amada ni siquiera por mi propia familia.

Cómo mi vagina y mis ovarios ignoran por completo el hemisferio norte de Daphne y me instan a tener otro bebé con este hombre.

Pasha llama a su madre, que entra y lleva a Taty a tomar una siesta en una de las otras habitaciones. Asya me da un abrazo antes de irse y me susurra animándome que sé qué hacer; tengo esto.

¿Lo tengo? Sí que no me siento así.

—Llamaré a la Dra. Bradshaw en un momento —Pasha se desliza a mi lado hasta que estoy en su regazo—. Ahora mismo —continúa—, tenemos que hablar…

—¿De que soy una madre terrible?

—No. ¿Por qué dirías eso?

Le quito una pelusa de los pantalones deportivos. —Porque lo soy. No puedo alimentarla, no puedo sostenerla, ni siquiera puedo mantener la calma cuando lo intento.

Pasha toma mis manos entre las suyas y las acerca a mí. Como una camisa de fuerza cálida, fuerte y sólida. —Eres una madre increíble. Nunca lo he dudado ni por un segundo. Tú tampoco deberías hacerlo.

—Pero yo…

—Entras en pánico. Y estrés. Y nadie te culpa. Dios mío, Daphne, el estrés que has soportado durante todo el embarazo podría llenar un libro de texto médico sobre resistencia.

Al menos, él lo reconoce.

—Pero Taty es literalmente nueva en este mundo. Es sensible a las emociones, y más especialmente a las *tuyas* —resopla—. No le importa si estoy con algo del trabajo que me está cabreando. ¿Pero tú? Eres su madre. Si tú estás molesta, ella está molesta.

—Lo estoy intentando —me quejo en su pecho—. Realmente lo estoy.

—Lo sé. Pero ¿estás preocupada cuando lo haces? ¿Estás pensando en lo que significa si nada funciona?

—…Tal vez.

Me sonríe con complicidad. —¿Has intentado solo alimentarla? Sin expectativas, nada de ese estúpido autodesprecio al que te sometes. Solo… alimentarla.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. —Si es así de fácil, ¿por qué no lo haces tú? Aún mejor, ¿por qué no te casas con alguien que pueda hacerlo? ¡Aparentemente soy la única idiota

en este mundo que lucha por darle leche a un maldito bebé!

Sé que estoy arremetiendo. Sé que estoy dejando que mis miedos se apoderen de mí.

Pero no puedo evitarlo. No puedo *soportarlo*.

Intento alejarme de su regazo. Pasha me rodea la cintura con sus brazos y, en un instante, el mundo gira a mi alrededor y me inmoviliza contra la cama.

Intento alejarme, pero él presiona todo su cuerpo encima de mí. De pies a cabeza, estoy cubierta por el bulto de Pasha sin salida.

Mi cerebro quiere gritarle.

Mis piernas quieren rodearlo.

—Silencio, *moya plamya* —su aliento se agita sobre mi cara—. Eres hermosa. Maravillosa. Todo lo que siempre quise y necesité y no te dejaré ir.

—Díselo a nuestra hija.

—Lo hago. Cada día —me acaricia el cabello hacia atrás y deja más besos en mi frente—. Y ella lo sabe. Te *ama*, Daphne. Total y completamente. Eres su espacio seguro. Te necesita.

Las lágrimas brotan de mis pestañas. Él las aleja con un beso. —Casi la hago morir de hambre —lloriqueo.

—Daphne —su tono es firme y me hace mirarlo a los ojos—. Ninguno de nosotros sabía lo que estaba pasando. Que digas eso, que incluso creas eso, significa que crees que yo realmente dejaría que algo así sucediera. ¿Es eso lo que piensas de mí?

—No.

—Bien. Así que deja de pensar eso de ti misma. Fuimos al médico en busca de respuestas. Las tenemos. Ahora nos adaptamos.

Tengo que admitirlo, sentirlo encima de mí como si fuera una manta con peso en realidad me está calmando. Oírlo decir estas cosas también. Todavía estoy inestable en el departamento de confianza, pero… puede que tenga razón. Necesito dejar de enloquecer todo el tiempo.

—Tengo que seguir intentándolo —es apenas un susurro. Pero es algo—. No puedo… no puedo simplemente rendirme sin intentarlo por ella.

—Solo mientras realmente te haga bien. Si empieza a hacerte daño, física o emocionalmente, paramos. No dejaré que te lastimes. ¿Vale?

Suspiro y asiento. —Vale.

Durante un largo y tranquilo momento, nos tumbamos juntos en la cama. Pasha no se aleja de mí y no quiero que lo haga. Él estudia mi rostro, me acaricia el cabello, apoya su frente en la mía mientras ambos respiramos el uno al otro.

—No hay nadie en este mundo a quien quiera más que a ti, Daphne —murmura—. Así que no hables más de irte o de que yo encuentre “alguien mejor”, porque eso no va a suceder. Jamás.

¿Entendido?

Solo puedo asentir. No confío en mi voz en este momento.

—Bien. Ahora, vamos a mostrarle a nuestra hija quién es el jefe.

Cuando salimos del dormitorio, Asya tiene a Taty acurrucada en un brazo y sosteniendo una botella fresca con el otro. —Estaba a punto de darle de comer —explica. Me tiende la botella.

Aquí vamos. Hora de la función.

—Ven aquí, *malyshka* —le canturreo a mi bebé—. Es hora de comer y no más problemas. No hay nada de malo en la comida para llevar. Aprenderás a amarla.

Ella todavía está indecisa al principio. Pero ¿cuando Taty se aferra a la botella y empieza a beber? ¿Sin problemas, sin gritos, sin lágrimas?

Casi me desplomo de alivio.

—Te tengo —susurro—. Mami te tiene. Voy a resolver esto de la maternidad, lo prometo.

PASHA

He estado en tiroteos menos intensos que esto.

Al menos en esos, sabía qué hacer. Aquí, no tengo ni idea.

No supe cuál era el sonido hasta que entré en la habitación y vi a Daphne y Taty llorando histéricamente. Me quedé paralizado en la puerta… *paralizado* como un novato en su primer encuentro con la violencia. *Paralizado*… lo único que hace que te maten.

Pero ¿qué se supone que debo hacer en esta situación? No hay nadie a quien matar. Nadie a quien intimidar. Solo hay dos mujeres que se están desmoronando y ambas me necesitan de una manera que no sé cómo satisfacer.

No tengo ni puta idea de por dónde *empezar* a ayudar, la verdad. Daphne solloza mientras sostiene a Tatyanna, que grita y agita sus bracitos con enojo hacia su madre. Es un caos total, y nadie me avisó nunca sobre cómo afrontarlo.

Improvisa. Haz algo. Lo que sea.

—¿Qué pasó?

Daphne se lleva la mano a la frente con una mueca. —¡Lo estoy intentando! ¡Estoy intentando con todas mis fuerzas ser una buena mamá! ¡Solo quiero alimentar a mi bebé, pero ella me odia! ¡Mi propia bebé me *odia*! Y… y… ¡y no la culpo! —hipa entre sollozos y se dobla hasta que sus lágrimas salpican el rostro de nuestra hija—. No soy buena… no soy buena… no puedo… lo siento mucho…

Joder.

Entro en acción, tomo a Tatyanna de los brazos de Daphne y la acomodo en su moisés. Ella se calla y me mira como si tuviera curiosidad por saber cómo va a resultar todo esto. *Yo también*, quiero decirle con amargura. *Yo también, joder*.

Luego me siento junto a Daphne y la pongo en mi regazo. Ella viene con facilidad, casi con lástima, un charco de extremidades y lágrimas. Le acaricio el cabello hasta que sus sollozos se convierten en gemidos y sus gemidos se convierten en silencio.

Espero a que ella hable primero.

—Yo solo… quería… —Daphne respira hondo otra vez para estabilizar sus palabras—. Solo

quería alimentarla. Me he sentido mejor con todo, así que quería probar la bomba nuevamente. No quiero… —se le quiebra la voz. Ella se lo traga—. No quiero darle fórmula a mi bebé. Así que me puse la bomba e intenté sostenerla mientras esperaba para que pudiéramos vincularnos.

—¿Duele?

La vergüenza inunda su expresión. Ella mira hacia otro lado, pero asiente. —Tengo que seguir intentándolo.

—No, no tienes que.

—Pasha, necesito…

—Lo que necesitas es cuidarte —afirmo mi voz lo suficiente para que me escuche—. Hicimos un trato, ¿recuerdas? Seguirías haciendo esto siempre y cuando no te haga daño. Te está haciendo daño, así que tienes que parar.

Encuentro el interruptor para apagarlo y alejar el aparato de su cuerpo. Daphne hace una mueca y estoy tentado de arrojar la maldita cosa por el tejado.

—Lo que nuestra hija necesita —continúo—, es que su madre deje de hacerse daño —levanto a Taty y la coloco de nuevo en los brazos de Daphne.

Por el maldito amor de Dios, que esto funcione, rezo en silencio.

Contengo la respiración, y Daphne también, pero, a medida que pasa un segundo y luego otro sin que Taty se disuelva en lágrimas, el nudo de tensión en mi pecho se disipa.

—¿Ves? —me recuesto y las miro a las dos con atención—. La dejaste crecer dentro de ti durante casi un año. Ella puede sentirte. Sabe cuándo sientes dolor. Ella no *te tiene* miedo, *moya plamya*; ella teme *por ti*.

Daphne acaricia las mejillas regordetas de Taty con sus pulgares. Caricias lentas y suaves, que hacen que los ojos de nuestra bebé parpadeen cada vez más lentamente.

—No importa lo que hagas, eres una madre increíble —toco la curva de su cuello y respiro—. Nunca te digas lo contrario. Eres la mejor pareja que jamás podría pedir. Honestamente, que jamás podría soñar y ni siquiera estaba buscando.

—¿Por qué?

Se supone que esto no es sobre mí. Pero parece un buen momento para darle una pequeña muestra de confianza, de la misma manera que yo le pido que confíe en mí.

—Porque no pensé que merecía a alguien como tú. Todavía no lo hago.

Daphne intenta ocultar los ojos en blanco, pero aun así lo veo. —Eso es ridículo.

—¿Sí? También lo es que pienses que eres una madre terrible. No podría estar más lejos de la verdad.

Se sienta y guarda silencio durante un momento mientras convence a nuestra bebé para que se duerma, y luego deja escapar otro profundo suspiro. —Lo siento, soy un desastre. Hacen que parezca muy fácil en las películas y en los libros, y yo solo… no he sido más que una montaña

rusa de hormonas, y lloro todo el tiempo, y tú tienes mejores cosas que hacer…

La interrumpo con un beso. Quería que fuera rápido, casto y silenciador, pero eso cambia en el momento en que pruebo sus labios. Se siente como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que la sostuve en mis brazos y la besé así.

Así que me dejo demorar. *Saborear*, de verdad, de una manera que he necesitado con urgencia durante tanto tiempo.

Cuando finalmente me alejo, ambos nos quedamos sin aliento.

No digo nada más. Ella tampoco. La ayudo a colocar a Taty nuevamente en la cama, luego retiro las mantas y la empujo debajo para que duerma un poco. Daphne no lucha contra ello; puedo verla hundirse en la suavidad de sus almohadas y mantas como si hubiera estado necesitando esto todo el tiempo.

Con un beso en la cara, me levanto y llevo a Taty conmigo. Ahora está completamente dormida y no se quejará hasta dentro de al menos una hora más. Si la saco de la habitación por un rato…

—¡No! ¡No lo hagas! —Daphne se sienta y alcanza a nuestra bebé, presa del pánico—. Ella no puede irse.

Suspiro. Una parte de mí quiere decirle que todo estará perfectamente bien. Pero el resto de mí sabe que estamos en un terreno que va mucho más allá de la lógica. Así que cambio de rumbo y me hundo en la cama junto a Daphne, con Taty acurrucada en mis brazos.

—Nos quedaremos aquí —le prometo—. Ve a dormir. Necesitamos lo mejor de ti, Daphne. Tanto Taty como yo.

Lleva algo de tiempo, pero finalmente Daphne se queda dormida.

Cuando estoy seguro de que está ida, me libero de las mantas y llevo a Taty conmigo a mi oficina, dejando la puerta entreabierta para poder oír si Daphne se mueve.

Tengo muchas llamadas que podría hacer… personal doméstico, coordinador de bodas, varios *vors* y contactos comerciales que necesito comprobar… pero hay algo más que tiene prioridad. Le envío a Melanie un mensaje de texto rápido para informarle que enviaré un helicóptero para recogerla. Ahora mismo.

Cinco segundos después, suena mi teléfono.

—Tienes que estar loco —la voz de Jameson gruñe a través del auricular—. No hay forma de que Melanie suba sola a un helicóptero al azar solo porque tú lo dijiste.

Suspiro. Lo entiendo; lo hago. Pero no tengo tiempo para esto. —Daphne no está bien —supongo que es mejor ir al grano. Sin preámbulos, solo hechos concretos—. Estoy haciendo lo que puedo, pero está llegando a un punto en el que ella tiene lo que queda de su familia aquí con ella o llamamos a un psiquiatra.

Algo juguetea con su teléfono. Y luego escucho la voz que Daphne necesita escuchar.

—¿Psiquiatra? —espeta Mel—. ¿Qué está sucediendo? ¿Cuándo me necesitas allí?

—¡Mel!

—Cállate, Jame. Es mi hermana de quien estamos hablando. Por supuesto que iré.

Silencio.

Luego—: Cogeré tu bolso de viaje —murmura Jameson desde una distancia cada vez mayor.

—Esto significa mucho para mí —digo. Es una frase incómoda que sale de mi boca, probablemente porque nunca la he dicho en toda mi puta vida.

Pero es verdad, me doy cuenta cuando las palabras salen de mis labios. Nunca antes había confiado en nadie. Ahora, pedir ayuda se siente tan natural como respirar.

¿En quién diablos me estoy convirtiendo?

…¿Y por qué no lo odio?

—Además —agrego, aclarándome la garganta—, te necesitaremos aquí para la boda. A ti también, Jameson.

Más silencio. Este está muy audiblemente lleno de conmoción.

—¡¿"La *boda*"?! —la voz de Melanie chirría de emoción—. ¡Ay, Dios mío! Podemos despejar nuestra agenda para eso. ¿Se van a casar?

—Y Tatyanna se bautizará dos semanas después. Te enviaré todos los detalles de la programación y haré que Daphne te informe del resto cuando llegues —hago una pausa. Estoy acostumbrado a dar órdenes y esperar que la gente simplemente las cumpla. No estoy tan acostumbrado a tener que pedir o mostrar gratitud por ello—. Gracias, Mel. Aprecio tu ayuda. Yo… los aprecio a ambos.

—Siempre estaremos aquí, Pasha. Para Daph y Taty y ahora para ti. Eres familia. Esto es lo que hacemos por la familia.

No me esperaba esto.

Este sentimiento.

Esta… *calidez.*

Maldita sea, Chekhov. Cálmate.

—Sí, bueno… gracias —me aclaro la garganta.

—Veo cómo tratas a mi hermana. Es todo lo que siempre he querido para ella. Puede que sea una mula testaruda y completamente ciega a cuánto la amas a veces, pero nunca antes había sido amada de verdad. No sabe cómo es eso. Bueno, además de mí.

En algún lugar del fondo, Jameson regresa con su bolso y hace algunas preguntas.

—Te dejaré ir —retumbo—. Ya le envié un mensaje de texto a mi piloto. Debería estar allí pronto.

—Entiendo —la voz de Melanie se ilumina—. Me gustas, Chekhov. Mi hermana podría hacerlo

mucho peor. No le des motivos y no tendremos ningún problema. Dale el mundo y seré la mejor cuñada que puedas pedir.

DAPHNE

Cuando abro los ojos, no es a Pasha a quien veo sonriéndome.

Es… ¿Melanie?

—Oye, dormilona —ella me empuja las costillas.

—¿Mel? —frunzo el ceño y parpadeo unas cuantas veces más. Debo estar soñando—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

—Visitándote, claro. Y jugando con mi sobrina —se ríe y mueve los dedos, entonces veo a una Taty muy tranquila y feliz acostada en la cama entre nosotras. Melanie le hace sonidos y cosquillas en la barriga—. ¿Cómo te sientes?

—Confundida —suspiro y me dejo caer sobre mi almohada—. Y agotada. Y exhausta.

—Te entiendo. No pude dormir lo suficiente cuando nacieron Maxi y Gentry. Sentí que iba a dormir durante días e igual estaba muy cansada.

—¿Te sentías como un completo fracaso?

Su sonrisa se desvanece un poco. —A veces —me mira—. Pero nunca pensé que ninguno de mis bebés me odiara.

Cierro los ojos con un suspiro. —Pasha…

—…está muy preocupado por ti. ¡Yo también! Por eso estoy aquí —Mel golpea a Taty en su naricita con la punta de su dedo—. Y también para malcriar a mi sobrina. Traje regalos.

—Por supuesto que lo hiciste.

—No sería una buena tía si no lo hiciera. Pero estoy aquí principalmente para ser una buena hermana. Parece que te has estado ahogando.

Pongo los ojos en blanco, más por mí que por cualquier otra persona. —Eso es decir poco. Siento como si hubiera estado llorando desde que ella salió de mi cuerpo. He llorado todos los días. Quiero llorar ahora mismo, pero estoy completamente seca y me duelen los ojos.

Mel arruga la cara. —Sí. Te ves un poco hinchada.

La miro fijo. Ella me devuelve la mirada.

Ninguna de las dos puede contener la risa por mucho tiempo. —Cállate —me quejo—. Solo estoy hormonal.

—Parece que estás deprimida —apoya la cabeza sobre el codo y sigue jugando con Taty con la otra mano—. ¿Has pensado en consultar a un especialista?

—Estoy tan harta de los especialistas. Fui a ver a una especialista en lactancia materna y qué bien que me fue eso. Casi maté de hambre a mi hija.

—Solo porque eres demasiado terca para el bien de ambas.

Casi me siento completamente erguida. —¿Disculpa?

—Me escuchaste —Melanie me mira fijo, completamente seria—. Mírame a los ojos y dime que no tienes ninguna manera, *ninguna* en absoluto, de alimentar a tu bebé.

—No quiero darle fórmula. Puedo hacer la leche yo misma.

—¿Y si no puedes?

De repente, estoy harta de esta conversación. Me enderezo y me alejo de ella, fingiendo la necesidad de agarrar mi bata. —Sí puedo. Solo tengo que seguir intentando.

—¿Cuánto tiempo sobrevivirá mientras tú sigues intentándolo?

Algo helado se hunde en mis entrañas. Me giro para mirarla. —¿Cómo te atreves?

—No. No esta vez. ¿Cómo te atreves *tú*? Actuando como Mamá y tratando de salirte con la tuya.

Esa línea se siente como una bofetada en la cara. Estoy físicamente desconcertada. El arrepentimiento brilla en sus ojos, pero se mantiene firme. Justo como siempre hace cuando cree que sabe tanto.

—No soy Mamá…

—Dilo otra vez.

Hago una pausa. —No soy Mamá.

Mel alcanza por encima de Taty para apretar mi mano. —De nuevo. Dilo otra vez. Más lento.

—No… soy… —un tipo diferente de nudo se forma en mi garganta. Se me llenan los ojos de lágrimas—. No soy Mamá —digo en un susurro.

Y ahí es cuando me rompo.

Lloro, lloro y lloro. La puerta del dormitorio se abre y Asya entra de puntillas para llevarse a Taty, para que podamos pasar un rato entre hermanas. Al menos eso es lo que creo que dice. Estoy demasiado ocupada llorando.

Mel gatea sobre la cama y me abraza con fuerza. —Chito. Lo sé. Lo sé. Desahógate. Está bien.

Otra mano aprieta cálidamente mi pierna. Es Asya, aún aquí, mirándome con tanta calidez y compasión. En el otro brazo sostiene a Taty, que me mira con ojos interesados.

—Yo no… yo no… —*no quiero llorar cada vez que hay una ligera brisa, maldita sea*—. No quiero ser Mamá. ¡Amo a mi bebe!

—Lo sé. Todos sabemos —Mel me frota la espalda—. Ya eres mucho mejor que ella.

—Ella no se preocupaba por nosotras. Ella solo… solo… metía mierda en un biberón y no le importaba lo que nos pasaba —me inclino hacia el abrazo de mi hermana mientras los sollozos se intensifican.

Al mismo tiempo, se siente como si se liberara una especie de válvula de presión. Como si me hubiera estado aferrando a este dolor, a este resentimiento no expresado hacia Ophelia, y recién ahora me diera cuenta.

—A ti te importa —me susurra mi hermana—. Te preocupas por Taty. La *amas*.

—Por supuesto que sí.

—Entonces, necesitas superarte.

Hipo entre sollozos y parpadeo. —¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Cuando dije que debías dejar de actuar como Mamá, lo decía en serio. Nos alimentó con biberón porque es lo que *ella* quería, no porque fuera lo que *nosotras* necesitábamos. Nos decía eso todo el tiempo. Ya "arruinamos su cuerpo", así que no quería que arruináramos su vida también. Sé que quieres ser mejor para Taty. Mejor de lo que jamás fue nuestra madre —Mel suspira y me hace retroceder para que la mire—. Pero lo estás haciendo al revés. No se trata de leche materna en lugar de polvo, sino de dejar de lado tu orgullo para darle lo mejor que puedas. Incluso si lo mejor es la fórmula.

—Yo les di fórmula a mis bebés —Asya se ríe cuando ambas la miramos con sorpresa en nuestros rostros—. ¿Qué? Lo siento, pero lo hice. Los amamanté todo lo más que pude, pero esos dientes… —se estremece—. Y Pasha no era exactamente un bebé gentil. A veces, alimentarlo era como ir a la guerra. Prefiero que muerda la tetina de un biberón que la mía.

Resoplo, desordenada, mocosa y ultravergonzosa. Pero Melanie solo se ríe y me limpia la cara con la manga. Asya se inclina para besarme la mejilla, y luego sale de la habitación con Taty a cuestas.

Internamente, le grito que regrese. *No quites a mi bebé de mi vista*. Pero externamente, sé que tengo que empezar a manejar mis cosas y acostumbrarme al hecho de que no puedo ser un helicóptero sobre mi hija cada segundo de su vida.

Cuando estamos solas, Mel me cepilla el cabello con los dedos. —Entonces… cuéntame todo sobre ti y Pasha.

Me sonrojo. —Nosotros, eh… nos vamos a casar —hago una mueca, lista para su explosión—. En unas tres semanas.

—Parece que tenemos que ir a comprar vestidos. ¿Has elegido los colores de tu boda?

—Acabo de decir que me casaré con este tío en menos de un mes. ¿Qué crees *tú*?

—Creo que es fantástico. Creo que es asombroso. Creo… —frunce el ceño cuando ve mi falta de

entusiasmo—. Ya va. ¿Por qué no estás feliz? Deberías estar encantada.

—Lo estaría… si él realmente *quisiera* casarse conmigo. Es solo una obligación.

Melanie me mira como si me acabara de salir una cola en la frente. —¿Disculpa? ¿Desde cuándo no está locamente enamorado de ti?

—¿Desde que le mentí? ¿Desde que básicamente se mudó a su oficina?

—Ah, vaya —pone los ojos en blanco y sacude la cabeza—. Tuvieron un desacuerdo. Gran maldita cosa. Y luego regresó, y parece que hizo las cosas bien, o al menos lo está intentando. Ya sabes, como una pareja *normal*.

En realidad, nunca me detuve a pensar en ello. No así. Su ausencia repentina fue muy discordante, y mi culpa por ocultar quién era fue muy pesada. Estaba tan segura de que nuestra relación había terminado.

Mis dedos se dirigen a mis labios tímidamente. Él me besó. Minuciosamente. Él me *ha estado* besando, técnicamente, pero lo acepté como "ser amable" y tratando de ayudarme a no caer tanto.

—Pensé que habíamos roto —mi susurro es apenas audible mientras intento recalcular todo lo que ha sucedido desde el hospital.

Mel arquea una ceja y mira alrededor de la habitación. —Una configuración bastante buena para una exnovia. Con quien se casa. Dejando a un lado las matemáticas, fácilmente podría haberte alojado en el apartamento de al lado. Él no te necesita cerca todo el tiempo.

Tiene razón. Él no me necesita. Ese pensamiento es casi demasiado desgarrador…

—Oye. Oye. Calma. Dije que no te *necesita*. Él muy claramente te *quiere*. A un nivel masivo.

—Claro.

—Vale. Voy a fingir que mi hermana no está ciega a su propio entorno y simplemente, por el bien de… bueno, de todo, sacaré todo esto. ¿Pasha tiene trabajo?

Resoplo. —Eh, sí. Es el CEO de una importante corporación, con contratos tecnológicos y militares y todo eso. Es algo importante.

—Es bueno saber que mis demandas de chantaje han aumentado —me guiña un ojo—. Así que supongo que, con esta gran carrera, ¿tiene una oficina corporativa? ¿Viaja un montón? ¿Reuniones con jefes de estado y todo eso?

Asiento a todo.

Mel se inclina hacia adelante. Una sonrisa conspirativa retuerce su rostro. —Entonces, ¿qué diablos está haciendo *aquí*? ¿Satisfaciendo todas tus necesidades, sirviéndote de pies y manos? Podría haber contratado a otra persona para hacer todo eso. Su mamá ni siquiera necesita estar aquí; ella podría fácilmente ver cómo estás en cualquier otro apartamento o casa adosada, o lo que sea. Pero no lo hizo. Él está aquí, brindándote su tiempo y su atención por encima de todo.

Y me compró una galería.

—Es fácil comprarle consuelo a alguien. Mostrarle a alguien que lo amas es otra cosa. Ha dejado excepcionalmente claro que no solo está perdidamente enamorado de ti, sino que estará en esto por mucho tiempo. Creo que lo único que todos nos preguntamos es: ¿sientes lo mismo por él?

—Sí. Dios, sí.

Sale volando de mi boca antes de que tenga tiempo de pensar en todo.

Pero es verdad.

Mel sonríe. —Entonces, demuéstraselo. Lo peor que podría pasar es una explicación exhaustiva de tu posición, pero al menos así no habrá confusión. ¿Lo mejor que podría pasar? —su sonrisa se amplía hasta convertirse en una sonrisa radiante—. De esto obtengo algunas sobrinas y sobrinos más.

Agarro una almohada y la golpeo con ella. —¡Palabras audaces provenientes de alguien que no acaba de dar a luz una sandía!

—En realidad, lo hice *dos veces*.

Un golpe en la puerta nos impide entablar una verdadera pelea de almohadas, lo cual es mejor. Después de todo, se supone que somos adultos.

Pasha asoma la cabeza. Cuando me ve sonreír, es como si de repente un gran peso se fuera de todo su cuerpo. —Quería hacerte saber que tu masajista está aquí. Melanie, te mostraré nuestra otra habitación de invitados para que te acomodes.

Melanie salta de la cama y salta hacia la puerta. —¡Siempre y cuando eso incluya tiempo para acurrucarme con mi sobrinita! —hace una pausa para mirarme por encima del hombro—. Volveré, señorita. Tenemos arreglos florales que discutir.

La miro salir corriendo, luego miro a Pasha con renovada confusión. —¿Masajista?

Pasha abre más la puerta y deja paso a una encantadora mujer vestida con una elegante bata médica y llevando una camilla de masaje plegable. —Esta es Evangeline. Es una de las mejores y se especializa en atención prenatal y posparto.

Evangeline asiente con cortesía y sonríe, pero se concentra en preparar la mesa en el rincón más alejado de la habitación.

—Ah, no… Esto realmente no es necesario —me levanto de la cama, en parte presa del pánico por estar lejos de Taty durante tanto tiempo.

Pero Pasha me agarra por la cintura y me retiene allí. —Sí, lo es. El estrés no es bueno ni saludable para ti y ya has pasado por mucho.

La masajista señala la mesa una vez que está lista. —Saldré y esperaré a que se desnude hasta su nivel de comodidad. Tenga en cuenta que cuanta menos ropa lleve puesta, más fácil será acceder a los puntos débiles comunes.

Esperamos hasta que ella se vaya antes de volver a nuestra discusión.

Las manos de Pasha acarician mis costados. —Esto es exactamente lo que recetó el médico.

Considéralo una receta.

Me giro para mirarlo con no poco escepticismo. —¿Realmente la Dra. Bradshaw me recetó un masaje?

—Más bien… el Dr. Chekhov. Y dice que los necesitas con regularidad, al menos dos veces por semana para empezar —su mirada desciende hasta mi pecho y juro que veo calor parpadear en sus ojos—. Ahora, sé una buena paciente y déjame cuidar de ti.

No puedo negar el escalofrío que su voz baja envía a través de mí. O la forma en que su suave toque mientras me quita la bata de los hombros deja rastros de calor a lo largo de mi piel.

Si no me estuviera recuperando, sería necesario reprogramar esta cita de masaje.

Mi ropa no tarda mucho en amontonarse en el suelo. Una vez que estoy completamente desnuda, Pasha me toma en sus brazos y me lleva a la camilla de masaje, donde me acuesta. Agarra la sábana con la que se supone que debo cubrirme, pero se detiene justo antes de cubrirme con ella.

La forma en que me mira. Tanto calor y deseo.

En realidad, Mel podría tener razón.

Cubre mi cuerpo con la sábana y se inclina sobre mí para darme un último beso en la cara. —Sé buena —murmura.

No sé lo que me pasa. Quizás sea el calor del momento. Quizás sean mis hormonas. Tal vez sea la parte de mí que recuerda lo que es no tener miedo.

Sea lo que sea, levanto la mano para agarrarlo por el cabello, lo acerco y lo beso.

Pasha gruñe y me devuelve el beso. Por un momento, quiero que se suba y me dé el tipo de masaje que ambos anhelamos.

Pero la responsabilidad se impone. Él se aleja y lo dejo. Porque necesito.

—Sé buena —me señala con el dedo antes de marcharse.

Suspiro. Fue lindo mientras duró.

PASHA

—La Srta. Cora está en la línea uno, Sr. Chekhov —Jack, mi nuevo asistente, me recibe junto a su escritorio con una pila de papeles y algunos mensajes escritos a mano—. Traté de preguntar de qué se trataba, pero ella dice que lo sabes.

Joder. Cora Brennan es la última persona con la que quiero hablar ahora.

Desafortunadamente para mí, ella tiene la información que necesito.

—Pasha, cariño. Mucho tiempo sin verte —ronronea Cora por teléfono cuando entro a mi oficina y contesto.

—Casarse y tener un bebé le hace eso a un hombre. ¿Qué tienes para mí?

—No mucho, me temo. Scott ha estado completamente nervioso desde tu arresto…

—Arresto *falso*.

—Ah, estoy segura. De cualquier manera, algo lo tiene acorralado y no se mueve. Incluso intenté darle algunas pistas para que saliera corriendo a jugar, si sabes a qué me refiero. No mordió.

No me gusta cómo suena eso. Ella conoce todos sus asuntos, entonces, ¿por qué no iba a saber de sus tratos?

—¿Y estás diciendo que esto tiene algo que ver con mi arresto falso?

—Bueno, la sincronización es bastante conveniente, ¿no te parece? No tengo información para confirmar o negar una correlación allí. Solo… cuida tu espalda. Ahora más que nunca. ¿Vale?

De nuevo, no me gusta lo que escucho. Es una vacilación en su voz. Un destello de miedo.

Cora Brennan nunca le tiene miedo a nada.

—Tú también.

Eso es todo lo que puedo soportar con ella. Cuelgo, pero apenas termino la llamada, mi teléfono vuelve a sonar. El nombre en la pantalla no alivia mis preocupaciones ni un poco. —Steppa. ¿Qué sucede?

Mi *vor* no suena muy feliz. —Autos de policía camuflados por todas partes, señor. Tienen un radio de cinco cuadras alrededor de tu edificio y un círculo de tres cuadras alrededor del ático. Te

estoy enviando una foto ahora.

Abro el archivo adjunto en su texto y entrecierro los ojos hacia la pantalla. Efectivamente, veo policías vestidos de civil paseando por las aceras que llamo mías.

Blyat'.

—¿Mi madre lo sabe?

—No se ha dicho nada que cause alarma, pero le mencionamos a la Sra. Chekhov que lo mejor sería quedarse adentro por el momento. Ella pareció entender.

Asiento. —Acortaré las cosas aquí en la oficina. Revisa tus mensajes; te avisaré cuando esté en casa.

—Entendido.

Le envío un mensaje de texto a Makari para que cierre el campo de tiro y cierre con llave los almacenes de nuestras existencias legales. Incluso si los federales pasaran por aquí, nunca verían las operaciones ilegales, a menos que comenzaran a cavar detrás de paredes falsas y debajo de pisos de piedra… pero vale la pena estar atentos.

Hasta que tenga todo sobre ASM Smithson, asumiré que los federales siempre investigarán.

Pero será mejor que se aseguren de venir con papeleo y bolas de acero. Si no, mis abogados y mi Bratva los harán pedazos.

O peor aún… lo haré yo mismo.



CUANDO LLEGO A CASA, Taty está profundamente dormida en su cuna en la guardería. Mamá está leyendo un libro en la mecedora, mirándola atentamente. La masajista de Daphne me saluda cortésmente antes de salir con su mesa y su bolso.

Aquí todo parece tranquilo y pacífico. Ni federales invasores, ni rivales pistoleros, ni futuros suegros astutos que intenten robarme a mi bebé.

Siendo realistas, podría haberme quedado en el edificio corporativo y dejar que todo fuera así.

Pero no puedo concentrarme en el trabajo cuando existe incluso una mínima posibilidad de que mi familia esté en riesgo.

Me dirijo al dormitorio para quitarme la ropa formal de mierda corporativa. Me estoy quitando la corbata cuando Daphne sale del baño, envuelta en una nube de vapor y empapada.

Y desnuda.

—¡Ah! Hola —sonríe y agarra una toalla para envolverse—. No pensé que volverías hasta más tarde.

—Aquí estoy —mi boca se reseca. Trago y trato de concentrarme en otra cosa. Algo más que la

forma en que finos riachuelos de agua gotean de su cabello y recorren las curvas de sus pechos…

—A mí, eh, me surgieron algunas cosas —termino de quitarme la corbata y la tiro sobre la cama. *Joder*, no debí hacer eso. Ahora quiero usarla para atarla a los postes.

Juré que no la tocaría mientras se recupera. Pero nadie dijo que esto sería fácil. Duermo todas las noches junto a sus curvas tentadoras y siento su cálida suavidad frotándose contra mí. Me he masturbado con recuerdos de ella al menos una docena de veces en la ducha.

—¿Todo bien? —frunce el ceño y abraza la toalla un poco más fuerte contra su pecho.

Dios, quiero arrancarla y tomarla. Aquí y ahora.

Enfócate.

—Todo está bien, en realidad —ella no necesita preocuparse por los problemas que literalmente acechan afuera de nuestra puerta—. Tengo una sorpresa para ti. Vístete.

Voy a su cómoda y busco en los cajones hasta que encuentro lo que estoy buscando. —Ten. Ponte esto.

—Vale, Sr. Mandón —me mira suspicaz, una sonrisa tira de la comisura de su boca. Pero, como anticipé, no discute y en lugar de eso toma la ropa y se dirige al baño.

—Aquí.

Daphne se sonroja de nuevo. —Pero estoy…

—No vas a privarme de la vista.

El rosa se vuelve rojo brillante. Jodidamente me encanta.

Camino hacia ella y tiro del nudo de su toalla para que caiga al suelo. *Joder*, estoy duro como una piedra y me duele solo por la vista, sin mencionar la proximidad. Puedo olerla y es embriagador. —Permíteme.

—Ahora puedo ponerme mi propia ropa, ¿sabes?

—Lo sé. Ese no es el punto.

Algo cercano a la realización aparece en su rostro cuando le pongo el sujetador de lactancia y le abrocho los ganchos detrás de la espalda.

—¿Qué sigue? —pregunta, esta vez un poco más entrecortada.

Me arrodillo, saco un par de bragas de seda que saqué del cajón superior. Daphne se equilibra con mis hombros mientras entra, una pierna a la vez, y me permite deslizarlas por sus muslos.

Pero, antes de colocarlas completamente en su lugar, hago una pausa.

La miro.

Y presiono un beso cálido y sensual en su montículo.

No estoy seguro de qué me pone más nervioso: su aroma, su sabor o la forma en que respira

profundamente y sus pestañas se mueven hacia abajo.

Si tuviéramos tiempo, y ella no tuviera puntos, enterraría mi cara entre estos dulces muslos y me ahogaría en sus gemidos.

Tal como están las cosas, tenemos invitados y un horario que cumplir. Así que coloco sus bragas en su lugar, le doy otro beso cálido en la cadera y me levanto para ayudarla a ponerse el vestido tipo camiseta.

El suave tejido de punto la abraza en todos los lugares correctos y cae justo debajo de sus rodillas. Es apropiado y lo suficientemente elegante para nuestro invitado, que nos espera en el vestíbulo.

—Te dejaré encargarte del resto —le murmuro al oído. Es todo lo que puedo hacer para evitar apretarle el culo—. Pero no tardes mucho. No queremos hacerlo esperar.

—¿A quién?

Pero no voy a arruinar la sorpresa, así que le doy un beso y salgo de la habitación para ir a saludarlo.

PASHA

Emile Ricardo, joyero y diseñador personalizado de fama mundial, hace una reverencia cuando ve que me acerco. —Sr. Chekhov. Es un honor.

Le estrecho la mano con una sonrisa cordial. —Por favor, es todo mío. Le agradezco que se haya adaptado a nuestro horario.

—Bebés, ¿eh? Entiendo —se ríe y saca una foto en su teléfono—. Mi sobrina y mi sobrino. Mellizos. Si no te mostrara empatía, mi hermana me asesinaría mientras duermo.

Incluso su risa tiene acento italiano. Todavía está sonriendo cuando se abre la puerta del dormitorio y sale Daphne.

—Em… ¿quién es este? —me susurra.

—Este es Emile Ricardo. Emile, esta es mi prometida, Daphne.

Vuelve a inclinarse, siempre como un caballero. —¿Empezamos? —pregunta, extendiendo un brazo para preguntar dónde hablaremos.

Los llevo a la oficina. Daphne se muestra reacia a moverse; prácticamente tengo que arrastrarla hacia adentro. Una vez más, Emile me mira pidiendo permiso, y cuando asiento, comienza a desempacar sus diversas maletas y saca varios libros de diseño para colocarlos en mi escritorio.

Daphne se acerca más a mí. —¿Qué está sucediendo?

—Necesitamos anillos de boda —respondo—. Y te debo un anillo de compromiso, así que lo vamos a escoger también.

Su mandíbula golpea el suelo. Luego se cierra de golpe, igual que sus emociones. —Sí, no, gracias. Te dejo con eso.

—Diablos que lo harás —mi orgullo exige saber por qué no salta de alegría como debería. Mi memoria y mi lógica me recuerdan que he hecho muchas cosas que justifican esta respuesta poco entusiasta. Así que me siento en mi silla y la pongo en mi regazo.

—Pasha…

Envuelvo mis dos brazos alrededor de sus caderas para que no pueda escapar. Y así podrá sentir cuánto la deseo.

Cuando está enjaulada, rozo mis labios contra sus orejas. —Te pondré mi anillo en tu dedo, *moya plamya*. Así como puse a mi bebé en tu vientre.

Daphne intenta reprimir el grito ahogado, pero lo oigo. También siento que sus caderas se mueven un poco en mi regazo.

Ella no es la única que anhela más.

Con una sincronización exquisita, Emile se acerca al escritorio con su tableta y toma asiento. —Ahora, *signora*, algunas preguntas. ¿A qué te dedicas?

Ella luce genuinamente confundida. —¿Es eso… importante? ¿Para un anillo?

—¡Por supuesto! Los riesgos laborales sí requieren ciertas estipulaciones para no perder los dedos. Tomemos, por ejemplo, un trabajador de almacén. Si me dijeras que almacenas cajas pesadas todo el día, te diría que te concentraras en diseños que estén al ras con el dedo en lugar de levantados. Lo mismo ocurre con los profesionales médicos, por los guantes y los desgarros.

—Ah —suelta una risa tímida—. Tengo que admitir que nunca lo había pensado así. Con ninguna joya.

—¡La mayoría de la gente no lo hace! Pero no soy la mayoría de la gente. Y tú tampoco —la sonrisa de Emile se amplía cuando le hace un gesto para que le muestre su mano izquierda—. Déjame ver si puedo adivinar. Sin callos, por lo que no hay trabajo manual. ¿De naturaleza académica?

—Cerca —Daphne sonríe—. Soy curadora de galería. Arte moderno, principalmente, pero estoy pensando en presentar piezas más clásicas.

—¿Lo estás? —pregunta Emile, encantado—. ¡Qué maravilloso!

Ella se sonroja. —Bueno, son las primeras etapas. Yo… realmente no lo he decidido todavía. Será caro…

—Y valdrá cada centavo —le doy un apretón en el muslo—. Estoy seguro de que tendrás uno o dos patrocinadores que estarán más que felices de financiar la nueva empresa.

El rubor que se extiende por su rostro vale cada centavo que aún tengo por gastar.

Emile brilla con orgullo al adquirir un libro en particular de su colección. —¡Me encanta todo! Eso nos da mucho más espacio para trabajar. Ahora bien, ¿somos una dama elegante y opulenta? ¿O una moda más reservada y conservadora?

—No pienses en dónde has estado —le susurro al oído—. Piensa en dónde quieres estar. *Quién* quieres ser.

Lo digo porque sé que automáticamente optará por el menos ostentoso y no por una real preferencia de estilo. Siempre se ha tratado de supervivencia. Llamar la menor cantidad de atención para ahorrarse la ira y el juicio de sus padres.

Necesita saber, tanto como yo quiero saber, quién es ella debajo de la armadura.

—¿En algún lugar en el medio? —me mira con incertidumbre—. Sí. En algún lugar en el medio.

No soy de ostentación ni glamour, pero la arpillera me pica demasiado.

Emile se ríe y pasa a una sección del libro de diseño. —¡Te entiendo! Echa un vistazo a estos y dime lo que piensas. ¿Qué te llama la atención, qué salta de la página…?

Los dejo discutir diferentes estilos y opciones, contento con solo verlo ponerle varios anillos en su dedo delgado. Aún más entretenido es medir su respuesta por las pequeñas formas en que sus ojos se agrandan, sus labios se abren o la parte superior de sus mejillas se sonroja.

Mi respuesta es considerablemente más primitiva. Y solo se pone más dura.

Hay algo excitante en ver a mi mujer envuelta en diamantes y oro. Y ahora que estoy pensando en ella usando estos diamantes y delicadas cadenas… y nada más…

Estos pantalones no se aflojan.

Pierdo la noción del tiempo. Es demasiado fácil perderse en el sonido de su voz, la sensación de su calidez acurrucada en la mía, la suavidad de su piel donde mis dedos trazan círculos en su muslo.

Pero finalmente se decide por un anillo. Se lo pone y levanta la mano para que yo lo vea. —¿Qué opinas?

—Creo que es demasiado pequeño.

El rostro de Daphne se desmorona. —Ah.

Estudio su mano. Quiero que pueda usarlo dondequiera que vaya, sin importar lo que haga.

Pero también quiero que todo el puto universo vea que, cuando se trata de mí y de mi esposa, solo le daré lo mejor.

—Seis quilates.

Emile oculta discretamente su vertiginosa sorpresa y toma notas con calma. Daphne simplemente me mira boquiabierta, completamente sin palabras.

—¿Estás… estás seguro? —sale de su boca más bien como un silbido ahogado—. No necesito…

—No se trata de lo que necesitas; se trata de lo que queremos. Tú quieres verte y sentirte hermosa. Yo quiero cubrirte con diamantes y perlas.

Y luego follarte hasta los sesos mientras los usas.

Emile terminó sus cálculos y abre la boca para discutir el precio, pero lo interrumpo con un sutil movimiento de mi dedo. No necesitamos ser groseros.

—Yo me encargo desde aquí, Daphne —capturo sus labios con los míos, pasando mis dedos por su cabello para abrazarla y saborearla profundamente. Puedo sentirla derretirse en mis brazos; su suave gemido ronroneante se derrama sobre mi lengua como el vino más dulce.

Si no tuviéramos un invitado…

Si ella no tuviera puntos…

Joder. Necesitará un casco para la puta cabeza cuando finalmente pueda tenerla.

Daphne se sonroja mucho cuando recuerda que no estamos solos. Emile, profesional como siempre, hace un gran espectáculo hundiendo la nariz en sus libros. Ella se desliza de mi regazo. —Será mejor que vaya a ver cómo está Taty.

Con un "gracias" más a Emile, sale corriendo de la habitación.

Emile me mira y empieza a garabatear una cifra en una nota adhesiva. Levanto una mano antes de que pueda llegar a la mitad de los ceros.

—Me importa un carajo —le digo sin rodeos. Garabateo mi firma en un cheque y se lo entrego —. Escribe tu propio maldito precio. Pero lo quiero dentro de una semana… y Emile… lo quiero *perfecto*.

No está desconcertado. Ni un poco. Por el contrario, la sonrisa en su rostro es casi lobuna. —Absolutamente, Sr. Chekhov. Un placer hacer negocios con usted.

DAPHNE

—Ay. Dios. *¡Mío!* —Hazel tira las bolsas de regalo al suelo cuando ve a Tatyanna en mis brazos —. ¡Mírate! ¡Mírate, linda princesa!

Y justo así, mis brazos se vacían. Hazel me quita a mi bebé y se derrite en una serie de arrullos y abrazos. Me siento aliviada de no sentirme tan ansiosa como esperaba.

Ella es Hazel. Mi Haze. Mi mejor amiga. Le confío mi vida.

Aparentemente, también le confío la vida de Taty.

—Dios mío, Daph. En serio, ¡mírala! ¡Ella es *tan* bella! —Hazel me sigue a la sala de estar y se deja caer en el sofá. Por la forma en que sostiene a Taty, tengo la sensación de que no recuperaré a mi bebé pronto.

Y, sinceramente, me reconforta. Lo que es bueno. *Progreso*.

—Ella se parece a su papi, eso es seguro —dejo la bolsa de regalo junto a la mesa auxiliar sin abrirla todavía.

—Ay, por favor. Quizás su cabello, pero estos ojos son todos tuyos. ¿No lo son, linda bebé?

Taty le balbucea a Hazel y mueve sus deditos hacia su madrina no oficial.

Madrina. Mierda. Necesito invitar a mi mejor amiga a… bueno, prácticamente todo lo que sucederá en la próxima semana o dos.

—Oye, Haze… ¿podemos hablar?

—Oh-oh —ella se ríe y abraza a mi bebé—. ¿Qué hice?

Pongo los ojos en blanco con una risa suave. —Nada. Aún. Quería saber… En realidad, debo decirte primero —respiro hondo—. Me voy a casar. Con Pasha.

—La próxima semana. Sí, lo sé —Hazel me sonríe—. Me llamó hace un tiempo. Quería asegurarse de que la fecha funcionara para mí. Le dije, mierda… digo, ¡miércoles! —presiona sus manos alrededor de las orejas de Taty—. Dejaré mi trabajo si es necesario. ¡No me lo perderé por nada del mundo!

Por enésima vez desde que llegué a casa, me quedo boquiabierta. *¿Ella sabe? ¿Él* le contó *a*

ella?

Debería sentir algo. Como dolor o decepción por no poder darles tal sorpresa a mis amigos y familiares.

Pero soy yo la que constantemente se sorprende. Especialmente por mi propio… *alivio*.

Están sucediendo muchas cosas. Demasiadas, la verdad. Entre todo con mis "padres", mi ex, la galería y ser madre primeriza de una bebé quisquillosa, casarme con el hombre de mis sueños en tan poco tiempo ha sido…

Bueno, pensé que sería una pesadilla. Una pesadilla que agota la energía y provoca canas.

Pero Pasha sigue demostrándome que realmente me respalda. Que, a diferencia de tantas personas en mi vida hasta este momento, él realmente piensa en mí y en mis necesidades además de en las suyas.

No estoy acostumbrada a eso.

Ni por asomo.

—¿Bien? —alcanzo a Taty solo para sentir sus deditos alrededor de los míos—. ¿Qué opinas?

Hazel suspira. —Creo que ya es hora. Creo que te mereces todo este lujo y más.

—No estoy en esto por el dinero.

—Ay, lo sé. También lo sabe él. Quiero decir que mereces que te lo den todo, todo este amor y atención… y sí, también un mimo considerable —su voz se suaviza—. Dios sabe que has estado sin ayuda durante tanto tiempo.

Me concentro en los dedos de mi bebé para no tener que encontrarme con su mirada cómplice. —Lo he manejado.

—Sí, pero no deberías tener que hacerlo. Una cosa es que tu familia o tu prometido simplemente no tengan los medios. Es otra cosa terrible cuando tienen la mitad del universo en las palmas de sus manos, pero solo te dan sobras.

Sus palabras impactan más profundamente de lo que ella cree. Es algo que he hecho un muy buen trabajo evitando… aceptar la realidad de mi propia familia jodida.

Ella extiende la mano para frotar mi brazo con la mano libre. —Estoy muy feliz por ti, Daph. En serio. Y tienes razón: no se trata de dinero. Se trata de ver que ya no aceptas lo segundo o lo tercero. Has permitido que la gente te pisotee durante años. Estoy tan… —vuelve a tapar los oídos de Taty y reduce la voz a un susurro—. ¡*Jodidamente* feliz de verte defendiéndote!

Ante eso, no puedo evitar sonreír.

Hazel ajusta a Taty en su regazo y cruza las piernas en el sofá para formar una especie de nido para el bulto. —¡Entonces, cuéntamelo todo! ¿Qué vamos a hacer para tu despedida de soltera?

—¿Despedida de soltera? —resoplo—. Nada. Absolutamente nada.

—¡Boo! ¡Aburrido!

—Escucha. Tener a un tío agitando su polla hacia mí es como todo esto… —agito mis dedos hacia Taty—, comenzó. Así que… no, gracias. Además…

—Lo siento, tenemos que presionar el botón de pausa aquí. ¡¿Pasha simplemente la sacó y te la agitó?!

—¡No! Sabes lo que quiero decir. El único tío desnudo que quiero o necesito ver, no lo he visto desnudo en… vaya. *Semanas*. Así que no, no quiero una despedida de soltera.

Hazel suelta una risa incrédula y niega con la cabeza. —Vale, vale. Primero, será mejor que tu hombre se ocupe de tus necesidades pronto, ¡y quiero decir *pronto*!

—¡Lo hará! Solo estoy… recuperándome —*de una tonelada de mierda, más que simples puntadas.*

—Claro, claro. Igual. Dos, ¡debes sentirte honrada! ¡Exhibida! ¡Estamos hablando del resto de tu vida! Te mereces, no… *necesitas* una noche de libertinaje desenfrenado antes de entrar en tu nueva vida de ser una esposa y madre modelo.

Todo eso suena agotador.

—Te amo, Haze. Y sé con certeza que, en cualquier otra circunstancia, estaría totalmente de acuerdo. Pero…

—¿Pero tu hombre es posesivo de una manera sexy que podría azotarte? —mueve las cejas.

Eso también. —Pero estoy *exhausta*. Y todo eso suena tan…

—Ah, lo entiendo —me guiña un ojo—. Ya se nos ocurrirá algo. No te preocupes.

—Siempre estoy preocupada, Haze. Especialmente cuando guiñas un ojo así.

—¡Bueno, para! Simplemente recuéstate y sé la reina hermosa y mimada que eres.

Me dejo caer dramáticamente en el sofá solo para hacerla reír. Funciona. Sin abrir los ojos, toco otro tema que he estado evitando. —¿Cómo van las cosas en la galería?

Puedo escuchar su sonrisa malvada. —¡Ay, *muchas* gracias por recordármelo! Necesito enviarte ese vídeo de Los Bobos siendo echados a la acera. Fue fantástico. ¡Nunca pensé que Keith podía chillar tan alto! Y creo que las uñas de Todd trazaron un camino desde la pared hasta la puerta.

—Ay, Dios mío —me río con ella, sacudiendo la cabeza—. Esos dos.

—Sí, bueno, se lo merecían. ¿Y esa nueva gerente, Aubrey?

Mi respiración se corta. —¿Sí?

—Asombrosa. Verdaderamente asombrosa. Sabe de lo que habla y dirige el negocio con mano de hierro. Pero al mismo tiempo es un ser humano, ¿sabes? El otro día me desangré y cuando le dije que tenía que salir a encargarme de las cosas, ella solo me dijo que me tomara el día y descansara. Me preguntó si necesitaba algo, se ofreció a enviarme una almohadilla térmica, de todo. Me sentí un poco rara al *no* ser ridiculizada por ser mujer.

Eso me hace abrir los ojos y sentarme. —Es raro, ¿verdad? ¿Estamos tan acostumbradas a que

nos menosprecien por cosas normales?

Hazel pone los ojos en blanco. —¡Pensarías! —le sonríe a Taty y le toca la punta de la nariz con un dedo—. Las cosas serán diferentes para esta pequeña. Y me alegro mucho, Daph. En serio —su mirada se encuentra con la mía—. Ya es hora de que alguien te trate como siempre te has merecido. Realmente te deseo toda la felicidad que te espera.

DAPHNE

Es la noche anterior a mi boda.

Respira, Daphne. Respira.

Ah, espera. No soy yo quien habla sola, es Hazel.

—Respira, Daphne. Respira —ella me muestra su famosa sonrisa de *estoy-tramando-algo*—. Siéntate. Tenemos esto.

Odio sentirme inútil. Pero más odio sentirme abrumada, así que hago lo que ella sugiere y siento mi aturdido trasero en una de las sillas mullidas.

La gente está ajetreada por el ático, preparando todo y listos para nuestra cena de ensayo, que también es una especie de combinación de despedida de soltero y soltera. Muchos pájaros, muy pocas piedras. Justo como lo quiero.

Capto la mirada de Pasha cuando dobla la esquina. Me guiña un ojo y luego continúa caminando hacia la cocina para dirigir al servicio de catering.

Momentos después, una persona al azar que no reconozco deja una taza de café en la mesa junto a mí. —De parte del anfitrión —explica.

—Gracias —tomo un sorbo de café y tarareo para mí misma. De alguna manera, el hombre siempre sabe exactamente lo que necesito… incluso antes que yo.

Pero ese es mi problema. Es el problema que me ha estado pesando desde que simplemente *anunció* que nos casaremos en lugar de preguntarme si quería siquiera considerar pasar el resto de mi vida con él.

¿Estamos haciendo esto porque queremos?

¿O porque él cree que “tenemos que” hacerlo?

—¡Ahí está! ¡La reina del fin de semana! —Sofi me sonríe y se deja caer en la otomana en la que tengo apoyados los pies. Los pone en su regazo y, como el ángel que es, comienza a frotarlos.

—Parece que te vendrían bien unos mimos extra —dice mientras me frota los dedos de los pies.

—¿Además de todos los demás mimos? —porque, por supuesto, Pasha me mantuvo masajeada

con batidos y con un horario de sueño regular. Con baños calientes y horarios de siesta obligatorios.

Sofi arquea una ceja. —Dime que probarse el vestido no fue estresante. Entre los ochenta pares diferentes de tacones y… ¿cuántos vestidos te probaste realmente?

—Mil, más o menos —al menos así lo sentí. Pero con las prisas de la boda, no tuvimos tiempo de ir de compras a diferentes boutiques.

Por supuesto, Pasha se aseguró de que tuviéramos acceso personalizado a los mejores diseñadores. Al final, elegí a la diseñadora que no tenía signos de dólar en los ojos, pero sí tenía un vestido impresionante que parecía surgido de mis sueños.

Solo desearía *sentirme* como si estuviera en un sueño.

Al menos, no me siento como si estuviera en una pesadilla. Eso es bueno.

…¿No?

Asya entra a la habitación con Taty en su hombro. —La cena estará lista en unos minutos, queridas. Tengo a esta pequeña lista para la hora de acostarse, pero Arlo dijo que, si se despierta más tarde, le daremos un baño agradable y tibio para que se calme.

Mi corazón se aprieta al verla brillar mientras habla de su novio. Parece un término extraño para llamar a un caballero tan distinguido, pero ¿qué más significa él para ella? Aún más entrañable es la forma en que Arlo ha asumido el papel del cariñoso y tierno abuelo que Taty necesita. Sin que se lo pidan, debo añadir. Es como si algo instintivo se activara y él se enamorara de ella desde el primer día.

—Muchas gracias —digo efusivamente—. ¿Pero estás segura de que quieres cuidarla esta noche? Podemos…

—Sé lo que estás a punto de decir, así que te lo voy a decir ahora mismo, *malyshka*. —Mamá me señala con el dedo, regañando—. Tienes un deber esta noche, mañana y el resto del fin de semana: relajarte y ser la hermosa esposa de mi hijo.

—Son como tres deberes —me quejo.

Mamá murmura algo en ruso en voz baja, pero el brillo de sus ojos y la forma en que aprieta mi hombro mientras carga a Taty me hace sentir la calidez de su afecto.

Y, cuando abre la puerta principal, esa calidez se esparce cuando irrumpen mi hermana y su familia.

Me pongo de pie para cargar a mis sobrinos y sofocarlos a besos. Mel hace lo mismo conmigo, seguida de Jameson. —¡Llegaron! ¿Cómo estuvo el viaje?

—¡Quiero volver a montar el helicóptero!

—¡Demasiado ruido! ¡Demasiado ruido!

Jameson discute con sus emocionados hijos y Melanie pone los ojos en blanco y se ríe. —¡Diablillos! Por favor, díganle al tío Pasha “gracias” por los tapones para los oídos.

—No hay de que —Pasha elige ese momento para entrar y unirse a nosotros. Su rostro se ilumina cuando ve a Max y Gentry, respondiendo a sus gritos emocionados con un abrazo de oso gigante. Les da vuelta una vez y los deja caer a los pies de Jameson—. La niñera me acaba de enviar un mensaje de texto; viene en camino. ¿Ustedes se instalaron bien?

—¿Dónde se están quedando? —pregunto porque recién ahora me estoy dando cuenta de lo no informada que estoy en… bueno, en todo.

No porque nunca me incluyó. Solo elegí desconectarme la mitad del tiempo.

—Al lado —Pasha me acerca a su lado y me besa la frente—. Compré el apartamento más cercano y lo amueblé para los invitados. De esta manera, nuestra familia puede permanecer unida y segura…

—¡Y Mami puede emborracharse sin sentirse culpable! —Mel sonríe y se dirige directamente a la cocina—. ¡Te amo, nuevo hermano!

Él simplemente se ríe y niega con la cabeza. —Ven, *moya plamya*. Necesitamos tu opinión sobre el postre.

Tomo su mano y lo sigo a la cocina. A pesar de todo lo que me abruma en este momento, el postre es la única área en la que todavía tengo algo de experiencia.



PASAMOS las siguientes horas riendo y hablando con nuestra familia mientras probamos una gran variedad de comidas y bebemos una letanía de vinos.

Comemos nuestros aperitivos y comida principal con los niños, que están obsesionados con su primita. A pesar de lo pequeña que es, Max insiste en tratar de sostener a “la be-bee” y hace pucheros cuando intentamos explicar por qué Taty es demasiado pequeña. Gentry hace todo lo posible, desde estar resentido con Taty hasta ser sobreprotector, declarándose su “hermano mayor” ya que no tiene nadie que la proteja.

Esto le gana un apreciativo revuelo de su cabello por parte de Pasha, quien le agradece por ser un hombrecito tan bueno.

Una vez terminado el plato principal y servidos los postres pequeños a los más pequeños, les damos las buenas noches y Jameson los acompaña al apartamento de al lado para que la niñera se encargue. Mientras esperamos que regrese, el resto de nosotros nos dirigimos a la sala de estar con copas de vino y algunas botellas aún sin abrir.

Personalmente, por ahora me quedo con el jugo de uva espumoso. Todavía no he renunciado a intentar amamantar, así que no quiero arruinar ninguna posibilidad de alimentar a Taty contaminando mi leche.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás? —me murmura Pasha al oído mientras se acomoda en la silla y me acuesta en su regazo.

—Aún no —me sonrojo y lo empujo con mi cadera—. Pero siéntete libre de ser poético.

Uno de los proveedores de catering lleva un carrito de trufas de chocolate dispuestas en una elegante pirámide. Las fresas cubiertas de chocolate cubren la base, con un borde en abanico de delicados palitos de galleta que completan la extensión.

Quiero poder ponerme el vestido mañana, pero *joder*. Necesito eso en mi boca, inmediatamente.

Mel saluda a su esposo, que regresa con una copa de vino llena y un plato de postre lleno de trufas. —Helen dijo que nos enviará un mensaje de texto cuando estén en la cama para que puedas darle las buenas noches —explica.

—Perfecto —Mel se acurruca a su lado en el sofá—. Ahora, sienta tu trasero ahí y abrázame.

Por un momento, nos sentamos todos juntos en un cómodo y amoroso silencio. Jameson y Mel ocupan la sección central del sofá, con Hazel masticando una fresa junto a ellos y Sofi bebiendo felizmente su vino al final. Asya y Arlo comparten un extremo del otro sofá, acurrucados junto con su brazo alrededor de ella. Makari se sienta en un rincón junto a ellos, lanzando periódicamente miradas a Arlo, que varían entre inseguras, sospechosas y… ¿aliviadas? ¿Admirativas? Es difícil decirlo con certeza.

—Quiero agradecer a todos por venir esta noche —Pasha levanta su copa con la mano libre. La otra está ocupada anclándome a su regazo—. Sé que esto fue con poca antelación, pero significa mucho para ambos tenerlos aquí. Y un agradecimiento especial a Hazel… —inclina la cabeza en dirección a ella—. Por torcerme la oreja hasta que logramos hacer esto.

Ella levanta su copa hacia él, con una sonrisa orgullosa. —Lo que sea por ustedes.

—Me siento especialmente agradecido por esta hermosa mujer aquí —Pasha me abraza más cerca de él y me besa el rabillo del ojo—. Ella entró en mi vida, literalmente, y sacudió todo lo que alguna vez pensé que sabía. Como cuando *supe*, a ciencia cierta, que nunca me iba a casar. Ni en un millón de años.

Mi estómago se retuerce un poco.

—También "sabía" que nunca iba a tener hijos. Nunca iba a sentar cabeza y tener una familia propia. Mi vida era mi trabajo. Yo no…

Lo miro cuando escucho su voz entrecortada. No sé si alguien más lo nota, pero yo sí.

—No merecía ninguna de estas cosas —se aclara la garganta y toma un pequeño sorbo de vino —. Me gustaría decir que simplemente estaba casado con mi trabajo, pero la verdad es que no pensé que fuera el tipo de persona que merece ese tipo de felicidad.

La frente de Arlo se contrae un poco. Nuevamente, no estoy segura de si alguien más se da cuenta. Pero está ahí… un destello de preocupación. Quizás incluso simpatía.

No. *Empatía*.

No sé cómo lo sé, pero está ahí: esta sensación de que hay mucho más entre Arlo y Pasha de lo que cualquiera de ellos deja entrever.

—Y luego viene Daphne —Pasha sonríe con cariño—. Ingeniosa, hermosa, increíblemente inteligente, con ojo para el arte y un corazón de oro macizo. No sé qué haría sin ella en mi vida.

—Sufrir —dice Makari con un tono dramático—. Fuertemente.

Todos se ríen, y Pasha también, pero él asiente con la cabeza. —Sí, eso suena correcto. Sé con absoluta certeza que no sonreiría ni la mitad. Ni disfrutaría de la vida como lo hago ahora. Daphne es… bueno, ella es mi todo. Y voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de merecer cada segundo con ella.

Los vítores, las felicitaciones, los "ayyy" … ¿cómo no besarlo? Especialmente cuando Mak comienza un canto de —¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —y todos suenan sus copas hasta que lo hagamos.

Debería sentirme eufórica.

Debería ahogarme por las amables y amorosas palabras de Pasha.

Debería querer subirme a su regazo y montarlo como un pony.

Pero no siento nada de eso. Realmente no tengo palabras para describir cómo me siento, la verdad. Así que sonrío, finjo y hago mi mejor espectáculo.

Después de todo, es en lo que soy buena.

Mak junta las manos y amplía su sonrisa hasta convertirse en una sonrisa malvada. —Muy bien, basta de sentimientos. ¡Hora de juegos!

—Ay, no —se queja Sofi.

—Ay, sí —salta del sofá y agarra una bolsa que había traído antes—. Y, dado que estos dos son unos mojigatos totales que no respetan el honor y la dignidad de las despedidas de soltero y soltera…

Pasha pone los ojos en blanco y se ríe. —Difícilmente considero que emborracharse en un club de striptease sea "honorable" o "digno".

Mak se da vuelta, sosteniendo una caja delgada en sus manos. —Porque no sabes divertirte, querido hermano. ¡Miren! —levanta la caja como en una película de dibujos animados—. ¡Ponle la Polla al Bailarín!

—¡¿La *Qué* a *Quién*?!

Asya casi se ahoga con el vino. Hazel se lleva la mano a la boca y Jameson se dobla de risa.

Pasha solo niega la cabeza con disgusto. —Incluso tú eres mejor que eso, Makari.

—¿Ves? Totalmente mojigato —Mak se dirige a la pared más alejada de la sala de estar y procede a preparar el juego. Es un gran cartel de un hombre desnudo y musculoso sin genitales, flexionándose lo suficiente como para causar algún problema cardiovascular.

—Ya conoces el juego. Ponle la cosa al coso. La cola a la ballena. Podría continuar si quieres.

—Por favor, por el amor de Dios, no lo hagas —Sofi pone los ojos en blanco, pero se ríe y se levanta del sofá para unirse a él—. ¡Yo iré primero!

Y así es básicamente como el resto de los invitados de la fiesta terminan dando vueltas con los ojos cerrados y vendados, pollas de papel en la mano y todos nosotros riéndonos de los

tropezones intentos de acercarnos a la ingle del modelo.

Sofi coloca una polla en un brazo. Hazel aterriza en la cara y Jameson se niega incluso a tocar la cosa. Arlo se acerca un poco más, pegando firmemente la polla al ombligo del modelo antes de quitarse la venda. Su orgulloso gruñido se convierte en una risa ahogada, lo que le gana una palmadita comprensiva en la espalda de parte de Makari.

Mamá se acerca sorprendentemente más al objetivo que cualquier otra persona en la fila. Jadea de sorpresa cuando ve cómo lo hizo. —¡Tan cerca!

Arlo envuelve sus manos alrededor de sus caderas y besa su cuello. —Siempre sabes exactamente lo que estás haciendo por ahí…

El coro de falsos vómitos de los tres hermanos Chekhov nos evita escuchar el resto de lo que iba a decir. Mamá se sonroja y Arlo se ríe mientras la besa.

Sofi junta las manos. —Y con *esa* nota que provoca el vómito, ¿por qué no cambiar de tema y pasar a los regalos? Daph, sé que hay algunas cosas que puedes encontrar… digamos, ¿útiles?

—Ay, no… —acepto de mala gana la pequeña bolsa de regalo que me entrega mientras todos los demás van a buscar sus regalos. Cuando meto la mano a través del papel de seda, mis dedos tocan un encaje sedoso—. Ah. *¡Oh!* Oh, vaya —mi cara se calienta instantáneamente—. ¿Es esto algo que puedo sacar?

—Es algo que le dificultará *a él* sacar, si sabes a lo que me refiero.

—¡Sofiya! —Mamá le golpea ligeramente el brazo—. ¡Se una dama!

Pasha me frota los costados. —Vamos, veamos. Basta de juegos previos.

Saco el encaje. —Oh, vaya…

Ella no estaba mintiendo… Pasha instantáneamente se endurece debajo de mí al ver el conjunto de tanga y liguero de encaje más tenue jamás construido. Hay más correas que tela real. Las empresas de hilo dental mirarían esto y llorarían por el arte.

Lo levanto para que Pasha lo examine. —¿Qué opinas?

—Hmm… —su voz es un gruñido bajo y ronco dirigido solo a mí—. Creo que, si usas eso, estaremos en camino a tener un segundo hijo en poco tiempo.

Trago. De repente me quemo con más calor del que mi piel sabe qué hacer. Todos los demás tienen la amabilidad de fingir que no lo escucharon.

Siguen más regalos. Corbatas de Jameson, colonia de Mak. Arlo le da a Pasha una caja de puros grabada que lo hace detenerse y pasar un dedo por las bisagras doradas, sumido en sus pensamientos.

—Uno es por el nacimiento de Tatyanna —explica Arlo—. Es una tradición en mi familia. Otra es para tu boda de mañana. El tercero es para el día en que descubras que vas a tener otro hijo —me mira e inclina la cabeza—. *Si* eso es algo que ambos desean.

Pasha sigue en silencio. Finalmente, después de aclararse la garganta, le da a Arlo un gesto de

agradecimiento. —Gracias. Esto realmente significa… Gracias.



NO SÉ QUÉ HORA ES. Lo único que sé es que estoy exhausta y muy agradecida de que la boda no sea hasta última hora de la tarde. Aunque no es como si fuera capaz de dormir.

Pasha cierra la puerta del dormitorio y se dirige a su cómoda. —Los niños finalmente se durmieron.

—¿Quién? —reprimo una risa cansada—. ¿Sofi y Mak?

—Sí. Se desmayaron en el sofá —se quita la camisa y me regala una vista bastante tentadora de esos abdominales como una tabla de lavar.

Si solo tuviera la energía para disfrutarlos.

El nombre de Hazel aparece en mi teléfono; ella acaba de irse a casa y quería informarme que llegó sana y salva. Lev la llevó allí y Pasha confirma con un gruñido que también revisó a Mel y su familia. Asya y Arlo están en la habitación de invitados con Taty durmiendo allí en su moisés.

Todos están contabilizados y descansando para mañana.

Mi cuerpo está agotado.

Mi mente no deja de dar vueltas.

Eso es todo. Esta es mi última noche como mujer soltera. Dentro de veinticuatro horas seré la Sra. Chekhov.

La esposa de Pasha.

Se mete en la cama con un suspiro. —Que duermas bien, *moya plamya*. Mañana es un gran día para los dos.

Necesito preguntarle. Necesito saberlo antes de hundirme en una vida que ninguno de los dos quiere.

No es que no lo quiera. Demonios, lo quiero como quiero aire para respirar.

Yo solo…

No quiero pasar el resto de mi vida sabiendo que soy su mayor arrepentimiento.

DAPHNE

—Mírate —Mel se para detrás de mí y alisa la falda de mi vestido—. Solo… ay, Daphne. ¡Mírate!

Lo estoy haciendo. Estoy viendo.

Solo desearía reconocer a la mujer en el espejo.

Se supone que este es el mejor día de mi vida. Estoy a punto de casarme con el hombre de mis sueños. Llevo el vestido más impresionante que jamás haya visto y me queda como un guante. Todo es perfecto.

Entonces, ¿por qué me siento tan fuera de lugar?

—Ten, no queremos olvidar esto —Hazel se acerca detrás de mí al otro lado y coloca un collar de oro sobre mi clavícula—. Porque, si lo hacemos, podrían robarlo. Yo.

Es realmente impresionante. Todo mi conjunto de joyería nupcial. Pasha eligió mi anillo de compromiso y personalizó todo lo demás para adaptarlo. Las enredaderas de oro blanco se entrelazan para formar las bandas y cadenas del conjunto, equilibradas con delicadas hojas de oro amarillo y pequeños diamantes. Mis aretes se envuelven alrededor del caparazón de cada oreja con las enredaderas, y el collar cae justo encima de mi escote, con un colgante con forma de rosa floreciente.

Es hermoso.

Y, sin embargo, no siento nada.

—¡Mira quien está aquí! —Mamá entra al camerino con Tatyanna en brazos y, por primera vez desde que me desperté esta mañana, mi corazón se derrite.

Mi bebita es toda satén y tul esponjoso, su falda y su corpiño están adornados con el mismo motivo floral que mi vestido. Pantuflas de satén diminutas cubren sus pies y su diadema fue diseñada para parecerse a una tiara.

Todas las mujeres en la habitación se derriten en arrullos y suspiros. La tomo en mis brazos, haciendo lo mejor que puedo para no arruinar mi maquillaje con lágrimas.

No lloraré.

Necesito ser feliz.

Para ella.

—Tan hermosa como su mamá —Sofi nos sonríe a las dos y le hace un gesto al fotógrafo para que nos tome algunas fotos juntas—. ¡Ahora, esperemos que se mantenga así de pacífica durante la ceremonia!

Estoy demasiado enamorada de mi hija para escuchar la charla a mi alrededor. Ella es la razón por la que todos estamos aquí, en este momento, preparándonos para un gran paso en una dirección que ninguno de nosotros anticipó.

Una vida que su padre nunca quiso.

Respiro profundamente. *Enfócate*. Necesito concentrarme en Taty. En hacer esto por ella.

El obturador de la cámara hace clic y zumba una y otra vez, pero no me molesto en posar. Si vamos a mirar atrás en los álbumes de fotos para revisitar estos recuerdos, quiero que sean genuinos.

He tenido suficientes mentiras hermosas para toda la vida.

—Oye. Daphne… ¿Estás bien?

Dejé que mi hermana se dé cuenta de que, de hecho, no estoy bien. Intento esbozar una sonrisa, algo que la convenza de que estoy bien, que puedo hacerlo.

Pero todo lo que puedo hacer es contener las lágrimas.

Sofi guía al fotógrafo fuera de la habitación y le solicita diferentes tomas del lujoso hotel, arreglos florales, etc. Se apresura a entrar y cierra la puerta con llave, con la preocupación grabada en su rostro.

Cuando me giro para mirarme en el espejo, lo único que veo es tristeza en el mío.

Nada de esto está bien.

Nada se siente bien.

—Estamos aquí, Daph —Melanie toma mi mano y la aprieta—. Por *ti*. Si esto es lo que quieres, sabes que estoy detrás de ti en cada paso. Pero… —se inclina más cerca y baja la voz hasta casi un susurro—. Si esto no es lo que quieres, simplemente dilo. El auto de Jameson está atrás. Sabes que no hará preguntas.

—No —la preocupación de Sofi se convierte en pánico—. No puedes… ¿qué diablos, Melanie? ¡No puede irse! ¡No se irá! —me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Verdad? No estás… no estás pensando en dejarnos. ¿Lo estás?

No lo estaba.

Realmente no.

Pero ahora… no lo sé.

Creo que ve la incertidumbre en mis ojos, porque se dobla, presa del pánico. —Daphne, por favor. No hagas esto. No te quedes sin él. Sé que es testarudo y a veces un dolor de cabeza, pero te ama. Y… y *nosotros* te amamos.

Tengo demasiado miedo para parpadear. Eso podría hacer que se me salgan lágrimas del rímel. Pero no puedo evitarlo; mis ojos están demasiado secos.

Hazel atrapa las gotas con un pañuelo antes de que tengan la oportunidad de caer. —Está bien, Daphne. Siente lo que sientes. Solo sé honesta contigo misma.

Joder. Estoy temblando. —No puedo… quiero decir, yo… no lo haré…

Sofi respira hondo. Melanie le lanza una advertencia igualmente tajante y silenciosa. Hazel simplemente me frota el brazo, pero sé que está esperando a que acepte la oferta del auto para escapar.

Asya interviene para darme aire. —Señoritas, ¿les importaría salir un momento? —es amable y gentil cuando pregunta, pero en realidad no pregunta. Nadie discute con ella. Nadie se atreve.

Una vez que estamos solas, Asya me guía hasta una silla cómoda y me ayuda a sentarme. Ella acerca una de las otras sillas para sentarse frente a mí y, por un rato, nos sentamos juntas sin decir nada.

Finalmente, cuando siento que me calmo, sonríe. —Todo lo que digamos aquí, *malyshka*, es solo entre tú y yo. Sin juicio. Sin límites. Nada de lo que digas podrá hacerme pensar o sentir menos de ti. ¿*Da*?

Asiento. —Sí. Vale.

Se recuesta en su silla y suspira. Pero la sonrisa nunca flaquea. —¿Quieres casarte con mi hijo?

—Sí —la palabra sale volando sin un solo destello de vacilación. Porque sí quiero, muchísimo —. Lo amo.

—Pero tienes dudas sobre esta boda.

—Tengo dudas… —miro alrededor de la habitación—. No quiero obligar a Pasha a hacer esto.

Mierda. Necesito dejar de hablar. Voy a llorar, y Hazel no está aquí para salvar mi maquillaje de las lágrimas.

Mamá frunce el ceño. —Estoy confundida. ¿Quién está obligando a Pasha?

—¿Yo? ¿Nuestra bebé? —sollozo y me encojo de hombros—. Dejó bastante claro que esto no era lo que quería.

Cuando deja escapar una risa suave, casi me siento insultada. Estoy pasando por un momento de admisión muy serio y desgarrador, y ella… ¿se ríe?

Pero descarta su propio desliz con un gesto de la mano y se disculpa. —Lo siento, *malyshka*. No me estoy riendo de ti. Bueno… quizá un poco —se inclina más cerca—. Escucha: nadie, y quiero decir *nadie*, obliga a Pasha Chekhov a hacer algo que no quiere hacer. ¡Solía amenazarlo con Baba Yaga, con colgarlo de los dedos de los pies desde el balcón! Pero ese niño no quería comer

sus verduras, ni siquiera bajo amenaza de tortura. Así que, por favor, perdóname, pero esto me parece un poco gracioso.

Intento imaginarme a Pasha como un niño testarudo que hace un berrinche por las zanahorias. De alguna manera, no es tan difícil de imaginar.

—Pero creo, Daphne, que hay más en esto que solo eso —me mira fijo—. Dices que te preocupa que no quiera este matrimonio. Creo que tienes miedo de que no te quiera *a ti*.

Mi hipo se convierte en un sollozo, y todo lo que puedo hacer es asentir. Agarra un pañuelo para secarme las lágrimas, callándome y chasqueando la lengua mientras lo hace.

Ya sabes, como se supone que deben hacer las madres. Me resulta extraño.

Dios, soy un puto desastre.

—Déjame decirte algo sobre el amor, ¿sí? —Mamá toma mi mano y la sostiene entre las suyas —. Sé un par de cosas sobre casarse con alguien que no ama. Que no *sabe* cómo amar.

—Estás hablando de…

—Kostya. Mi esposo —asiente una vez—. Recuerdo caminar por el pasillo y ver esa *expresión* en su rostro. Seguí orando para que viniera alguien y me salvara antes de que ambos cometiéramos un terrible error. Pero ¿sabes cuál es la peor parte? Ya habíamos cometido el terrible error.

Estoy tan confundida. —No… lo siento. No te entiendo.

Asya me dedica una sonrisa triste y cansada. —Tuve la oportunidad de correr. Igual que tú. Arlo y yo tuvimos un momento de oportunidad para huir juntos y nunca mirar atrás. Pero él necesitaba pensar en ello. Quería ser estratégico. Y simplemente no tuvimos suficiente tiempo.

—¿Antes de casarte? ¿Con Kostya?

Ella vuelve a asentir. —Lo siguiente que supe fue que llevaba un vestido de novia y caminaba hacia el altar para casarme con un hombre al que apenas conocía. Un hombre al que definitivamente no le importaba casarse conmigo. Para él todo era política. Un medio para un fin.

Mi estómago se retuerce. —Eso es lo que es esto. ¿No es así? ¿Un medio para un fin?

—No de la forma que piensas.

Se levanta y se acerca a la mesa donde están todas las joyas y accesorios para nuestra fiesta nupcial. En el reflejo del espejo, puedo verla recoger el postizo y el velo.

Aún más, puedo ver la forma en que sus ojos se empañan mientras pasa los dedos por la organza transparente. Cuando vuelve hacia mí, espero que me lo sujete a la cabeza.

Pero ella hace una pausa.

—A mi hijo le preocupa constantemente llegar a ser como su padre. Siempre le dije que no necesitaba preocuparse por eso en absoluto, pero nunca escucha. Así que te lo digo a ti, *malyshka*. Y te prometo, ahora mismo, que no importa lo que decidas, siempre serás mi hija.

¡Maldita seas, Asya! ¡Estoy tratando de no *llorar!*

—Lo amo —es lo único de lo que estoy segura—. Lo amo mucho y quiero pasar el resto de mi vida con él. Solo… no quiero que se despierte mañana arrepintiéndose de lo que hizo hoy —trago el bulto que está creciendo para poder seguir hablando. Aun así, mi voz sigue saliendo en un susurro ronco—. No creo que pueda sobrevivir a eso.

Ella sonríe y comienza a colocar las horquillas de perlas en mi moño bajo. —El amor es paciente, *malyshka*. Así que ten paciencia con él. Ya ha hecho cosas que su padre nunca hizo. Empezando por casarse con la mujer que realmente ama. Sin dudarlo.

Ella no dice nada más. Es simplemente un momento entre nosotras, madre y nuera, y agradezco su presencia. Su consejo.

Aún más, estoy agradecida por la ventana que abrió para dejarme salir si realmente quiero.

No quiero. Estoy cerrando esa ventana ahora mismo. Me estoy esforzando para hacer esto.

Alguien toca la puerta. Mamá besa la parte superior de mi cabeza y luego se desliza por la habitación para responder.

Jameson se inclina a medio camino y sonríe. —¿Estás lista?

Sé lo que está preguntando. Prácticamente puedo oír las llaves de su auto tintineando en su bolsillo.

Pero sé que, a pesar de todo, necesito hacer esto.

—Dígales que empiecen la música. Estoy lista para caminar.

PASHA

Realmente nunca he soñado despierto con este momento, así que no estoy en un buen lugar para tomar decisiones.

Pero estoy bastante seguro de que se supone que mi novia debe verse un poco más feliz de lo que está ahora.

—¿Esto te parece mal? —le susurro a mi hermano mientras ambos miramos su figura llenar la puerta al final del largo pasillo.

—Definitivamente me arrepiento del burrito cargado que desayuné —ante mi mirada rápida, deja de bromear y se encoge de hombros—. No lo sé, hombre. Quiero decir, veo lo que tú estás viendo, pero no soy un experto en nerviosismo nupcial.

Estoy tratando de no concentrarme demasiado en la expresión de dolor de Daphne, pero es difícil no hacerlo. Debería estar sonriendo, llorando o ambas cosas.

Cualquier cosa menos… *esto*.

Incluso una sonrisa estoica de *Mona Lisa* sería mejor que lo que sea que sea esto.

Joder. Ella no va a dar media vuelta y huir, ¿verdad?

¿…Verdad?

Mak de repente se aclara la garganta y se acerca mucho. —Creo que lo acabo de descubrir —me empuja hacia un lado—. Haz como si no estuvieras viendo a los Hamish en la fila del medio, lado izquierdo.

Respiro hondo. Efectivamente, Stewart y Ophelia Hamish están sentados en el medio del lado izquierdo del pasillo, sonriendo y asintiendo con la cabeza a los invitados como si se les permitiera estar aquí.

¿Cómo carajo…?

Estoy listo para lanzarme directo hacia ellos, pero Makari me detiene. Me agarra del brazo y me refunfuña al oído—: Paciencia, hermano. Déjanos ocuparnos de esto.

Para mi sorpresa, le hace un gesto a Jameson, que le devuelve el gesto y se alinea con el paso de Mak hacia las dos personas más despreciadas de esta sala.

Stewart y Ophelia se sorprenden genuinamente cuando los agarran de los brazos y los ponen de pie. Afortunadamente, no hacen un gran escándalo. Esta sala está repleta de celebridades corporativas, figuras políticas y patriarcas del tipo de familias a las que nadie debería atreverse a intentar traicionar.

Basta decir que estoy jugando con las cartas marcadas… y ellos lo saben.

Mak y Jameson escoltan a la pareja hasta una puerta lateral y salen. Cuando Mak les hace una señal a sus hombres, ellos se agachan para asegurarse de que el señor y la señora Hamish lleguen sanos y salvos a su auto. Y fuera de las instalaciones.

Cuando Mak regresa a su lugar como mi padrino, confirma que sus hombres se están encargando. —Aunque no se van a ir —añade con un murmullo de frustración.

No voy a apartar la mirada de Daphne por nada. Parece aterrorizada y tengo la intención de acompañarla hasta el altar yo mismo. —Por eso prefiero hacer las cosas a *mi* manera —me quejo.

—Llámame supersticioso, pero no creo que traiga buena suerte asesinar a los padres de tu novia el día de tu boda.

El sacerdote nos dirige su mirada sorprendida, pero ambos lo ignoramos y ponemos sonrisas pacíficas.

Y luego se hace el silencio en la habitación cuando Daphne da sus primeros pasos.

La música se dispara, aunque apenas soy consciente de ello. La multitud canturrea, pero apenas puedo sentirlos.

Solo tengo ojos para ella.

Mi ángel de blanco.

Mi pequeña llama.

Mi puto futuro.

Llega al final del pasillo y le entrega su ramo de rosas a Hazel, luego coloca sus manos en las mías. Sería genial si pareciera tan eufórica como me siento yo. Ahora que sus padres se han ido y estamos comenzando la ceremonia, no puedo imaginar por qué sus manos están flácidas o sus ojos distantes o su sonrisa todavía parece que le duele.

Ella cumple sus repetidos votos sin problemas. Cualquiera que no la conozca lo suficiente confundiría las grietas en su voz con una emoción sincera.

Y no por la angustia que es.

La acerco un poco más a mí cuando es mi turno. La miro profundamente a los ojos. Sostengo sus manos con más fuerza, con más calidez, en las mías.

Ella necesita saber que digo en serio cada palabra.

Ella *tiene* que saber eso, ¿no?

¿…No?

—¿Tiene los anillos?

Mak da un paso adelante con el conjunto oficial de alianzas de boda. La multitud de invitados se ríe ante el repentino estallido de queja de Gentry cuando se da cuenta de que los anillos en la almohada que sostiene en su regazo eran solo para mostrar. Es un bienvenido respiro de toda la tensión, e incluso Daphne sonríe.

No es para mí, pero lo aceptaré.

Yo digo—: Sí, quiero.

Ella dice—: Sí, quiero.

Luego intercambiamos las alianzas, y justo así…

Ella es mía.

El beso sellador no llega lo suficientemente pronto. La tomo entre mis brazos y derramo cada gramo de mi amor por ella en este beso. Nuestro primer beso como marido y mujer.

Siento que me devuelve el beso y, finalmente, siento como si estuviera aquí conmigo. Sus dedos se curvan alrededor de mis brazos, sus dulces labios se abren y es todo lo que puedo hacer para no derribarla y tomarla aquí mismo, frente a Dios y a todos.

Pero, cuando nos separamos, las lágrimas corren por su rostro.

—¿Qué ocurre? —levanto la mano para limpiarlas.

—Solo estoy… tan feliz.

El resto de la sala puede creer su explicación, pero yo no. Ya la conozco demasiado bien. La forma en que sonríe para todos menos para ella misma. La forma en que su voz se convierte en una tontería de la alta sociedad mientras caminamos juntos por el pasillo y hacemos los movimientos de agradecer a cada invitado cuando se van a la recepción.

Ella los engaña, pero a mí no.

Sin embargo, la noche apenas comienza.

Y estoy decidido a resolver esta mierda.

PASHA

De hecho, no he resuelto esta mierda.

Han pasado cinco horas desde la ceremonia. Cinco largas horas de invitados brindando por nuestra buena salud y nueva vida juntos. De mordisquear platos de marisco gourmet, de brindis con champán, de tonterías sin fin.

Ni por un solo segundo Daphne ha sido honesta acerca de sus sentimientos.

Ella es todo sonrisas y risas para nuestros invitados. Cuando la presento formalmente a conocidos profesionales, se muestra educada y recatada.

Pero veo que esa máscara cae cada vez que nos alejamos de cualquiera que pueda estar mirando.

Veo la forma en que solo empuja la comida en su plato en lugar de comerla.

Cuando le levanto una copa, ella solo se queda ahí, sentada. Débil y sin emociones.

Ahora estamos en la pista de baile, balanceándonos y girando en círculos al ritmo de una canción de amor cursi que no reconozco. Este es nuestro primer baile juntos como marido y mujer, y ni siquiera conozco la canción que estamos bailando.

Estoy a punto de preguntarle si ella sí la conoce cuando noto la forma en que sus ojos se pierden en la distancia. Sin centrarse en nada, y menos en mí.

Ya está. Es hora de un cambio de planes.

La canción termina… y también mi paciencia ante sus débiles esfuerzos por hacer de esta una noche feliz. Le rodeo la cintura con el brazo y le hago una señal a Makari de que nos vamos.

—¿A dónde vamos? —me pregunta Daphne. Es la primera frase completa que me dirige desde la ceremonia.

—Vamos a nuestra suite nupcial para charlar un poco.

Podría haberlo dicho un poco más amablemente. Tal vez debería haber aflojado los dientes antes de amenazarla con lo que se avecina.

Pero, ¿cómo puedo ser “amable” cuando quiero sacudirle la verdad como a un muñeco de trapo?

¿Por qué no estás feliz, maldita sea?

Cuando se abren las puertas del ascensor, la levanto en brazos, ignorando sus sorprendidos gritos de protesta, y la llevo a la suite. Luego, la tiro sobre la cama y exijo saber qué carajo está pasando.

—Esto es lo que va a pasar —gruño mientras me hundo en un sillón cercano—. Vas a hablar conmigo. Y voy a escuchar. Y luego voy a arreglar lo que sea que esté mal.

Ella simplemente me parpadea.

Joder.

Me paso una mano por la cara y suspiro. No voy a perder los estribos el primer día como hombre casado. —Por el amor de Dios, *di algo*. Lo que sea. No has dicho una maldita palabra desde el "Sí, quiero". Apenas me has mirado en toda esta noche.

Finalmente, jodidamente *al fin*, abre la boca. —No… no sé qué quieres de mí, Pasha.

—¿De qué demonios estás hablando?

Se encoge de hombros. Sus ojos van a cualquier parte menos a mí. Sus pies. Su regazo. El techo. El piso. —He estado haciendo lo que se supone que debo hacer, ¿no? Dije los votos. Tomé el anillo. Sonreí. Comí pastel. Entonces… no sé lo que quieres.

Estudio su rostro. —Solo quiero que seas honesta conmigo, Daphne. Realmente, verdaderamente honesta conmigo. Nada de esa tontería de "lo que sea que te haga feliz" —trago fuerte, deseando que mi frustración pase a un segundo plano frente a mi compasión—. ¿Qué ocurre?

Ella está en silencio. Pero yo también puedo estar en silencio. Demonios, haré que ambos nos sentemos en silencio toda la maldita noche si eso consigue que ella me hable.

Daphne gira y gira el anillo de compromiso que lleva en el dedo. Finalmente, después de unas cuantas vueltas más, detiene sus manos y me mira.

Estaba preparado para su ira.

No estaba preparado para su desesperación.

—Lo s-siento.

Es todo lo que dice antes de romper a llorar. Me quedo pegado a mi asiento durante unos segundos, sorprendido por este giro repentino, pero luego recuerdo que ahora soy su esposo y la levanto en mi regazo.

Ahora ambos nos estamos ahogando en un mar de tul y satén, pero no me importa. Solo quiero que ella sea feliz. Verdaderamente, profundamente *feliz*.

—Daphne… —pongo su barbilla debajo de la mía—. ¿Por qué te disculpas?

—Lo siento… lo siento mucho… No era mi intención obligarte a hacer todo esto… —respira larga y temblorosamente—. Nunca quisiste nada de esto. Una esposa, un bebé… nada de eso. Y nunca me propuse atraparte en esto, ¿sabes? Las cosas solo *sucedieron* y, antes de que me diera cuenta, ya estábamos aquí —solloza—. Quería que este día, el día de mi boda, fuera con alguien que realmente *quisiera* casarse conmigo. Y me siento tan atrapada. Porque… porque te amo. Te

amo y siempre te he deseado, pero…

Mi corazón se hunde en mi estómago. —¿Pero…?

Daphne me mira a los ojos. Es tan trágicamente hermosa que duele físicamente. —Pero tú no me deseas. Eres muy bueno fingiendo. Es todo un espectáculo, ¿no? Tenemos que hacer que la gente crea que realmente quieres esto. Incluso cuando no lo haces.

No sé qué decir a eso.

Porque ni una puta palabra de esto es verdad.

—¿De qué diablos estás hablando? —me las arreglo para soltar.

Daphne se baja de mi regazo y cruza la habitación. No sé si necesita algo de allí, o si simplemente quiere poner algo de distancia entre nosotros. Cualquiera sea la razón, no estoy bien con eso.

—¿Y si Taty no existiera?

Me congelo en seco. —¿Qué?

—¿Y si Tatyanna no existiera? —repite Daphne—. Sin embarazo. Sin bebé. Nada que nos una —ella se retuerce las manos y mira nerviosamente hacia otro lado. Su siguiente pregunta es apenas un susurro—. ¿Igual estaríamos aquí? ¿Ahora mismo?

Me toma un momento entender lo que quiere decir.

Pero ¿cuándo lo hago?

Me siento como el puto idiota más grande del mundo.

He estado muy concentrado en hacer todo bien. Bien por ella, bien por nuestra hija, bien por la Bratva. Consolidar alianzas, asegurar fondos fiduciarios. Hacer una demostración de nuestra unión para que la gente sea testigo y nunca cuestione nuestra sinceridad. Colmándola de regalos sobre regalos, atención, sexo.

Y ni una sola vez he permitido que ninguno de los dos supiera la verdad.

La *verdadera* verdad.

He estado evitando esta confesión exacta porque me hace parecer débil. Tonto. Vulnerable. Todas las cosas que a ningún *pakhan* se le permite ser o sentir para que sus enemigos no destruyan todo lo que es. Todo lo que tiene.

Kostya no es un hombre con el que me guste compararme. Pero me estoy dando cuenta, aquí y ahora, de que mis esfuerzos por evitar convertirme en él han conseguido exactamente eso.

Y que me condenen si también me roba el día de mi boda.

Me levanto y la miro. —A la mañana siguiente de esa noche en la subasta, me desperté deseándote. Era un dolor que se negaba a desaparecer, un anhelo dentro de mi pecho que me exigía hacer *algo* para traerte a mi vida.

Daphne está callada. Incluso su respiración se detiene.

—Enterré ese instinto —digo con voz áspera mientras camino hacia ella. Lento, pausado—. Pero al día siguiente, allí estaba otra vez. Y el próximo día. Y el siguiente. Todos los días, durante cuatro putos meses… fuiste el primer pensamiento en mi mente.

Los dedos de Daphne tiemblan cuando levanto su mano.

—¿Recuerdas ese día que nos encontramos en la casa club? ¿En el almuerzo?

—Sí. Recuerdo.

—¿Recuerdas cómo te perseguí? ¿Que no te dejaría ir sin hablar conmigo?

Su cara se sonroja. —Sí…

—Daphne —digo su nombre para que me mire. Necesito que esto finalmente asimile en ambos —. No tenía idea de que estabas embarazada. Aún no. Lo único que sabía era que la mujer que atormentaba mis sueños estaba ahí y no iba a dejarla ir.

Se derraman nuevas lágrimas. Pero esta vez tengo la sensación de que no son tristes.

—Así que sí, me casaría contigo…. con o sin bebé. Lo único que hizo tu embarazo fue sacarme la cabeza de mi propio trasero para ver lo que tenía justo frente a mí: *a ti*.

Ella reprime una pequeña risa llorosa. —Pero dijiste que nunca quisiste casarte.

—No quería casarme. Eso es cierto. Pero eso fue antes de conocerte. Y después… no hay nadie a quien haya deseado más.

Ella traga. Está a punto de creerme. Estamos muy cerca. Estamos tan jodidamente cerca de abrirnos paso hacia un futuro que ninguno de los dos jamás pensó que podríamos alcanzar.

—Mírame, *moya plamya*.

Las pestañas de Daphne se agitan. Ella me mira con los labios ligeramente entreabiertos. *Dios*, la necesito.

—Yo. Lo siento. Tan jodidamente —le levanto la barbilla con un dedo cuando intenta apartar la mirada—. Por todo. Por no ser honesto contigo desde el principio. Por causarte dolor y angustia que nunca debiste haber experimentado. Por no… —resoplo con una risa autocrítica—. Por no darte los votos que no pensé que podría atreverme a decir. Pero ahora estoy aquí con ellos. Estoy listo para ellos ahora. ¿Lo estás tú?

Su única respuesta es una inhalación silenciosa.

Tan cerca.

Tan jodidamente cerca.

—Yo, Pasha Fyodor Chekhov, prometo amarte por cada respiro de cada segundo que tengo en esta vida. Eres mi todo, Daphne. Te entrego mi corazón, mi alma, mi vida. Todo lo que tengo, todo lo que soy, es tuyo.

Mi boca se cierne sobre la de ella.

—Te amo. Nunca dejaré de amarte. Te amé desde el momento en que me robaste ese primer beso, y le pido a Dios que mi momento final vuelva a ser ese.

Cuando nuestros labios finalmente se tocan, es mejor que la ceremonia. El suave gemido de Daphne se parece más a un gemido de necesidad.

Estoy muy feliz de darle exactamente lo que quiere.

Estamos desnudos más rápido de lo que creía posible. El tiempo sigue saltando y saltando hacia adelante, y solo pequeños destellos se registran en mi mente consciente.

El susurro de mi chaqueta de esmoquin cuando las manos frenéticas de Daphne me la quitan de los hombros.

La áspera tos de su cremallera cuando la bajo.

Respiraciones. Suyas. Mías. Dedos tocándose, deambulando y entrelazándose.

Han pasado *semanas*. Tres semanas enteras de tensión de verla hacer cabriolas por nuestra casa, todas curvas deliciosas, piel suave y un tormento total.

Ahora, ella está aquí, es mía y está jadeando debajo de mí mientras lucho por quitarme los zapatos, los pantalones y todo.

—Todavía estoy… —la voz de Daphne de repente se apaga y mira hacia otro lado—. Lo siento. Me acabo de acordar.

—Yo no lo olvidé.

—Entonces, ¿qué estás…? ¡Pasha!

Le doy la vuelta y disfruto de su grito de sorpresa. Tan pronto como está boca abajo en la cama, la cubro con mi torso. —Si piensas, por un segundo, que no voy a hacer el amor con mi esposa en nuestra noche de bodas, has perdido la maldita cabeza. Seré lo suficientemente cuidadoso. Pero apenas. Muy jodidamente apenas.

Puede que no pueda penetrarla esta noche, pero que me condenen si alguno de los dos se duerme antes de que ella grite mi nombre.

Sonrío por la forma en que su piel tiembla de placer ante mi toque mientras paso las yemas de mis dedos por sus costillas desnudas.

Jugueteo con mis dedos debajo de la tira de su tanga de encaje blanco. Gentilmente, gentil… y luego tomo un puñado del poco material que hay y se lo arranco con un *pop*, dejándolo a un lado como si me ofendiera.

Daphne grita de nuevo e intenta levantarse, pero la presiono hacia abajo con una mano plana en la parte baja de su espalda.

—Te mueves cuando *yo* diga que puedes —gruño. Lleno mis manos con sus muslos y la abro para mi lengua, deslizándola desde la punta de su clítoris hasta la parte posterior donde mis pulgares la mantienen abierta.

—Ay… Dios… —Daphne gime.

—Mi nombre es Pasha.

Ella comienza a reír, pero lo interrumpo con otro movimiento lento y profundo de mi lengua. Una y otra vez.

Podría darle la vuelta para obtener un mejor ángulo. Lo sé. Pero hay algo en mantenerla aquí, justo donde no puede hacer nada más que disfrutar lo que le estoy haciendo, que me hace palpitar aún más fuerte que si hubiera tomado el camino fácil.

Sabe jodidamente *divino*. Para un hombre que ha estado sufriendo por ella durante semanas y que ahora finalmente recibe su dulce néctar en su lengua, no es más que la miel más pura.

La fragancia más dulce.

Los gemidos más deliciosos.

Sus puntos han sanado, pero aún tengo cuidado cuando presiono mi lengua más profundamente dentro de ella. Este es un acto amoroso lento y sensual destinado a convencerla de que la amo, verdadera y sinceramente, con cada fibra de mi ser.

Los momentos más duros serán cuando tenga que recordarle a quién pertenece.

En este momento, necesita que le recuerden a quién *yo* pertenezco.

—Eso es, bebé —muerdo la curva de su cadera—. Ábrete para mí. Deja que me encargue de ti.

Es fácil enterrar mi cara entre sus piernas y olvidarme de todo lo demás en el mundo. Somos solo nosotros, aquí y ahora. Lo único que importa, lo único que existe, es la conexión que sentimos entre nosotros.

Pulso mi lengua dentro y fuera de su dulce hendidura, escuchando sus gemidos para saber cuándo mover, cuándo sumergir, cuándo deslizar. Sus dedos aprietan las sábanas cuando vuelvo a pasar sobre su clítoris, así que vuelvo a ese lugar.

—¡Sí! —Daphne mueve las caderas. Se presiona más hacia mí—. ¡Sí! Pasha… por favor…

Cuando ella se corre, sus gritos entrecortados son música para mis oídos. Sus caderas se mueven y giran, pero no la dejo ir a ningún lado más que a mi boca. Sus muslos tiemblan y ceden, pero la sostengo hasta que finalmente termina.

—Eso… —el pecho de Daphne sube y baja con sus intentos de recuperar el aliento—. Eso fue…

—Un calentamiento —chupo un bocado de amor en la unión entre su cadera y su muslo. Quiero ver dónde he estado mañana, pasado mañana y siempre.

Me encuentro con su mirada, incluso desde donde estoy firmemente plantado entre sus piernas y adorando la suavidad de su abdomen después del embarazo, para que pueda ver lo serio que hablo.

—Te lo dije, Daphne: te amo. Te deseo. Y no te dejaré dormir hasta que no haya forma de que puedas dudar de que así es —arqueo una ceja—. ¿Alguna pregunta? Sí, no lo creo.

PASHA

Jameson se acerca sigilosamente a mí en el brunch de despedida a la mañana siguiente, con una taza de café en una mano y su hija anclada a su cadera con la otra. —Bienvenido a la familia, Pasha. Es bueno tenerte aquí.

—¿Lo es? —pregunto.

Se encoge de hombros y toma un sorbo de café. —Si ella es feliz, yo soy feliz. Y ella todavía está aquí, a pesar de mi oferta de sacarla, así que…

—Espera. ¿Qué acabas de decir?

Jameson tiene la cara de piedra. —Le di una salida. El auto estaba listo para partir, las llaves en mi bolsillo, sin hacer preguntas.

Debe ver las furiosas emociones en mi rostro… en estos días, estoy dejando que se muestren más de lo que solía, aunque el diablo sabe por qué… se ríe.

—Relájate —aconseja—. Ella se quedó. Por *ti*. Incluso cuando vio a esos dos monstruos a los que llama padres entre la multitud, se quedó. Espero que lo recuerdes cuando las cosas se pongan difíciles. Porque, créeme, se pondrán.

Le frunzo el ceño. —No estoy seguro si se supone que debo agradecerte o pegarte.

—Agradéceme, no me agradezcas… francamente, no me importa. Lo que me importa, *quién* me importa, es mi familia. Daphne es mi hermana. Protejo a mi hermana. Creo que puedes sentir empatía con eso, ¿no?

Honestamente, sí puedo. Le doy una palmada en el hombro. Creo que lo sorprende, pero no se aparta. —Gracias, Jameson. En serio. Sabes, realmente me vendría bien un hombre como tú en el negocio familiar.

Jameson suelta una carcajada y niega con la cabeza. —Gracias, pero no, gracias. Me gusta mi horario de nueve a cinco, donde no corro el riesgo de que me disparen. Primas de atención medicas más bajas, ¿sabes? —él también me da una palmadita en el hombro—. Pero, si jodes a mi hermana, si la lastimas de cualquier manera, haré que cualquiera de tus bulldogs parezca dócil. *¿Nam yasno?*

Giro la cabeza para mirarlo. *¿Cuándo carajo aprendió ruso?*

Mi cuñado me dedica una sonrisa suave. Del tipo que dice que tiene más bajo la manga de lo que jamás revelará. A nadie.

Mi respeto por él acaba de dispararse. Creo que nos llevaremos bien.

Es extraño. Extraño, incluso, comprender plenamente en qué se ha convertido mi vida. En que me he convertido *yo*. Ahora no solo soy el esposo de Daphne, sino que también soy padre. Cuñado. Tío.

Alguien con quien la gente cuenta. Alguien en quien la gente confía.

Lo más extraño de todo: soy alguien a quien la gente ama de verdad.

Con ese pensamiento cada vez más incómodo, me dirijo hacia Daphne. Está sentada con Taty mitad en su regazo, mitad en el de Gentry, y él acaricia ligeramente el cabello suave de su prima pequeña con ternura y asombro.

—¡Es tan pequeña! —me mira y me sonríe con todos los dientes—. ¡Y tan suave!

—¡Tú también lo eras! —le dice Daphne con un beso en la mejilla—. Tan lindo y pequeño.

Gentry arruga la nariz. —No. Yo no.

Mientras todos se ríen de su inocencia, no puedo evitar observar la forma en que sostiene a Taty. Se parece a Jameson. Esa barbilla testaruda.

¿Cómo será Tatyanna cuando sea un poco mayor? ¿Cómo se verá cuando cargue a su hermanito o hermanita?

Casi dejo caer el vaso que tengo en la mano.

No puedo creer que haya considerado, *sin dudarlo*, tener otro bebé.

Pero ver a Daphne con Gentry y Tatyanna solo solidifica esta idea en mi mente, hasta que se convierte en una meta en mi corazón. Y mis entrañas.

Quiero más hijos con ella.

Voy a tener más hijos con ella.

Mis manos se deslizan alrededor de su cintura y la acerco más a mí. —Decidí algo —le murmuro al oído.

—¿Oh? —ella gira la cabeza para mirarme con los ojos entrecerrados. Sus labios carnosos se curvan en una cálida sonrisa—. ¿Y qué es eso?

—Voy a poner otro bebé en tu vientre.

Sus dientes rozan un poco su labio inferior. Esas pestañas vuelven a revolotear. Pero luego, ella se ríe y me empuja. —Estás demente.

—Lo digo en serio —le pellizco el lóbulo para que sepa que estoy diciendo la verdad—. En cuanto estés lista, te llevaré a la cama. No podrás caminar durante una semana. Pero, cuando lo hagas, tendrás otro bebé. Y sé que tú también lo quieres.

Lo quiere. No se puede negar el ligero movimiento de sus caderas contra mí, la brusca inhalación.

Daphne se recompone, pone los ojos en blanco y se ríe. La dejo. Después de todo, tenemos invitados, así que debería portarme bien.

Aunque nada va a hacerme cambiar de opinión.

Y ella lo sabe.

DAPHNE

—¿Todo bien? —pregunto—. Sigues revisando tu teléfono.

—Sigo pensando que esto es solo un sueño —dice Hazel—. O llegará alguna factura gigante y todo ese dinero desaparecerá.

Mi preocupación disminuye. —Bueno, te lo ganaste. Dios sabe que te lo mereces.

—Aunque todavía no puedo *creerlo*. Durante todos estos años, esos dos gilipollas no pudieron darme más de cinco centavos de aumento cada año —ella bebe su propio café por un momento, perdida en sus pensamientos—. Ahora se han ido, Aubrey Day es como una reina absoluta y, quienquiera que sea el dueño del lugar, aparentemente piensa que valgo *mucho* más que yo.

—Ay, chito. Siempre eres muy dura contigo misma.

Hazel hace un gesto desdeñoso con la mano. —¿Qué hago yo? Soy curadora de arte. Adulo a los artistas pretenciosos que vomitan pintura en la dirección general de un lienzo y esperan que los bajillonarios les arrojen dinero. No estoy exactamente cambiando el mundo aquí.

—Yo diría que sí —cuando alza una ceja escéptica, trago otro gran sorbo y trato de decirle a las mariposas en mi estómago que se calmen. Todavía no le he hablado del nuevo propietario de la galería.

Diría que no sé por qué, pero lo sé.

Ella todavía está tratando de asimilar el hecho de que ahora gana seis cifras en lugar de cinco. Yo todavía estoy tratando de asimilar el hecho de que soy dueña del lugar… y que pude lograr que eso suceda.

No quiero su gratitud ni su miedo. No quiero que nada entre nosotras cambie solo porque ahora le estoy pagando el sueldo.

No quiero que *ella* cambie.

Pero supongo que eso sería injusto. Noto que yo estoy cambiando.

Mucho.

—Oye, Haze… necesito hablar contigo sobre algo.

—Oh-oh —ella deja su taza cuando ve que yo hago lo mismo—. Me estoy preparando. Adelante.

—No es malo, lo prometo —intento recostarme en el sofá donde estamos descansando, para parecer mucho más tranquila y relajada de lo que me siento—. Pero primero, tengo mucha curiosidad. ¿Qué sabes sobre los nuevos propietarios?

Hazel se encoge de hombros. —Poco. Alguna corporación, no lo recuerdo. Quienquiera que sean, acertaron con Aubrey.

Eso me hace sentir aliviada. Aún no he conocido a Aubrey en persona, pero hasta ahora nuestra comunicación ha sido positiva. La transformación completa de la galería en papel también se ha mostrado prometedora.

—¿Ella es buena? Quiero decir, tengo la sensación de que es buena con el negocio, pero ¿cómo es ella como persona?

Cálmate, Daph. Lento pero seguro.

Haze sonríe. —La amo. Realmente, ella es un soplo de aire fresco. Profesional, pero en realidad se toma el tiempo para conocer a las personas. Me invitó a almorzar el otro día y pensé que todo sería negocios, ¡pero no! Lo único que quería hablar era de mí, de mi vida y de sus gatos. Por cierto, tiene dos.

—Ella suena increíble. Especialmente, comparada con…

—Sí, ¿verdad? Así que quien haya comprado el lugar, quien la haya contratado, sabe lo que está haciendo.

Trazo el borde de mi taza con un dedo. Me da algo que hacer, algo que mirar, así no tengo que ver su reacción de inmediato. —Sí, yo diría que sí. Chekhov Internacional no toma atajos a la hora de contratar personal.

Veo la pausa de Hazel por el rabillo del ojo.

—Mierda —respira. Luego se ríe—. Eso es de Pasha, ¿no? ¡Tu esposo compró la galería!

—Sí —tomo otro sorbo largo—. Eso fue lo que hizo.

—Así que él es el nuevo dueño.

Dejo la taza. En este punto, solo me mantengo ocupada con pequeñas distracciones. —No.

Otra pausa. Otro suspiro.

Y luego exhala, larga y lentamente, mientras las piezas encajan. —Eres *tú*. Eres la nueva dueña.

Intento al menos asentir levemente. Pero estoy congelada, esperando que pase algo malo. O que me lance algo.

En cambio, Hazel niega con la cabeza y sonríe. —Mírate. Subiendo a la cima. Estoy orgullosa de ti.

—Difícilmente. Es nepotismo, ¿no crees?

—Difícilmente —repite—. Si alguien merece ser dueña del lugar, eres tú. Después de toda la mierda por la que te hicieron pasar… y me refiero a los artistas también, no solo a Los Bobos.

Es la expresión de su rostro lo que llena la mayor parte del espacio. Ella no dice su nombre, pero sé de quién está hablando específicamente.

Casi como si fuera una señal, mi teléfono suena con un correo electrónico de Aubrey. Cuando veo la línea de asunto, no puedo evitar resoplar. —Vaya. Ella *sí* que es buena. Psíquica además de eficiente.

Abro el correo electrónico sobre los artistas en la lista negra y lo reviso. Mi hipo de sorpresa se convierte en un suspiro de alivio. —Te voy a reenviar esto.

Hazel frunce el ceño, pero revisa su teléfono. Luego ve lo que leo y tiene más o menos la misma reacción. —Mierda. Espero que le pagues más de lo que me pagas a mí.

Es una lista extensa. Nombres, información de contacto y el motivo o motivos específicos por los que cada artista no es bienvenido en la galería. Al frente y al centro de esa lista, está…

Sidney Conrad Ewing.

Depredador/acosador sexual. Orden de restricción vigente con violaciones continuas.

En la parte inferior del correo electrónico hay información sobre el nuevo sistema de seguridad instalado recientemente en todo el edificio y sus alrededores. Aubrey también contrató a una empresa de seguridad externa para brindar soporte en vivo y personal en el sitio para hacer cumplir la lista negra.

—Espera —le digo a Hazel distraídamente mientras vuelvo a tocar el botón de reenvío de correo electrónico y redacto un nuevo mensaje.

¿Esto fuiste tú?

Envío el correo electrónico y espero la respuesta. Normalmente no interrumpo el horario de trabajo de Pasha a menos que sea absolutamente necesario, así que sé que responderá bastante rápido.

Efectivamente, recibo el ping y abro el hilo.

Mereces sentirte segura en el trabajo,* moya plamya. *Todos los demás también.

Yo sonrío. El calor en mi pecho crece.

—Solo me lo pregunto, Daph… y siéntete libre de decirme que me calle… —Hazel inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Suspiro y dejo mi teléfono en el cojín a mi lado. —Todo está cambiando muy rápido. Mi vida está… está patas arriba desde hace apenas unas semanas. No quería que nada cambiara entre nosotras.

Se acerca a la mesa de café para apretarme la mano. —Oye. Chica. Mírame.

Lo hago.

—Tú eres mi mejor amiga. Ahora eres una perra ruda con su propio imperio… pero sigues siendo mi mejor amiga. Nunca dejaré que te emborraches de poder.

Compartimos una risa y chocamos nuestras tazas. Tiene razón… siempre puedo confiar en ella para mantener mi trasero a raya.

—Entonces. Hablando de cambios, ¿cómo te trata la vida matrimonial? —sus cejas se mueven lascivamente mientras se recuesta y se deja caer en la silla. Como si fuera a contarle.

Y lo haré, pues no hay mucho que contar. —Igual que antes. No cambió mucho.

Esas mismas cejas se alzan. —¿Qué? ¿Entonces me estás diciendo que él te estaba destrozando la espalda antes de tu boda también?

—¡¿Qué?! ¡No! —le hago un gesto con la mano, fingiendo un grito ahogado—. *Acabo* de tener un bebé, Haze. Las cosas ahí abajo todavía están… ya sabes. En recuperación.

—Ajá. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde el nacimiento de Taty?

Hago un rápido recuento mental. —¿Seis semanas? ¿Casi siete?

—Perfecto. Así que estás lista para seguir —ella baila un poco en su asiento—. ¡Ponte sexy! ¡Enciende su fuego! Haz que atienda el tuyo también. Objetivamente, me sorprende que no hayas explotado espontáneamente viviendo con ese hombre y no consiguiendo nada.

Mi cara se calienta instantáneamente. —Ha sido muy respetuoso. Y muy…

—¿Paternal?

Gimo. —*¡Sexy!* Es tan… ¿Cómo es que es tan atractivo simplemente por ser un buen padre?

—Instintos primitivos, querida. Tus ovarios reconocen que tu pareja es de primera y quieres volver a hacerlo.

—*Ja*. Claro. Tengo muchas ganas de reorganizar mis órganos internos y abrir mi vagina solo para crecer otro ser humano —pongo los ojos en blanco.

—Mírame a los ojos y dime que no has estado pensando en eso.

No puedo. Ambas sabemos que he estado fantaseando sobre la vida con Pasha… una vida con más bebés, más niños corriendo de un lado a otro. Un hogar lleno a reventar con nuestra propia familia en crecimiento.

—Vale. Culpable. Todavía lo estoy pensando —confieso.

—¿Mi consejo? —Hazel sonríe mientras se acerca para tocar mi frente con un dedo—. Piensa menos con esto… —señala con el dedo entre mis piernas—. Y haz más con *eso*. Creo que estarás satisfecha con los resultados.

DAPHNE

La doctora toma algunas notas en el expediente. —Me alegra saber que se está adaptando a la alimentación con fórmula —dice. Cuando ve mi sorpresa, se encoge de hombros casualmente—. No siempre es sencillo. Escucharás que algunos médicos apuestan por la leche materna y otros promueven la fórmula. Estoy aquí para decirte lo aliviada que me siento de que estés anteponiendo su propia salud y la salud de tu bebé.

—Pensé que amamantar *era* para la salud de mi bebé.

—En un mundo perfecto, todas estaríamos amamantando y seriamos amamantadas. Pero recuerda, la fórmula se inventó por una razón. Al final del día, la prioridad es asegurarse de que tu hija esté alimentada. Como sea.

Asiento. Y resisto la tentación de darle un codazo a Pasha mientras él reprime una sonrisa de complicidad cuando ambos escuchamos al obstetra prácticamente citándolo.

—Ahora… —ella revisa el papeleo y los gráficos nuevamente—. Vamos a ver. El examen se ve bueno; todo está en su debido lugar. ¿Cómo te sientes?

—¿Abrumada? —me río casi sin aliento. Pero sé lo que realmente está preguntando, así que descarto mi pequeña broma tonta—. No, de verdad, estoy bien. No he sentido ningún dolor o problema con cosas normales, como… —miro a Pasha—. Sabes. El baño y todo eso.

—Bien. Muy bien. En ese caso, coincidiendo con el tiempo de casi siete semanas, declaro oficialmente que estás en condiciones de reanudar tu actividad normal —la doctora mira a mi esposo—. Eso lo incluye a usted, Sr. Chekhov.

—Gracias a Dios —murmura.

Levanto un dedo. —Una cosa que sí debemos discutir son los métodos anticon…

—No vamos a utilizar métodos anticonceptivos —Pasha apoya una mano en mi hombro—. Estamos planeando hacer crecer nuestra familia.

—Pasha… —miro a la doctora, que sabiamente elige concentrarse en el portapapeles.

—¿Le importaría darnos un momento? —no aparta la mirada de mí, pero está claro que está hablando con la doctora.

Ella levanta una ceja, pero nos cede la habitación sin objeciones.

Él espera hasta que ambos escuchamos sus pasos alejarse de la puerta cerrada. Cuando tranquilamente se acerca y gira la cerradura, no puedo evitar sentir una oleada de calor justo donde no necesito que suceda en un obstetra.

—Pash, lo digo en serio. No estoy diciendo "no" para siempre; solo…

Me interrumpe con un beso abrasador. Estoy tan absorta en mi preocupación que ni siquiera lo veo cruzar la habitación hacia mí hasta que casi me inclino hacia atrás por la intensidad de su beso.

—Estoy sorprendido —retumba en mi oído. Es vertiginoso el calor de su aliento en mi piel, el roce de sus dientes en mi lóbulo y el tirón de sus pulgares en la cintura de mis calzas—. ¿No quieres sentirme dentro de ti?

Él sabe que sí. *Por supuesto* que sí. No es el único que ha estado dolorido durante nuestra pausa.

Pero ese no es el punto. Y él lo sabe.

—Dios, sí —respiro—. Pero…

Sus dedos acarician mis labios exteriores y roban mis siguientes palabras en un jadeo.

—Pero nada —su boca viaja hasta mi cuello y chupa con fuerza. Al mismo tiempo, su dedo grueso provoca mi entrada y ambos escuchamos lo mojada que me está poniendo—. Tú eres mi esposa. Voy a disfrutar muchísimo llenándote. Abriéndote. Mirando tu cara mientras te desmoronas.

Oigo que se desabrocha los pantalones.

—Y tú *sí* te desmoronarás, Daphne. Me aseguraré de que grites mi nombre antes de que me supliques que plante a mi bebé dentro de ti.

Me gira y me inclino sobre la mesa de examen antes de que tenga la oportunidad de pensar en una respuesta.

Un gruñido sin aliento sale volando de mi boca cuando él entra en mí por detrás. Duro. Profundo. No hay tiempo para abrir más las piernas, tampoco hay espacio para hacerlo, ya que mis mallas prácticamente unen mis rodillas.

Pasha me tapa la boca con la mano. —Joder… Daphne… —su voz es baja pero llena del mismo placer impresionante que yo también estoy sintiendo.

Es demasiado.

No es suficiente.

Es todo a la vez.

Él recompensa mis retorcimientos con un fuerte golpe en mi trasero. Demasiado ruidoso, tal vez, pero estoy demasiado ida para que me importe. Siento que me agarra donde me azotó en algo a medio camino entre un masaje relajante y un agarre posesivo.

—Eres mía, Daphne Chekhov. Ahora y siempre.

Su ritmo se acelera. Más duro.

—Te entregaste a mí.

Solo puedo gemir de acuerdo, amortiguada por su mano en mi boca. Cuando se inclina sobre mí, sus caderas hacen este movimiento giratorio que mueve su polla tan profundamente dentro de mí que juro que está tocando lugares que no sabía que tenía.

Pero, curiosamente, son los besos en la nuca los que me llevan al límite.

Eso y la forma en que respira—: Eso es, Daphne. Dámelo. Dame ese hermoso útero.

Si eso es un fetiche, creo que lo acaba de desbloquear.

Pasha me envuelve en su agarre mientras tiemblo, tengo espasmos y gimo en su mano. Mientras tanto, susurra elogios y alientos por haberlo tomado tan bien. Por ser una esposa tan perfecta. Una madre tan perfecta.

—Quieres esto conmigo, ¿no? —su mano presiona posesivamente sobre mi útero—. Quieres sentir que te lleno con mi semilla. Quieres sentirlo salir de ti tanto como yo quiero verte gotear.

Otro espasmo me recorre.

Que el Señor me ayude, sí lo quiero.

Realmente lo quiero.

Son solo unas cuantas embestidas más antes de que lo sienta espesar. Está cerca. El pánico me atraviesa una vez más, pero me digo a mí misma que debo respirar a través de ello.

Pero, para mi sorpresa, deja escapar un gruñido y se retira. El calor salpica mis nalgas unos segundos después.

Lo siento inclinarse hacia un lado y lo escucho agarrar algunos pañuelos de papel de la caja en la mesa auxiliar de examen. Es gentil y minucioso cuando me limpia y me ayuda a colocarme las mallas en su lugar.

—Sin embargo, lo que *realmente* me sorprende —comenta Pasha—, es que, después de todo, crees que pondría en riesgo tu salud.

Si pensaba que el sexo era vertiginoso, seguir el ritmo de su proceso de pensamiento en forma de montaña rusa es aún peor. —¿Ah? —es todo lo que logro decir mientras mi cuerpo todavía vibra con el resplandor de la liberación.

—Daphne. Mírame —levanta mi barbilla con un dedo para que mi mirada se encuentre con la suya. Habla muy en serio, incluso cuando sus ojos están llenos de una calidez amorosa—. Te *voy* a llenar con mis bebés. No hay manera de que no disfrute cada centímetro de tu cuerpo todos los malditos días. Pero tu salud siempre es lo primero. Siempre. Así que, si eso significa que salirme y pintarte la piel es lo que tengo que hacer hasta que estés lista, que así sea.

Me estremezco. ¿Cómo es capaz de expresar las cosas de una manera que me haga desearlo? —Los anticonceptivos serían más fácil, ¿sabes?

Él se encoge de hombros, indiferente. —Si crees que *yo* no sé que salir de ti es difícil, estás loca.

Tendré que encontrar una forma de manejarlo. La práctica hace la perfección, ¿verdad?

PASHA

—Por última vez, Daphne: estará bien —digo—. Tú, en cambio, has estado trepando por las paredes. Ve a vestirte.

—¡No lo he hecho!

—Sí lo has hecho —responden Mak y Sofi al unísono.

Puede que ella no lo note, pero el resto de nosotros sí. Todo el meticuloso desempolvado de rincones y recovecos que acaban de limpiarse hace diez minutos. Una taza de café diaria que se convirtió en dos, luego tres. Su pierna nunca deja de rebotar.

—Deberías aprovechar esta oportunidad para respirar aire fresco —Mak le lanza una mirada severa y asiente hacia nuestro dormitorio—. Escucha a tu esposo. O te sacará en brazos por la puerta principal tal como yo cargo a la pequeña.

Cambia a Taty de un brazo a otro, luego se da vuelta y sigue a Sofi a la cocina.

Cuando se han ido, Daphne me lanza una mirada suplicante. Ni siquiera le doy la dignidad de fingir que eso me influirá. —Vuelve al dormitorio y ponte lo que te dejé —le ordeno—. O haré exactamente lo que él dijo y te llevaré sin importar lo que lleves puesto o no.

La tentación de cargarla sobre mi hombro con nada más que un sujetador y bragas es tentadora. Pero la dejo con la amenaza y entro al baño para cambiarme de ropa.

La puerta permanece abierta, pero me esfuerzo por no mirar mientras Daphne se desnuda. Si miro, nunca saldremos de este maldito dormitorio.

—¿Estás seguro acerca de esto? —llama.

—Necesitamos ser normales, Daph. Es importante. Tenemos una vida fuera de ser padres, fuera del trabajo.

—Supongo que eso tiene sentido.

Ella no parece feliz por eso. Pero, cuando vuelvo al dormitorio, a ambos se nos presenta un problema muy interesante.

—Te ves increíble —ronronea.

—Tú también.

Los jeans suaves y mantecosos abrazan cada centímetro de sus piernas, desde los tobillos hasta la cintura. Acentúa su culo perfecto y mi mirada se desliza sin esfuerzo hasta los sexys tacones que se puso.

Maldita sea, había olvidado lo bien que se ve con tacones.

Aunque es el suéter lo que me va a matar. Fuera del hombro, con solo un pequeño y tentador vistazo a su bralette de encaje.

Y como todavía depende de las hormonas de la maternidad, ese bralette *apenas* cubre sus senos.

Se destrozaría muy fácilmente, pienso para mis adentros. *Si tan solo pudiera ponerle las manos encima por un segundo…*

Cuando pasa a mi lado para agarrar algo de uno de los gabinetes del baño, puedo oler que se roció el cabello con perfume.

Hago un rápido cálculo mental sobre cuánta fianza podría ser necesaria para nuestros cargos de indecencia pública. Porque me voy a follar a esta mujer en algún lugar, en algún momento, antes de regresar a casa.

—¿Pasha?

—¿Hmm? —finjo no darme cuenta de la forma en que me mira en el espejo. Con fuego en los ojos y labios carnosos ligeramente entreabiertos.

—Por favor, siéntete libre de usar esa camiseta más a menudo.

Me río entre dientes. —La política del código de vestimenta corporativo desaprobaría eso.

—No me importa. ¿Quieres más bebés? Quiero verte usando eso más a menudo.

Eso me hace agarrar su muñeca para atraerla hacia mí. Esta mujer, *mi* mujer, está jugando con fuego. —Pedid y se os dará. —Agacho la cabeza para mordisquearle la oreja justo donde sé que es más sensible—. Ahora tenemos que irnos. A menos que quieras que mis hermanos escuchen la forma en que gritas cuando te corres.

Presiona su mano contra mi estómago. —Creo que tienes razón. Necesitamos comportarnos. —Sus pestañas se mueven hacia abajo—. Por ahora.

Joder.

Estos jeans de repente se sienten demasiado ajustados.

~

DE REPENTE, tengo dudas sobre comprar estos conos de helado en el paseo marítimo después de cenar.

No porque sean malos. Es simplemente una especie de tortura ver a mi esposa lamer la crema.

Despacio. Sensualmente. Y de una manera tan inocente, porque ella no me mira en absoluto mientras yo la veo saborearlo.

—Tienes razón —dice entre lamidas—. Necesitábamos esto. Normal. Casual —mira hacia el agua y suspira—. Es realmente hermoso aquí.

Tomo su mano izquierda con la derecha y jugueteo con mis anillos en su dedo. —Aún no tan hermoso como tú.

Ese lindo tono rosado sube por su cuello hasta sus pómulos. —Solo dices eso porque estoy usando exactamente lo que querías.

—Para nada. Eres hermosa sin nada puesto. —Sonrío mientras la veo ponerse aún más rosada—. Es particularmente excitante verte caminando con algo que elegí para ti. Es como si estuvieras vestida de *mí*. Sabes que me encanta cuando estás cubierta de mí.

Su lengua se mueve sobre su labio superior para atrapar una gota de crema. Estoy tan tentado a lamer yo mismo la próxima gota perdida. —Señor. *Señor*. Estamos en público.

—¿Y? ¿No es ese el punto? La gente necesita vernos en público. Necesitan vernos disfrutando de la vida como pareja casada.

Necesitan ver lo mucho que significas para mí… por si a alguien se le ocurre alguna idea sobre joder a nuestra familia.

Daphne termina su helado y me mira a los ojos mientras lo hace. Ella sabe exactamente lo que me está haciendo, la mujer malvada.

—¿Quiénes es esta "gente"? —pregunta Daphne—. Siento que debería conocer a todos los jugadores de este mundo loco en el que vivimos.

—Oh, nunca se sabe —respondo—. Paparazis. Policías. Ex parejas locas.

Ella resopla y pone los ojos en blanco. —¿Como Paris?

—Paris no es una ex.

—¿Dormiste con ella?

¿Cuándo se convirtió esto de repente en un interrogatorio? —El sueño no estuvo involucrado.

—¿Las partes de tu cuerpo terminaron dentro de las partes de su cuerpo?

—Sí.

—Entonces, ella es tu ex.

—No había ninguna relación.

—Para *ti*.

Quiero discutir, pero tiene razón. Paris me ha estado enviando correos electrónicos sin descanso, rogándome una segunda oportunidad en su trabajo y en cualquier otra cosa que pensara que tenía conmigo.

La última respuesta que le envié fue una captura de pantalla de nuestro anuncio formal de boda, adjunta a un aviso de cese y desistimiento redactado por mis abogados. Todos los correos electrónicos posteriores de ella, incluidos los que me ruegan que la llame y le explique, ahora se reenvían automáticamente al equipo legal.

—Me parece justo —también le doy la victoria en este debate, porque contaría como ex a cualquier hombre que la haya tocado antes que yo. La sola idea de que un hombre la toque me eriza. Me estremezco y acerco a Daphne hacia mí—. También es para los federales.

Su frente se arquea. —¿Oh? ¿Te preocupa que estén husmeando?

—Para nada. Ese es el punto. Se preocupan cuando yo *no* estoy preocupado. Les hace pensar que estoy tramando algo que deberían investigar.

Ella me mira. —¿Lo estás? ¿Tramando algo, quiero decir?

Sonrío. —Siempre estoy tramando algo.

Es bueno para nosotros tener esta pequeña charla, aunque un tanto vaga, porque es parte de la vida que ahora lleva conmigo. Siempre hay algo en juego. Siempre me muevo en las sombras.

—¿Puedo preguntarte algo? —me mira con curiosidad—. ¿Por qué lo haces? ¿Tu… eh… tu trabajo?

—Nací en eso.

—Bueno sí. Pero nadie dice que tengas que *permanecer* en él.

—¿Te molesta que lo haga? —me encuentro con su mirada. Esto es importante. Este es el momento perfecto para que sea honesta conmigo.

Daphne piensa en ello, con la cabeza inclinada hacia un lado. —¿Honestamente? No —sus ojos encuentran los míos nuevamente—. ¿Esperabas que dijera que sí? ¿Que estuviera molesta por la vida en la que me casé?

—Esperaba que tuvieras más preguntas, al menos.

—Bueno, sí las tengo. Pero confío en que me contarás más cuando estés listo.

Dejo de caminar y la giro para que quede completamente frente a mí, tomando su rostro en mi mano. Quiero decir algo. Pero todo lo que me viene a la mente parece que rompería la belleza de este momento. Así que simplemente sonrío y la beso.

Cuando me alejo, siento una emoción al escuchar su necesidad de recuperar el aliento.

—Solía hacerme esas mismas preguntas, ¿sabes? Sobre quedarme donde nací. Y lo intenté… brevemente. Pero me arrastraron de vuelta. Responsabilidad con mi familia y con todos. Fue mi madre, principalmente. Y luego mis hermanos.

—Recuerdo que ella mencionó que lo habían pasado mal.

—Se armó la podrida. Mamá fue un daño colateral. Mak y Sofi… Si ella no podía cuidar de ellos, ¿quién lo haría?

—Supongo que no tenías abuelos que intervinieran.

—No. Sus padres todavía estaban en Rusia y no estaban en condiciones de ayudarnos. Los padres de Kostya estaban muertos.

Esta vez, no tengo que acercarla. Se aferra mi brazo y se inclina hacia mí. —Puedo notar que no tenías una relación cercana con tus abuelos. Lo siento.

Lo descarto con la mano. —¿Qué hay de ti? ¿Algún abuelo en tu vida mientras crecías?

Se encoge de hombros. —Por un tiempo breve. Mis abuelos maternos ya se habían ido cuando yo nací, pero los padres de Stewart aún estuvieron durante algunos años.

—No los mencionas mucho.

—Esa es la parte divertida. ¿Conoces el dicho, "Quien no lo tiene, lo hace; quien lo tiene, lo deshace"? Mi abuelo me decía eso todo el tiempo. Creció pobre e hizo de su vida algo mejor para él y su familia. Pero su hijo no fue tan cuidadoso.

Stewart Hamish nunca fue alguien a quien le aplicaría la palabra "cuidadoso". Ni siquiera cuando todavía trabajaba para Chekhov Internacional. —Puedo creer eso.

Daphne asiente. —Claro. Entonces mi abuelo vivía con sencillez. Él y mi abuela, que murió cuando yo era muy pequeña. Ir a su casa, salir a comer con ellos… nunca sabrías que eran multimillonarios. Intentó convencer a mis padres de que bajaran el ritmo, preservaran su riqueza y todo eso, pero… bueno, ya sabes.

Sí sé. Ambos estamos aquí por eso.

No es algo que haya tomado en consideración antes. La letanía de meteduras de pata de los Hamish, los Cleary y todos mis otros enemigos… Todo me trajo aquí y ahora.

Un paseo tranquilo bajo las estrellas con la mujer más bella que jamás pude soñar tener como esposa. Mientras nuestra igualmente hermosa hija es mimada en nuestro cálido hogar.

Es lo opuesto a cómo nos conocimos, convirtiendo el arte en cenizas.

Esto es convertir cenizas en arte.

—Oye. Ven aquí.

Daphne mira a su alrededor, buscando lo que me hizo detener donde estamos y volverla hacia mí.

En realidad, no es nada. Solo quiero este momento con ella.

—Lev —saco mi teléfono de mi bolsillo y lo sostengo para que lo tome nuestra sombra que nos sigue—. Toma algunas fotografías para nosotros.

Lev se acerca desde su respetuosa distancia, esboza una leve sonrisa y asiente. —Por supuesto, señor.

—Ay, no —Daphne niega con la cabeza y trata de esconderse en mi pecho—. No. No estoy… no. ¡Toma algunas fotografías de este chico guapo, pero déjame fuera!

—¿Por qué diablos te dejaría fuera? —le doy la vuelta, pero la mantengo envuelta en mis brazos —. Eres tan jodidamente hermosa.

—No estoy en forma. Mi estomago…

—Es la mejor parte de ti —cojo su mano cuando intenta tapar su estómago, entrelazando mis dedos con los suyos—. Entre muchas, muchas, muchas otras partes perfectas.

Suspira, pero la siento inclinarse hacia mí. —Solo dices eso para llevarme a la cama más tarde.

—Te preguntaría si está funcionando, pero tú y yo sabemos que no tengo que decir una maldita palabra para llevarte a la cama —gruño—. Lo digo porque es verdad. Eres tan jodidamente hermosa, Daphne. Y los recordatorios de cómo creamos a nuestra hija solo te hacen serlo mucho más.

Daphne gira la cabeza para mirarme. Es tan vulnerable e insegura. Está bien, la besaré, la acariciaré y la follaré hasta que lo acepte.

Y luego seguiré besándola, acariciándola y follándola como recordatorio hasta el día de mi muerte.

Por ahora, al aire libre, me conformo con besarla. Despacio. Cariñosamente. Tiernamente.

—Sr. Chekhov —respira cuando rompemos el beso de mala gana—, tienes un argumento sólido.

Lev está sonriendo… una visión inusual en su rostro… mientras me devuelve mi teléfono. Hojeo las fotos. ¿Mi favorita del lote?

Le estoy susurrando algo, con una sonrisa en mi rostro, mientras ella se ríe.

Somos felices.

Somos *reales*.

PASHA

—Nos están siguiendo.

Daphne finge reírse de algo que le dije y aprovecha la oportunidad para mirar por encima del hombro. —¿Cómo sabes que son ellos? —pregunta.

—Los autos de policía camuflados siempre tienen ese estúpido foco en el espejo lateral.

Saca su teléfono para tomarse una selfie. Cuando miro la pantalla, la veo acercarse al auto estacionado al otro lado de la calle detrás de nosotros. La mujer aprende rápido, eso es seguro. —Ah, ¿ves eso? Eh. Qué loco.

Resisto la tentación de echar otro vistazo. Es un modelo de sedán diferente al de la flota de la policía local, así que estoy dispuesto a apostar una buena cantidad de dinero a que es el ASM Smithson. Sentado en ese auto, comiendo un puto perrito caliente, observándonos como un idiota.

Casi me siento mal por el bastardo. Claramente, no tiene nada mejor que hacer.

—Entonces… ¿qué hacemos si se bajan del auto y quieren hablar con nosotros?

—Exige que llamen a tu abogado y luego cállate —tomo nota para conseguirle un llavero con botón de pánico como el mío. Quizás también uno secundario en una pulsera.

—¿Tengo un abogado?

—*Tenemos* un abogado. De hecho, tenemos varios. Cualquiera de los cuales le hará pedazos a ese gilipollas engreído.

No lo mencioné hasta ahora, pero Smithson nos ha estado siguiendo durante un tiempo. A lo largo del paseo marítimo, cruzando el puente, hacia este vecindario.

Daphne se tensa mientras mira a su alrededor. —¿Dónde estamos, por cierto?

Sonrío en la oscuridad. —¿No confías en mí para mantenerte a salvo?

—Confío en *ti*. Son los locos con pistolas y cuchillos en quienes no confío.

—Los locos son fáciles de dominar y desarmar. Hay que tener cuidado con los tranquilos y sensatos.

La siento empujarme. —Entonces, tú, básicamente.

—Estás empezando a entenderlo. Si tu nombre no es Daphne Chekhov, entonces sí… ten mucho, mucho cuidado conmigo.

Veo el lugar que estaba buscando y llevo a Daphne al otro lado de la calle.

—¿Un salón de tatuajes…? —dice confundida.

Presiono un dedo contra sus labios. —Lo verás muy pronto.

Es limpio y acogedor aquí, con pisos de madera oscura y lámparas doradas suspendidas del techo. Todos los asientos de la zona de espera son de cuero auténtico, y sé con certeza que la mesa de café es de caoba tallada a mano.

Lo sé porque es un regalo mío. El dueño de esta tienda una vez me hizo un favor, así que le envié una pequeña muestra de agradecimiento una vez que todo se calmó.

De repente, gira sobre sus talones para mirarme boquiabierta. —¿Te vas a hacer un tatuaje?

—Creo que es hora de conmemorar a mi familia. Tener algo para ti y Tatyanna. En mi pecho, tal vez. Sobre mi corazón.

—Ay, no —ronronea con una sonrisa maliciosa—. Quiero mi nombre donde todos puedan verlo.

La forma en que lo dice manda adrenalina de pies a cabeza. *Moya plamya*. Mi pequeña llama.

Le devuelvo la sonrisa. —Recursos humanos podría molestarse. Pero creo que tienes razón. Quiero el nombre de mi esposa donde toda la puta junta directiva pueda verlo.

La tatuadora sale con una sonrisa brillante y un gesto respetuoso. Cuando le devuelvo el gesto, comienza a preparar la silla y el equipo para nosotros.

—Estoy pensando… aquí —Daphne acaricia suavemente las yemas de sus dedos, desde el lado derecho de mi mandíbula hasta mi cuello—. Algo que me envuelve a tu alrededor.

—¿Ambos van a recibir un diseño? ¿O solo uno de ustedes? —interviene la artista.

Estoy a punto de decir que solo yo, pero Daphne me detiene con una mano en mi brazo. —Yo… yo también quiero uno —se sonroja—. Si eso está bien.

No puedo resistir el gruñido de aprobación excitada mientras apoyo mis manos en la cintura de mi sexy esposa. La idea de ella caminando con mi marca permanentemente en su cuerpo, permanentemente visible para que todos vean que me pertenece… me gusta.

Inclino su cabeza hacia un lado para ver el chupetón que le dejé en el cuello anoche. Está justo debajo de su mandíbula. Justo donde puedo saborear sus gemidos cuando se deshace en mi polla.

Paso mi pulgar por su cuello hasta su clavícula. —Algo hermoso, pero delicado. Como tú.

—¿Crees que soy delicada?

—Creo que *quieres* que la gente piense que eres delicada —el concepto me da una idea—. ¿Confías en mí?

Daphne respira hondo y parpadea hacia mí. —Siempre —respira.

Me dirijo al bloc de diseño y tomo un lápiz. Mientras esbozo el símbolo de nuestra familia, el escudo de Chekhov, tomo nota mental de encontrar el collar que le regalé. No lo ha usado desde hace tiempo… y no lo ha necesitado, con mis anillos en el dedo y mi nombre en todos sus papeles… pero sigue siendo una pieza hermosa.

Agrego un poco de filigrana para envolver la cresta como las enredaderas de su nombre. Nuestro nombre estará en su cuello, pero las hojas curvas en zarcillos arremolinados bailarán a lo largo de su piel hasta justo encima de su pecho.

No puedo esperar para rastrear cada detalle con mi lengua.

Este diseño me da inspiración para mi propio tatuaje, así que paso a otra página en blanco y empiezo a dibujar esa también. Daphne mira por encima de mi brazo y suelta un silbido bajo.

—Maldición. Si alguna vez decides cambiar de carrera…

—Quizás lo haga. *De Jefe de Mafia a Bauhaus: la Historia de Pasha Chekhov*.

Se ríe y me da una palmada en el brazo, y se me ocurre, no por primera vez, que me gustaría pasar el resto de mi vida escuchando ese sonido.

La habitación está preparada con dos sillas para nuestro uso y unos cuantos ganchos en la pared para colgar la ropa que necesitemos quitarnos. No lo pienso dos veces antes de quitarme la camisa y colgarla.

En ese momento, la puerta se vuelve a abrir y entran ambos artistas. La joven que no reconozco se acerca a Daphne para hablar sobre los diseños y la ubicación, mientras el dueño de la tienda, Trev, se acerca a mí con una amplia sonrisa y la mano extendida.

—Pasha, ¿qué pasa, mi amigo? —sostiene el cuaderno de bocetos de la recepción—. Veo que has vuelto a hacerlo.

—Es una ocasión especial. Tengo que hacerlo bien.

Daphne nos mira mientras se quita el suéter.

Normalmente, desconfiaría de que se desnudara delante de la gente. Pero Trev ni siquiera mira en su dirección y sé que es un tío decente con un estricto código de profesionalismo. Puedo confiar en él.

—Tu hombre aquí es todo un artista —Trev coloca papel de calco sobre el diseño y se pone a trabajar transfiriéndolo para el proceso de entintado—. He ganado bastante dinero con sus diseños.

—Las lenguas sueltas se cortan —le doy una leve sonrisa para que sepa que estoy bromeando.

Mayormente.

Trev niega con la cabeza, pero no revela más secretos míos.

Coloco la silla para poder ver cómo se desarrolla el proceso sobre los hombros de Daphne. *Dios*, la deseo.

No es solo el hecho de que esté adquiriendo esta confianza, esta aura. No es solo el hecho de que se tatuará permanentemente el escudo de mi familia en su piel.

También está el hecho de que nunca antes se había tatuado. Ni una sola marca en su cuerpo, aparte de una salpicadura de pecas donde el sol la ha besado.

Y aquí está, semidesnuda en un salón de tatuajes al otro lado de la ciudad. Sus primeros tatuajes serán los nombres de su esposo y su hija.

Está cambiando tan rápido que apenas puedo seguirle el ritmo.

Charlamos un poco con Trev y Kayla mientras trabajan. Al igual que Trev mantiene su atención en mi cuello y mis hombros, Kayla mantiene su mirada en Daphne y puedo notar que eso tranquiliza a mi esposa.

Como si alguna vez fuera a ver a alguien más que a ella. Lleva un par de horas terminar el trazo preliminar del nombre de mi esposa en mi piel. Trev coloca el diseño de Taty sobre mi corazón de una manera que fluye hacia los destellos del fuego que ahora abraza mi hombro y besa mi cuello por el resto de mi vida.

Un fuego llamado Daphne.

—Ya conoces el procedimiento, hombre —Trev termina de presionar la envoltura de plástico sobre la tinta fresca—. Sin embargo, enviaré a casa las instrucciones para los recordatorios.

—Suena bien. Y luce genial, como siempre.

Él se ríe y sacude la cabeza. —No. Esto es todo tuyo, hombre. Yo solo soy la máquina de copiar y pegar.

Le entrego una gran faja de dinero en efectivo mientras limpia. Él sabe sin preguntar qué significa. Sin decir palabra, recoge sus herramientas y ayuda a Kayla a hacer lo mismo. Los dos nos dejan la habitación.

—¿Qué opinas? —giro la cabeza tanto como puedo para estudiar los remolinos de fuego que envuelven el nombre de Daphne en mi pecho—. Me haré el resto…

Unos labios cálidos, suaves y hambrientos capturan los míos y cortan todo lo que estaba a punto de decir.

La silla se mueve debajo de mí. Me toma un segundo darme cuenta de que mi esposa se ha subido y ahora está sentada a horcajadas sobre mi regazo.

—Te quiero —respira. Sus uñas raspan mis costados y sacan un gemido bajo de mi pecho—. Joder, te *necesito*.

—Estoy justo aquí, bebé —mis manos encuentran su trasero y la agarran con fuerza, poniéndola en mi regazo para que pueda sentir cuánto la necesito también.

Nos besamos así, moliendo y jadeando juntos hasta que ambos estamos locos de doloroso deseo. Daphne está hambrienta… tiene cuidado al moverse alrededor de la tinta envuelta, pero no tanto cuando me muerde, me araña y me marca con su pasión.

Más.

Quiero más.

Es como si pudiera leer mi mente. En un momento, ella está sentada a horcajadas en mi regazo; al siguiente, está arrodillada entre mis muslos y abriendo mis jeans.

Su boca me envuelve en ese calor húmedo y aterciopelado y casi aplasto los brazos de la silla con mi agarre.

—Estás agarrando lo equivocado —jadea Daphne entre chupadas—. Se supone que debes tirarme del cabello.

Maldito infierno.

Si no tiene cuidado, le dispararé mi carga directamente por la garganta. Esta mujer me tiene al límite y estoy perdiendo la maldita cabeza.

Según su petición, enredo mis dedos en su cabello y disfruto los gemidos que hacen que sus labios y su lengua vibren en mi polla. ¿Quiere que la agarre? Vale. La agarraré.

Guío su cabeza arriba y abajo de mi eje al ritmo que quiero. Giro la cabeza hacia atrás cuando me chupa aún más fuerte. Usa esa lengua malvada para hacer magia en cada centímetro.

Daphne se recupera justo cuando juro que estoy a punto de reventar. —Todavía no, bebé —bromea—. Aún nos queda mucho por hacer.

Quiero discutir. Lo haré.

Pero luego la veo quitarse los pantalones y las bragas y cambio de opinión.

Ella vuelve a subir encima de mí. Me besa fuerte. Se sienta a horcajadas sobre mis caderas. Y, sin más que un por favor, se sienta hasta el fondo de mi polla.

—Eres mío —se inclina para besar y chupar el otro lado de mi cuello—. Todo mío. *Solo* mío.

—Todo tuyo, bebé —paso una mano por su espalda—. Solo tuyo. *Joder*. Justo así… maldita sea…

Estoy acostumbrado a robarle el aliento de los pulmones.

Esta vez, las tornas están al revés.

Ella es la que me hace *a mí* jadear por aire. Ella es la que me hace olvidar todo menos a ella.

—Daphne…

La siento ondear y estremecerse a mi alrededor. Se le corta el aliento mientras entierra su rostro en mi cuello y hunde sus dientes para marcarme mientras se desmorona.

—Voy a… —intento advertirle. Prometí que tendría cuidado, pero ella es quien toma las decisiones.

Eso no me ayuda a contenerme.

—Hazlo —Daphne jadea y gime su orden en mi oído—. Dámelo. Córrete dentro de mí. Lo quiero.

La sensación es indescriptible. Cada centímetro de mí se hace añicos por cada centímetro de ella. Estoy fluyendo dentro suyo y desmoronándome a su alrededor.

Se me escapan las palabras. Todo lo que puedo pensar, todo lo que puedo sentir, es que ella es la mujer más perfecta… la *esposa* más perfecta… para mí.

Espero que Smithson, pudriéndose en su patrulla en algún lugar de la oscuridad más allá de las paredes de la tienda, sepa que nunca jamás me quitará esto.

DAPHNE

No puedo evitar reírme de la montaña de bolsas de regalos que me saludan en mi puerta. —¿Vas a abrir aquí una tienda por departamentos o algo así?

—¡Encontré ofertas! —Sofi entra a trompicones con las bolsas—. Tomé la talla de cero a tres meses. ¿Eso funcionará?

—Ella está creciendo, eso es seguro. El médico dice que finalmente está en su percentil de peso ideal.

—¡Tiene el estómago de su tío! —Mak me sonríe por encima de su propia pila de paquetes mientras las puertas del ascensor se cierran detrás de él. Extiendo la mano para ayudarlo a equilibrarlos en el camino hacia el ático, pero él me esquiva y en lugar de eso me planta un beso en la mejilla—. Y la actitud de su tía.

Sofi frunce el ceño mientras deja las bolsas en la guardería. —¡Dices eso como si fuera algo malo!

—*No* es algo malo… siempre y cuando sea demasiado joven para empuñar un arma.

—Lo cual no sucederá hasta que tenga como treinta años —dirijo mi mirada a mi cuñado—. Mírame. Makari, mírame. *Treinta*. Ni un día antes.

Levanta las manos en señal de rendición fingida una vez que los paquetes están colocados sobre la mesa. —Te escucho, te escucho. Pero recuerda…

—…que *yo* no hice tal promesa —Sofi me sonríe y sale de la guardería con mi bebé acunada sobre su hombro.

Pongo los ojos en blanco, pero lo dejo pasar.

Principalmente, porque sé que probablemente comenzarán el entrenamiento de Taty con pistolas de dardos tan pronto como sus pequeños puños puedan cerrarse alrededor de una *Mi Primera Pistola Fisher-Price con los Números de Serie Lijados.*

—¿Crees que alguna vez tú querrás aprender?

Dudo. Definitivamente me he sentido más cómoda con el concepto de armas… quiero decir, tengo que hacerlo, considerando con quién me casé… pero no sé si estoy en un punto en el que pueda manejarlas.

Mak se frota la nuca. —Ah, mierda. Me olvidé. Lo siento.

—¡No! No, está bien. Simplemente… aún no he llegado a ese punto. Para ser honesta, no sé si alguna vez lo haré.

—Y eso no tiene nada de malo. Confía en mí.

La puerta se abre de nuevo y aparece Asya con un par de bolsas más pequeñas. Sin embargo, a juzgar por las etiquetas, Tatyanna está a punto de tener algunos juguetes más para su safari de animales de peluche.

—¡Daphne! *Malyshka*, ven aquí —me da un cálido abrazo antes de que pueda siquiera dar unos pocos pasos hacia ella—. ¿Cómo estás?

—¡Hola! Estoy bien. ¿Tú?

—Con muchas ganas de pasar tiempo con mis bebés. ¡Mírate, niña bonita! —saca a Taty de los brazos de su propia hija y cubre esas mejillas regordetas con besos—. ¡*Sí* te estás poniendo grande! Qué buena chica.

Reviso el pasillo exterior para asegurarme de que nadie más esté planeando irrumpir antes de cerrar la puerta. No es que no quiera a mi suegra y cuñados aquí; siempre estoy feliz de verlos. Se trata más de los obsequios no deseados que cierta *otra* pareja sigue enviando.

Porque saben dónde vivimos.

—Por cierto, Daph… —Sofi se reúne conmigo en la cocina para tomar una taza de café—. ¿Me di cuenta de que tienes una manta nueva? ¿En la mecedora? Patrón interesante.

Resoplo. —Puedes decirlo. Es feo.

—Yo nunca…

—Es de mis padres.

Se le cae la mandíbula. —No hablas en serio —me mira de nuevo—. Sí. Lo dices totalmente en serio. ¿No es eso una violación de la orden de restricción?

Sacudo la cabeza. —No cuando es por correo. No han puesto un pie en este edificio, pero saben dónde vivimos. Lo único que hacen es enviarle regalos a Taty, así que… no lo sé —suspiro—. Siguen siendo sus abuelos.

Sofi apoya una mano tranquilizadora en mi brazo. —Sé que hablamos de que la familia lo es todo, pero no me malinterpretes. La sangre no significa una mierda cuando no te tratan bien.

—Lo sé. Lo que no sé es, ¿debería preocuparme? Saben dónde vivimos. Siguen intentando llegar a Taty y a mí, sin importar lo que diga la ley.

—¿*Estás* preocupada?

Aprovecho la necesidad de encontrar crema en el frigorífico como excusa para esconder mi cara por el momento. Sé que Pasha no permitirá que mis padres se acerquen a menos de un kilómetro de nosotros. Sé que estamos constantemente bajo su mirada protectora.

Pero también sé lo impredecibles que pueden ser mis antiguos padres. Cada movimiento que han hecho hasta este momento demuestra que no se puede anticipar su próximo plan.

Así que tal vez no estoy preocupada.

Quizás solo estoy siendo… estratégica.

—¿Oye, Sofi? Me preguntaba…

Bebe un sorbo de su café helado y espera a que continúe.

—¿Te importaría si empiezo a unirme a ti en el gimnasio? Y tal vez, no lo sé… ¿tal vez podrías enseñarme algunas cosas?

Una sonrisa se dibuja en su rostro. —¿Como patear traseros y tomar nombres?

—Algo como eso.

—¡Claro que sí! Solo habla con Pasha y cuéntame cómo te va.

Dicho esto, toma su café y sale para unirse a los demás en la sala de estar.

No me rendiré tan fácilmente. —No necesito "hablar" con él solo para ir al gimnasio —le informo mientras la sigo—. Puedo ir al gimnasio cuando quiera.

—Ah, no me malinterpretes, Daph. Realmente me encantaría ayudarte a entrenar. Pero…

—Lo que ella no quiere —interviene Mak desde donde está haciendo eructar a Taty en el sofá—, es que nuestro hermano mayor se vuelva loco porque no le pediste *a él* que te entrenara.

Sofi lo señala. —Bingo. Es raro con cosas así.

Intento no distraerme con el hecho de que Asya está tomando fotos de Mak y Taty juntos, todos lindos y adorables mientras él posa con ella. Sus pequeños dedos agarran su nariz y él se ríe, acariciando su mano y mordiéndole las yemas de los dedos.

Mi corazón se derrite, se aprieta y se derrite de nuevo. Este es el tipo de familia que mi hija merece.

Este es el tipo de familia que siempre quise.

Concéntrate, Daph. —Sin embargo, estoy haciendo esto por mí. No… bueno, no necesariamente para él. Sí, una gran parte de esto es no querer sentirme tan impotente constantemente como para necesitar mi propia guardia personal todo el tiempo. Pero yo también… quiero sentirme fuerte. Quiero *ser* fuerte. Creo que ayudará a superar parte de esta ansiedad.

Asya me sonríe. —Estoy orgullosa de ti, Daphne. Este es un gran paso a dar. Ya estás mostrando tu fuerza al tomarlo.

—Sí, pero necesita hablar con Pasha y pedirle *a él* que la entrene —protesta Sofi—. No quiero meterme en medio entre él y su ego.

—Esa es su decisión, Sofiya. Ella no necesita su permiso para hacer cada pequeña cosa, pero estoy segura de que hablará con él, a su debido tiempo, cuando sea algo importante en su

matrimonio.

Estoy a punto de agradecerle a Mamá por venir en mi defensa cuando me mira fijo.

—Sin embargo, sí quieres hablar con él. En algún momento. Amo a mi hijo, pero puede ser testarudo y terco como un toro. Lo superará, pero tendrás que ayudarlo.

Es más fácil decirlo que hacerlo.



—HOY VAMOS A REPASAR LO BÁSICO —Sofi se ajusta la tira del hombro con un suspiro—. Todavía no tengo muchas ganas de ver explotar de ira a mi hermano mayor, pero oye, poder femenino y todo eso.

—No te preocupes. Yo me encargaré de Pasha —miro hacia las puertas de entrada del gimnasio y noto un teclado—. Mierda, no pensé en entrar. ¿Necesito comprar una membresía?

Me mira y se echa a reír. —Chica. Eres la *Sra. Chekhov*. Eres dueña del lugar.

—¿Lo soy?

—Bueno, tu esposo. De todos modos, sí, la mayoría de la gente necesita una membresía. Sin embargo, tu cara es tu referencia. Eso y el asteroide en tu dedo anular.

Subimos las pocas escaleras bajas que conducen a la puerta principal cuando ella se detiene, frunce el ceño y gruñe algo en ruso en voz baja.

Empiezo a girarme para ver qué está mirando, pero apoya una mano en mi brazo.

—No mires —dice con los dientes apretados y una sonrisa falsa—. Son los federales. Nos están siguiendo.

Se me cae el estómago. —¿De nuevo?

—Debieron haber descubierto que esto es propiedad de Chekhov. *Glupyye sukiny deti* —suspira y se frota el rabillo interno del ojo. Me toma un segundo darme cuenta de que lo está haciendo con el dedo medio—. ¿Una chica no puede tirar pesas? Maldición.

La puerta del gimnasio se abre para que un tío sudoroso salga, así que aprovechamos la oportunidad para entrar.

El cartel dentro de la puerta que anuncia servicios de entrenamiento personal me hace reír. Creo que me saltaré esa oferta en particular. Pasha se volvería loco por algún fornido al azar ayudándome con mis movimientos de cadera.

—Como dije —me recuerda Sofi en el vestuario—, hoy vamos con calma. Sin alardes, sin intentar demostrar un punto. Lo único que tienes que demostrar es a ti misma. Y eso es *si* tu cuerpo está listo.

Arrugo la frente. —¿Por qué mi cuerpo no estaría listo?

—El parto es una putada, chica. Sé que han pasado un par de meses, pero esos músculos del suelo pélvico no son una broma.

—Oye. Mientras se deshaga de esta barriga, no me importa lo que hagamos.

Me rodea los hombros con el brazo y me lleva al piso principal. —Me alegra oírlo. Veamos cuánto tiempo seguirás sintiéndote así.

Creo que Sofi está segura de que sus métodos me asustarán. Tal vez estén destinados a hacerlo; se mantuvo bastante firme en no hacerlo a espaldas de su hermano.

Pero soy tan testaruda como él.

No voy a dar marcha atrás en ninguno de los frentes.

Ella cumple su promesa en términos de ir con calma. Más o menos. Empezamos en las caminadoras. De vez en cuando, se acerca para aumentar la inclinación y aumentar la velocidad. —Mantén la respiración constante. Entra por la nariz y sale por la boca.

—¿Mientras subes una montaña? —jadeo.

—Una ligera pendiente. Pero también, sí.

Mierda. Estoy fuera de forma.

Una cara familiar nos sonríe desde el otro lado de la habitación… y de repente me siento llena de aire y energía para no aniquilarme por completo frente al novio de Asya.

Arlo se acerca a nosotras con una toalla sobre un hombro y una botella de agua en la otra mano. —¡Mira quien está aquí!

—¿Podemos fingir que no estoy? —jadeo—. ¿Al menos hasta que sea una completa ruda?

Él se ríe. —Te casaste con Pasha Chekhov y le diste una hija. Has logrado más que simplemente ser “ruda”.

Escucharlo decir eso con su profundo acento ruso realmente me hace sentir como si hubiera conquistado algo.

Incluso cuando esta máquina está a punto de conquistar mis pulmones.

—¿Viste a nuestros amigos afuera? —le pregunta Sofi.

Arlo sonríe. —¡Por supuesto! Intenté invitarlos a entrar para hacer ejercicio.

—¡No lo hiciste!

Este parece el momento perfecto para reducir el ritmo en la elíptica. Hasta detenerse. Mientras nadie me presta atención.

Excepto que Sofi todavía lo hace. Que la maldigan a ella y su loca y aguda visión periférica. Me entrega una toalla sin mirarme y acelera de nuevo.

Es una locura que yo sea un desastre sudoroso y ella brille como una supermodelo húmeda de rocío. La odio.

—Les dije que eran bienvenidos a jugar una partida de pádel. No les gustó mi idea de unos cuantos rounds de boxeo.

Sofi hace juego con su sonrisa. —Me imagino que no. Los fumarías.

—Que lo haría.

Es casi imperceptible para el ojo inexperto. El brillo en la forma en que mira a su alrededor, en la forma en que se mueve, incluso en la forma en que sonríe. Está parado aquí como un tío normal en el gimnasio, hablando de cosas normales.

Pero he estado en el mundo de Pasha el tiempo suficiente para darme cuenta de que Arlo Fedorov es un hombre peligroso.

—Si te encuentras con nuestros amigos otra vez, ¿le avisarías a mi hermano? —le pregunta Sofi.

Arlo asiente. —Por supuesto. Ya le envié un mensaje de texto cuando llegué aquí. Tu madre también.

Me inserto en la conversación. —Oye, mientras mencionas todo lo que ves, ¿podrías tal vez… *no* mencionar verme aquí?

Él mira a Sofi. Luego, vuelve a mí.

Suspiro. —Solo quiero hacer algo por mí misma. *Como* yo misma. Por mi cuenta. Bueno… —miro a Sofi porque se le debe el crédito—, mayormente por mi cuenta.

No lo piensa dos veces. Simplemente se encoge de hombros y toma un trago de su botella de agua. —Aquí no veo a nadie más que a Sofiya —me dice guiñándome un ojo—. A las mujeres se les permite vivir sus propias vidas, ¿sabes? Tener secretos. Ser traviesas. Eso es lo que las convierte en criaturas tan fascinantes.

Mientras se aleja para hacer lo que sea que los hombres como él hacen en su tiempo libre, no puedo evitar notar la expresión preocupada de Sofi. —¿Estás bien?

Ella se estremece. —No estoy segura. Que Mamá guarde secretos es una cosa, ¿pero que él diga que es “fascinante”? Es raro.

—Creo que es dulce. Y es un poco divertido ver cómo se desarrolla, no voy a mentir.

—Para *ti* —ella me mira de reojo.

—Ella es feliz. Él la hace feliz —le doy un pequeño empujón suave—. Y creo que él también te hace feliz. Simplemente no quieres admitirlo.

—Vale. Eso es todo —bebe un poco de agua, me lanza la toalla y luego señala las pesas con la cabeza—. Estoy a punto de patearte el trasero.

DAPHNE

—¿Estás segura acerca de esto?

—Tu familia tiene razón. Estoy escalando las paredes en casa —le doy a mi esposo una sonrisa tranquilizadora—. Estaré bien. De verdad, estoy muy emocionada de ir a trabajar por primera vez en… ¿nunca?

Pasha se burla. —No es de extrañar. Ya no tienes que lidiar con esos dos idiotas.

—*Idioty*.

Deja escapar un gruñido sexy y me tira hacia la consola central para besarme. —Sigue hablando así y no te dejaré salir de este auto hasta que las ventanas se empañen.

He estado practicando ruso cada vez que puedo, sobre todo porque Pasha suele reaccionar *así*. Sofi me enseña los conceptos básicos durante nuestros entrenamientos en el gimnasio, que ahora oficialmente se realiza tres veces por semana y principalmente kickboxing. Se está formando una conexión mental extraña y ligeramente problemática entre el sexo, el ejercicio y las estructuras de pronunciación cirílica, pero eso es un problema para la Futura Daphne y mi Futura Terapeuta.

También recibo ayuda de otras fuentes. Asya me ha estado guiando a través de títulos familiares, términos cariñosos y recetas. Mak me está enseñando todas las malas palabras.

Poco a poco, le voy cogiendo el truco.

—Antes de que entres —dice Pasha cuando lo empujo mientras me río y alcanzo la manija de la puerta del pasajero—, tengo algo para ti.

—¿Está en tus pantalones? —bromeo moviendo mis cejas.

—Sí, pero no es lo que piensas —desliza una caja del bolsillo de su abrigo en mi mano—. Ten. Ponte esto.

El terciopelo ciruela oscuro se abre para revelar una impresionante cadena de gemas brillantes engastadas en oro blanco. Cada piedra está rodeada por un círculo de pequeños diamantes, y la pieza central se asemeja a un mal de ojo.

—No sabía que eras supersticioso —deslizo la cadena en mi muñeca y busco el cierre hasta que él se inclina para ayudarme—. Es hermoso, por cierto.

—No soy particularmente supersticioso. Lo que más quiero es que recuerdes qué botón presionar cuando estés en problemas.

—¿Ah?

Me sonríe y le da la vuelta a la pieza del mal de ojo. Efectivamente, hay un pequeño pestillo que indica que esta piedra tiene más capas que todas las demás. —¿Ves esto? Es un botón de pánico. Cuando estés en problemas, simplemente presiónalo con fuerza y correremos a salvarte. Después de borrar tu teléfono y tu laptop.

Me pongo pálida. —¿Qué? ¿Por qué?

—Federales.

—Ah. Tiene sentido.

Toma mi mano entre las suyas y la gira para ver la forma en que las piedras brillan en mi muñeca. Luego, sonríe. —Creo que ya estás lista.

—Ah, bueno, ahora que *tú* crees que estoy lista…

—Yo estoy listo para darte una paliza en ese dulce trasero si sigues así.

—¿Lo prometes?

Pasha me agarra la barbilla. Creo que está a punto de regañarme o hacer algo un poco más peligroso, pero luego me planta un beso más en los labios y me suelta. —Ten un buen día, mi amor.

Estoy sonriendo de oreja a oreja cuando llego a las puertas de entrada a la galería. Ya siento una atmósfera de ligereza, combinada con el recordatorio de que mi esposo… mi esposo sexy y deliciosamente sobreprotector… es la razón por la que ya no tengo miedo de entrar.

Mi mano se detiene en la puerta.

Nunca antes me lo había admitido a mí misma. Que tenía *miedo*.

Es bueno poder usar el tiempo pasado.

—¡Daphne! —Hazel grita de alegría y baja corriendo la rampa de la escalera para abrazarme con fuerza—. ¡Estás aquí! ¡Estoy tan feliz de que estés aquí!

Me río mientras trato de separarme lo suficiente como para respirar. —¿Hay alguna crisis que deba solucionar?

—¿Qué? ¡Ah! ¡No! A menos que consideres que extrañarte es una crisis.

—Yo diría que lo es —paso mi brazo por el de ella mientras paseamos por el vestíbulo principal —. La crisis ha sido oficialmente evitada.

No ha habido ningún artista nuevo programado para una exhibición esta semana, lo que significa que sé exactamente quién es la mujer pelirroja con traje pantalón plateado en el entresuelo que da a la entrada.

—Bienvenida de nuevo, Sra. Chekhov.

—Qué bueno verte finalmente en persona, Aubrey. ¿O prefieres Srta. Day? —intento mantener mi voz formal y profesional, y que no suene en absoluto como las mariposas revoloteando en mi estómago.

Agita una mano delante de su cara mientras se ríe. —¡Por favor! Somos amigas aquí. Al menos a mí me gustaría serlo. Aubrey está bien.

—Entonces, Daphne también está bien —siento que mi sonrisa se hace más amplia. Hazel tenía razón… me va a encantar trabajar con esta nueva gerente.

—¿Nos vemos en mi oficina? ¿O en la tuya?

El calor florece en mis mejillas. Puede que sea la nueva propietaria de la galería, pero no tengo una oficina adecuada para ese tipo de estatus. —¿La tuya? —me aclaro la garganta—. La tuya. Sí.

Actúa como si fueras la dueña del lugar, Daph. Porque lo eres.

Hazel me lleva a lo que solía ser…

Espera. Esto no puede estar bien.

—Pero esta es *mi* oficina.

Ella sonríe y niega con la cabeza. —No. Ya no. Aubrey la tomó. ¡Es linda también!

—Pero ¿dónde…?

—En el espacio del dueño de la galería, tonta —pone los ojos en blanco—. ¿Dónde más estaría tu ruda persona?

—Cómo…

—¿Movieron tus cosas? Un montón de hombres fornidos y musculosos a los que pagaría una buena cantidad de dinero por mirarlos todo el día. Y, además, has estado fuera durante, como, dos meses y medio. Tuve mucho tiempo para pasar los archivos.

Supongo que eso tiene sentido. Y no tengo ninguna duda de que esos “hombres fornidos y musculosos” eran la propia seguridad de Pasha o tíos de Bratva o lo que sea. Él nunca dejaría que un extraño al que no ha examinado personalmente tocara mis pertenencias privadas.

Aubrey nos recibe en la puerta y nos hace entrar. —¡Adelante! ¡Adelante! Acabo de instalar una alfombra nueva, así que siéntanse libre de quitarse los zapatos y relajarse.

—Oh, vaya —respiro una pequeña risa cuando siento la lujosa alfombra entre los dedos de mis pies—. Debí haber hecho esto hace mucho tiempo.

—¿Te gustaría que te enviara algunas muestras a tu oficina? Puedo tener a los contratistas el lunes.

—Ay, no, no. No quiero arruinar el presupuesto.

Aubrey se acomoda en su lujosa silla de oficina de cuero y la mece hacia atrás. —No es un problema. Tenemos un patrocinador bastante generoso, que insistió en destinar la mayoría de los fondos de este año de su cuenta a la redecoración. Quieren que este lugar se convierta en algo de lo que estés realmente orgullosa.

Eso me levanta la frente. —¿No sería este patrocinador un alto y apuesto CEO ruso de cierta corporación internacional?

Ella sonríe y finge ignorar esos detalles. —Realmente no puedo decirlo.

Ella me gusta.

Ella *realmente* me gusta.

Hazel me da un codazo. Sonríe como un gato que se traga la crema. —Entonces, Sra. Dueña de Bloom, ¿cuál es su primera orden del día?

Eso me recuerda algo. —¿Cómo vamos en el aspecto del cambio de nombre? ¿Algunas ideas?

Aubrey abre su laptop y hace clic en algunas cosas antes de responder. —Tengo una hoja de cálculo con opciones, incluidos nombres de dominio y opciones estructurales. ¿Crees que querrás constituirte o convertirte en una organización sin fines de lucro?

—¿Cuál es la estructura actual?

—Sociedad básica de responsabilidad limitada. Máximo beneficio, mínimos impuestos, mantiene la responsabilidad ante la empresa. Básicamente, se salvaron el trasero de cualquier posible repercusión legal.

—Claro —no puedo evitar hacer una mueca—. Suena como ellos. Dejémoslo por ahora, pero echaré un vistazo a esa hoja de cálculo y la anotaré con mis comentarios.

—Suena bien. También he reorganizado y verificado la base de datos de empleados, incluidos los contratistas con los que esta empresa ha estado trabajando para limpieza y mantenimiento. Ya te envié el enlace para acceso administrativo, así que avísame si necesitas ayuda para iniciar sesión.

No sé qué suena en mi cerebro para establecer la conexión. Pero ya está hecho, me molesta y es necesario abordarlo. —Hablando de… ¿Están cifrados los archivos personales?

Aubrey parece atónita que siquiera haya preguntado. Parpadea y se tapa con una sonrisa fácil. —¡Por supuesto! Nada ha cambiado en lo que respecta al software y la seguridad. Quería asegurarme de que esté aquí para verificar todo antes de realizar cualquier revisión importante.

—Tiene sentido. Lo aprecio.

Hazel echa una mirada furtiva en mi dirección. Ella sabe que estoy en algo.

—¿Necesita algo más? —intento que mi salida sea tan fácil y alegre como el comportamiento de Aubrey. Parece una persona digna de confianza, y ha sido muy amable y solidaria desde el primer día. No quiero quemar ningún puente accidentalmente.

Aubrey hace esta linda y pequeña mueca con su cara y se encoge de hombros. —¿No lo creo? Sé

dónde encontrarte si surge algo. Y viceversa, por supuesto.

—Por supuesto. Muchas gracias, de nuevo, por encargarte de esto. Especialmente con, ah… —intento no sentirme incómoda con eso, pero ya estoy fallando—. Ya sabes. El acuerdo.

—¿Acuerdo? —Hazel parece confundida.

Debí haberle avisado con antelación. —Olvidé mencionarlo. Lo siento. He decidido que prefiero mantener mi puesto como curadora y simplemente… ¿cómo lo dirías? —le pregunto a Aubrey.

Por supuesto que ella tiene una mejor manera de expresarlo que yo. Tendré que empezar a tomar notas e imitar su confianza. Estoy demasiado acostumbrada a que mis ideas y mi voz sean aplastadas por una misoginia tóxica.

—La Sra. Chekhov… digo, Daphne… ha decidido actuar como dueña silenciosa de la galería. En papel, ella es la signataria de facto y la voz final en todas las decisiones importantes. En persona, es una curadora que trabaja directamente con artistas.

—Me siento mejor manteniendo las cosas así —agrego.

Hazel asiente. —No, eso tiene mucho sentido. Si no está roto, no lo arregles.

—Exacto.

Una vez finalizado esto, me despido y me apresuro a disfrutar de mi nueva oficina.

Excepto que tengo otras cosas en mente. Cosas que tienen que ver con cómo y por qué mis nuevos números de teléfono siguen apareciendo en las manos equivocadas.

Especialmente, cuando las únicas personas a las que les di esos números, aparte de Pasha y su familia, que *odian* a mis padres, fueron las dos personas en esa reunión casual.

Hazel nunca me traicionaría así. Preferiría aplastar la otra mano de Conrad y ambos pies antes de permitirle enviarme una maldita paloma mensajera, y mucho menos enviarme un mensaje de texto o llamarme.

No conozco a Aubrey tan bien. Pero no veo a nadie volando tan suavemente bajo el radar de Pasha. Es meticuloso con estas cosas.

Y ella parece tan agradable. Una vez que estoy en mi nueva oficina, lo cual es impresionante, cierro la puerta y presiono el nombre de la única persona en quien puedo confiar para que me ayude sin enloquecer.

—¡Feliz primer día de regreso! —Sofi suena de su lado—. ¿Cómo vas?

—¡Genial! Genial. Simplemente… genial. Aubrey es increíble, y Hazel siempre es increíble, y se siente *tan* jodidamente bien poder contribuir a la sociedad nuevamente.

Sofi se ríe. Debe estar haciendo recados o algo así. Su personalidad de *"Soy una joven dulce e inocente en Starbucks"* está encendida. —Me alegra oírlo. ¡Ah! ¡Oye! ¡Deberíamos almorzar para celebrar! E invitar también a las chicas.

—¡Sí! Además… —me dejo caer en mi silla y dejo escapar un suspiro—. Necesito tu ayuda.

—Dímelo.

—Puede que me equivoque, puede que esté completamente fuera del tiesto, pero…

¿Por qué es tan difícil preguntar? Ella es prácticamente mi propia hermana. ¿Por qué estas mariposas se están convirtiendo en avispas dentro de mis entrañas?

—En serio, Daph. Está bien. Sabes que estoy aquí para ti. ¿Qué pasa?

—¿Podrías hacerme un favor e iniciar sesión en la base de datos de empleados de la galería para ver si ha estado husmeando alguien que no pertenece?

Todo sale volando como si fuera una palabra singular.

Sorprendentemente, entiende cada sílaba. La risa se detiene y su voz se acerca más al tono de "Perra de Bratva", *su* término, que he llegado a conocer tan bien.

—¿Crees que tienes un hacker?

—¿A menos que nuestra última incorporación sea un agente doble? Sí.

Ella resopla. —De ninguna manera. Pasha nunca sería tan torpe. Muy bien, dame unos segundos… —su voz se apaga mientras se quita el teléfono de la oreja, probablemente para enviarle un mensaje de texto a alguien.

—Puedo dejarte ir por ahora. No fue mi intención irrumpir en tu día.

—Daphne. Escúchame. La familia va primero. *Tú* eres familia, por eso *tú* vas primero. De todos modos, solo estoy esperando mi frappé. El lugar está lleno. Ah, aquí vamos.

—¿Tienes algo? ¿Tan pronto?

—No puedo darme el lujo de ser lenta en esta vida, hermana. Siempre una milla por delante de tus enemigos. Solo un paso adelante les da la oportunidad de pisotearte.

—Recuérdame enmarcar eso para la pared de Taty cuando sea mayor.

—Ella no tiene enemigos. Todavía. Veamos qué nos depara la adolescencia.

Pasan solo unos segundos más antes de que obtenga nueva información. No puedo concentrarme en nada más debido al estrés, así que practico mis tiros de baloncesto en el contenedor de basura con papel de desecho.

—Sí —Sofi debe haber cogido su bebida, porque puedo oírla alejarse de la multitud y dirigirse a un lugar más tranquilo—. Tenías razón. Aunque, afortunadamente, esto es más un descuido que un problema de hackers.

Mi estómago se retuerce. —Déjame adivinar: necesito reemplazar el software de gestión de empleados.

—Eso es lo que te alertó, ¿eh?

—Fue algo que dijo Aubrey que me hizo pensar. "No se ha cambiado nada". Y entiendo por qué, y no estoy enojada por eso en absoluto, pero… son todos sistemas que Todd y Keith instalaron

ellos mismos.

—Lo que significa que no tienen problemas para volver a iniciar sesión, incluso sin acceso administrativo. Conocen las soluciones.

Me dejo caer tanto hacia atrás en mi silla que estoy a punto de volcarme. En este momento, no se sentiría diferente de lo que está sucediendo en mi cerebro. —Me traicionaron. Esos hijos de puta me traicionaron.

—*Sukiny deti*. Dilo. Te sentirás mejor.

—*Sukiny deti* —suspiro—. Tienes razón. Me siento mejor. Esos *sukiny deti*…

—*Eti sukiny deti*.

—¡*Eti sukiny deti* me traicionaron!

No quise gritar.

Pero maldita sea, qué bien se siente bien hacerlo. Y en ruso, nada menos. Un lenguaje construido para gritar.

—No te preocupes, Daphne. Nos encargaremos de ello.

—¡No los mates! —suelto sin pensar—. Quiero decir… mierda. Lo siento. No debí haberlo supuesto.

—No, no. Es bueno que lo hayas hecho. *¡Nevazhno, mal'chiki!* —suelta una risa aireada de alivio—. Eso estuvo cerca. Entonces, ¿qué quieres hacer en su lugar?

Ah… mierda. Realmente *iban* a… No. No voy a pensar en eso. —En primer lugar, necesitamos software nuevo.

—Ya estamos en eso.

—No los quiero muertos. Al menos, no físicamente.

—Pero ¿socialmente? ¿Financieramente? ¿Mentalmente? ¿Emocionalmente?

—En esos frentes… —exhalo—. Aniquilarlos.

DAPHNE

El karma es una perra.

Karma, en mi experiencia, también es un jefe de Bratva sobreprotector y de mal genio llamado Pasha Chekhov.

—¡¿*Todavía* están vivos?!

—¡Porque los quiero vivos! —presiono mis manos contra su pecho en un intento por calmarlo. Un intento débil, pero vale la pena intentarlo—. Pasha. Bebé. Mírame.

Lo hace. Todavía está muy enojado, ya que le acaban de informar los detalles cuando llegó a recogerme del trabajo. No lo llamé ni le envié un mensaje de texto antes porque quería asegurarme de tener todo arreglado con Sofi y Aubrey primero.

Hice esto *porque* confío en él.

Confío en él… y quiero que vea que él también puede confiar en mí para tomar las decisiones correctas.

—Te jodieron, Daphne —está furioso. Es sexy—. Te jodieron, te traicionaron y les importaba un comino quién te hizo qué. ¿Por qué debería importarme un carajo sus vidas? ¿Ah? ¡Explícamelo!

Gracias a Dios, la galería está cerrada. Su voz furiosa resuena por el salón principal y resuena a través de las vigas abiertas.

De nuevo… es sexy.

Joder. Podría tener problemas.

—Lo haré, mi amor. ¿Si me das tan solo unos dos segundos?

Pasha toma otro aliento enojado. Pero lo sostiene y espera que le explique.

—Sofi dio la orden de encargarse de ellos. Yo fui quien dijo que no lo hicieran. Porque…

—Daphne, te amo y amo tu suave corazón. Esta vez es demasiado suave…

—¡Dos segundos!

Otro respiro. Otra pausa furiosa.

Pero se queda callado.

—Gracias —le sonrío—. Le dije que no lo hiciera por muchas razones. Uno, los federales están detrás de ti y solo están esperando una razón para atacar. ¿Creo que la desaparición repentina de mis terribles antiguos jefes es lo que llaman "causa probable"?

Él todavía está mirando con ira. Pero su mandíbula se afloja.

—Dos, es desastroso. Federales o no federales, es simplemente una forma fea y desordenada de encargarse de los civiles, cuyo delito máximo es simplemente ser… bueno, jodidamente estúpidos.

Una diminuta chispa de humor brilla en sus ojos.

—Pero, en última instancia, ¿mi amor? ¿Mi cariño? ¿Mi esposo sexy, peligroso y ardiente? —entrelazo mis brazos alrededor de su cuello y me presiono contra él. No va a admitirlo en voz alta, pero lo disfruta tanto como yo. Puedo sentir la evidencia presionando mi estómago—. La muerte es demasiado rápida para ellos. Es demasiado… demasiado fácil. ¿Cómo puedo hacerlos sufrir si tienen una salida rápida del espectáculo?

Su ceja se levanta.

Él *no* se esperaba eso.

Yo tampoco. Al principio. Al principio, me opuse a la idea de que mataran a alguien por mí. O en absoluto.

Pero, cuanto más pensaba en ello… y pasé toda una tarde cavilando en mi nuevo trono de cuero que es una silla de oficina… más sentía esta sensación de… justicia. Venganza. Algo más oscuro burbujeaba dentro de mí y brillaba ante la perspectiva de hacer que mis enemigos sufrieran sus propias consecuencias.

—Así que hablé con Aubrey y se nos ocurrió un plan.

—Un plan.

—Sí. Un plan —respiro hondo—. No los quiero muertos, Pasha. Los quiero *destruidos*.

Sus manos se deslizan alrededor de mi cintura. No se puede ocultar el gruñido bajo y sexy que acaba de retumbar en su garganta. —Continúa.

—Primero, accedieron a un sistema privado al que no tienen derechos legales. Sofiya está haciendo que su equipo técnico busque pruebas y lo recopile todo. Registros, marcas de tiempo, todo eso. Esa es una demanda por sí sola, pendiente de cargos penales.

Él está interesado. Curioso, incluso.

—Hazel está reuniendo declaraciones y testimonios de testigos, imágenes de cámaras y todos los registros que verifiquen su complicidad en el acoso y la agresión sexual contra mí. Conrad fue quien hizo todo eso, pero fue ayudado e instigado porque le proporcionaron la información para encontrarme, así que… ese es otro cargo criminal, si no una demanda civil considerable.

Una sonrisa tira de sus labios. —Suenas como si hubiera más.

—Ah, lo hay. Además de apoyar a un depredador sexual, son culpables de conducta extremadamente inapropiada en el lugar de trabajo. Hazel ya se ha puesto en contacto con la oficina estatal de desarrollo laboral para verificar los mejores próximos pasos y los canales adecuados. Robo de tiempo, violaciones de derechos, acoso… Podría seguir, pero ya se entiende la idea. También tenemos testimonios de algunos artistas que presenciaron dicha conducta y están más que felices de cooperar.

Pasha me lleva hacia atrás hasta que siento la pared presionándome. —Continúa.

Ah, está *excitado*.

—Yo… eh… —*¡Concéntrate, mujer! ¡Muéstrale la jefa ruda que eres!* Es un poco difícil concentrarme en contar mis planes cuando él está moviendo su muslo entre mis piernas.

Y acariciando mi cuello.

Y besando ligeramente el tatuaje de su nombre que aún se está curando.

—Básicamente, cuando termine con ellos, no tendrán nada. No *serán* nada. Lo único que poseerán es la ropa que llevan puesta. El único ingreso que tendrán será lo que mendiguen en la esquina de la calle. Si no están en prisión, claro está.

—¿Quieres que vayan a prisión? —sigue la pregunta con un raspado de sus dientes sobre el lóbulo de mi oreja.

Me estremezco. Intento pensarlo bien para poder darle una respuesta honesta.

—Tal vez. Quiero decir, no se sabe qué pasará, ¿verdad? ¿Quién sabe a quién cabrearán ahí dentro?

Él se ríe. Es oscuro y lleno de promesas de que algo les sucederá estando dentro.

—Pero…

Pasha se aleja para mirarme. —¿Pero?

—Solo pienso que… tal vez sea mejor si no están en prisión.

Frunce el ceño.

—Bueno, solo porque… es más difícil hacerles ver quién se les hizo cuando su vista está bloqueada por barras de acero, ¿sabes?

Mi siguiente aliento me lo roba su beso hambriento. Su lengua recorre la mía y se enreda conmigo de la misma manera que sus dedos se enredan en mi cabello.

De hecho, podría tomarme aquí mismo. En el vestíbulo.

De hecho, podría dejarlo hacerlo.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez lo jodidamente sexy que eres? —Pasha me muerde el labio inferior antes de devorarme de nuevo—. Una maldita reina. *Mi* reina.

—Eres el primero en verme de esta manera —tomo su rostro entre mis manos—. Realmente. No

soy… nunca había sido así antes. Nunca he tenido el coraje. Me *diste* el coraje.

—Estoy a punto de darte algo más una vez que me muestres dónde está tu nueva oficina.

Habla muy en serio.

Y quiero que así sea.

Soy dueña del lugar. Debería poder montar a mi esposo en mi oficina cuando quiera.



TATY BALBUCEA y me hace burbujas en la cara, pero no me importa. Amo a mi bebé y me encanta abrazarla. Baba y todo.

—Maldita sea —Pasha refunfuña en voz baja y cambia al ruso para las palabras más jugosas. Lo que sea que esté leyendo en la pantalla de su teléfono, no es una buena noticia.

—¿Todo bien?

—Lo estará —suspira y guarda su teléfono en su bolsillo—. Lo siento, *moya zhena*. Tengo que ir al campo y arreglar este asunto de mierda con un cliente.

Vuelvo a recostar a Taty en el moisés de la cocina. —Espero que no sea nada grave.

Lo cual es el código para, *¿cuál es la probabilidad de que te disparen?*

Me ofrece una sonrisa torcida. —Depende de qué tan grave consideres que es el servicio al cliente. Es solo un cliente quejándose de un envío incorrecto. Quiere hablar con el gerente, todo eso.

—Entonces, será mejor que vayas armado. He estado en algunas de esas líneas. La gente se vuelve *intensa*.

Mi pequeña broma hace lo que necesito: aliviar la tensión haciéndolo reír. Ha estado tan atento con nosotros desde el nacimiento y la boda, delegando los negocios de Bratva a Sofi y sus hombres, que esta es la primera llamada importante de trabajo que hemos tenido como pareja casada.

Pasha me acerca y me besa la frente. —Regresaré antes de que te des cuenta. Tal vez con un poco de ese helado del que has estado hablando.

—¿La natilla con sobrecarga de volcán de chocolate triple? —agarro un paño de cocina y se lo golpeo en el trasero—. ¡Andando! ¡Ve a hacer lo de jefe! ¡Mamá necesita su chocolate!

Él se ríe y besa la mejilla de Taty antes de irse.

Es más difícil de lo que hubiera esperado escuchar esa puerta principal cerrarse detrás de él. Realmente nunca he procesado la realidad de que cualquiera de estas salidas podría ser la última…

Hasta ahora.

No. Es demasiado bueno, demasiado fuerte, demasiado inteligente para eso. No sería el hombre a cargo si no fuera el mejor.

Y ahora, seguir repitiendo eso en mi mente durante el resto de la noche…

—Muy bien, Tatty-Matty-Patty, ¿qué deberíamos preparar para la cena? —como si fuera una señal, escucho un crujido proveniente de la oficina de Pasha y siento que sonrío—. ¿Y estoy cocinando para tres?

La voz de Lev responde—: ¡Nunca rechazaré su comida, Sra. Chekhov!

—¡Por última vez, es Daphne!

—¡Como desee, Sra. Chekhov!

Sigo diciéndole a él y a mis otros guardias que me traten como a un ser humano normal, pero ellos insisten en actuar como si fuera una matriarca o una reina o no lo sé. Alguien con quien no se les permite tener relaciones informales.

También tengo la sospecha de que Pasha prefiere oír mi nuevo nombre de casada solo para acariciar su ego.

—¿Cómo suena pad thai? —le hago cosquillas en la barriga a Taty de camino al frigorífico—. Cogí algunos de esos kits de la tienda. Todavía no estoy en el nivel "desde cero", pero lucen increíbles.

Tengo los paquetes en el mostrador, y estoy leyendo las instrucciones de cocción cuando escucho el timbre. Al ser un edificio de apartamentos, quienquiera que sea debe estar esperando abajo en el vestíbulo.

—¿Lev? —lo llamo para preguntarle si podría atender eso por mí—. Podrías…

—Paquete —confirma con un pequeño movimiento de su teléfono mientras camina por la entrada de la cocina—. Regresaré enseguida.

—Gracias. Por cierto, estoy haciendo pad thai.

Me da una mirada divertida. —No sé si alguna vez he probado eso antes.

—Prepárate para sacudir tu paladar.

Se ríe y continúa saliendo a buscar paquetes cuando recuerdo algo importante.

—¿Oye, Lev? Si es de mis padres, por favor tíralo. O dale lo que sea a alguien que pueda usarlo. No quiero lo que sea que estén intentando enviar.

—Entendido. Y cierra la puerta detrás de mí, ¿sí? Por si acaso.

Arrugo la frente. —¿Crees que intentarían subir hasta aquí?

Lev niega con la cabeza otra vez, esta vez muy en serio. —No se sabe qué harán los locos. Mejor prevenir que lamentar.

Me limpio las manos con el paño de cocina y lo sigo hasta la puerta. Tiene un punto.

Con Lev fuera y la puerta cerrada, vuelvo a mi casi cocinar en la cocina. Parece bastante fácil. Solo agregar un poco de aceite de sésamo en una sartén, agregar los fideos y la salsa, deja cocinar por cuatro minutos…

Alguien toca la puerta.

Qué extraño. Lev no ha estado fuera el tiempo suficiente para bajar, firmar por un paquete, descubrir qué es *y* volver al ático.

Pero tampoco es el único guardia de guardia. Viktor y Dominik han estado rotando turnos afuera para vigilar a los federales y sus movimientos.

Mierda. Me olvidé de ellos. Necesito ver si ellos también van a comer con nosotros. Voy a abrir la puerta.

—Oye, iba a preguntar…

El miedo se apodera de mi garganta. Me ahoga el aliento.

Porque, parada ahí en la puerta, sonriendo de oreja a oreja, es la última persona a la que quiero ver.

—Hola, bebé —Conrad inclina la cabeza hacia un lado—. Tenemos que hablar.

DAPHNE

Le cierro la puerta en la cara.

Al menos, lo intento. De verdad que lo intento. Pero mete el hombro antes de que pueda cerrarla del todo y me empuja con fuerza, haciéndome tropezar hacia atrás.

¡¿Qué diablos estás haciendo aquí?! Quiero gritarle. Pero no quiero asustar a mi bebé, así que sale en un siseo agudo.

—Tenía que verte. *Necesitaba* verte —Conrad levanta las manos de esa manera jodidamente molesta que siempre hacía cuando pensaba que yo era la loca que necesitaba calmarse—. Sé que estás bajo llave aquí, así que esperé hasta que vi una abertura…

—¿Me has estado *observando*?

Tiene la audacia de sonreír. —Por supuesto. Necesitamos hablar, así que he estado observando y esperando una oportunidad para verte.

—No tenemos nada de qué hablar —me muevo hacia la puerta—. Tienes que irte. Ahora.

Conrad se lanza hacia mí, golpeando su mano destrozada contra la puerta y agarrando mi muñeca con la buena. —No, no me voy. No hasta que…

El chasquido de mi palma en su rostro lo silencia antes de que lo haga el escozor. Es suficiente para aflojar su agarre y darme la palanca para liberarme.

También es la excusa perfecta para frotarme la muñeca.

Y presionar discretamente el botón de pánico en la pulsera que Pasha me dio.

—Vale, Conrad. ¿Quieres hablar? Hablemos. Pero tienes tres segundos.

Se frota la mejilla dolorida por un momento y me mira con esos ojos de cachorrito que solían hacerme derretir.

Cuando era más joven, más tonta y mucho más desesperada por amor.

—La cagué, Daph. La cagué muy mal —su labio inferior tiembla. *Ay, Dios*. Cuando vuelve a alcanzarme, me hago a un lado. Eso solo hace que sus lágrimas caigan más fuertemente—. Te deseo. ¡Te amo!

—No, no lo haces. Ahora, vete. Se te acabaron los tres segundos.

—¡Brittany es tan perra!

Parpadeo para que no me vea poner los ojos en blanco. No hay nada bueno que pueda salir de antagonizarlo. Y dada su mente inestable, el simple hecho de que respire de forma incorrecta podría hacerlo estallar.

—¡La odio, maldita sea! ¡La *odio*!

—La elegiste, Conrad. Tienes que lidiar con las consecuencias. Vete.

Aprieta su mano sana en su cabello y tira. Mechones de la sustancia salen, pegados entre sus dedos. —¡Ni siquiera *quería* casarme con ella! ¡Pero no se calló la boca ni me dejó pensar durante dos malditos minutos! ¡Y ahora, mira! ¡Mi vida es una mierda!

Una parte de mí está genuinamente preocupada por él. Cuanto más despotrica y delira, más salvaje se pone la mirada en sus ojos. Lev tenía razón… no se sabe lo que una persona tan desquiciada hará.

Otra parte de mí se siente reivindicada. *Acuéstate con los perros y te llenarás de pulgas, gilipollas.*

Pero estoy observando cada uno de sus movimientos. Estoy alerta a su próximo paso, su siguiente estremecimiento, su siguiente mirada rápida a su alrededor como si no pudiera concentrarse en una cosa durante más de un milisegundo.

La última vez que estuvo así, intentó violarme en el pasillo de Hazel.

Aprieto los puños para evitar que me tiemblen los dedos. —Hablo en serio. Tienes que irte.

—Dejarte fue el peor error que cometí en mi vida.

—Te prometo que dejarme ahora mismo será tu mejor decisión.

El zumbido de mi teléfono en la encimera de la cocina subraya mi punto. Lo escucho vibrar unas cuantas veces, se detiene cuando pasa al buzón de voz y luego vuelve a empieza de nuevo.

Pasha debe estar tratando de llamarme.

Esto no le va a ir bien a Conrad. Sé lo que pasará una vez que Pasha y sus hombres lleguen aquí.

La pregunta es… *¿estoy bien con eso?*

—Daphne, por favor —su voz se quiebra por la desesperación. Me agarra de los brazos y me acerca a él. Puedo oler el alcohol y algo rancio en su aliento—. Por favor, bebé. ¡Podemos hacer que esto funcione! ¡Podemos empezar de nuevo!

Empujo con fuerza contra su pecho. —Quítate de encima.

—¡Eres mía, Daph! ¡Siempre fuiste mía!

—¡Estoy casada, gilipollas! —esta vez, al menos puedo apartarme lo suficiente para respirar. Su horrible olor me deja sin aliento—. ¡Entiende la indirecta y sal de mi casa, joder!

—¡Te ha lavado el cerebro! —Conrad agita los brazos—. No sé qué es ni cómo lo hizo, ¡pero este tío te lavó el cerebro en mi contra! ¡Es un criminal, por el amor de Dios!

—¡Tú también lo eres!

—No. No. No, no, no… —sacude la cabeza de un lado a otro. Cuanto más lo hace, más parece que está tratando de quitárselo de encima.

Este hombre está seriamente trastornado.

—No. Es un error. Todo es un error. Cometí un error.

—Conrad, necesito que te calmes. Respira profundamente unas cuantas veces…

Me agarra el brazo otra vez. —Lo siento, Daphne. Lo siento jodidamente. Todo esto es un gran error. Te juro que haré lo correcto por ti. ¡Yo… yo… yo criaré a tu bebé también! La amaré como si fuera mía…

Ay, joder*, no. Absolutamente no.*

Pero por mucho que quiera ponerme completamente furiosa con este pervertido por mencionar a mi hija, la fuerza de su pinza en mi antebrazo es un recordatorio repugnante de que, pervertido o no, sigue siendo mucho más fuerte que yo.

Intento mantener mi agitada respiración estable, incluso mientras mi pulso se acelera. Necesito parecer tranquila; necesito mantenerlo concentrado en mí.

Necesito mantenerlo alejado de mi hija.

—Hablemos de nosotros —sugiero.

—¡Sí! Sí —Conrad sonríe aliviado y me atrae hacia sus brazos. Dios, hasta su sudor huele a algo agrio. Cuando toma mi rostro entre sus manos, se siente tan caliente, húmedo y asqueroso—. Nosotros. Hablemos de nosotros.

Lev está abajo. Los demás están justo afuera del edificio, junto con los federales.

Si puedo llevarlo allí…

Si puedo lograr que alguien lo vea, que vea su locura…

Intenta obligarme a besarlo. Giro la cabeza hacia un lado, pero me obliga a volver hacia él y, *ay, Dios*, es repugnante. Aprieto los labios para no tener que soportar su lengua. Casi grito cuando me empuja contra la pared más cercana. El tacto es tan frío en mi espalda, comparado con la masa caliente, vil y aplastante del hombre que me inmoviliza.

—Oh, Daphne —suspira. No me suelta la cara, pero una mano sigue desplazándose peligrosamente sobre mi garganta expuesta—. Eres mía, ¿lo sabes? Toda mía.

Esto es todo.

Así es como me iré.

Solo rezo para que Pasha llegue antes de que él encuentre a nuestra bebé.

—Si no puedo tenerte…

—¡Me tienes! —odio que salga en un sollozo. Odio lo patética que sueno. Pero que me condenen si dejo que llegue a mi bebé. Solo pensar en ella me hace luchar por cada segundo en esta tierra —. Me tienes. Soy tuya. Toda tuya —fuerzo una sonrisa—. Pero tenemos que irnos, ¿vale? Tenemos que irnos antes de que él regrese.

Conrad asiente con un poco demasiado entusiasmo. —Cierto. Tienes razón. Siempre eres tan inteligente, NayNay. Siempre tan jodidamente inteligente.

Suspiro con un profundo alivio. —Salgamos de aquí. Vamos…

Un grito agudo y fuerte llena el ático.

Tatyanna.

Por la expresión de su rostro y la forma en que gira la cabeza, Conrad lo sabe.

—¿Está aquí? —me suelta y se aleja de mí. Se dirige a la cocina—. ¿Tu bebé está aquí?

No. ¡No, no, no! —¡No hay nadie más aquí! No sé qué estás…

—Está aquí, ¿no?

En cualquier otra persona, esa sonrisa feliz sería casi entrañable. En él, parece enferma y demente. Como si mil ideas retorcidas estuvieran dando vueltas en su cabeza y cada una de ellas involucrara a mi indefensa bebita.

Me ve mirar el arco que conduce a la cocina.

Joder.

Los dos corremos hacia la misma habitación al mismo tiempo.

La diferencia es que él quiere poner sus manos sobre mi bebé.

Yo quiero poner mis manos sobre *él*.

Entro a la cocina a trompicones en el momento en que mete la mano en su cuna. No pienso. No calculo. Simplemente me arrojo sobre él y rezo.

Nuestros cuerpos chocan con un golpe sólido, y el impulso lo lanza hacia un lado y contra la pared. Su codo conecta con mi cara durante la caída, provocando un dolor agudo en mi ojo y pómulo.

No me importa. Taty sigue en la cuna, sana y salva, aunque grita a todo pulmón de miedo.

—Te tengo —le susurro—. Mamá está aquí. Mamá te tiene en sus brazos.

Maldita sea, eso duele. Hago una mueca mientras toco con cuidado el borde exterior de mi ojo.

—Es tan hermosa —murmura Conrad entre gemidos ahogados mientras se levanta—. Igual que tú. Igual que su mamá. Solo quiero…

De nuevo, me muevo sin pensar.

Directo al bloque de cuchillos.

Cuando comienza a caminar hacia el moisés de nuevo, se detiene a mitad de paso, porque ahora tengo un cuchillo reluciente presionado contra su garganta.

Conrad me mira y levanta las manos. —Daphne. No voy a lastimarla. Es mi *hija*.

La punta del cuchillo de carnicero está presionando su piel; si se acerca más, comenzará a sangrar.

No soy un héroe. No soy una luchadora. Pero prefiero bañarme en su sangre antes que dejar que le ponga un dedo encima a mi hija.

—Atrás. Joder. Aléjate.

Lo que estoy haciendo es *gruñendo*. Lo que estoy es jodidamente *rabiosa*. Me duele la cara y mi ojo ya está empezando a hincharse, pero no es nada comparado con la rabia pura y protectora que surge a través de cada vaso sanguíneo de mi cuerpo.

Lo *mataré* si me pone a prueba.

—Daphne, bebé, por favor —intenta arrullar—. Nunca le haría daño. Podemos ser una familia, nuestra propia pequeña familia, juntos…

—Tengo mi propia maldita familia, gracias. Y no te involucra a ti.

Se lanza a otra perorata sobre lavado de cerebro y bebés, pero ahora no estoy escuchando.

Estoy demasiado concentrada en seguir los movimientos lentos y silenciosos de Lev con el rabillo del ojo bueno. Debe haberse metido cuando Conrad corrió aquí.

—Eres tan hermosa, Daphne —solloza Conrad. Se acerca a mí, aunque literalmente tengo un cuchillo presionado contra su garganta. En este punto, no sé si es suicida o simplemente estúpido —. ¡Te amo! ¡Y te extraño! Solo quiero arreglar las cosas si me das la oportunidad…

Lev lo interrumpe, lo derriba al suelo y le golpea la cabeza contra la isla de la cocina. Cuando Conrad gruñe e intenta levantarse, Lev lo inmoviliza y le da un puñetazo en la cara.

Unos brazos fuertes me rodean por detrás. Dedos, firmes pero suaves, me quitan el cuchillo de mi mano de nudillos blancos.

Conozco esos dedos.

Conozco estos brazos.

—Pasha.

Deja el cuchillo sobre la encimera y me hace girar para revisar si tengo heridas. Cuando ve mi ojo hinchado, pasa de estar preocupado a estar enojado y toca con cuidado el borde del moretón.

—¿Él te hizo esto? —su furia no hace más que aumentar cuando asiento—. ¿Te tocó en algún otro lugar? ¿Te duele algo más?

Niego con la cabeza y me arrepiento al instante. Él me ve hacer una mueca de dolor y me abraza

con fuerza, ahuecando mi cabeza contra su pecho.

Lo oigo gritar órdenes. Más hombres entran en la cocina y se unen a Lev; oigo muchos gruñidos y gritos ahogados de Conrad.

Pero mi cara está enterrada en el pecho de Pasha. No quiero mirar, oír ni *sentir* ahora mismo.

—¿Daphne? ¡Daphne!

Asya se apresura detrás de los hombres, directamente hacia mí. Me alisa el cabello hacia atrás y examina mi rostro, su cuerpo afortunadamente bloquea mi vista de las luchas que suceden detrás de ella. —Ay, *malyshka*. No te preocupes. Te enfriaremos y te dejaremos como nueva.

Revisa a Tatyanna, la saca del moisés y la trae hacia mí. Hago todo lo posible para no aplastar a mi bebé contra mi propio pecho, pero *ay, Dios mío, gracias.*

No… No puedo pensar en lo que habría hecho si él la hubiera lastimado. Si realmente la hubiera tocado.

Otra voz familiar atraviesa la niebla de mis emociones. Sofi me toca el brazo, asegurándome que está aquí. Nuestra familia está aquí y tienen todo bajo control.

Pero también habla muy en serio cuando le dice algo a Pasha en ruso.

—¿Qué pasa? —sé que no debo preguntar. Sin embargo, eso no me impide hacerlo—. ¿Qué sucede?

Pasha suspira y asiente. Le dice algo a Asya, quien también asiente y saca a Taty de mis brazos, murmurando algo sobre llevarla al dormitorio para una siesta.

Sofi les hace una señal a los hombres, que arrastran a Conrad, semiinconsciente, atado y amordazado, fuera de la habitación.

—Daphne —Pasha aparta mi mirada de su nuevo prisionero y hacia sí mismo—. Necesitamos saberlo. *Yo* necesito saberlo. ¿Qué quieres que le hagan?

Me sorprende que el tío no esté muerto ya, para ser honesta. —¿Por qué me preguntas a mí?

—Porque mi instinto es matarlo. Cruzó demasiadas líneas y seguirá cruzándolas. He matado a otros hombres por menos. *Sin embargo*… —y suspira ante esa palabra—. No es mi enemigo tanto como lo es tuyo. Esta es tu decisión.

Me pregunto si está diciendo esto por voluntad propia. O si Sofi, o tal vez incluso su madre, lo empujaron a darme algo de voz.

De cualquier manera, aprecio el gesto.

E igual siento el peso de lo que hay que hacer.

—Tiene una familia. Padres que lo buscarán.

Siento que Pasha se pone rígido en mis brazos. Sabe hacia dónde me inclino. —Se pueden comprar. Su silencio tiene un precio.

Es triste que tenga razón. —¿Qué hay de Brittany?

—¿Qué hay de ella?

Sé lo que esa pregunta realmente significa. No creo que esté lista para llegar a *ese* nivel de tierra quemada. —Ella nunca me ha levantado una mano. No así. Es molesta, pero es… ella.

Lev regresa a la cocina y le hace un rápido gesto con la cabeza a Pasha. Esa debe ser la señal.

—Tengo que ir a ocuparme de esto…

—¡Espera! —agarro la camisa de Pasha antes de que se dé vuelta por completo para irse.

—Daphne, tengo que hacer algo…

—Lo sé. Lo sé —paso mi mano sobre su pecho para alisar la tela arrugada. Me digo a mí misma que tiene razón: tenemos que hacer *algo*. —Solo… No aquí, ¿vale? ¿Por favor? No quiero la muerte en la puerta de nuestra hija.

Deslizo mi mano en la suya. Luego caminamos juntos hacia la sala de estar, donde Conrad está de rodillas y sollozando a través de su mordaza.

Levanta la cabeza de golpe cuando nota que me acerco y gime un poco más, retorciéndose impotente en sus ataduras.

—*Idiotyy* —murmuro en voz baja—. Tú te buscaste esto.

Sofi le da un golpe en la nuca. —Tenemos un lugar a donde llevarlo. Solo necesito saber qué hacer con él después.

—Me encargaré de eso —se queja Pasha. Mira fijamente a Conrad, que intenta hacer lo mismo, pero no puede con sus dos ojos hinchados y la boca amordazada—. Es un cerdo. Se merece estar con los de su propia especie.

Conrad comienza a entrar en pánico cuando los hombres lo ponen de pie de un tirón. Se resiste demasiado para que lo saquen del edificio sin que lo noten, por lo que Pasha le lanza un golpe en la cabeza que le rompe el cuello con el puño. Se apaga como una vela.

La parte compasiva de mí reza para que permanezca inconsciente mientras lo alimentan a los cerdos.

La parte vengativa de mí…

Bueno, esa parte espera que ya esté muerto para entonces.

—Oye —Pasha levanta mi rostro para mirarlo. Todavía está aquí, se quedó atrás para estar conmigo mientras Sofi y sus hombres hacen la mayor parte del trabajo sucio—. Mírame. Escucha: estoy orgulloso de ti.

Lágrimas calientes brotan de mis ojos. Sacudo la cabeza y trato de esconderme en su pecho nuevamente. —No puedo creer que lo dejé entrar aquí. No debí haber…

—Oye. Oye. Nada de eso. Mírame, Daphne. Hiciste todo bien —besa las lágrimas de mis ojos—. Consulté con Lev y están viendo las cámaras abajo. Parece que Ewing se metió hace unos días.

Ha estado escondido en algún acceso de ventilación de aire acondicionado todo este tiempo. No hay forma de que ninguno de nosotros pudiera saberlo.

De alguna manera, eso me hiela los huesos incluso más que todo lo demás.

Estuvo aquí todo el tiempo.

De repente me siento mejor con mi decisión. La que tomé sin decirla en voz alta. La que es más una misericordia que un castigo para un hombre tan ido.

—¿Me… me hace débil? —finalmente miro a mi esposo a los ojos, dándole mi vulnerabilidad porque se la *ganó*. No la exigió ni la robó ni trató de arrebatármela—. ¿No querer ver lo que le sucede? ¿O no querer… ya sabes… hacerlo yo misma?

—No —la forma en que lo dice es tan segura. Final—. Eres todo menos débil, *moya zhena*. Mantienes mis sueños a salvo. Déjame manejar tus pesadillas.

PASHA

No estoy muy emocionado por estar en el trabajo ahora mismo, pero necesito hacer algo para mantener mi mente ocupada.

Reviso mi teléfono para ver si hay algún mensaje de texto de Daphne. Tal como lo revisé hace dos minutos. Y dos minutos antes de eso. No hay nada, y no ha habido nada, pero ¿quién sabe? A esta altura, no me sorprendería que una jarra gigante de ponche de frutas atravesara la pared de su habitación de hotel.

—Tengo a mis hombres vigilando ambos lugares —me asegura Arlo desde donde está sentado en el sofá de mi oficina. Creo que ya lo mencionó, pero lo dice nuevamente sin juzgar—. No hay nada nuevo que informar, pero te avisaré en cuanto haya algo.

Asiento. No tengo ganas de hablar mucho últimamente.

Daphne y Tatyanna se están quedando en la suite presidencial de un hotel de lujo cerca de mi edificio corporativo mientras se lleva a cabo un barrido de seguridad completo y actualizaciones en el ático. Después de darme cuenta de la magnitud de las espeluznantes medidas de acecho de Ewing… incluido su montón de barras de granola a medio comer en los conductos de aire… nos evacué del edificio.

Lo que me corroe es cómo Ewing pudo acercarse tanto. Lo suficientemente cerca para meterse. Lo suficientemente cerca para meterse en mi ático. *Mi hogar*.

No puedo estar tranquilo sabiendo que, a pesar de todo, a pesar de toda mi riqueza y recursos y personal de seguridad experto, a pesar de todo mi poder…

Aún estuve *tan* cerca de perder a mi esposa y mi hija.

Tan jodidamente *cerca.*

—Oye —Arlo se sienta en la silla frente a mi escritorio, todavía tranquilo como siempre—. Tu madre está con Daphne y Taty. No voy a dejar que les pase nada a ninguna de ellas, y menos a ella. Tienes mi palabra.

—Lo sé —suspiro y me recuesto en mi propia silla—. Y te agradezco por eso.

Poco a poco, me voy adaptando a la nueva realidad de que este hombre sea el… hombre de mi madre. O lo que sea que es.

Pero ha sido fiel y leal a toda nuestra familia, no solo a Mamá. Y tampoco solo por el bien de los negocios.

Odio admitirlo, pero, cuanto más tiempo paso con Federov, mejor me cae.

—Señor —Lev toca la puerta mientras la abre. A juzgar por la expresión sombría de su rostro, no hay tiempo para formalidades. Se me revuelve el estómago. Mi mente vuela hacia Daphne y Tatyanna, pero en cambio, dice—: El senador Brennan está aquí.

El bolígrafo se me resbala de los dedos y aterriza en el escritorio.

Me vendría bien una victoria ahora mismo.

—Hazlo pasar —me acomodo la chaqueta del traje. Arlo apenas se mueve. Excepto por esa ceja. La que sigue temblando cada vez que ve que sucede algo.

El senador Scott Brennan, el fantasma político que elude todos mis intentos de controlarlo, entra en mi oficina cuando Lev le hace señas. Tiene los ojos muy abiertos, su actitud es inquieta y no avanza mucho más hasta que la puerta se cierra detrás de él.

Sin embargo, una vez que llega a mi escritorio y ve a Arlo, se congela por completo.

—No hablaré con él aquí —afirma Brennan sin rodeos.

Arlo se encoge de hombros. —Es una lástima. No me iré.

Miro a los dos. Podría hacer que Arlo se vaya; he estado esperando meses para esta reunión.

Pero he llegado a confiar en él. Quiero que Arlo mida a este senador y me ayude a averiguar qué diablos está pasando.

—El Sr. Fedorov está solucionando los problemas de la cadena de suministro que usted señaló tan astutamente —hago un gesto hacia la silla vacía a su lado—. Por favor, tome asiento.

Brennan apenas se sienta antes de volver a levantarse de un salto y caminar alrededor de la silla. —No sé qué está pasando. Ya no puedo controlar a nadie dentro del Senado. Estoy perdiendo mi influencia. Algo está pasando, o ha pasado, o…

—Oye, oye. Más despacio —de nuevo, hago un gesto con la mano hacia la silla libre—. Siéntese. Relájese. Empiece desde el principio.

Por fin se sienta. O, más precisamente, se arroja a la silla con un resoplido y un suspiro. —Solía tener el oído de al menos la mitad del Senado. Si decía “salta”, me preguntaban qué tan alto y cuánto les costaría a sus electores. ¿Pero ahora…?

Arlo me mira. Finjo no notar el sudor que se forma en la frente de Brennan. —¿Ahora?

—¡Ahora es como si ni siquiera estuviera allí! ¡Estoy excluido! —murmura más para sí mismo mientras se frota el puente de la nariz—. Saben algo. Están en algo. Me están dejando afuera y evitando y no sé por qué —se chupa los dientes y se arriesga a mirarme con los párpados bajos —. Creo que saben lo que he estado haciendo. Lo que he estado haciendo detrás de… —mira a Arlo—. Bueno, ya lo sabes.

—No lo sé, senador. Esos son sus problemas, no los míos.

—Son tus problemas cuando afectan a ese pequeño contrato tuyo.

Pongo una sonrisa falsa y abro bien las manos. —¿Parezco que estoy en política? Difícilmente. Fabrico las armas, aseguro la cadena de suministro y garantizo las entregas a los militares. Tú eres el político; tú manejas la política.

Brennan no tiene nada que decir al respecto. Sigue mirando de reojo a Arlo, que se examina las uñas como si no estuviera sucediendo nada interesante.

—Por cierto, tenía pensado preguntarte… ¿qué sabes de Stewart Hamish? ¿O de su esposa, Ophelia?

Tan pronto como hago la pregunta… *ahí está.*

Ahí está la respuesta que estaba buscando.

Es la forma en que se queda paralizado. La forma en que mira alrededor de la habitación, buscando una ruta de escape que no está aquí. La forma en que el sudor comienza a correr por su frente y él apenas se da cuenta.

—No sé de quién estás hablando —resuella después de un doloroso período de silencio.

—¿No? ¿Estás seguro? —entrelazo mis dedos frente a mí—. Solía trabajar para mí. De hecho, era el presidente de la junta directiva de Chekhov Internacional antes de la muerte de mi padre. Estoy seguro de que ha codeado con él una o dos veces, ¿no?

Lo han hecho. Puedo verlo claramente en su rostro. Esas microexpresiones de sorpresa, luego miedo, luego un esfuerzo forzado por ocultarlo todo.

—Pregunto porque me han estado causando muchos problemas últimamente. Casi al mismo tiempo que usted ha estado teniendo problemas con sus colegas, curiosamente. Odiaría pensar que los dos están relacionados de alguna manera.

Brennan se encoge de hombros. —No sé por qué lo estarían.

—Entonces, ¿no hubo chantaje? ¿No hubo amenazas de Stewart Hamish?

Vuelve a sacudir la cabeza. —No. Nunca he oído hablar de ese tío.

No sabe que, justo delante de mí, en el cajón del escritorio que tengo bajo la mano, hay una pila de papeles que prueban lo contrario. Fotos de él reuniéndose con Stewart y estrechando manos. Transcripciones de grabaciones de reconocimiento de campos de golf. Imágenes fijas de reuniones secretas en hoteles de la ciudad vecina.

—¿Está seguro de eso?

Es casi cruel hacer que Brennan se siente aquí y sude hasta morir. Podría hacernos un favor a los dos y sacarlo de su miseria. El arma está justo al lado de los informes de Makari sobre él.

Arlo no me detendría. Diablos, me ayudaría a esconder el cuerpo.

Pero aún no hemos llegado a ese punto. Brennan todavía puede serme útil con aliento en sus pulmones.

Sin embargo, no dudaré en apretar el gatillo si eso cambia.

—Bueno, entonces —le ofrezco una sonrisa relajada. Eso lo hace estremecerse. Bien—. Me avisarás si causan algún problema, ¿no?

Sus manos tiemblan cuando se agarra a los apoyabrazos. —Sí, sí. Por supuesto —se pone de pie —. Debería irme.

No lo detengo. Arlo tampoco. Brennan sale por la puerta principal de la oficina y casi gira a la izquierda, hacia los ascensores, pero parece cambiar de opinión sobre ser visto y opta por la escalera privada a la derecha.

Como si alguien aquí pudiera estar buscándolo.

Arlo me mira. —Ese hombre es una carga.

—Estoy de acuerdo —miro fijamente la puerta antes de centrar mi atención en él—. ¿Qué harías tú en mi posición?

Se queda en silencio durante un largo momento. Luego—: Lo mataría.

Arqueo la ceja. —¿Sí? Casi lo hago. Era muy tentador.

—Es demasiado impredecible. No solo para ti o para el negocio, sino para su propia gente —Arlo agita una mano en el aire y hace una mueca—. Estos estadounidenses votan por quien quieren y es una apuesta arriesgada a quién eligen. ¿Pero *este* tío? ¿A quién está ayudando?

—Si desaparece, la gente lo buscará. Es una figura demasiado pública.

—Entonces, no desaparece. Es un hombre mayor con gustos libertinos. Su riñón podría fallar en cualquier momento, por lo que todos saben.

Resoplo. —¿Su riñón *sí* fallará?

Arlo sonríe. —Con la ayuda adecuada, todo es posible.

Me gusta su estilo. También tomo nota de vigilarlo más de cerca, por si acaso. —Necesito concentrar mis energías y recursos en mantener a mi familia a salvo.

—¿No son estos problemas los mismos? —esa ceja se levanta una vez más—. Mientras el senador viva, es un faro para el desastre. Es mejor no tentarlo a acercarse a aquellos a quienes realmente aprecias.

PASHA

—Sí, me acordé de pedir las chispas de chocolate.

La sonrisa de Daphne brilla en su voz a través del altavoz Bluetooth del auto. —Gracias, mi amor. Por cierto, Taty te manda saludos. ¿Puedes saludar a Papi?

—Hola, *malyshka* —le canturreo a mi pequeña mientras la escucho balbucear—. Ya casi llego a casa.

—Ella te extraña. Yo te extraño.

—Tal vez llego en diez minutos, *moya plamya*. Entonces, soy todo tuyo.

Tener alguien a quien volver a casa es mucho mejor que mi vida anterior. Sin embargo, para ser honesto, apenas recuerdo mi vida antes de Daphne.

Supongo que era miserable. Comparada con lo que es ahora, ¿cómo no?

Veo una imagen familiar en el espejo retrovisor y frunzo el ceño. —Daphne, no te asustes, pero alguien me sigue de cerca. Probablemente no sea nada, pero te dejaré ir para poder deshacerme de ellos.

—Ah. Vale. Ten cuidado —puedo oír la preocupación en sus palabras, pero se la traga—. Te amo.

—Yo también te amo.

A juzgar por las ventanas tintadas y el modelo de año no muy actual del SUV, el vehículo que he estado mirando en el espejo retrovisor pertenece a los federales. No hay un foco de advertencia en ninguno de los espejos laterales como otros autos que he visto en los últimos días, pero eso significa que probablemente sea un vehículo personal.

Giro bruscamente a la izquierda en el último segundo para despistarlos. Algunos autos me tocan la bocina, así que sé que probablemente no va a…

Hijo de puta. Todavía me sigue.

La camioneta detrás de mí acelera el motor y se acerca peligrosamente. Me desvío hacia un lado para que tenga espacio para pasar. Sin embargo, en lugar de pasar, se detiene en mi punto ciego y empuja mi auto.

Hijo de puta.

Freno de golpe y giro bruscamente a la derecha. Gracias a Dios que conduje el Charger y no una de mis propias camionetas… esta maniobra seguro que volcaría algo más grande.

De hecho, cuento con eso.

Mi perseguidor parece hacer el mismo cálculo y decide continuar, abandonando la persecución casi tan rápido como la empezó.

Putos cobardes.

Doy una vuelta más por si acaso. Solo para asegurarme de que no me sigue nadie más antes de volver al hotel con el batido de Daphne. Me desvío por una calle lateral y…

Piso de golpe los frenos.

Una flota de camionetas idénticas me rodea, acorralándome en la calle lateral a salvo de miradas curiosas. Es una maniobra inteligente para alguien que no quiere plantear ninguna pregunta.

Excepto que tengo varias.

Empezando por—: ¿Qué coño crees que estás haciendo?

El agente especial al mando Smithson me hace un gesto de arrogancia mientras salta de su vehículo para recibirme. La única razón por la que no lo tiro al suelo es el círculo de agentes que nos rodea. —Pensé que podríamos tener una pequeña charla amistosa.

—¿Sacándome de la carretera?

—Fue solo un toque, Chekhov. Además, no estás respondiendo a tu teléfono. ¿De qué otra manera se suponía que me pondría en contacto?

—No respondo llamadas basura —agarro mis llaves en mi puño, mi pulgar flotando sobre el botón de pánico por si esto se pone feo—. Ya estoy aquí. ¿Estoy bajo arresto?

Smithson sacude la cabeza. —No, no, nada de eso. Esto es realmente solo una charla. No hay necesidad de ponerse nervioso.

—Bien —aparto el pulgar del botón—. Hazlo rápido. Mi esposa me está esperando.

—Qué caballero. Iré directo al grano —inclina la cabeza hacia un lado—. Sidney Ewing ha desaparecido. ¿Sabes algo al respecto?

Arrugo la nariz y pretendo pensar en ello. —¿Conrad?

—Sidney Conrad Ewing, sí. El artista.

Me burlo. —Lo de “artista” es discutible. ¿Dijiste que ha desaparecido?

—Nadie lo ha visto desde el martes —Smithson me mira de arriba abajo—. Pensamos que podrías tener una idea de adónde ha ido.

—¿Cómo voy a saberlo? No nos movemos en los mismos círculos.

—Tu esposa lo conocía. Estaba comprometida con él también, antes de que la engañara.

Lo miro con condescendencia. —Tengo mejores cosas que hacer que acechar al ex de mi esposa.

Smithson se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones. —Parece que estaba acosando a tu esposa. Causando problemas. No puedo decir que te culparía si tomaras el asunto en tus propias manos.

Está tratando de provocarme. Tratando de simpatizar conmigo para que cometa errores y deje caer pistas aquí y allá para que él las siga más tarde.

—No es el único que ha estado acosando a mi esposa, a pesar de todas las órdenes de restricción. ¿Has hablado con los Hamish?

Se estremece. *Ahí está*. Lo mismo que con Brennan.

—¿Por qué haría eso?

—Ay, no lo sé. Tal vez porque los conoces. Y sabes que han estado besando el trasero de Ewing durante años. Claramente, tendrían más información sobre él que yo.

—No, no hemos hablado con ellos.

—¿En serio? Eso me sorprende —tomo la cosa con naturalidad como él, apoyándome en el costado de mi Charger—. Los conoces desde hace… ¿cuánto tiempo? Al menos un año, supongo.

Smithson parpadea y me mira. —Yo no…

—Siempre me he preguntado cómo funciona eso. ¿Tienes permitido investigar a su yerno? Pensé que había algún tipo de conflicto de intereses en eso.

ALGUNOS DE SUS compañeros agentes lo miran. Voy a suponer que sí, investigar a los suegros de amigos cruza algunos límites en su campo.

Se ríe como si yo fuera ridículo. —No hay ningún conflicto de intereses. Apenas conozco a esa gente.

—Oh, yo no diría eso. Les has estado haciendo tantos favores, como haría un buen amigo.

Smithson me frunce el ceño. Una de sus manos se cierne cerca de su arma, pero no creo que la use. No es *tan* tonto.

—Solo los conozco a través de la información que Stewart Hamish nos ha estado dando —espeta —. Sobre ti, tu empresa, tu “negocio familiar”…

—Espera. ¿Tu información viene de un ex empleado deshonrado y descontento?

Más agentes se miran entre sí. Luego a su agente especial al mando. No hacen ningún movimiento, pero puedo ver que su fe en él comienza a flaquear.

Quiero decir, ya sabía todo esto. Solo quería ver si sus compañeros agentes, los que estaban bajo

su mando, sabían sobre esto. Lástima que no.

Estoy más que feliz de mantenerlos informados.

—Déjame aclarar esto —levanto una mano solo para lograr un efecto dramático—. Han estado persiguiéndome, allanando mis oficinas e invadiendo mi vida familiar y haciendo que sus agentes se ciernan sobre mi esposa y mi hija pequeña hasta un punto en que ni siquiera pueden salir… ¿porque un hombre que cometió espionaje corporativo dijo que no le caía bien?

Más miradas. Unos pocos pasos hacia atrás, como si la distancia física entre ellos y esta rata los fuera a salvar.

No puedo evitarlo… me río. —Dígame, agente *especial*: ¿qué diablos tenía para decir?

Smithson está furioso, pero intenta no demostrar lo molesto que está. Vuelve a meter los puños apretados en los bolsillos. —No había registros de ninguna demanda, ni cargos de "espionaje corporativo", como afirmas.

—No. Porque, a diferencia de ti, yo no hago nada hasta tener todas las pruebas, todos los hechos.

Es en gran parte cierto, ahora que lo pienso.

Pero pasar por alto el hecho de que Stewart Hamish tenía *dos* hijas es probablemente lo mejor que me pudo haber pasado.

—Me encantaría ponerte al tanto —le ofrezco alegremente—. Veamos. Cuando mi padre, fundador y primer CEO de Chekhov Internacional, fue asesinado por el esposo de una amante, Stewart Hamish no hizo nada para proteger a la empresa de las consecuencias. Y, cuando el hombre que asesinó a mi padre vino a por nosotros, sobornó a Hamish para obtener información privilegiada y usó todos los datos robados para hacerse cargo temporalmente de la corporación.

—Debiste haberlo reportado. Denunciarlo.

—¡Lo *hice*!

La parte de mí que ha estado hirviendo durante una década sale a la superficie en un solo momento de furia rugiente y desenfrenada. Es el Pasha que se apresuró a buscar justicia, que era joven y apenas un adulto, y estaba desesperado por salvar a su madre y hermanos de la ruina total.

Es la parte de mí que fue ridiculizada y rechazada por el mismo gobierno que ahora me rodea con pistolas medio enfundadas y miradas sospechosas de reojo.

Entonces, me controlo.

La ira no me servirá de nada aquí.

—Estoy sorprendido, agente Smithson. ¿No salió nada de esto cuando realizó una verificación de antecedentes del Sr. Hamish? ¿Las acusaciones desestimadas, el papeleo presentado que su gente se olvidó de investigar…?

—No hay tales registros…

—*Yo* fui quien los presentó —gruño—. Así que puedo asegurarle que existen.

Lo hice quedar mal frente a sus asociados. Irresponsable, si no incompetente. Quien fuera que todavía le fuera ciegamente leal hace cinco minutos, desde entonces dio un paso atrás.

En cuanto a mí, lo estoy escuchando revelar su mano.

El póquer es uno de los pocos placeres que me permití cuando era soltero. La mitad del tiempo lo jugaba solo por la emoción del farol: leyendo las señales de los demás jugadores, practicando cómo ocultar mis propios tics mientras mentía descaradamente.

El truco para un farol exitoso es decir la verdad y confiar totalmente en ella.

Y luego, no entrar en pánico cuando descubras que alguien más ha estado contando cartas.

Smithson está entrando en pánico. Su pánico lo vuelve descuidado. Su descuido está revelando agujeros en su caso, en los que de repente siento la necesidad de hurgar.

Y hurgar.

Y hurgar.

Solo para ver cómo se desenreda el hijo de puta en tiempo real.

—¿Con quién hablo sobre esta investigación en curso? Ya que estás basando todo en la palabra de un verdadero criminal… que fue declarado culpable de intento de secuestro, ¿recuerdas?

Me mira con furia renovada. —Hemos terminado aquí.

Saco mi teléfono y abro la aplicación para tomar notas. —Espera, solo necesito ese número y el nombre del mejor agente para hablar de esto. Creo que ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para reabrir ese caso de espionaje, ¿no crees? Además, ese artista ha desaparecido. ¿Quién sabe qué le habrá hecho Hamish? Necesitarás todo esto para tus *verdaderas* investigaciones.

—Hemos terminado —dice—. Saluda a tu esposa de mi parte.

Smithson les hace una señal a sus hombres para que empaquen y se vayan. Gira sobre sus talones y se sube a su camioneta, mirándome fijamente a través del parabrisas tintado.

Sonrío y lo saludo con la mano.

Un gesto de gratitud.

Sigo saludando a su flota de vehículos mientras se alejan, solo apoyándome en mi Charger, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Como si no acabara de averiguar por qué Smithson está tan decidido a hacer todo lo que Hamish exige.

PASHA

Habría sido agradable que mi buen humor durara hasta que volviera al hotel.

Desafortunadamente, tengo la costumbre de sumergirme demasiado en mis propios pensamientos.

—Joder —miro hacia abajo al vaso en mi mano cuando Daphne abre la puerta—. Está derretido.

—Es jugo helado. Me encanta —sonríe y me jala adentro, aceptando felizmente el vaso de lo que se suponía que era un batido—. ¿Todo bien? Estaba empezando a preocuparme.

—Tuve un retraso. Nada serio.

—Estás aquí y estás a salvo. Eso es lo que importa —bebe un sorbo de jugo y hace rebotar a Taty en su otro brazo—. ¿Verdad, cariño? ¡Papi está en casa!

No estoy de humor para ser buena compañía, y mucho menos un buen padre o esposo. No merecen que mi oscuridad opaque sus luces brillantes. —Estaré en la oficina —murmuro en voz baja mientras me dirijo hacia la sala de negocios amueblada de la suite.

Daphne me detiene con una mano en mi pecho. —Sostén a tu hija.

—¿Qué?

—Me escuchaste —ella mueve a Taty y me la entrega. No puedo *no* tomar a mi bebé sin correr el riesgo de dejarla caer—. Ahora, ve a sentarte. Acurrúcate con nuestra hija. Te sentirás mejor.

—Me siento bien.

—Llegaste a casa con una nube de tormenta sobre tu cabeza —Daphne me empuja hacia el sofá de dos plazas y me presiona para que me siente—. Ahora, sostén a la dulce bebé y cuéntale todo sobre esto.

Suspiro. No tengo poder contra estas mujeres.

Daphne también podría tener razón. Tengo que admitir que sostener a alguien tan pequeña, suave y cálida que parpadea hacia mí con nada más que pura confianza y asombro… está haciendo algo por mis nervios. Taty hace una burbuja de saliva, la revienta con un chillido y alcanza mi cara.

Maldita sea.

Sí me siento mejor.

—Vale, *malysh*. Esto es lo que pasa. Papi tiene a unos cuantos idiotas montándole el culo…

—¡Grosero!

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a intentarlo. —Tu abuelo es un hombre muy, muy malvado. Y solo estoy tratando de mantenerte a ti y a todos tus pequeños deditos a salvo del lobo feroz —pellizco la punta de su pie cubierto por el mono y siento que sonrío. Crece cuando me doy cuenta de que está tratando de imitarme; su boca se curva en algo bastante cercano a una sonrisa—. Él sigue diciendo: "¡Cerdito! ¡Cerdito! ¡Déjame entrar!". Y yo sigo diciéndole que se la meta por…

—Y ahora, vamos a hablar de los planes para la cena —Daphne se desliza elegantemente en la conversación e interrumpe mi relato del *Cuento Infantil: Versión Bratva*—. ¿De qué tienes hambre?

—De ti —tiro de su brazo lo suficiente para robar un beso sonoro de sus suaves labios. —Y quizás pizza.

—Puedes cenar pizza —me acaricia la cara y me susurra al oído—. Y a mí de postre.

Daphne me roba su propio beso antes de deslizarse hacia atrás para ir a hacer el pedido.

—Ven, hija mía —abrazo a Taty con un brazo y me levanto del sofá con el otro. Todavía tengo que hacer algo de trabajo en la oficina, pero creo que será mucho más productivo con mi pequeña asistente conmigo—. Es hora de que empieces a aprender el negocio familiar. Paso Uno: cómo aplastar a nuestros enemigos como huevos pintados.

~

—EL AGENTE especial Smithson está aquí para verlo, señor.

Asiento hacia Jack y deslizo los papeles que he estado revisando dentro de mi escritorio. —Hazlo pasar.

—Antes de que lo haga, señor… —Jack entra y se asegura de que la puerta esté bien cerrada antes de acercarse a mí—. Creo que lleva un micrófono.

—¿En serio?

—Noté que se reajustaba la corbata y luego la camisa. Más de lo normal, a menos que haya desarrollado una alergia al algodón.

—¿Vio el micrófono en sí?

—No, señor. Pero…

Miro al hombre mayor. —¿Pero?

Jack se encoge de hombros. —Los tiempos han cambiado, lo sé. Solo recuerdo lo irritante que podía llegar a ser la cinta.

—¿Tú usabas micrófono?

—Probé algunas operaciones encubiertas, señor. No me gustaba mucho.

—¿Para los federales?

—Oh, no —Jack arruga la cara con disgusto—. Nunca para ellos. De familia a familia; necesitábamos mantener a los nuestros bajo control. No se pueden permitir demasiadas bombas de auto explotando a la vez, y todo eso.

Escondo mi risa detrás de una aspiración y una tos. A veces, olvido que este modesto caballero, que ya pasó su mejor momento, estuvo en el IRA. —Gracias, Jack. Lo veré ahora.

—Como desees.

La aprensión en su andar me dice que está preocupado, lo cual aprecio. Es bueno tener un asistente leal, que entiende cómo se supone que deben manejarse las cosas.

Pero no puedo decirle, todavía, que he estado *contando* con que Smithson aparezca con un micrófono oculto.

El agente FBI entra a la oficina con una sonrisa engreída en su rostro. —¿Dijiste que tienes información sobre la desaparición de Sidney Ewing? Por favor, dime que esto es una confesión.

—Toma asiento.

Y cálmate, gilipollas.

Smithson se deja caer en una silla como si fuera el dueño del lugar. No sé qué cree que está a punto de pasar.

Casi me marea saber lo que *realmente* está a punto de pasar.

—Tengo que agradecerle, Sr. Smithson. Me inspiró a mirar las cosas desde una perspectiva diferente.

Suspira. —*Agente* Smithson…

—Ya veremos.

Tengo muchas ganas de tomar una foto de la expresión de su rostro. No tiene precio.

—Solo dime lo que tienes —espeta—. No tengo todo el día para jugar.

—Ah, pero te encantan los juegos. ¿No es así? Eso es lo que sigo descubriendo, cuanto más indago.

Smithson se congela.

Sonrío. —Verás, me he estado devanando los sesos pensando por qué diablos estás tan dedicado a ayudar a los Hamish. A Stewart, específicamente, pero ambos sabemos que Ophelia tiene un control férreo sobre sus bolas. ¿Cómo se hicieron amigos? ¿Qué hizo él por ti, o tú por él? Esta lealtad… es diferente.

—Ve al grano, Chekhov.

—Es nueva —saco una carpeta manila y la dejo sobre el escritorio para que sus colegas puedan oírla por su lado del micrófono—. Tu relación con los Hamish. Es completamente nueva y eso realmente me hizo rascarme la cabeza. Quiero decir, no veo ese tipo de lealtad por al menos los primeros años en los empleados… *a menos que tenga algo que ellos quieran.*

Lo miro fijamente a los ojos.

—O, mejor aún: algo que les dé miedo.

Smithson se ajusta las mangas. —¿Tienes o no tienes información relacionada con…?

—No me apures. Tienes mucho tiempo —abro la carpeta—. Mira, lo he estado viendo todo mal. No se trata de nada que haya hecho *por* ti o viceversa, ¿verdad? Se trata de lo que tiene *sobre* ti.

La sangre se drena de su rostro. —Déjame ver ese archivo.

—No te preocupes. Me aseguraré de que tus supervisores reciban todo —paso las páginas solo para presumir. Ya he memorizado los detalles importantes—. No sé si te has dado cuenta, pero trato de contratar a personas que piensan igual que yo. Mi padre era así. Lo que significa que, por mucho que me resista a admitirlo, Stewart Hamish y yo tenemos mucho en común. Al menos, en la forma en que pensamos. Y la forma en que controlamos a las personas, las situaciones… ya entiendes la idea.

—Solo…

—Entonces, cuando me di cuenta de que tiene que haber un ángulo diferente, también me di cuenta de que he estado evitando esa simple verdad. Que Hamish y yo somos personas que pensamos igual. Entonces, tuve que preguntarme: ¿cuál es la mejor y más fácil manera de asegurarme de la lealtad de alguien dentro del FBI?

No más interrupciones de él.

Está demasiado ocupado tratando de no orinarse encima.

—*Investigando*, Sr. Smithson. Buscando en los armarios. Buscando detrás de las puertas. Encontrando esos esqueletos proverbiales y asegúrandose de que el dueño de la casa sepa que los encontré. O, en tu caso, un poco más literal y desenterrar los esqueletos *reales* de un hombre que ha estado desaparecido durante… ¿cuántos años han pasado?

—Cállate —Smithson apenas puede silbar la orden—. Cállate, Chekhov, joder.

—No creo que lo haga. La ironía es que no tengo ninguna razón para ayudar en este caso sin resolver. Nunca se me habría cruzado en el camino, y mucho menos en mi mente… si no fueras tan jodidamente molesto.

Saco la petaca que guardo en el cajón de abajo para ocasiones especiales. Esto definitivamente merece un trago.

—Mira por ti mismo —deslizo la carpeta por el escritorio para que pueda ver todos los clavos de su propio ataúd—. Te enviaré la factura de la empresa de investigación privada. Me costó un dineral encontrar los restos.

Smithson mira los papeles y cierra la carpeta de golpe. —No sabes de lo que estás hablando.

—Pero tú sí —le sonrío aún más—. Y Hamish también. Era uno de sus propios empleados, ¿no? Después de que dejó esta empresa e intentó empezar la suya. Joshua Haversham, uno de los asistentes personales de Hamish. Una carrera prometedora… para el ex novio de tu mujer.

Smithson se lleva una mano al pecho. Apuesto cincuenta dólares a que está intentando silenciar el micrófono.

—Pareces sediento. Déjame servirte una bebida —me levanto y me dirijo al bar, aprovechando la oportunidad para sonreír presumidamente cuando me doy la vuelta.

—Estoy trabajando.

—Agua, entonces.

Cuando le llevo el vaso, hace exactamente lo que esperaba: lo toma con la mano derecha, destapando el micrófono en el proceso.

—Gracias —murmura.

Asiento y vuelvo a mi asiento con el vaso de soda que me serví. No tiene sentido emborracharse justo antes de que este lugar se llene de federales. —Así que, Haversham. Háblame de él.

—No hay mucho que contar —Smithson se encoge de hombros y evita el contacto visual. Intenta parecer y sonar tranquilo cuando claramente se está desmoronando—. Solo un tío con el que salió mi esposa antes de conocerme. Por lo que tengo entendido.

—Ah. En serio —me inclino por encima del escritorio para mostrarle una de las fotos que los investigadores de Hamish… y posteriormente los míos… desenterraron durante su investigación —. ¿No es él? ¿Con tu esposa? En el Luxor de Las Vegas, ¿sí?

Su rostro se enrojece. —De antes.

—¿Antes de ti? ¿O antes de que lo mataras por acostarse con ella?

Los ojos de Smithson se encuentran con los míos.

No dice ni una palabra más.

—¿Ves la marca de tiempo aquí? Es bastante reciente. Hace unos años, pero definitivamente después de la fecha anotada en tu certificado de matrimonio. Por cierto, eso es de dominio público. Mi hija podría buscarlo en Google.

Su ojo tiembla. Lo estoy molestando.

—Desapareció del estacionamiento de su oficina poco después de regresar de su “viaje de negocios”. Las cámaras de seguridad estaban defectuosas, al parecer. Nada más que estática.

Saco otra foto del archivo.

—Por cierto, ese es uno de los proyectos más fascinantes en los que mi empresa ha estado trabajando en nuestra división de seguridad. ¿Sabías que a veces, la estática se puede volver a ensamblar en imágenes más claras? Hice que mi equipo probara su software más nuevo en este clip, y mira lo que encontramos.

Empuja la foto de él mismo hablando con Joshua Haversham en el estacionamiento a un lado, esparciendo el resto de los papeles al suelo. —¡Basta! ¡Esto es sobre ti! ¡Y Sidney Ewing! ¡Ahora, dime dónde está o me voy!

Me río. —¿Cómo diablos voy a saber dónde está? *Tú* eres quien lo mató.

Una vez más, Smithson se congela. Él me mira boquiabierto con total incredulidad. —Mientes.

—¿Lo hago? —empujo mi silla hacia atrás para quedarme de pie junto a él, todavía completamente tranquilo y sin que me moleste su pequeño berrinche. En este punto, solo estoy jugando con mi comida—. También te vieron hablando con Ewing en un estacionamiento, justo antes de que desapareciera. Haversham, lo que quedó de él, quiero decir, fue encontrado en un corral de cerdos de una granja a unos cuarenta y cinco minutos de aquí. Uno de tus viejos amigos de la secundaria, ¿verdad? Apuesto a que tu gente también encontrará los restos de Ewing allí.

Sorprendentemente, no se inmuta ante el sonido de pasos atronadores subiendo las escaleras traseras.

O del sonido del ascensor que se abre en el vestíbulo.

O incluso cuando la puerta de la oficina se abre de golpe y agentes federales armados entran en tropel, con las armas en alto y apuntando directamente a… *él.*

—Hijo d-de puta —tartamudea.

—Mi madre es una santa. *Tu* madre debería haberte dicho que los cerdos no pueden digerir los dientes humanos.

No sé qué es más satisfactorio escuchar: a los superiores de Smithson recitar sus derechos mientras le ponen las esposas en las muñecas, o la larguísima lista de cargos que presentarán contra él.

El asesinato de Joshua Haversham. El presunto asesinato de Sidney Conrad Ewing.

Transporte no autorizado de un cuerpo a través de las fronteras estatales.

Desmembramiento de un cadáver.

Uso indebido de credenciales para obtener información clasificada.

Soborno de funcionarios públicos y testigos.

Si pudiera añadir algunos de los míos, esos cargos incluirían *ser un completo maldito imbécil*.

Y, el más imperdonable de todos… *joder con la familia equivocada.*

—Sr. Chekhov —uno de los agentes se acerca a mí y me tiende la mano para que se la estreche —. Soy el agente especial Gunther. Me gustaría extender nuestras disculpas formales por la intrusión de Smithson y su equipo. Iniciaremos una investigación completa sobre sus actividades con usted y su familia, pero tenga la seguridad de que no lo seguiremos por todos lados. Nuestro análisis preliminar no ha indicado ninguna razón para que continuemos con esa invasión de la privacidad.

—Se lo agradezco —le estrecho la mano al agente con firmeza—. Estaré encantado de responder

a cualquier pregunta de seguimiento, pero durante el horario de trabajo habitual aquí en mi oficina.

—Por supuesto. No hay problema. Estaremos en contacto.

Tengo la tentación de preguntar sobre sus planes para los Hamish, pero no quiero tentar a la suerte, al menos no ahora. Estoy satisfecho con la destitución oficial de Smithson, que no deja de mirarme con enojo hasta que lo obligan a salir por la puerta de la oficina y entrar en el ascensor.

Jack está de pie junto a mí mientras vemos a los agentes marcharse. Está tan tranquilo y sereno como siempre.

Una vez que se han ido, y ya no podemos oír sus pasos en la distancia, sonríe. —Bien jugado, señor.

Hago todo lo posible por contener mi propia sonrisa burlona. —No tengo idea de lo que estás hablando.

DAPHNE

Asya está en el sofá con Taty, dándole palmaditas en la espalda mientras miran un programa infantil con música clásica. Me guiña el ojo y dice con la boca—: *Diviértete.*

Encargarse de la bebé: listo.

La niñera es genial y guarda mi secreto: listo.

Pasha está felizmente inconsciente y no corre detrás de mí: doblemente listo.

Cierro la puerta lo más silenciosamente que puedo, aunque en realidad no estoy haciendo nada malo. Mi esposo me ama y yo lo amo a él, pero a veces, solo quiero salir de la vista del helicóptero que es Pasha por un rato.

Lev sale del ascensor justo cuando estoy a punto de presionar el botón de Bajar. Agarro la manga de su chaqueta de cuero y lo tiro de vuelta a la cabina.

Solo cuando las puertas están cerradas y el ascensor comienza a descender me atrevo a decir una palabra. —Gracias.

Lev arquea una ceja, pero no me mira directamente. —No me dijiste a dónde vamos. ¿Debería preocuparme?

—¿Por el destino? ¿O tu jefe?

Se ríe con un bufido. —Cualquiera. Ambas.

Niego con la cabeza. —No. Ninguna. Solo me gusta tener mis propias cosas, ¿sabes? Solo quiero respirar mi propio aire durante unas horas.

Lev no dice nada más. Solo asiente levemente y espera conmigo a que baje el ascensor.

La seguridad se ha redoblado en el edificio desde la última… *última*… maniobra de Conrad en los conductos de ventilación. Ahora hay cámaras de última generación en cada rincón de cada espacio de la planta baja, cabina del ascensor, pasillo, zona para perros, salón de fumadores… Lo que sea, Pasha lo tiene vigilado. Personal de seguridad armado recorre el terreno y se turna para sentarse cerca del mostrador de recepción.

Pasamos por todo eso antes de llegar al auto de Lev, que nos espera. —Entonces, ¿ya puedo saber el gran secreto? —pregunta una vez que estamos sentados y abrochados.

Sonrío y apoyo mi bolso a mi lado. —¿Conoces ese gimnasio en la calle Veinticinco y la Tercera?

—¿Qué si conozco…? —murmura en voz baja. Sin embargo, sonríe—. Sí, resulta que sí conozco la fortaleza de fitness de Chekhov.

—Allí es a donde voy.

Ambas cejas tocan la línea del cabello. Me mira por el espejo retrovisor y luego se da vuelta para mirarme cara a cara. —¿Hablas en serio?

—Muy en serio. He estado entrenando con Sofiya. Solo que hoy llegará tarde.

—¿Por cuánto tiempo?

Me encojo de hombros. —Unas pocas semanas, creo. Me hace bien. Muy bien.

Lev murmura algo en ruso y sacude la cabeza, pero, por muy inestable que sea mi dominio de su lengua materna, estoy bastante segura de que está de acuerdo.

Insiste en acompañarme adentro una vez que llegamos. —Tengo un precio por mi silencio. Tengo que ver esto —es su explicación cuando entramos.

Guardo mis cosas en el vestuario de mujeres y respiro hondo unas cuantas veces. Por lo general, Sofi está aquí para distraer mi mente de la próxima tortura física autoimpuesta. Esta es la primera vez que empiezo sola.

Puedo hacerlo, me recuerdo. *Estoy hecha de algo duro.*

La elíptica es bastante fácil. Me encanta el flujo uniforme y el impacto mínimo en mis rodillas. También me ayuda a calentar y entrar en ritmo antes de que Sofi me haga patearme mi propio trasero con las pesas y el boxeo de sombra.

Apenas ese pensamiento cruza mi mente, una cabeza familiar aparece frente a mí.

Piensa en el diablo y aparecerá…

Sofi sonríe y me saluda con la mano desde la recepción. —¡Enseguida voy!

Acelero el ritmo y aumento la resistencia de la máquina unos cuantos niveles. Preferiría terminar con la sección de cardio antes de que ella se cambie de ropa. Dios sabe que, si consigue poner sus manos en estos controles, voy a morir.

Sin embargo, creo que se ha dado cuenta de mi pequeño plan. Cuando pasa por mi lado de camino a cambiarse en el vestuario, aumenta la velocidad.

Ya tengo un pie en la tumba cuando regresa, con el cabello atado en una trenza, y me pregunta —: ¿Lista para empezar?

Le hago un gesto de desgano con el pulgar. —Nunca he estado… *Joder*, no puedo respirar… Nunca he estado mejor.

—Genial. Vamos a estirarnos.

Lev mantiene una distancia respetuosa mientras calentamos, pero lo pillo mirándonos de reojo de vez en cuando, con una pequeña sonrisa que amenaza su fachada estoica.

Es cuando llegamos a la parte de boxeo de sombra que me quedo perpleja.

—Muy bien. Es hora de subir la apuesta —Sofi me hace un gesto para que extienda las manos, y luego comienza a envolver mis muñecas y dedos con una tela que parece venda—. No más sombras.

—¿Ah?

—Esto es cinta de pelea. Tan buena como los guantes para lo que vamos a hacer.

—¿Y eso es…?

Me lanza esa sonrisa traviesa de nuevo. —Pelear.

Mierda.

Me lleva a la zona reservada para el sparring, que he visto hacer a varios de los otros chicos durante nuestros entrenamientos anteriores. Siempre pensé que se veía genial, pero más que nada de la forma en que pienso que, como, las motocicletas se ven geniales. Como en, *Tendrías que estar demente para intentar eso.*

Supongo que mi cuñada califica.

—¡Codos arriba! ¡Vamos! —se contiene para dar golpes, porque estoy fallando en bloquear mi propia cara—. ¡Contrae ese abdomen!

Intento imitarla lo mejor que puedo. —Esto es nuevo. Yo…

—*Esto* es nuevo, sí. Tus enemigos no lo son.

La miro fijo, pero ella junta sus nudillos para recordarme que mantenga los puños en alto sobre la mitad inferior de mi cara. —¿Esto es por los eventos recientes?

—Eso. Y tienes audiencia.

Miro a mi izquierda. Efectivamente, varios de los hombres que reconozco de la oficina de Pasha están tomando descansos en sus máquinas y bancos de pesas. Y observándonos.

Observándome *a mí.*

Sofi no me da ninguna advertencia para el jab que me lanza. Instintivamente, me hago a un lado, ganándome un orgulloso "¡Bien!" antes de que me lance otro gancho.

Puede que sea torpe con los movimientos, pero estoy aprendiendo mi vocabulario.

—Estoy abajo —explica—, así que ve alto.

—¿Ah? —no pienso, solo golpeo. No es lo mejor, pero le rozo la oreja.

—¡Ayy, ahí vamos, chica! ¡Lo tienes!

—No quiero hacerte daño, Sofi —doy unos pasos hacia atrás para poner distancia entre nosotras

—. Pasha me mataría si lo hiciera.

—Si puedes hacerme daño, me lo merezco. Además, Pasha me mataría *a mí* si descubre que te he estado entrenando y que sigues sin poder defenderte —se hunde más en su postura—. Ahora, vamos a la ofensiva. Basta de tonterías de miedosas.

—No puedo…

—¿Puedo? —pregunta Lev, apareciendo de repente en el borde del espacio del ring.

Sofi no relaja su postura, pero asiente y retrocede.

Lev se mete el teléfono en el bolsillo y camina tranquilamente hacia mí. Todo lo que hace este tío es así: tan *casual*. Como si no le molestara en absoluto el hecho de ser un gran criminal con lo que supongo que es un recuento de cadáveres nauseabundo.

—Cierre los ojos, Sra. Chekhov —espera hasta que lo haga—. Ahora. Olvídate de que es tu hermana. Olvídate de que siquiera es una ella. Recuerda cómo es proteger a tu bebé del hombre que intentó hacerte daño. Que intentó hacerle daño a *ella*.

¿Cómo podría olvidarlo? La imagen de Conrad moviéndose sobre la cuna de Taty está grabada a fuego en mi memoria.

Siento que se me aprieta la mandíbula.

—Es uno de los muchos que vendrán —continúa Lev—. Hombres que intentarán lastimar a tu esposo lastimando a tu hija. Contra ellos estás luchando ahora mismo. Contra ellos siempre siempre.

Me empuja los codos para que estén en posición. Golpea mi pie con el suyo para que amplíe mi postura y la convierta en algo más fuerte.

—No está haciendo esto solo por usted, Sra. Chekhov. Lo está haciendo por su hija. Muéstrele cómo es una reina.

Tengo que abrir los ojos para ver a mi oponente.

Pero, cuando lo hago, ya no veo a Sofi. En realidad, no.

Sí, es su cuerpo. Pero en mi mente, es Conrad arremetiendo contra mí. Conrad agitando sus puños. Conrad, a quien bloqueo, paro y golpeo.

Todavía estoy lejos de ser perfecta, pero lo que estoy es motivada. *Cabreada*. Y me meto tanto en el momento que lanzo una patada que aún no practiqué y casi le da en el hombro a Sofi.

Casi, porque me agarra el tobillo en el último segundo. —¡Bien! Un poco desviada, ¡pero muy, muy buena improvisación!

Sonrío con timidez. Este no será mi secreto para siempre. Con el tiempo, querré mostrarle mis nuevos movimientos a Pasha y hacerlo sentir orgulloso.

Eventualmente.

Por ahora, esto es todo yo. Todo mío.

~

ESTOY BAÑADA EN VAPOR, duchada y afeitada rápidamente después de nuestro entrenamiento y la sesión de yoga posterior. Sofi dice que unos minutos en el sauna después de un buen entrenamiento ayudan con el flujo sanguíneo, y me encanta lo que ha estado haciendo con mis poros.

Creo que, en algún nivel subconsciente, Pasha también ha notado la diferencia. Se pone muy manoseador cuando mi piel desnuda está a su alcance.

—¿Lista? —Lev mira mi bolso y luego por encima de mi hombro—. ¿Tienes todo?

—Sí.

Los dos gruñimos por dentro cuando vemos que la entrada trasera del aparcamiento está cerrada para trapear. Ahí va el atajo.

—Bueno, así la sangre seguirá bombeando —razona mientras nos dirigimos a la entrada principal—. Es bueno mantener calientes esos músculos.

—¿Entrenas mucho? —le pregunto.

—Solía hacerlo. Tuve la oportunidad de ganar un título de la ciudad cuando boxeaba profesionalmente. Lo dejé cuando tuve mi propia pequeña *malyshka*.

Su consejo anterior de repente tiene mucho más sentido. —¿Qué edad tiene ahora?

Se ríe entre dientes. —Suficientes para darme canas y nietos.

En realidad no es tan lejos la puerta principal del aparcamiento, pero significa que tenemos que caminar un poco por la acera pública.

Lo que no sería un problema… si no estuviera tan lleno de gente.

—Quédate cerca —murmura Lev. Asiento y lo sigo paso a paso, dejándolo que nos empuje a ambos a través de un enjambre repentino de personas que bajan de un autobús de la ciudad.

Alguien me golpea el brazo con todo el costado de su cuerpo. Fuerte. —¡Ay! Oye…

Otra mano agarra ese mismo brazo y me tira a un lado.

—¡Lev!

Puedo verlo darse vuelta y tratar de abrirse paso entre la multitud. La mayoría de ellos están hablando por teléfono y con auriculares, y varios lo insultan por empujarlos para que no se interpongan en su camino.

—¡Suéltame! —empujo a quien tenga las bolas de agarrarme. Todavía más fuerte cuando me acercan.

Hasta que escucho su voz en mi oído.

—Cállate la boca, joder.

No hago lo que dice simplemente porque me lo ordenó… solo no puedo evitar la pura sorpresa que me cierra la boca de golpe y me quita todo el aire de los pulmones.

¡¿Papá?!

DAPHNE

Papá nunca me ha pegado. Incluso ahora, después de todo… todas las tonterías, todas las pesadillas… eso es lo primero que pienso. *No me haría daño, ¿verdad?*

Lo peor que haría sería gritarme… ¿verdad?

—Papá, estoy…

Las palabras se convierten en náuseas en el segundo en que su puño aterriza en mi estómago.

Me doblo.

Jadeo.

Y trato de no vomitar sobre nuestros zapatos.

Me empuja con fuerza desde atrás, con una mano firmemente plantada entre mis omóplatos para asegurarse de que golpee el suelo lo más fuerte posible. Soy capaz de amortiguar la caída en el último segundo, lo que me raspa las palmas y las rodillas.

Papá… no, *Stewart*; ya no es un padre, si es que alguna vez lo fue… se detiene a mi lado y toma aire, como si estuviera pensando en darme una patada en el estómago solo para asegurarse de que estoy completamente en el suelo.

Quiero pensar que no lo haría.

Aunque claramente ya me he equivocado antes.

Al final, se va sin decir palabra. Sin patadas, gracias a Dios.

De *él*, claro.

Pero eso es solo porque el pie que me da en el estómago pertenece a una mujer. Una mujer con tacones altos y con pedicura reciente, que ahoga un grito de furia entre sus dientes apretados.

—¡Maldita *perra*! —dice furiosamente.

Brittany.

Ella es absolutamente el tipo de persona que me patearía cuando estoy en el suelo. Y lo hace… o al menos, lo intenta.

La agarro del tobillo con una mano mientras intento levantarme con la otra. La desequilibro y cae sobre su huesudo trasero con un golpe satisfactorio.

Mierda, es estúpida. La estoy evaluando mientras me pongo de pie y lo primero que noto es lo mal vestida que está. Tacones de tiras, jeans pegados y un extraño corsé debajo de una chaqueta de cuero roja muy ajustada me dicen que vino lista para un concurso de bofetadas.

No es el tipo de patadas en el trasero para las que me he estado entrenando bajo el mando del segundo al mando de un jefe de la mafia.

Estoy flexible. Estoy vestida para la flexibilidad y la comodidad.

Y ya no aguanto más las tonterías de esta perra.

Espero a que se ponga de pie y tal vez, solo tal vez, se dé cuenta de que este no es el momento ni el lugar para iniciar una pelea literal conmigo. Se tambalea de un lado a otro sobre sus talones antes de echarse el cabello hacia atrás y resoplar hacia mí.

—Ay, eso es lindo —resopla mientras me evalúa—. ¿Crees que puedes conmigo?

—Creo que necesitas ayuda profesional —quiero darme la vuelta e irme, pero si algo he aprendido de Sofi y de la vida reciente en general, es esto: nunca, jamás le des la espalda a un enemigo.

A menos que esté definitivamente muerto. Como, bala en la cabeza, luces apagadas en los ojos, muertos bien muertos.

No traje un arma y no tengo planes de matar a Brittany. No es mi estilo.

La única razón por la que no estoy presionando mi pequeño botón de pánico es porque es absolutamente *su* estilo. Y no estoy segura de querer eso.

Todavía.

—Lo que necesito, perra egoísta, es que me devuelvan a mi maldito prometido.

Me lanza un golpe con la palma abierta. Es rápida, pero obvia, así que puedo esquivarla a tiempo.

El instinto… y el entrenamiento reciente… me hacen clavarle un puñetazo en el estómago como represalia.

—Solo para que lo sepas, Brittany… —respiro hondo, como me enseñaron. Dos inhalaciones por la nariz, lo dejo salir por la boca. Concentración. Aplomo. Calma—, nunca fue tuyo. Él no te soportaba. Yo ni siquiera lo quería, y aun así seguía arrastrándose hacia mí porque así de poco *te quería a ti*.

—¡Mentirosa!

Ella intenta derribarme, pero lanzo mi peso contra ella, así que ruedo más sobre ella que debajo de ella. Ambas caemos al suelo; ella recibe la mayoría de los rasguños mientras yo recibo sus rasguños feroces mientras me golpea.

Una vez que puedo desenredarme, hago todo lo posible por empujarla y poner algo de distancia

entre nosotras. Solo dura unos segundos antes de que se abalance sobre mí nuevamente.

—¡Te voy a *matar*!

Le aparto las garras de un manotazo y le doy un golpe en la nariz. La sangre empieza a brotar de una fosa nasal mientras se agita para protegerse la cara.

Tiene que parar. Es la única razón por la que paso una pierna por debajo de la suya, le doy un puñetazo en el pecho y aprovecho el impulso para tirarla al suelo.

Esto se está volviendo ridículo.

—¿Cómo me encontraste? —pregunto con una calma que me sorprende incluso a mí—. No tienes mi número.

—No te voy a decir una mierda, perra… *¡aahh!*

Aprieta los dientes y sisea de dolor cuando presiono mi pie contra el costado de sus costillas. Debo haber roto algo con ese último movimiento. Se mueven cosas debajo de mi suela que no se supone que deban moverse.

Presiono mi pie contra esa herida un poco más fuerte. —Te pregunté, *¿cómo me encontraste?*

—¡Tu esposo idiota! —Brittany me da un golpe en la pierna.

Ignoro el repentino vuelco que hace mi estómago. Pasha no es un traidor, especialmente no conmigo. —Explícate.

—¡Bájate!

—Dímelo y puede que te deje levantarte.

Si las miradas mataran, su mirada me haría caer de bruces. —Pasha es dueño de todo, ¿no? A través de su empresa. La misma en la que trabajaba mi familia.

Frunzo el ceño. —Como consultores.

—Sí. Consultores de *desarrollo de seguridad* —por alguna razón, ella piensa que esto es realmente gracioso y comienza a reír—. Tu esposo idiota se olvidó de los sistemas que mi familia puso en marcha en todos sus frentes. Tengo los códigos de todo. Y no puede echarme porque…

—Tu familia construyó los sistemas.

Mantengo mi palabra y quito mi pie de sus costillas. Es mucho para asimilar… darme cuenta de que la mujer que me odia desde la secundaria está usando a Pasha para cazarme y arruinar mi vida. Tal vez incluso quitármela.

Y ahí es cuando se me ocurre.

Cuando las piezas de este jodido rompecabezas de repente encajan.

Brittany grita de dolor genuino cuando la pateo, *fuerte*, en las mismas costillas que ya le rompí.

—¡Lo sabías desde el principio! —no me molesto en preguntar. ¿Por qué molestarme? Ambas

conocemos la respuesta—. ¡Sabías exactamente lo que estaba haciendo Conrad! ¡Lo *ayudaste*!

Ella abre la boca para replicar, pero no la dejo. Simplemente le doy una patada en el estómago y disfruto de la forma en que se retuerce y se enrosca de dolor.

—Maldita perra —ahora soy *yo* la que está furiosa—. Lo dejaste entrar. Le dijiste dónde encontrarme. Aquí estás, haciéndote la víctima, cuando eres tú la que ha estado tratando de arruinar mi vida desde el principio —resoplo—. Incluso convenciste a mis propios padres. Jodidamente increíble.

Por una vez, no dice nada. Está demasiado ocupada tosiendo y limpiándose la sangre de la cara.

Me agacho para que pueda escucharme alto y claro. —¿Quieres saber la parte jodida? Él estaría vivo si no fuera por ti. Conrad probablemente estaría en casa en tus brazos si no fueras una perra tan vengativa.

Brittany tose y resuella un poco más. —¿Dó… dónde está?

—Joder si lo sé. Incluso si lo supiera, probablemente solo sería una parte de él.

Su mirada vacila. Por una vez, hay miedo real en sus ojos.

No suelo restregar las cosas por la cara. ¿Pero esta? Esta es una ocasión especial.

Ella se lo buscó.

—Así es, Brittany. Está muerto. Conrad está jodidamente *muerto* y todo es tu culpa.

Se toma un momento para asimilarlo. No voy a contener la respiración, pero tal vez ahora se dé cuenta de la gravedad de sus errores y se aleje.

O tal vez no.

Con un movimiento repentino, Brittany me arroja algo a la cara. La grava me entra en los ojos y grito y retrocedo. Mientras me muevo, mi zapato se atasca y caigo de nuevo al suelo.

Caigo al suelo de forma totalmente incorrecta. Algo se sale de su lugar y me provoca un dolor abrasador en el hombro.

No importa cuánto me duela hacerlo, cojo mi pulsera y aprieto el botón de pánico.

Porque ahora estoy entrando en pánico. Brittany viene hacia mí, agitándose, gritando y azotándome con el pie una y otra vez.

—Cuándo… —*¡Patada!*— …vas a… —*¡Patada!*— ¿…aprender? —hace una pausa solo para limpiarse la cara de nuevo—. Así es como siempre es, NayNay. Así es como siempre será. Crees que estás en un caballo tan alto, siempre mejor que yo, hasta que te arrastro hacia abajo y te recuerdo… —*¡Patada!*— ¡…dónde perteneces, joder!

Mi cabeza se echa hacia atrás de golpe. Rezo a Dios para que no se rompa nada. Se echa hacia atrás para dar otra patada y sé en lo más profundo de mi corazón que esta lo hará. Esta me va a matar. Se conectará con mi sien, el mundo se volverá negro y nunca, jamás volverá a haber luz.

Lo único en lo que puedo concentrarme es en su pie. Cada vez se acerca más y más y más y más

y más y ya casi está aquí y…

Una mancha de cuero vuela entre nosotros.

Lev.

Golpea a Brittany y la envía volando. Antes de que ella llegue al suelo en una pila de extremidades contra la pared del callejón, él saca su arma y le apunta.

Gime e intenta moverse, y él dispara contra los ladrillos junto a su cabeza. Ella grita.

—Muévete una vez más —gruñe—, y no fallaré.

Intento levantarme. No puedo. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy gimiendo de dolor hasta que Lev gira su mirada hacia mí. Todavía tiene su arma apuntando a Brittany, pero mi distracción involuntaria le da a ella el espacio para escabullirse.

Maldita sea.

Él también se da cuenta, pero no me lo reprocha. Enfunda su arma y saca su teléfono. —Sí, tengo que denunciar un asalto. Ella está en mal estado.

PASHA

Quiero estrangular a este hijo de puta.

Pero pertenece al Smithsonian junto a los fósiles de dinosaurios, no al pleno del Senado. Estoy bastante seguro de que un apretón de mi puño alrededor de su cuello de pavo rompería sus frágiles huesos.

—Lo siento, Pasha —suspira el senador O'Cronin—. No puedo lograr que el resto del Senado esté de acuerdo con esto. Es lamentable, de hecho. Pero así son las cosas.

Le frunzo el ceño. —Hace unos meses, no tenías ningún problema con ninguno de los términos del contrato. Tus colegas tampoco. Brennan era el único obstáculo, pero…

—Hace unos meses, las cosas eran diferentes.

Contengo mi ceño fruncido para que no se convierta en una mirada fulminante. Todavía necesito que este antiguo espécimen acepte mis términos. Ofenderlo no nos llevará a ninguna parte, y aún no hemos llegado al momento de las amenazas. —Por favor, explíqueme.

—¿Qué hay que explicar? —O'Cronin se encoge de hombros de nuevo—. El tiempo cambia las cosas. Se han promulgado nuevas políticas desde nuestra última revisión…

—¿Cuáles políticas?

—¿Disculpa?

—¿Cuáles? ¿Políticas? —golpeo mi bolígrafo sobre mi escritorio—. Dado que están afectando nuestra capacidad de avanzar y proporcionar al ejército de los Estados Unidos una mayor potencia de fuego, me muero por saber a qué políticas específicas se refiere.

Se aclara la garganta, se mueve en su asiento y mira alrededor de la habitación en busca de una ayuda que nunca llegará. —Ah, bueno… ya sabes cómo son estas cosas. Un poco de esto y un poco de aquello, todo acumulado…

Su patético intento de engañar a través de sus propias tonterías cae en oídos sordos. Estoy demasiado distraído por la alerta repentina en mi teléfono, que me informa que los Hamish no están en casa.

Algo no cuadra. Podrían estar de compras, pero algo en mi interior me grita que no es eso.

Ver su nombre en la pantalla me trae una idea a la mente. Y, combinada con mi impaciencia por este tango político, vale la pena lanzarla para ver qué pega.

Interrumpo el lloriqueo del senador. —¿Qué tienen los Hamish contra ti?

O'Cronin se congela en su asiento. Parpadea estúpidamente, la sangre abandona su cara.

—Yo… estoy seguro de que no tengo idea de lo que estás hablando.

—Estoy seguro de que sí —miro fijamente al hijo de puta—. Stewart Hamish. Solía ser el presidente de la junta directiva de Chekhov Internacional. Creo que conociste a su esposa, Ophelia, en una de las cenas que solía organizar mi empresa en su época.

Se aclara la garganta. —El nombre… me suena…

—Debería. Te están chantajeando, ¿no?

No hay respuesta.

—¿Qué tienen sobre ti? —repito.

Pasan unos momentos más de silencio, parpadeando el uno al otro, antes de que finalmente se derrumbe.

—Mis nietos —O'Cronin se desploma en la silla mientras la máscara de competencia profesional desaparece por completo de su rostro—. Hamish, ese bastardo. Se dio cuenta de que soborné para que mis nietos ingresaran a la Ivy League.

Ahora todo tiene sentido para mí. —Moviste tus hilos y pagaste a las personas adecuadas para que abrieran esas puertas.

Él asiente. —Y ahora, Hamish lo tiene pendiente sobre mi cabeza, listo para caer si no hago lo que él dice.

—Aun así, no veo cómo eso te afecta. Al menos, no lo suficiente como para justificar esta exclusión que estás presionando en mi contra.

El senador me mira fijamente, casi pensativo. —Acabas de tener una hija, ¿no?

Asiento.

—Entonces ya lo sabes. No hay nada que no harías por tus hijos —O'Cronin inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Qué le pasará a ella? ¿Cuando te descubran? ¿Cuando todo el mundo descubra tus… muchas, muchas indiscreciones?

La única razón por la que no me siento insultado por su insinuación es porque me ha atrapado en un pensamiento que nunca había tenido antes.

Siempre estoy tan seguro de que nunca me atraparán. Soy demasiado meticuloso, demasiado cuidadoso, demasiado diligente. Soy más listo que el resto de estos malditos idiotas, así que será un día frío en el infierno antes de que los federales irrumpan con pruebas reales e innegables de mis actividades en el "inframundo".

Pero ¿y si lo hicieran?

¿Qué le pasaría a Tatyanna?

Mi silencio parece ser una especie de confirmación para él. —Entonces, ya ves por qué no puedo permitir que mis malas decisiones se hagan públicas. No solo se arruinará mi carrera, sino también la de mis nietos. Y ni siquiera han comenzado.

Quiero enojarme con este hombre por ser tan descuidado. Por permitir que él y su familia sean descubiertos, tan vulnerables.

Simplemente… no puedo.

No sin convertirme en un gran hipócrita.

—Este contrato —saco una copia del maldito documento y lo coloco en el escritorio entre nosotros—. Está diseñado para brindarles a nuestros soldados lo mejor de lo mejor en artillería y defensas. Estos soldados también tienen familias. Familias que rezan para que regresen a casa, sanos y salvos. Incumplir este contrato es negarle a tu gente, a *nuestra* gente, la mejor oportunidad de regresar a casa.

—Pero, como dije…

—Entonces, esto es lo que propongo. Tomas la amenaza de exposición de Hamish y se la metes por el culo. Dile a tus colegas que hagan lo mismo.

Se resiste. —Pero…

—¿Crees que Hamish te arruinará? Yo haré algo mucho, mucho peor, senador. Él puede denunciar a tus nietos, claro. Pero yo puedo hacer saber al Departamento de Defensa y a unos cuantos periodistas selectos que tú y tus amigos deciden el destino de este país en función de lo jodidos que estén.

—No puedes…

—Ah, pero sí puedo. ¿De verdad quiere ponerme a prueba?

Está claro que no quiere.

Le dedico mi sonrisa más magnánima y me levanto, indicándole que vaya hacia la puerta. —Espero con ansias nuestra reunión de seguimiento con el Departamento de Defensa.

Mi asistente sostiene la puerta abierta para que el senador salga. Apenas ha dado la vuelta a la esquina cuando mi teléfono empieza a vibrar en mi bolsillo.

Al principio, creo que es una llamada.

Pero entonces reconozco el patrón de vibraciones.

Es peor.

~

—*Bozhe moy*.

Casi vomito las palabras cuando veo que suben a Daphne a una camilla.

Tiene la cara hinchada y roja. Las lágrimas atraviesan la tierra y la sangre acumuladas. Sigue intentando acurrucarse sobre su estómago, pero los paramédicos la instan a que se quede quieta.

Miro a mi alrededor para ver quién diablos le hizo esto a mi esposa.

Paramédicos, policía, no me importa quién esté cerca para presenciarlo… *estoy a punto de asesinar a alguien.*

Es el gemido de Daphne lo que me recuerda que me necesita a su lado más de lo que necesita mi rabia. Corro hacia ella y tomo su mano en la mía. —Estoy aquí, bebé. Estoy aquí mismo.

Apenas puede abrir los ojos. Verla luchar me hace sentir náuseas y más que furioso por ella.

—Solo descansa —le digo cuando intenta hablar—. Estoy aquí y no me voy a ir a ningún lado.

Daphne usa lo que le queda de fuerza para llevar mi mano hacia su pecho.

—Br… Brit… —comienza a toser.

—¿Brittany?

Ella asiente lenta, dolorosamente.

Sé lo que quiero hacer. También sé que mi hermosa esposa no es tan monstruosa como yo. Por eso le pregunto, en voz lo suficientemente baja para que solo ella lo oiga, —¿Qué quieres que haga?

Daphne sorbe por la nariz. —Termina con esto.

Esas palabras le quitan las últimas fuerzas. Se desploma. Está inconsciente, pero viva.

Estoy a punto de subir a la ambulancia con ella cuando veo que el auto de Sofiya se detiene a toda velocidad junto al mío. Cuando sale, solo necesito una mirada de ella para saber que lo que estoy a punto de hacer es lo mejor que puedo hacer.

—Makari te esperará en el hospital. Yo también estaré allí —le doy un beso más en sus dedos raspados—. Tengo que ocuparme de algo primero.

PASHA

—Sofiya, si te disculpas una vez más, te echaré del auto.

Mi hermana se desploma en el asiento del pasajero. —Me siento mal.

—Necesito que te concentres, no que te odies a ti misma —agarro con más fuerza el volante—. Necesito que seas mi segunda. Puedes ser mi hermana más tarde.

Con un suspiro miserable, asiente. —Puedo ser ambas cosas.

Una llamada empieza a sonar a través del sistema de altavoces del auto. Estoy listo para enviarla al buzón de voz cuando veo quién es y contesto. —Mak. Háblame.

—La tienen sedada para el dolor y ahora la están examinando —mi hermano mantiene la voz baja, pero prácticamente puedo sentir su rabia rodando por el teléfono—. Lev está presentando su informe a la policía. Tengo a Sergei y a sus muchachos revisando cada centímetro de las cámaras del gimnasio para ver si tienen algo.

—¿Tienen algo?

—Nada hasta ahora. Una vez que regreses, saldré a la calle y pagaré personalmente a todos los negocios en un radio de diez cuadras por las transmisiones de sus cámaras.

—¿Cuándo llegarán Mel y Jameson?

Él susurra algunas palabras selectas en voz baja. —Olvidé llamarlos.

—Me encargaré de eso. Sigue adelante y prepara el helipuerto para su helicóptero.

—Hecho.

Programo el número de Melanie en cuanto cuelgo. No estoy emocionado por esto.

—¿Pasha? —responde con incertidumbre—. ¿Qué sucede?

Al menos me ahorra la indignidad de tratar de dar esta noticia con delicadeza. Con una mueca, me lanzo directamente al grano. —Daphne fue atacada. Está en el hospital ahora mismo. No…

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío. Vale —respira profundamente—. ¿Qué hospital? Voy a coger mi bolso…

—Por eso llamo. Voy a enviar un helicóptero para que los recoja a ti y a Jameson. También podemos conseguir una niñera, si quieres traer a los niños.

—¡Sí! Sí, eso suena… Sí, está en el hospital —su voz se apaga un poco; Jameson debe haber entrado en la habitación—. La han atacado. No lo sé. No lo sé. Cariño…

Los altavoces se llenan de sonidos apagados. Luego su voz. —¿Qué necesitas que haga, Pasha?

—Un helicóptero está en camino…

—Me refiero a los suegros. Tú y yo sabemos que tuvieron algo que ver con esto.

—¡Jameson! —la voz de Melanie se oye a lo lejos—. Son personas horribles, pero ellos *jamás*…

—Stewart definitivamente estuvo involucrado —mis nudillos se ponen blancos mientras agarro el volante con más fuerza. En mi mente, es su cuello lo que estoy retorciendo.

—Joder, lo sabía —Jameson no suena sorprendido—. ¿Cuál es el plan?

—Por determinar. Estamos rastreando sus movimientos ahora mismo.

—¿Él le hizo esto?

—No la golpeó, no —miro a Sofi de nuevo—. Esa fue Brittany.

—*¡¿BRITTANY CLEARY?!*

Sofi reprime una risa repentina y bufada. Ninguno de los dos había escuchado a Melanie perder la cabeza hasta ahora. Tengo que bajar el volumen solo para acomodar los gritos.

—¡Ay! ¡Esa perra está *MUERTA*! ¡JODER! ¡MUERTA! ¡Voy a despellejar vivo su culo bronceado! Voy a…

La voz de Jameson interrumpe secamente. —Como probablemente habrás adivinado, estamos empacando y nos iremos. Gracias por la niñera. Te enviaremos un mensaje de texto cuando aterricemos.

—Envíale un mensaje de texto a Mak. Te esperará en el helipuerto. Estaré en una reunión.

—¿Vas a una reunión *ahora mismo*?

No respondo. Dejo que el silencio llene los espacios en blanco por mí.

Para su crédito, Jameson realmente entiende lo que quiero decir. —Ah. Una *reunión*. ¿Necesitas ayuda?

—Estamos bien. Te mantendremos informado.

Sofi espera a que cuelgue antes de intervenir. —Nos vendría bien un vigía.

—Tenemos a nuestros hombres —me paso una mano por el cabello solo para aliviar la tensión en mis dedos—. Y él tiene a su familia.

Ella no dice nada más.

Damien nos da la dirección, no tardó mucho en localizar a Brittany y seguirla hasta su casa. Yo hubiera pensado que iría a una sala de emergencias en algún lugar.

Pero es mejor que esté aquí que allí. Me facilita hacer lo que tengo que hacer.

Paso por su casa para asegurarme de que tenemos la dirección correcta antes de entrar. Cuando estoy seguro, doy la vuelta y estaciono una manzana más allá.

Damien emerge de entre las sombras y se une a nosotros bajo la sombra de un árbol. —Entró. Los vecinos de ambos lados se han ido.

Asiento y reviso las casas del otro lado de la calle en busca de posibles testigos. Nada se mueve. Nadie se mueve. —¿Está sola?

—No hay otros autos en el garaje. No he visto ningún otro movimiento desde que llegó aquí.

—¿Hace cuánto?

—Unos diez minutos.

Sofi se pone un par de guantes de cuero. —Necesitaremos el mismo tiempo. ¿Hay alguna actividad policial en la zona?

Damien sacude la cabeza. —Ninguna. Tengo a Tyler en el escáner, pero hasta ahora, se están centrando en la escena del crimen y otras cosas.

—Bien. Asegúrate de que siga así. Ya sabes qué hacer.

Sofi y yo nos separamos en la puerta. Ella toma la puerta principal, mientras yo pruebo la cerradura de la parte trasera y la encuentro abierta. *Mujer idiota.*

Entro, escucho si hay movimiento y me quedo en las sombras de la oscura habitación de barro.

Suena el timbre. Oigo a alguien maldecir, luego se oyen pasos que crujen en el piso de arriba y hacia las escaleras. Esos crujidos y gemidos son aún más fuertes, soportando el peso desplomado de Brittany Cleary.

Una parte de mí se calienta de orgullo. Es muy obvio que Daphne no solo dio una buena pelea, sino que le dio una paliza a esta mujer. Brittany sigue apoyando su lado izquierdo, apoyando una mano en sus costillas, y gruñe de dolor cada vez que se apoya en un pie.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grita en la puerta cuando suena el timbre de nuevo.

Sofi le sonríe. No hay alegría en sus ojos. —Hola.

Brittany se da la vuelta y corre hacia la puerta trasera, pero yo ya he atravesado la cocina y me encuentro con ella en el arco, dejándola chocar contra mi pecho. Me susurra otra sarta de malas palabras, hasta que, de nuevo, ve quién es.

Cuando me reconoce, se le escapa hasta la última gota de sangre del rostro.

No tengo tiempo de decir lo que pienso. Su cabeza se echa hacia atrás, tirada con fuerza por el puño de Sofi en su cabello.

—¡Vamos, perra! ¡Toma lo que das!

Mi hermana suelta el cabello de nuestra cautiva solo para poder darle un revés en la cara. Del otro lado también, cuando Brittany intenta enderezarse.

—¡Levántate! —Sofi le da una patada en el costado cuando se desploma en el suelo—. ¡Levántate, joder!

Tengo la tentación de ponerle fin a esto. En realidad, necesitamos información de Brittany antes de terminar.

Pero entonces recuerdo cómo se veía Daphne envuelta en una manta en una camilla y apenas capaz de retorcerse de dolor mientras la llevaban a la ambulancia.

Así que me cruzo de brazos y me apoyo contra la pared para ver el espectáculo.

Brittany hace todo lo que puede, pero no es suficiente. Golpea a Sofi con las uñas rotas y grita de rabia, maullando impotente todo el tiempo.

En algún momento, Sofi se cansa y decide que es hora de dejar de jugar con su comida. Lanza otro revés fuerte que derriba a Brittany, luego la agarra por la parte de atrás de su blusa y la levanta lo suficiente como para golpearle el estómago con la rodilla.

Sofi se prepara para darle una paliza, con los puños cerrados y todo, cuando levanto una mano.

—Creo que está lista. Hablemos.

No es que no quiera saborear cada segundo de la paliza de Brittany. Simplemente necesito que sea capaz de formar palabras a través de una boca que funciona a medias antes de que se le cierre por completo.

Sofi saca las bridas que tenía guardadas en el bolsillo trasero y ata las manos de la mujer detrás de su espalda, luego los tobillos. Levanta a nuestra cautiva para sentarla en la mesa de café, dándole palmadas en la cara de un lado a otro para asegurarse de que se mantenga consciente.

—Oye —Sofi chasquea los dedos en la cara de Brittany—. Despierta. Y será mejor que hables, o calentaré esa plancha para todo *menos* tu cabello.

Dicho esto, Sofi desaparece para hurgar en la casa en busca de quién sabe qué. Le doy la vuelta a Brittany con mi pie sobre sus piernas atadas.

—Ahora es el momento perfecto para que me cuentes todo lo que sabes.

Brittany intenta parpadear, intenta fingir que es una víctima. Pero no es tan convincente cuando su ojo se está convirtiendo en una berenjena.

Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta y me apoyo en el respaldo del sofá. —No golpeo a las mujeres. Ni siquiera profesionalmente. Así que no voy a golpearte, ni torturarte, ni nada de eso. Solo voy a seguir preguntándote hasta que decidas hablar.

Si siente algún alivio por mi confesión, se va en el momento en que ve a Sofi bajar las escaleras y dirigirse al enchufe eléctrico más cercano.

Con la plancha para el cabello que mencionó anteriormente.

—Mi hermana, sin embargo… bueno, *es* una mujer. También está loca como el demonio y la cabreaste muchísimo al ponerle las manos encima a mi esposa. Realmente imprudente de tu parte.

Sofi se lame el dedo y toca la plancha. Chisporrotea y ella sonríe con malicia.

—Son cercanas, ya sabes. Prácticamente son hermanas —inclino la cabeza hacia un lado—. Supongo que eres hija única. De lo contrario, habrías sabido que no deberías meterte con la hermana de alguien.

Esto parece permear al menos un poco a través de la pared de Brittany. —Yo… yo no… yo no sé nada.

—¡Claro que sí! —la voz de Sofi es alegre. Es espeluznante cuando su expresión es exactamente la opuesta—. Empecemos con la pregunta fácil —le da una palmada a Brittany en la nuca—. ¿Cuál es tu jodido problema?

Miro a Sofi. —Eso es un poco vago.

—¿Eso crees? —arruga la nariz y se encoge de hombros—. Está bien. Seré más específica. ¿Cuál es tu jodido problema con Daphne?

Brittany sorbe a través de un hilo de sangre fresca que le sale por la nariz. —¿Te refieres a esa princesita malcriada? *Todo*.

—Sí, tienes razón —me comenta Sofi—. Demasiado vago.

La interrumpo para ir al grano. Sé que a mi hermana le encanta una buena sesión de tortura, pero tengo una esposa y una hija a las que volver. —¿Por qué estás trabajando con Stewart Hamish?

Una vez más, nuestra prisionera sorbe y me mira con los ojos hinchados. —Porque, que te jodan, por eso.

Sofi me mira. Asiento. Camina hacia la mesa auxiliar, toma la plancha caliente y comienza a llevársela a Brittany.

Ni siquiera está a mitad de camino cuando Brittany se derrumba.

—¡Está bien! —grita—. ¡Está bien! ¡Vale! ¡Hablaré!

Solo puedo poner los ojos en blanco con disgusto. Daphne nunca se rompería tan fácilmente, ¿y se supone que está bajo el pulgar de esta perra codiciosa?

—Si tengo que repetirme otra vez —advierto—, mi hermana aquí comenzará a encontrar cosas que planchar.

Como si fuera una señal, Sofi golpea la clavícula de Brittany con las planchas calientes, lo que hace que la mujer grite de sorpresa y dolor.

—¡Ups! Me resbalé.

—¡Maldita perra! —le espeta Brittany. Recalcula su estrategia cuando junta las planchas frente a su cara—. ¡No es lo que piensas! ¡Lo juro! ¡No tengo nada que ver con eso!

—Es discutible. Continúa.

—Es Scott Brennan, ¿vale? Ya lo conoces. Ese senador pervertido o lo que sea.

Frunzo el ceño. Ahora tiene toda mi atención. —¿Qué pasa con él?

—Es la cuenta bancaria de los Hamish. Un papi rico, lo que sea. También lo era ese estúpido agente del FBI Smithson, hasta que llegaste *tú* y lo arruinaste todo.

Sofi me mira. —Están desesperados.

Por una vez, Brittany está de acuerdo con ella. —Están increíblemente desesperados y no les importa a quién lastimen en el proceso, siempre y cuando obtengan lo que quieren.

—¿Lo cual es…?

Me mira fijamente. —*A ti*. Vivo o muerto, pero quieren que te vayas.

—¿Y Brennan está involucrado en esto porque…? ¿Cuál es su parte?

—Está siendo investigado. Se rumorea que mojó su pluma en la tinta equivocada, y ahora, los federales están trabajando con la Casa Blanca para exponerlo —escupe un poco de sangre en el suelo—. A él *y* sus putas. Ha estado robando fondos del gobierno para pagar sus… pasatiempos. Lo último que supe es que quería asegurarse de que, cuando él caiga, tú caigas con él.

Por toda la suciedad que tengo sobre él, supongo. Tiene cierto sentido. Lo odio, pero no puedo discutir con la lógica de un loco.

Sofi agita la plancha frente a la cara de Brittany. —Aún no explica qué tienes que ver *tú* con esto.

—Me necesitaban. Y a mi acceso. Y yo necesitaba darle una lección a su pequeña perra malcriada, así que intercambiamos —Brittany me mira de nuevo—. Debiste haber actualizado tus sistemas después de que nos fuimos.

—Un error que corregiré de inmediato —le prometo.

—Será mejor que te apures. Paris tiene un asunto pendiente contigo y es mi respaldo. Si algo me sucede, ella tiene todos los códigos y procedimientos secretos para darles a los Hamish todo lo que quieren. Tú, tu empresa, tu zorra esposa…

La interrumpe un grito agudo cuando Sofi sostiene el costado de la plancha contra su mandíbula.

Miro mi reloj. —Será mejor que acabemos con esto rápido. Necesito…

Un golpe en la puerta nos deja a todos en silencio y quietos.

Brittany parece esperanzada.

Sofi parece lista para abalanzarse sobre quien sea que esté a punto de ver algo que no debería.

Yo estoy listo para hablar con suavidad o dispararle a un policía si es necesario.

Me muevo hacia la puerta. Agarro la manija y la giro, tirando, mi otra mano colocada sobre la pistola escondida en mi funda trasera. Y luego…

Espera.

¿Melanie?

—Deberías amordazarla —mi cuñada entra con calma y cierra la puerta detrás de ella—. La perra hace demasiado ruido.

Frunzo el ceño. —¿Qué estás haciendo aquí?

Se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero. Luego comienza a arremangarse. Apenas me dedica una segunda mirada. —Tienen a Daphne estabilizada. Jamie y Mak están allí con los niños; solo están esperando que la niñera los recoja. Pensé que tenía algo de tiempo libre.

—Melanie, esto no es algo de lo que quieras ser parte.

—Ah, tienes razón —camina alrededor de los muebles volcados para agacharse frente a Brittany —. No me gusta la violencia. Pero, ¿sabes qué es lo que más odio?

El sonido de carne en contacto con carne hace que incluso yo me estremezca.

Si pensé que las bofetadas de Sofi eran brutales… *mierda*.

Melanie acaba de romper un récord. Y, potencialmente, una nariz.

—*Odio* a las perras egoístas como tú que ponen sus manos sobre *mi* hermana —termina.

Las cejas de Sofi tocan la línea del cabello. —¿Estás bien ahí, Mels?

—Oh, sí —asiente y se limpia la mano manchada de sangre en los jeans de Brittany—. Eso es solo un calentamiento.

No creo que eso sea a lo que mi hermana se refería. Hay un brillo salvaje, pero frío, en los ojos de Melanie que nunca había visto antes. En la Bratva, entre mis hombres, sería la señal de un asesino ideal.

Pero ¿esta ama de casa? ¿Esta esposa y madre de dos hijos con los pies en la tierra, que apenas maldice cuando se le quema la cazuela?

—Sé lo que estás pensando —Melanie se mete en la cocina a buscar un paño de cocina, lo saca y lo usa para amordazar la boca de Brittany—. Y, antes de que empieces a cuestionar mi cordura, recuerda quiénes son mis padres.

—Sea como sea —le apoyo una mano en el hombro para que se detenga antes de que haga algo de lo que se arrepienta—. Mírame, Melanie.

Lo hace. Por un instante, un destello de vulnerabilidad pasa por su expresión, por lo demás fría. Luego, desaparece de nuevo.

—No hay vuelta atrás. Puedo protegerte de la policía, de las investigaciones, de los Cleary si intentan ir a por ti. Pero no puedo protegerte de tus propias pesadillas.

Melanie lo tiene en cuenta. Puedo ver cómo giran las ruedas en su mente mientras sopesa los pros y los contras de llevar a Brittany hasta el amargo final.

—Gracias —dice suavemente—. De verdad. Significa mucho. Sin embargo… —se da la vuelta y se acerca donde puede arrodillarse frente a nuestra cautiva una vez más—. Tú —le gruñe—, has sido la pesadilla de mi hermana durante años. *Siempre* la protegeré. No importa lo que me cueste.

Tomo eso como mi señal para irme. Mak me envía un mensaje de texto para avisarme que Daphne debería despertarse en cualquier momento. Le consulto en silencio a Sofi, que me da un solo asentimiento para confirmar que tiene esto bajo control. Damien se quedará afuera, lo suficientemente lejos para evitar ser detectado, pero lo suficientemente cerca para ayudar a ocultar el cuerpo cuando terminen.

Me escabullo por la puerta trasera y me encuentro de acuerdo con Melanie sobre la mordaza.

Brittany Cleary hace demasiado ruido cuando grita.

DAPHNE

Cada golpe a la puerta me hace preguntarme si la policía está aquí para preguntar por la repentina desaparición de Brittany.

En realidad, no estoy preocupada. Pasha se ocupará de ello como lo hace con todo.

Revuelvo la crema en mi café, observando cómo los rizos blancos se derriten hasta convertirse en un marrón pálido. Mi mente no puede evitar preguntarse si así era como se veía su sangre cuando lavaban la ropa en sus lavadoras cuando terminaban.

Dios mío, Daph. Qué macabro.

Pero no puedo evitar el alivio que siento al saber que nunca volverá a aparecer en mi vida. Es mucho más fácil respirar a pesar de los dolores y los moretones cuando no tengo que preocuparme por la próxima emboscada.

—¿Dormiste bien?

Pasha me rodea con sus brazos por detrás, con cuidado de no apretar demasiado mientras me da un beso en el cabello.

—Mejor que ayer —me inclino hacia su abrazo con un suspiro de satisfacción—. Mis caderas finalmente dejaron de palpitar.

—¿Cuándo es tu próxima visita al quiropráctico?

—El jueves.

Él asiente y se sirve una taza de café. —Confirmé tu terapia de masajes para la próxima semana. Eileen vendrá con las piedras calientes.

—*Puedo* ir al spa, ¿sabes?

—No creo que estemos en ese punto todavía.

—¿Confiar en que salga sin que me pateen el trasero? —tomo un sorbo—. ¿O confiar en mí en general?

Pasha adereza su café mientras lo piensa. —Sabes que quiero enojarme porque fuiste al gimnasio a mis espaldas.

—¿Pero…?

No hemos hablado completamente de lo que pasó. Hemos hablado de Brittany, claro, y de lo que "compartió" con Pasha en términos de información sobre mis padres.

Pero ¿sobre mi andar a escondidas y mantener en secreto mi entrenamiento?

No tanto.

—Pero —concede con un suspiro—, me cuesta enojarme por eso. Especialmente porque me pregunto qué habría pasado contigo si *no* hubieras estado entrenando.

—No habría estado en el gimnasio.

—Es cierto. Pero ambos sabemos que esa mujer iba atrás tuyo. Te encontraría en otro lugar. Así que no, no me parece bien que me ocultes secretos. Pero me parece bastante bien que ese secreto te salve la vida —besa la parte superior de mi cabeza otra vez—. Tengo que ir a la oficina. ¿Necesitas algo?

Me doy vuelta en mi asiento en la barra del desayuno para poder tirar de él y darle un beso más largo y sincero. —Solo eso —digo cuando lo suelto—. Te amo.

Pasha me da una pequeña sonrisa, pero sé que lo dice en serio. —También te amo.



HAN PASADO dos semanas desde el ataque y no he salido de nuestro ático desde que me dieron de alta del hospital.

Vamos a tener que tomarnos unas vacaciones o algo, y pronto. Estoy empezando a volverme loca.

Alguien toca a la puerta principal. De nuevo, mi mente piensa en la posibilidad de que sean los policías que vienen a preguntar a uno de nosotros sobre nuestra conexión con la heredera desaparecida de los Cleary.

Para mi alivio, es Arlo.

Mejor aún: tiene helado.

—Le prometí a Asya que pasaría a ver cómo estabas —explica mientras lo recibo—. Pero, si soy sincero, solo estoy aquí para abrazar a la bebé.

Pongo los ojos en blanco y me río. —Al menos eres sincero. Ahora está durmiendo la siesta, pero eres bienvenido a relajarte y charlar. O simplemente relajarte.

—Acepto tu oferta —se deja caer en uno de los mullidos sillones de la sala de estar y me entrega el helado—. Asya dice que eres una… ¿cómo se dice?

—Adicta al chocolate —miro la etiqueta e inmediatamente quiero abrazar a este hombre—. Y ella estaría en lo cierto con esa afirmación.

Me escabullo a la cocina para guardar mi contrabando en el congelador y agarrar una cerveza para Arlo. Él acepta la botella con una sonrisa encantadora. —*Spasiba*.

—*Pustike*.

—Jerga. Impresionante —añade mientras brinda por mí.

—Sofiya me está enseñando "ruso callejero". Dice que es importante no sonar como un libro de texto.

Arlo se ríe y nos sentamos en un cómodo silencio por un rato. Es una de las cosas que he notado en este tío… tiene una calidez que hace que cualquiera sienta que puede ser abierto y honesto en su presencia.

Dicho esto, tengo la sospecha de que, como ocurre con la mayoría de las cosas en el mundo de Pasha, esconde un lado mucho más oscuro y peligroso.

—También quería ver cómo estás, de verdad —Arlo bebe un sorbo de cerveza y me sonríe—. ¿Cómo te sientes?

—¿Físicamente? ¿O emocionalmente?

Inclina la cabeza. —Emocionalmente. Parece que estás en bastante buena forma por lo demás.

Hay algo en la forma en que lo dice que me recuerda a Pasha. Lo ignoro y hago un gesto con la mano para descartarlo. —Estoy bien. De verdad. Mejor, en realidad, sabiendo que mi atacante no volverá.

—Debe haberse sentido bien poder defenderte tú misma también.

—Sí. Solo que… —intento no burlarme de mí misma, pero aun así sale—. No estoy segura de si se supone que deba sentirme orgullosa de haberle pateado el trasero. O a cualquiera, en realidad.

—Tienes derecho a estar orgullosa de ello. Tu primera pelea, tu primera *victoria*, siempre es algo de lo que estar orgulloso. Especialmente, cuando perder hubiera significado morir.

Lo observo durante un largo momento en silencio. Algo dentro de mí tira de la cuerda que ha dejado colgando: una pelea de la que está hablando que no tiene nada que ver con puñetazos ni patadas.

—¿Así te sentiste cuando perdiste a Asya?

Me estremezco tan pronto como lo digo. Realmente debo aprender a cerrar la boca.

Para mi sorpresa, Arlo no parece inmutarse. Simplemente toma otro trago y asiente. —Todos los días de mi vida. Nada duele más que vivir cuando tu alma gemela es arrancada de tus brazos.

Yo… no sé qué decir a eso.

—Sé que puede parecer autoritario —continúa Arlo—, pero tendrás que perdonar a Pasha al saber que es así porque te ama. Y perderte no solo lo desharía… lo destruiría.

—Tú saliste adelante sin problemas —no sé de qué otra manera preguntar sobre su esposa y sus hijos en Rusia.

Arlo capta mi idea y, una vez más, no parece ofendido por mi intromisión en su vida personal. —Me las arreglé. Me ocupé de viajar hasta que no tuve más opción que casarme. Terminó siendo una amiga muy querida, y alguien a quien necesitaba en ese momento para superar los días más oscuros.

—¿Ella sabía…?

—Ella sabía. Yo no… ¿cómo se dice…? No me contuve. En nuestros primeros días. Estaba amargado y la culpé por hacer que me fuera imposible recuperar a mi Asya. Me aseguré de que supiera que era la segunda opción.

—Suena como algo que Pasha haría.

—Lo admito, los hombres como nosotros no siempre tenemos nuestras mejores cualidades a la vista.

Créeme que lo sé. —Pero ahora pareces feliz. ¿Las cosas están mejor? ¿Ahora que estás de vuelta con Asya?

Arlo mira fijamente a la distancia durante un largo momento, aparentemente sumido en sus pensamientos. Finalmente, deja su botella en la mesa auxiliar y me mira. —Estoy vivo de nuevo. Puedo respirar de nuevo. Traté muy bien a mi primera esposa, una vez que me recuperé de mi error, para que quede constancia y no pienses que soy un monstruo sin corazón. Así que sí extraño su compañía. Aunque sea para hablar como solíamos hacerlo. Pero ¿ahora?

Respira entre risas. Esa sonrisa… la conozco muy bien.

Es la de Pasha.

—Es como si me hubiera acostumbrado a nadar, pero ahora, finalmente he llegado a la superficie. Asya es mi todo. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Espera —levanto un dedo por si acaso—. Dijiste tu *primera* esposa. ¿Estás…?

—No voy a dejar que esa mujer se me escape de las manos nunca más —me guiña el ojo—. Eso debería ser suficiente respuesta, ¿*da*?

La verdad sea dicha, este hombre plantea más preguntas de las que responde. Y, al igual que mi exasperante esposo, sé que se guarda las cosas para sí mismo como un medio para mantener el control sobre su mundo.

Me río entre dientes al pensar en Arlo haciendo la mitad de las cosas que Pasha ha hecho conmigo. —Honestamente, me sorprende que no la hayas llevado en avión a una capilla de Elvis en Las Vegas a estas alturas.

—Ah, ves, ahí está la diferencia entre tú y ella. Tú sabes cómo luchar por ti misma *ahora*.

—Ella da una buena pelea, ¿eh?

Su sonrisa se hace más amplia. —No lo cambiaría por nada. Y sé a ciencia cierta que tu esposo tampoco lo cambiaría. Puede que no lo diga en voz alta, pero está inmensamente orgulloso de ti.

—Tienes razón: no lo dice en voz alta —sonrío para que sepa que solo estoy bromeando. He

llegado a aceptar que Pasha no es de los que expresan sus emociones a través de la poesía, o soliloquios, o palomas mensajeras, o… jamás, en realidad.

—También deberías estar orgullosa de ti misma —dice Arlo—. No conozco tu historia, pero puedo ver que eres una fuerza de la naturaleza. Eso es necesario en una mujer que quiere estar con un hombre como él. Hombres como nosotros.

DAPHNE

Llevo conmigo la conversación con Arlo durante el resto del día. Nunca antes me había visto como una “fuerza de la naturaleza”. Más bien como los árboles que son aplastados por dicha fuerza.

Pero tal vez tenga razón. Después de todo lo que no solo he soportado, sino que también he luchado *y* logrado en poco más de un año…

¿Qué otra cosa podría ser, si no una mujer a tener en cuenta?

—Creo que estoy lista para volver a trabajar —termino de frotarme la crema hidratante en el cuello y miro el reflejo de Pasha en el espejo del baño.

Efectivamente, hace una pausa en medio de la búsqueda en el cesto de la ropa. —Es demasiado pronto.

—Han pasado algunas semanas. Estoy completamente curada.

—No es seguro para ti.

—¿Cuándo será seguro para mí? —enrosco la tapa de nuevo en el recipiente y lo coloco dentro del armario. No mirarlo de frente me ayuda a calmar los nervios.

—¿Qué diablos se supone que significa *eso*?

Vale, puede que no haya sonado exactamente como quería. —Siempre va a haber algo y tú lo sabes. Conrad se ha ido, así que luego fue Brittany. Brittany se ha ido, así que ahora serán mis padres… y *sabes* que vendrán en cualquier momento —agrego cuando vuelve a abrir la boca.

—Más razón aún para que te quedes en casa.

—No —me doy la vuelta y me apoyo en la encimera, colocando mis manos sobre su cintura mientras él se acerca a mí, enorme y sin camisa—. Más razón aún para que demostremos nuestra fuerza —paso mis dedos por sus abdominales. Siento cómo se mueven mientras respira. Mientras se inclina más cerca de mí, sobre mí, apoyando sus manos contra la encimera a ambos lados de mí—. Tenemos que demostrarles a todos que no les tenemos miedo.

Su ceja se levanta. —¿Y permitirte volver a trabajar hará eso?

—No “permitiéndome”. Motivándome. *Apoyándome* —dejo que mis dedos vagaran hasta la

cinturilla de sus pantalones deportivos—. Como un buen esposo.

—Ajá. Un buen esposo mantiene a su esposa a salvo.

—Y una buena esposa no teme a nada, porque confía en que su esposo la protegerá sin importar dónde esté.

Sé que quiere discutir, pero se queda sin aliento cuando mi mano se hunde en sus pantalones y envuelve su miembro endurecido.

Gime. Esa es toda la motivación que necesitaba.

Mientras beso su pecho, sus manos se mueven desde la encimera hasta mis caderas. Lentamente, baja mis pantalones deportivos por mis muslos.

Los sigo hasta el suelo.

—Joder, Daphne… —aprieta sus manos en mi cabello cuando mis labios envuelven su polla.

Tomo eso como una invitación a más. Así que le doy más, tomando más, chupando más fuerte y más profundo con cada sutil embestida de sus caderas.

Pronto, esas embestidas no son tan sutiles. Abro los ojos de golpe para mirarlo. Eso debe hacerle algo, porque apoya una mano contra la pared mientras sus caderas embisten un poco más fuerte. Al principio, la oleada me hace sentir náuseas, pero gimo de nuevo para abrir la garganta para él.

Y luego yo…

Pasha se aparta de mí de repente con un fuerte sorbo.

No sé qué hice mal. Yo lo estaba disfrutando; él parecía disfrutarlo. —Qué…

La mano en mi cabello me tira hacia arriba, y es singularmente una de las cosas más calientes que me ha hecho hasta ahora. No me duele, solo un tirón firme en el cuero cabelludo que me hace obedecer su orden silenciosa de ponerme de pie… seguida de un beso profundo, apasionado y hambriento.

Boom. Estoy goteando por él.

No dice ni una palabra. Solo me besa, enreda su lengua con la mía. Toca, aprieta y amasa mi cuerpo. Es suave en cada movimiento, pero puedo sentir su necesidad en cada toque.

No recuerdo que me quitara la camisa de dormir. Tampoco recuerdo perder mis bragas.

Pero cuando me levanta por la cintura y me pone sobre la encimera, el granito frío contra mi piel desnuda demuestra que esas cosas quedaron olvidadas hace mucho.

Sus manos se deslizan hacia mis muslos. No necesita decir nada para que yo sepa lo que ambos queremos. Y cuando mis piernas envuelven su cintura, el suave y sólido impulso de su polla dentro de mí se siente como una culminación que ambos anhelamos.

Pasha me toma lenta y suavemente. Nada apresurado, nada brusco.

Sin embargo, se supone que soy yo quien debe seducir, así que reúno mi ingenio… o lo que me

queda de ello… para redoblar mis esfuerzos. Para atraerlo más profundamente con mis piernas, ondular y apretarme a su alrededor.

Para adorar su cuerpo de la misma manera que él adora el mío. Saboreando, tocando, sintiendo cada centímetro que mis labios y mi lengua pueden alcanzar.

—Quiero montarte —jadeo en su oído.

—Joder —es su única respuesta entrecortada antes de que me levante en brazos, me lleve al dormitorio y ambos nos desparramemos sobre el colchón.

No le doy tiempo a que se adapte o nos movamos. Lo deseo, lo *necesito* y no voy a parar hasta que me suplique por la liberación.

Soy su esposa.

Soy una fuerza de la naturaleza.

Necesito que se dé cuenta por sí mismo de que los dos son uno y lo mismo.

Los dedos de Pasha se clavan en mis caderas mientras muevo su miembro hacia arriba y hacia abajo. Cuando me inclino para besarlo, para frotar su pecho con mis senos, él entrelaza sus manos detrás de mi espalda para mantenerme cerca.

—Mi esposa —susurra—. Mi hermosa esposa.

—Tuya —suspiro y gimo cuando embiste más profundamente, tocando ese punto dentro de mí que solo él ha sido capaz de alcanzar—. Solo tuya. Siempre tuya.

Nos quedamos así durante lo que parecen horas, abrazados mientras lo monto y él me da exactamente lo que necesito. Cuando llegamos a ese borde delirante, lo hacemos juntos. Labios y lenguas enredadas mientras nos alimentamos mutuamente con nuestros gritos de liberación.

Me derrumbo sobre su pecho y ambos salimos de las olas con respiraciones cada vez más lentas y suaves.

—Vale —suspira Pasha después de un rato. Besa mi sien—. Pero solo a tiempo parcial. Y, si hay incluso un indicio de peligro, sales de ahí.

—¿Necesito darte mi culo a tiempo completo?

Entrecierra los ojos y da una palmada en mi nalga. —Buen intento, *moya plamya*. Pero, cuando tome este delicioso culo, será porque me lo estás rogando. Sin ataduras.

Toco su rostro con una mano. —Nunca hay ataduras cuando estoy contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —me besa de nuevo. Tranquilizándome. Con amor—. Pero siéntete libre de negociar con tus… activos. Nunca rechazaré un trato.

PASHA

—¿Qué sucede? —pregunta Daphne.

—Nada —muevo una carpeta encima de los papeles que Mak y yo estábamos mirando.

Sofi, sin embargo, no tiene vergüenza. —Paris va a ser un problema si no la eliminamos antes —explica—. Antes de que tus padres vuelvan a aparecer.

Mak y yo miramos con enojo a nuestra hermana, que simplemente se encoge de hombros. —¿Qué? Es tu esposa. Necesita saberlo. Y, además, Daph es mi mejor amiga ahora. Siempre le voy a contar cuando se trate de perras que odie.

Daphne se sonroja. —¡No *odio* a nadie!

Sofi arquea una ceja. —¿Estás segura? Estamos hablando de Paris. La ex amiga sexual de Pasha.

—Está bien. Vale. Tal vez la odio —se inclina hacia mí y entrecierra los ojos ante el desorden de papeles en mi escritorio—. Entonces, cuéntame. ¿Dónde vamos a esconder el cuerpo?

—No hay un "vamos" en esto —le advierto—. Si crees que yo…

—Yo creo que voy a ir —gruñe mi mujer, con una ferocidad repentina que me hace reflexionar —. Creo que ni siquiera tengo que *preguntarte* algo así, de hecho. Porque creo que sabes que pertenezco ahí. Y creo que no te atreverías a decirme lo contrario. Creo que todos nos vamos a subir al auto ahora mismo, creo que vamos a hacer un pequeño viaje para visitar a esta "vieja amiga" tuya, y creo que no vas a decir ni una palabra más sobre lo seguro que es para mí quedarme en casa y no hacer nada. Eso es lo que *yo* creo. ¿Estoy más o menos en lo cierto?

Parpadeo.

Sofi parpadea.

Mak parpadea.

Luego, con una mueca, apoyo la frente sobre la mesa. Mak, como siempre, está feliz de proporcionar el comentario de color. —¿Sabes una cosa, Pasha? Ella me gusta.



QUINCE MINUTOS DESPUÉS, cruzamos la puerta rota de Paris y entramos en su casa.

Sin embargo, en cuanto veo el interior, cambio mi descripción.

No es una casa en lo que acabamos de entrar. Es un maldito templo.

Para *mí*.

Estas paredes están cubiertas de fotografías de paparazzi, artículos de periódico, fotos espontáneas que nunca aprobé, de las que no supe. Es mi cara la que brilla en cada superficie plana. Y siguen apareciendo. No es solo la oficina, son los pasillos y las escaleras…

Y en la mitad de ellas o más, la cara de Paris está pegada o retocada con Photoshop junto a la mía. Yo con citas anónimas que apenas recuerdo… bailarinas, estrellas de cine, ese tipo de cosas, el tipo de mujeres con las que solía perder el tiempo… y en todas y cada una de ellas, Paris se ha pegado en la imagen.

Me estremezco. El nivel de esfuerzo, la cantidad de tiempo que debe haber llevado…

—Ustedes dos… —Mak sacude la cabeza y murmura en voz baja mientras observa la imagen de mi cara pegada en todas partes—. Sí que saben cómo atraer a los locos.

Daphne, a pesar de todo su fuego en mi oficina, se queda cerca de mí mientras avanzamos sigilosamente por el vestíbulo. Sus ojos están muy abiertos y horrorizados. —Mierda. Pasha…

—Lo sé —aprieto su mano en la mía un poco más fuerte—. Te juro que no tenía idea.

Ewing fue muy abierto sobre su creciente inestabilidad. Fue fácil verlo pasar de vengativo a desesperado. Del rechazo a la obsesión.

¿Pero Paris? Puede que lo haya tomado mal cuando seguí adelante, pero no podía culparla por ello. Después de todo, crucé algunas líneas profesionales.

Esto es otra cosa por completo.

—Joder, Pash. ¿Ves esto? —Sofi sostiene una fotografía enmarcada de mi rostro superpuesto al cuerpo de otro hombre con esmoquin. En sus brazos hay una mujer con un vestido de novia, el rostro de Paris editado sobre el de la modelo.

Daphne frunce el ceño. —Déjame ver eso.

Cuando Sofi se lo entrega, lo mira más de cerca. —Interesante.

Luego, lo estrella contra la barandilla de la escalera.

Pero no se detiene ahí. Una por una, Daphne arranca fotos mías con Paris de las paredes. Las destroza, las pisotea y las lanza en todas direcciones.

—¿Estás bien? —le pregunto a mi esposa, que claramente no está bien.

—¡Sí! —rompe otro lote de periódicos en pedacitos y los tira—. ¡Solo estoy redecorando!

—Sabes que esto no es importante, ¿verdad?

Daphne hace una pausa y me mira, con el cabello despeinado, los mechones sueltos pegados a su

frente por el sudor fresco. —Dime qué harías si la casa de Conrad estuviera cubierta con mi cara en el cuerpo de una modelo en bikini.

Suspiro y asiento. —Quemaría el lugar hasta los cimientos. Adelante.

Hace exactamente eso, alejándose de mí para destruir el papel tapiz casero de Paris.

Cuando miro a mis hermanos, los veo contando un fajo de billetes que Mak le entrega a Sofi. —¿Qué? —pregunta cuando la fulmino con la mirada—. Te dije desde el principio que esta perra estaba loca. Te dije que no la contrataras, que no te la follaras… pero ¿me escuchaste? No. Así que sí, hice una apuesta sobre cuánto tiempo pasaría antes de que se volviera loca.

—Yo solo veo lo bueno en las personas —dice Mak con un suspiro triste—. Es mi trágico defecto.

—Estamos aquí para hacer un trabajo —digo. El recordatorio es más para ellos que para Daphne, pero ella se une a mi lado cuando ve que nos estamos mudando más adentro de la casa. Sonríe levemente, me doy cuenta. Es extraño lo atractivos que me parecen sus celos.

No nos lleva mucho tiempo encontrar a la reina loca de este manicomio.

Paris está desparramada en su sofá, con una pierna sobre el respaldo y la otra colgando en el suelo, un gran par de auriculares apretados alrededor de sus orejas. Su camisa de dormir está arremangada por encima de su cintura, levantada hacia un lado para exponer un seno que aprieta y masajea con una mano.

La otra está enterrada entre sus piernas…

Mientras ve una conferencia de prensa que di a principios del año pasado en su laptop.

Dios mío. Paris se ha vuelto loca. Hay que estar enfermo para excitarse al verme hablando del desempeño financiero del cuarto trimestre de Chekhov Internacional.

Daphne gruñe y se lanza hacia Paris. Intento sujetarla, pero se me escapa de las manos. Llega al sofá, mete el brazo por el borde y agarra a Paris por un puñado de cabello. —¡Ya basta!

Paris grita de sorpresa y dolor, arañándose la cabeza mientras Daphne la tira al suelo. Sofi, siempre instigadora, se acerca para ayudar. Le da una bofetada en la cara a Paris antes de que pueda terminar de gritar.

Esto debería ser sencillo. Paris, por loca que esté, es una civil.

Pero, cuando sus ojos aturdidos se posan en mí, me doy cuenta de que esto no será nada sencillo.

La locura es aún más profunda de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado.

Cuando me ve, es como si todos los demás en la habitación desaparecieran ante ella. La tensión se derrite de su cuerpo, suspira aliviada y me alcanza. —¡Pasha! ¡Bebé, estás aquí!

Mak murmura—: Mierda, hombre. Está demente.

Retrocedo y la mano de Paris cae en el aire. Sin embargo, sigue sonriendo, incluso cuando la huella de la mano de Sofi se enrojece en su rostro.

—Sé por qué estás aquí —se ríe y se pellizca los pezones a través de su camisa. Parece que no la ha lavado en una semana—. Sé lo que quieres, bebé. Soy toda tuya.

Alzo una mano para detenerla. —Solo necesito algunas respuestas, Paris. Eso es todo.

—Ah, ¿como un examen oral? —se lame los labios, mordiéndose el inferior mientras su mirada se fija en mi entrepierna—. Amo el oral…

—Quédate donde estás. ¿Cómo es que…?

Daphne se pone de pie frente a Paris y cruza los brazos sobre el pecho. —¿Cómo es que conoces a mis padres?

—¡No los conozco! ¡Ni siquiera sé quién eres!

—Es curioso, porque tú eres quien ayudó a Brittany a casi matarme.

—¿Pasha? —Paris gime y me alcanza—. ¡Bebé, por favor, ayúdame!

Estudio la forma en que sus ojos recorren la habitación antes de fijarse en mí de nuevo. La forma en que claramente no se está cuidando a sí misma, pero se arroja a mis pies, metafóricamente, de todos modos.

He visto esto antes. Hace muchos, muchos años. Esos fueron algunos de los momentos más oscuros de mi vida.

Y de la de mi madre.

—Paris, escúchame —suavizo mi voz, agachándome, aunque no lo suficientemente cerca como para que me toque—. Necesito que respondas la pregunta.

Daphne me mira como si hubiera perdido la cabeza. Intento hacerle saber que tengo esto bajo control; necesita confiar en mí.

—Necesito que me ayudes a encontrar a los Hamish —continúo en un suave canturreo—. Recuerdas a Stewart Hamish, ¿verdad? ¿Y a su esposa, Ophelia?

Su rostro se arruga y se agría. Empieza a sacudir la cabeza. Primero con pequeños movimientos, luego cada vez más, hasta que empiezo a preguntarme si su cuello puede soportar los movimientos de lado a lado. —¡No! ¡No, no, no! ¡Lo prometieron! ¡Lo prometieron y *mintieron*!

—¿Qué prometieron, Paris?

Señala a Daphne con una uña mordida hasta la carne viva y sisea. —Dijeron que se la llevarían *a ella*. Para que pudiéramos estar juntos, bebé. Solo tú y yo —le enseña los dientes a Daphne—. ¡*No* debes estar aquí!

—¿Qué hay de mi bebé? —necesito todo mi autocontrol para mantener mi voz tranquila y uniforme—. ¿Qué ibas a hacer con mi hija?

—Solo… solo dársela. Quieren a su hija y a su hija y a la hija de todos y sé, *sé* que dije que nunca tendría ninguno, pero, si eso es lo que quieres… ¡Si eso es lo que quieres, Pasha, puedo dártelo! Puedo sacarme el DIU y…

—No te preocupes por eso, Paris. Ya encontraremos una solución.

Daphne empieza a decir—: Pasha…

Pero, cuando levanto mi mano, se queda callada. —Oye, Paris —me acerco otro poco para poder suavizar mi voz aún más—. Estoy muy orgulloso de ti. Gracias por decirme la verdad.

—¿En serio? —Paris me sonríe radiante, las lágrimas brotan de sus ojos. Es casi desgarrador.

—En serio. Ahora, necesito que me ayudes un poco más, ¿vale? Y luego voy a cuidarte muy bien.

Ronronea y se sonroja, pasa sus dedos por su cabello enmarañado y enredado. —Vale.

—Sé que solo has conocido a los Hamish brevemente. Nunca los dejé venir a mi oficina directamente. ¿Recuerdas eso?

—Ajá.

—Entonces, dime, ¿cómo se pusieron en contacto contigo? ¿Cómo te encontraron y hablaron contigo?

Se ríe como si estuviera siendo ridículo. —¡Brennan, tonto! ¿Recuerdas? Estuviste detrás de él por ese contrato durante un buen tiempo. Él siempre tenía mi número, por si finalmente se decidía a reunirse contigo.

Me obligo a abrir los puños. *Maldito Brennan*. —¿Te llamó?

—Ajá —se muerde la punta de un dedo—. Bueno, llamó para encontrarme aquí. Y hablamos y me ayudó a ponerme en contacto con Stewart para que pudiéramos resolver todo. Y luego… Espera.

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa, Paris?

—Nada. Es solo que… No estoy segura de si debería decírtelo. Te enojarás.

Fuerzo una sonrisa. —No me enojaré. Solo dímelo.

—Bueno, nada es gratis, ¿verdad? Brennan me ayudó, así que yo lo ayudé. Tenía que hacerlo, él dijo. Gracias a Dios no duró más de unos minutos.

Una miríada de emociones me recorre. Furia, seguida de algo cercano a la compasión. Ese puto bastardo enfermo. Ese maldito monstruo absoluto.

Me levanto mientras se me revuelve el estómago. —Gracias, Paris. Fuiste muy buena. Me aseguraré de que estés muy bien cuidada.

Mi esposa y mis hermanos se quedan en un silencio atónito mientras nos retiramos, dejando a Paris de rodillas en medio del suelo. Está cantando suavemente para sí misma en voz baja. Escucho mi nombre en la letra más a menudo de lo que me gustaría.

Se me eriza la piel.

—Mak —ordeno por el lado de mi boca—, usa uno de tus teléfonos desechables y llama.

Asegúrate de que le den la mejor habitación, con la mejor atención. Un lugar que nos permita controlarla.

Ya está marcando el teléfono antes de que termine. —Hecho.

Sofi suspira exasperada y se pasa las manos por la cara. —Odio esto. Odio esto, joder, Pash. Esto es demasiado fácil.

—Estoy de acuerdo —Daphne hace una mueca como si se estuviera tragando su propia bilis. No hay nada más que asco en sus ojos cuando mira a Paris—. No debería salirse tan fácilmente con la suya.

—Oh, estoy de acuerdo. Y sé que no lo hará, por eso estamos haciendo esto en su lugar —me acerco a la mesa del comedor y recojo una pila de correo—. A juzgar por lo que parece, Papi le cortó el servicio. La compañía eléctrica está a punto de hacer lo mismo.

—Y la compañía telefónica —suelta Paris de repente. Su rostro se ilumina y parpadea hacia mí —. Pero vas a arreglar esto, ¿verdad? ¿Lo vas a mejorar todo? Te lo devolveré…

Dudo en responder. El comportamiento de Paris me repugna… no se puede negar.

Pero también lo hace mi contribución a su estado mental, destrozado como está. El abuso de Brennan puede haber sido la gota que colmó el vaso, pero yo martillé una buena cantidad de clavos en su ataúd mucho antes de que llegáramos aquí.

Una vez fui un monstruo. No mejor que Brennan.

Pero ya no soy ese hombre.

Nunca volveré a ser ese hombre.

DAPHNE

No lo hagas.

No mires.

Dejo escapar un suspiro. Puedo superar esto sin ceder a la tentación. Sé que puedo.

Entonces, mi teléfono vibra de nuevo.

Por octava vez.

Lo arranco de mi escritorio y lo arrojo al cajón superior, manteniéndolo boca abajo todo el tiempo. Me niego a ver lo que dice la pantalla, por si me da una necesidad irresistible de desbloquearlo y leer cualquier mierda que haya en mi bandeja de entrada.

Bzzt.

Bzzt.

Bzzt.

El escritorio vibra bajo mis brazos.

Hijo de puta…

Abro de golpe el cajón, agarro mi teléfono y me pregunto momentáneamente si a Pasha le importaría que lo arroje por la ventana para poder conseguir uno nuevo.

Veo que la bandeja de entrada parpadea con la vista previa de otro mensaje. Es todo lo que necesito ver.

—Oye, ¿Aubrey? —me inclino hacia el sistema de intercomunicación que instalamos para conectar nuestras oficinas.

—¡Buenos días, cariño! ¿Qué pasa?

—Necesito salir un rato. Debería estar de vuelta a la hora del almuerzo.

—¡No hay problema! ¿Todo bien?

Dudo en responder. No me gusta mentir. Pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de que todo *estará* bien.

Una vez que resuelva esto.

—Todo está bien, gracias. Acabo de darme cuenta de que necesito hacer algunos recados —pensándolo mejor, y solo para disipar cualquier sospecha, agrego—: ¿Necesitas algo mientras estoy fuera?

—Bueno, si vas a regresar para la hora del almuerzo…

Eso me hace sonreír de verdad. —Les enviaré un mensaje de texto a ti y a Hazel para que hagan sus pedidos. Yo invito.



ESTO DEBE SER lo que quieren decir con "momento de círculo completo": la profunda comprensión de lo lejos que he llegado desde la última vez que estuve aquí.

La última vez, usé cualquier monstruoso vestido de verano con flores que mi supuesta madre consideró "apropiado", solo para que se sentara allí e intentara obligarme a un matrimonio sin amor.

Hoy, llevo el vestido ajustado color ciruela que Sofiya me compró como mi "primer regalo de patear traseros", junto con tacones que podrían apuñalar a cualquiera que se interponga en mi camino.

Estoy casada con el hombre que amo, que me ama con la misma fiereza y pasión.

Y no escucharé ni una palabra de crítica.

De hecho, soy yo quien va a hablar.

—¡Srta. Covington! —el maître se queda mirando dos veces cuando paso a grandes zancadas por las puertas de doble cristal y me acerco a su podio dorado—. ¡Qué bueno volver a verla! ¿Tiene una reserva?

—Lo sé, ha pasado mucho tiempo —le ofrezco una cálida sonrisa—. Pero ahora estoy casada. Ya no soy Covington.

—Ay, ¡qué maravilloso! ¡Mis más grandes felicitaciones! ¿Tu reserva está anotada como…?

—Chekhov —me muerdo la sonrisa cómplice cuando veo que sus ojos se agrandan un poco más y da un paso atrás—. Pero no, en realidad no estoy aquí para quedarme. Solo necesito entregarles algo a mis padres y luego me iré.

Traga visiblemente y mira su tableta. Claramente quiere negarme la entrada, pero mi nuevo nombre tiene más poder que cualquiera de mis anteriores.

—Por supuesto. Están sentados junto a la fuente. Puedo hacer que alguien la acompañe hasta…

—No, gracias. Los veo.

¿Cómo no verlos? Stewart tiene el ceño tan fruncido que prácticamente se forma una nube de

tormenta sobre su cabeza. Y Ophelia, arreglada como siempre, lleva uno de sus llamativos sombreros de té y un traje de vestir rosa coral dolorosamente brillante.

Me acerco a ellos, con la cabeza en alto y cada paso más seguro que el anterior.

Tú puedes.

Eres una reina.

Eres su *reina.*

—¡Daphne!

Ambos saltan de sus asientos. Stewart se pone de pie y saca la silla a su lado. —¡Estás aquí! ¡Dios mío! ¡Por favor, siéntate!

—Stewart, Ophelia. Qué lindo volver a verlos —les sonrío de la misma manera que cualquier dama de la alta sociedad en esta colmena de gilipollas pretenciosos—. No, gracias. No me quedaré.

Ophelia hace pucheros. —¡Pero si acabas de llegar! Y tenemos tanto de qué hablar…

—En realidad, por eso estoy aquí.

Arranca la curita y acaba con esto.

La cara de Stewart se enrojece. —Daphne, cariño… estás armando un escándalo.

—Bien. Eso hará las cosas más fáciles.

Ophelia me alcanza, presumiblemente para tirarme hacia la silla junto a ella, pero la esquivo y me aclaro la garganta.

Aquí vamos…

—Damas, caballeros —levanto la voz lo suficientemente fuerte para que se me escuche por encima del suave estruendo y espero a que el silencio gradual se instale en todo el comedor—. Seré rápida. Todos me conocen… bueno —me río—, conocen a mis padres, Stewart y Ophelia Hamish.

Unas cuantas caras sonrientes asienten. Otras solo observan y esperan a que termine.

—Mis *antiguos* padres, debo aclarar. A partir de hoy, los desheredo oficialmente y corto todos los lazos, tanto familiares como legales.

—¡Daphne!

—¡Siéntate! ¡Esto es ridículo!

—Lo que es ridículo —continúo por encima de sus protestas— es lo desesperados que están por hacerles creer que son personas buenas y decentes, dignas de su estima. No lo son. De hecho, *son* secuestradores.

Algunos jadeos. La boca de Ophelia se cierra de golpe.

Stewart vuelve a sentarse. Sus ojos se mueven a todas partes menos a mí.

—Muchos de ustedes ya habrán oído hablar de mi reciente boda, así como de mi esposo y yo dándole la bienvenida al mundo a nuestra hija. Bueno, estas dos personas pensaron que sería una gran idea meter a mi bebé recién nacida en un bolso de lona e intentar sacarla del hospital a escondidas para usarla como chantaje para poner fin a mi matrimonio.

Más jadeos. Horror en los rostros de todas las personas aquí presentes. Mis padres se hunden más en sus asientos.

—Sé que es fácil para cualquiera inventar cualquier cosa solo para conseguir lo que quiere. Eres una experta en eso, ¿no, *Mamá*? —le sonrío—. Por eso conseguí ayuda para publicar los informes policiales y sus fotos policiales en las redes sociales para que los revisaran. Ah, y el informe de arresto ahora público del agente del FBI al que pagaron para que los ayudara a acusar falsamente a mi esposo y sacarlos de la cárcel cuando quisieran.

El club de comedor estaba callado antes; ahora está en un silencio sepulcral. Todos los ojos están puestos en los Hamish.

—Entonces, para resumir… —cuento los crímenes de mis padres con los dedos—. Renegaron de mi hermana, que solo hizo lo que hizo para que no le buscaran a *ella* a un matrimonio sin amor. Me obligaron a cambiar mi nombre para que los "sacara de la ruina" y luego intentaron obligarme a casarme con un hombre que no solo me engañó, sino que también intentó violarme. Repetidamente. Ayudaron a su amante a atacarme en un callejón, lo que me llevó al hospital. Han abusado de las conexiones sociales para perseguirme, aterrorizar a mi familia y, en general, son personas despreciables.

Redirecciono mi atención hacia Stewart y Ophelia. —Ha sido divertido, ustedes dos. Pero se acabó.

Podría seguir, pero creo que ya he dejado en claro mi punto.

Hemos terminado aquí.

Stewart, sin embargo, no quiere dejar que las cosas terminen. Se levanta de un salto y me agarra del brazo. —¡Quédate donde estás, señorita! No puedes entrar aquí y…

Veo a Lev saltar hacia adelante desde su puesto de vigilancia cerca de la puerta. Sacudo la cabeza para que sepa que tengo esto bajo control.

—Estás en bancarrota.

Stewart se congela. —¿Qué?

Levanto firmemente mi brazo de su agarre. —Estás en bancarrota. Tú y tu esposa. En bancarrota total.

—Imposible —se burla y rechaza la acusación. Ambos sabemos que es una muerte social para ellos, si es verdad. Lo es. —No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah? ¿En serio? Entonces, cuando llegue la cuenta de esta comida… —señalo su elegante surtido de caviar y ostras, con sus conchas ya medio comidas—. ¿Eres tú quien paga por ello?

¿Y no uno de tus amigos senadores o antiguos socios comerciales a los que has estado chantajeando para que te apoyen económicamente?

Ophelia finalmente encuentra su voz y tira de mi vestido mientras sisea—: ¡Ya es suficiente! ¡No permitiré que nos humilles más!

—Están haciendo un trabajo perfectamente bueno solos —le aparto la mano de un golpe—. Ahora, si me disculpan, tengo que ir a algún lado. Y ustedes, los dos, nunca volverán a poner un pie cerca de mí o de mi familia nunca jamás. ¿Lo he dejado perfectamente claro?

—Pequeña…

—¡Ay, cállate la maldita boca, Ophelia!

Se da vuelta en estado de shock al oír la nueva voz detrás de ella, una mujer de su edad que parece más que irritada. —¡Stacey! Por favor, no puedes creer…

—No puedo creer que tengan las agallas de aparecer aquí. Ninguno de los dos —Stacey sorbe y pone los ojos en blanco, lo que da inicio a una serie de más sorbos y alejamientos de los Hamish en todo el club.

Uno por uno, cada uno de sus antiguos “amigos” les da la espalda a mis padres.

Mi trabajo aquí está completo.

Me alejo de su mesa, con la cabeza en alto y el peso de años de abusos y humillaciones finalmente aliviado.

Cada paso se siente más ligero. Cada bocanada de aire se siente más limpia.

—¿Luc? —se me ocurrió una idea justo cuando estaba lista para irme. Me vuelvo hacia el anfitrión—. Por favor, ponga sus comidas de hoy en mi cuenta. Pero creo que, por el bien de todos, su membresía aquí debería ser revocada. No pagaré ninguna de sus futuras visitas, y no pueden costear la comida aquí.

Luc asiente y levanta la pantalla de su tableta. —Absolutamente, Sra. Chekhov. Ya avisé al gerente.

—Gracias.

Lev me lanza una mirada interrogativa. Me encojo de hombros y paso por la puerta que me abre, sonriendo instantáneamente cuando el cálido sol besa mi piel.

—¿Sabes lo que creo que es? —le digo mientras esperamos a que el valet traiga el auto—. Esos dos son personas horribles y egoístas. Yo no lo soy. Y quiero que vivan el resto de sus vidas sabiendo que Melanie y yo siempre seremos mejores que ellos.

Él sonríe. —Yo diría que lo dejó muy claro, Sra. Chekhov.

DAPHNE

Pasha me encierra contra la isla de la cocina. —¿Qué has estado haciendo hoy?

—Oh, nada importante —sigo revolviendo la miel en mi té—. Fui a trabajar, hice algunos recados, humillé a mis padres delante de todos los que conocían y garanticé que nunca jamás podrán aparecer en la ciudad… Lo de siempre.

Las manos de Pasha se detienen en mis caderas. —¿Lo hiciste? —susurra por fin.

—¿Eso va a ser un problema?

Me da la vuelta para que lo mire. Su rostro es todo lo que puedo ver. Tranquilo como siempre, impasible, imperturbable. Luego, se inclina hacia delante y me besa. Según sus estándares, es rápido.

Eso no impide que me derrita en él.

Cuando se aparta, su lengua sale rápidamente para saborearme en sus labios. —Para nada. Te has ganado esta victoria mil veces. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿En serio?

—En serio —me besa de nuevo—. Ahora, necesito meterme en la ducha. Deberías venir conmigo para que pueda mostrarte lo orgulloso que estoy…

—¡No-no! —interrumpe Asya con un golpe juguetón en su brazo—. Acabo de acostar a Tatyanna para su siesta, y esta es la primera vez que veo a mi Daphne en un tiempo. Vamos a tomar té. Tú te ducharas con agua fría… *solo*. —Asya lo aparta con un golpe de cadera—. Ven, *malyshka*, antes de que este hombre te robe y nunca podamos tomar nuestro té.

Pasha gruñe con fingida irritación antes de besarle la mejilla y guiñarme el ojo, luego nos deja.

Le entrego a Asya la taza que le serví hace unos minutos. —Gracias por acostarla, por cierto. Las siestas pueden ser como batallas con ella a veces.

—Su padre era igual. Terco y voluntarioso —Asya toma su taza con un brillo travieso en los ojos —. Solo espera a que empiece a hablar. Entonces, realmente te espera una batalla.

Salimos a la sala de estar y nos sentamos en el cómodo sofá. El té es dulce y cálido y es fácil dejar que me convierta en un charco feliz.

Lo que *no* es fácil es abordar un tema que he estado pensando, pero que probablemente no sea de mi incumbencia.

En realidad, definitivamente no es de mi incumbencia. Simplemente no puedo dejar de rascarme la picazón en el cerebro.

—Entonces, tenía la intención de preguntarte algo.

Asya deja su té en la mesa auxiliar y se acurruca con los pies descalzos. —Por supuesto, *malyshka*. ¿Qué pasa?

—Se trata de Arlo. Y… bueno, no sé. Solo dijo algunas cosas de pasada que me hacen preguntarme.

—¿Cosas como qué?

—Sé que me estoy excediendo. No tengo que…

—Está bien, Daphne. En serio —su voz se suaviza como si supiera exactamente a dónde se dirige esto—. Pregúntame lo que sea.

Podría ir con rodeos. Tengo el corazón acelerado; debería ir a lo seguro y ver si podemos unirlo todo mediante una serie de pistas y referencias.

—¿Arlo es el padre de Pasha?

O podría hacer eso.

—Lo siento mucho —digo tan pronto como mi boca idiota se adelanta y lo suelta de la manera más directa posible—. No debí haber…

—Sí.

Hago una pausa. —¿Ah?

Asya sonríe. —Sí, Arlo es el padre de Pasha. Su *verdadero* padre.

No sé qué decir. ¿Debería decir algo? ¿Lo dejo así?

¿Voy a buscar a Pasha?

—Supongo que empezaste a hacer los cálculos —Asya suspira y mira fijamente su taza de té—. No he sabido cómo decírselo a Pasha. Arlo tampoco lo sabe. Así que simplemente… Pensamos que dejar caer pequeñas pistas conduciría a algún tipo de conversación.

—¿Nadie preguntó?

Sacude la cabeza. —No. Excepto tú. Entonces, para responder a tu pregunta, Arlo y yo teníamos… —las lágrimas brotan de sus ojos justo cuando se le corta la voz. Se aclara la garganta—. Planeábamos casarnos, ¿no? Antes de todo. Era solo cuestión de tiempo. Y luego descubrimos que estaba embarazada, así que queríamos hacerlo lo antes posible.

—Entonces, ¿por qué no lo hicieron?

—Una sincronización terrible, mayormente. Kostya me vio y me deseó; su padre quería la

alianza; el padre de Arlo quería el poder. Le rogué a mis propios padres que me ahorraran el arreglo, pero una vez que les conté mi condición…

Las cosas comienzan a tener sentido. Piezas del rompecabezas más grande encajando. —Tu padre lo presionó. Presionó para que te casaras con Kostya.

Murmura algo en ruso que soy demasiado principiante para entender. Pero luego me mira y traduce—: "Mejor un debilucho prematuro que un hijo bastardo".

—Dios mío.

Asiente con tristeza. —Kostya me llevó lejos y Arlo nunca llegó a verme crecer con nuestro hijo. Pero luego nació Pasha, y Kostya no podía dejar de alardear de su nuevo hijo y heredero. Siguió invitando a todas las Bratva a que vinieran a ver al futuro *pakhan* de la línea Chekhov —un leve rubor se extiende por sus mejillas—. Así que, por supuesto, Arlo vino a los Estados Unidos como representante de Fedorov. Después de todo, era amigo de Kostya.

Muchos de los comentarios de Arlo tienen más sentido ahora.

…*Hay algo especial en tu primogénito, que le da un espacio eterno en tu corazón.*…

—Eso debe haber sido difícil —siento que se me encoge el corazón al pensar en no estar con Pasha. O peor, estar casada con otra persona, como Conrad, mientras que el hombre que realmente amo se ve obligado a mantenerse al margen.

Yo nunca podría.

Me sorprende que Asya haya superado esto.

—Fue bastante malo para empezar —asiente—. Pero luego… no lo sé con certeza, pero creo que Kostya comenzó a sospechar que había algo… raro. Con Pasha.

—¿No se parecían?

—Algo así. Nunca pudo señalarlo, pero juró que le fui infiel y que Pasha no era suyo. Así que se desquitó conmigo.

No le pido que dé más detalles. No lo necesito.

—¿Crees que…? —me paso una mano por la boca. Me siento como si estuviera hurgando y escarbando en secretos que no debería estar viendo. No importa cuán abierta y acogedora sea al respecto—. ¿Se lo dirás alguna vez a Pasha? ¿O a alguien más?

Asya se frota las sienes. —No sé cómo. Quiero hacerlo. Siempre lo he querido. Mi Pasha… siempre teme convertirse en su padre. Durante tanto tiempo, he querido decirle que no debería temer en absoluto. Su padre, su *verdadero* padre, es un buen hombre.

—Pasha también es un buen hombre.

Ahora me siento menos loca. Menos como si estuviera viendo cosas, similitudes que en realidad no existen. Si Kostya era una persona tan terrible, ¿cómo podría Pasha haber salido tan bien como lo hizo?

—¿Necesitas más té? —tomo mi taza y platillo de la mesa de café—. Hay más en la tetera.

—No, gracias. Todavía estoy trabajando en mi primer té.

Esquivo los muebles y doblo la esquina que conduce a la cocina. Mientras lo hago, veo…

A Pasha de pie allí.

Mierda.

—¡Pasha! —no grito su nombre, pero lo digo lo suficientemente fuerte para advertir a su madre —. Pensé que estabas en la ducha.

—Olvidé algo. En mi oficina.

Doble mierda. Está cabreado.

Lo que significa…

—Lo oíste —solo necesito ver el destello en sus ojos para saber que es verdad. Inmediatamente, mi corazón late fuerte dentro de mi pecho.

No debí haber preguntado.

No debí haber mirado donde no debía.

Lo siento mucho…

—Pasha, yo…

Me silencia con un beso en la frente, sus manos ahuecan mi rostro. —Volveré más tarde. Te amo.

Es un milisegundo de calma. Algo para aliviar mis preocupaciones de que podría estar enojado conmigo.

No lo está. Está cabreado, sí… pero no conmigo.

Oigo a Asya intentar hablar con él, pero no hay respuesta de su parte. La puerta principal se abre, luego se cierra, casi cerrándose de golpe detrás de él.

No me vienen palabras a la mente. Nada que pueda decir para consolar a Asya, a quien encuentro de pie junto al sofá…

Aterrada.

PASHA

—¡Vaya, vaya! ¿Qué haces aquí? —Makari me da una palmada en el hombro—. ¿No se supone que deberías estar en casa, disfrutando de la felicidad conyugal?

—Necesito trabajar.

—No, en realidad no. Por eso estamos aquí.

—Sí, bueno, ahora yo también.

Sé que tiene buenas intenciones, pero no estoy de humor para sus bromas ni juegos. Ni para nada más que limpiar mi mente de las cosas que escuché decir a mi madre.

Mejor un debilucho prematuro que un hijo bastardo.

Mak se da cuenta de mi estado de ánimo y se pone sobrio. —Muy bien, entonces. Si es trabajo lo que quieres, es trabajo lo que tendrás. Vayamos al grano. Ese envío que pediste llegó confirmado para mañana…

Lo sigo por el almacén del muelle e intento concentrarme en los detalles de los arreglos que ordené a través de él hace unos días, pero no puedo concentrarme ni para salvar mi vida.

Siempre teme convertirse en su padre. Durante mucho tiempo, he querido decirle que no debería temer en absoluto…

—¿Hemos conseguido autorización para los otros dos muelles de recepción? me obligo a preguntar. Para fingir que tengo todo bajo control, aunque solo dure un momento.

Mak asiente. —No hay problemas en ninguno de los dos, pero tengo la sensación de que el precio va a aumentar para los próximos envíos.

—¿Aduanas?

—Sobornos.

—¿En cuánto?

—Unos cientos por pieza —se encoge de hombros—. Aunque podría estar equivocado. Es solo la sensación que tuve cuando confirmé los tiempos de llegada para mañana.

—Tiene sentido —sigo escuchándolo explicar cómo la inflación está haciendo subir las cifras,

pero nuestras conexiones internacionales acordaron un aumento porcentual marginal…

El rostro de Arlo me llama la atención.

¿O es *mi* rostro? ¿Un atisbo de lo que seré, dentro de unas décadas y unos cuantos desamores?

Está hablando con uno de los capitanes del muelle fuera de la oficina. No me ve, y eso está bien. Preferiría que no se diera cuenta de la nueva forma en que lo miro, estudiando cada tic, cicatriz y rasgo.

Buscando pruebas de que lo que mi madre le dijo a Daphne es cierto.

—Oye, Pash —Mak me da un codazo en el brazo—. ¿Estás bien?

—Yo, eh… —*necesito* estar bien. Necesito concentrarme en el contrabando y las cifras, y mantener un control estricto de todo lo que eso implica.

Pero primero necesito aclararme la cabeza.

—Parece que tienes todo bajo control —le digo a mi hermano—. Buen trabajo. Te alcanzaré más tarde.

Hago todo lo posible por caminar, no correr, por la acera hasta la oficina del capitán del muelle. Me estoy devanando los sesos para pensar en una excusa para despedir al tío y arrastrar a Arlo allí para hablar, pero, en el momento en que ambos me ven, no necesito decir una palabra.

Arlo lo sabe. Puedo verlo en sus ojos.

Mamá debió haberlo llamado.

—Steve, si no te importa, necesito tu oficina por un momento.

El capitán del muelle asiente. —¡Claro! De todos modos, tengo que ir al baño.

Arlo inclina la cabeza cuando me abre la puerta. Prefiero ser yo quien tome la oficina y lo acompañe a él, no al revés.

Pero extrañamente, al mismo tiempo, algo dentro de mí se siente bien con eso.

Cierra la puerta y la bloquea una vez que ambos estamos dentro. Luego, se queda allí parado, con las manos en los bolsillos, y me mira.

Quiero exigirle que me diga qué demonios ha estado haciendo todo este tiempo.

Quiero ordenarle que me explique por qué me estoy enterando de esto ahora.

Quiero…

Tranquilízate, hombre.

Me aclaro la garganta y me trago todas las emociones que no sean irritación y desconfianza. No me servirá de nada intentar encontrar respuestas que no cambien el pasado.

Como por qué nunca vino por mí. Por nosotros.

Por qué nunca nos salvó de mi padre.

—Escuché a mi madre hablando con Daphne —odio que mi voz suene como si se estuviera desmoronando. *Tranquilízate, maldito débil. Sé un hombre. Sé Bratva.*

—Lo sé.

—Así que te llamó.

Arlo asiente una vez. —Lo hizo.

—Así que lo sabes. Que yo… —niego con la cabeza—. ¿Es verdad?

—Sí.

Estaba listo para soltarle una diatriba sobre haberme traicionado y no andar con rodeos, pero también esperaba que lo negara o que retrasara su respuesta o, joder, *algo*. Algo que me diera la oportunidad de desahogar mis frustraciones. Mi traición.

No estoy preparado para esto.

—Tú —lo miro con los ojos entrecerrados—. Tú… Explícame.

Explícame dónde diablos has estado.

Explícame por qué la abandonaste.

Por qué nos abandonaste.

Por qué me abandonaste a mí.

Arlo suelta una bocanada de aire pesada. Se pasa una mano por su cabello espeso que… mierda… se parece muchísimo al mío. —¿Por dónde siquiera empiezo?

—¿Qué hay de la parte en la que dejaste embarazada a mi madre y luego solo la dejaste allí?

—Espera un momento —levanta un dedo—. Te voy a detener justo ahí antes de que empieces a acusarme de cosas de las que no sabes nada.

—Entonces, ilumíname.

Con otro suspiro, se desploma en una de las sillas destartaladas del escritorio. —Nunca la dejé. Jamás. Ella era mi mundo entero. Ella *es* mi mundo entero. Pero… —se frota un lugar vacío en su dedo anular izquierdo casi inconscientemente—. Me la robaron. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Esa es la parte que me cuesta asimilar —me sale en un gruñido. Estoy harto de aguantar excusas y estupideces. Ya tengo suficiente de eso del Senado—. Ambos hablan como si tú… *tú*… no tuvieras voz ni voto en nada. Pero eras el heredero de la familia Fedorov. Tenías todo el poder y la influencia que necesitabas.

—Yo no lo quería.

—¿Qué?

Me mira fijo. —No lo quería. No quería nada de eso. Y por eso me la quitaron.

Ahora soy yo quien se hunde en una silla, tratando de absorber todo mientras mi cabeza sigue dando vueltas. No puedo evitar resoplar. —¿Me estás diciendo que no querías la Bratva? ¿No querías ser un *pakhan*?

—No quería esa vida para mí. Para Asya —su voz se suaviza—. Ni para ti.

Estoy tratando de pensar en una vida fuera de la Bratva. Sin el poder, sin el dinero… sin las armas ni los agentes federales ni los enemigos acechando en las sombras.

Sin la violencia.

Sin Kostya.

—Así que intentaste irte —digo.

—Lo hice. Ambos queríamos salir. Nunca aspiré a ocupar el lugar de mi padre. Nunca he tenido el estómago para aterrorizar a gente inocente, destripar a mis enemigos, todas las cosas que se requieren de un hombre en esa posición. Así que, cuando tu madre y yo decidimos que queríamos casarnos, también decidimos que queríamos hacerlo…

—Como civiles.

De nuevo, asiente. —Pero mi padre no lo escuchó. Dijo que Asya era una "distracción" que me alejaba de mis deberes. Mi "destino". Así que cuando mi "amigo"… —dice la palabra como si le sonara amarga en la lengua— vino de visita y mostró interés en Asya, todos nuestros padres vieron la oportunidad perfecta para solucionar los problemas de todos.

—Aun así. Podrías haber luchado —sé en mi corazón, en mi alma, que de ninguna manera habría permitido que Kostya me arrebatara a Daphne. No puedo creer las excusas de este hombre. Solo porque me esté sirviendo patrañas no significa que tenga que tragarlas. —No tenías que darte por vencido y aceptarlo.

—¿Crees que no lo hice? —ladra con una risa amarga—. ¿Crees que me quedé sentado allí en silencio mientras el amor de mi vida era entregada a mi mejor amigo psicótico? Sí, sabía cómo podía ser —añade cuando ve la expresión de mi rostro—. Kostya y yo prácticamente crecimos juntos. Le hice pasar un infierno a mi padre por lo que estaba haciendo. Pero también aprendí cómo era el interior de una de sus celdas, todo por eso. Me encerró el tiempo suficiente para asegurarse de que ella estuviera fuera del país. Fuera de mi alcance.

Reflexionamos en silencio durante un rato. El peso del tiempo, de todo lo perdido entre nosotros… es abrumador.

Una cosa es descubrir que no comparto sangre con el hombre que he odiado y temido toda mi vida.

Otra cosa es descubrir que alguna vez hubo una vida completamente diferente planeada para mí. Una vida normal.

Por… y con… mi *verdadero* padre.

—Para que lo sepas… —Arlo me mira fijamente—. Tomé el primer boleto a Estados Unidos

cuando Kostya abrió sus puertas para recibir invitados. Llegué lo más rápido que pude. Y me aseguré de que, aunque no estuve allí para ti como quería… aunque no pude estar allí para tu nacimiento como debí haber estado…

Se aclara la garganta y mira hacia otro lado.

—Aún recé por tus bendiciones. Aún te di tu nombre.

A la mierda con esto. Ya terminé con esta conversación. No me gustan los sentimientos que se acumulan en mi pecho, y sí que no voy a tener ningún momento con este hombre. Este… *mi*… padre.

Así que pongo mis manos en los apoyabrazos de la silla y me levanto de un empujón. —Tengo que ir a ver algunas cosas.

—Pasha.

Arlo se levanta y me alcanza. Pero, antes de hacer contacto, retira su mano y la coloca a su costado. Como si estuviera recordando, con precisión, que no soy el tipo de hijo que se quedó para criar.

—Quiero que sepas… que nunca me rendí. Forjé alianzas con Kostya y construí mi familia en aguas internacionales para poder tener todas las excusas para venir a verte a ti y a tu madre. Lo hice todo el tiempo que pude, tan a menudo como pude, hasta que me obligaron a casarme con otra persona.

Frunzo el ceño. —No me acuerdo de ti —lo haría, si realmente nos visitó. Recuerdo a la mayoría de los socios comerciales de mi padre… no, de *Kostya*… incluso desde mi más tierna infancia.

—No espero que lo hagas. Tenía que mantener la distancia. Kostya te mantenía cerca para poder presumir de ti delante de todo el mundo, pero Asya y yo sabíamos que sospechaba.

Excusas. Eso es todo lo que es esto: un montón de putas excusas para apaciguarme y hacer que lo acepte como mi nueva figura paterna y probablemente un nuevo miembro de la familia. Makari y Sofiya ya han hecho apuestas sobre cuánto durará su propuesta a Mamá.

¡Joder!

Mak. Sofi.

No sé qué decirles.

No sé *si* puedo decirles.

—Entonces… ¿qué quieres? —yo, personalmente, quiero salir de esta caja recalentada y alejarme de las emociones que me estrangulan la garganta—. ¿Por qué… por qué ahora?

Arlo vuelve a meter las manos en los bolsillos y patea la vieja alfombra. —No puedo cambiar el pasado, Pasha. Por mucho que lo desee. Pero quiero un futuro con tu madre, mi Asya. Quiero pasar el resto de mi vida con ella como siempre soñamos. Y… no sé. Tal vez algún día, conocerte mejor. Como mi hijo —se aclara la garganta de nuevo y levanta los ojos hacia los míos. Noto con sorpresa que están bañados en lágrimas. El viejo cabrón duro está a punto de soltarlas—. Tuve que esperar, por supuesto. A que muriera mi esposa, que muriera Kostya.

Desde entonces, solo ha sido cuestión de poner todo en su lugar para poder estar aquí y no tener que preocuparme.

Odio que tenga sentido. Odio que todo lo que ha dicho tenga sentido.

Odio todo esto.



ES TARDE cuando finalmente vuelvo a casa a trompicones, apestando a alcohol y murmurando cosas incoherentes sobre padres, hijos y deber. Solo me doy cuenta de lo borracho que estoy cuando intento meter la llave en la cerradura de la puerta y fallo media docena de veces antes de que finalmente entre.

Me dejo caer en la cama medio vestido, todavía murmurando. Es como escuchar la voz de otra persona salir de mi boca. No estoy seguro de dónde termino yo y comienza el resto del mundo. Todas las líneas están borrosas.

Algo sin sentido surge del caos en mi cabeza.

Quiero otro bebé.

—¿Me escuchaste? —murmuro en la nuca de Daphne mientras me deslizo en la cama a su lado. *Dios*, está tan cálida. Y suave. La envuelvo en mis brazos y entierro mi cara en su cabello—. Quiero otro bebé.

Tararea a su manera medio dormida y me da una palmadita en la mano. —Primero saquemos a esta de los pañales.

—Quiero tener tantos bebés. Y, a diferencia de *algunas personas*, no voy a… solo… vaciarme e irme.

La siento quedarse quieta. —¿Hablaste con Arlo?

—Que se joda Arlo.

Daphne se da vuelta para mirarme. Arruga la nariz. —¡Ay! ¡Pasha! ¿Qué, te bebiste todo el bar?

—Lo intenté.

—Me di cuenta —me acerca y guía mi cabeza hacia su pecho—. Ven aquí. Háblame.

No quiero hablar. Quiero follar. Quiero enterrarme en ella y olvidarme de todo.

Por desgracia, puede que haya bebido demasiados tragos de Frangelico y vodka de primera calidad y bourbon y… y…

Joder, ni siquiera puedo recordar. Lo que pude alcanzar. Lo que se tragara más rápido.

—Odio a los padres —escucho el murmullo salir de mi boca antes de registrar que realmente lo estoy diciendo—. Tuve un padre. Fue terrible. Ahora, tengo un nuevo padre… ¿o es uno viejo? Mierda, no lo sé.

—Pero Arlo no es Kostya.

—Lo sé.

—En muchos… bueno, en realidad, por lo que escuché, en *todos* los sentidos, Arlo es mejor. Lo que significa que tú eres mejor. Ya no tienes que tener miedo de ser como Kostya.

—Lo sé.

Presiona un beso en la parte superior de mi cabeza. —Entonces, ¿qué te molesta?

—Nada.

—Vale. Acabas de salir y te bebiste el alcohol de un bar entero por nada. Ajá.

Levanto la cabeza para mirarla. Está oscuro, así que no puedo verla muy bien. No estoy seguro de poder verla ni siquiera si las luces estuvieran encendidas. Mi visión se nubló en algún momento entre el tercer y el noveno trago.

—¿Qué hay de Mak? ¿Sofi?

Daphne ahueca mi rostro con su suave mano. —¿Qué pasa con ellos?

—¿Qué coño les digo? ¿*Cómo* les digo?

—No estoy segura de que haya nada que decir, mi amor.

Resoplo. —Ah, sí, nada en absoluto. Tenemos padres diferentes y ni siquiera soy el verdadero heredero del linaje Chekhov. Nada digno de mención, ¿ah?

—Bueno, quiero decir… —se queda callada por un momento—. ¿Cómo sabes que tienen padres diferentes?

Me quedo congelado.

Eso nunca se me ocurrió.

Daphne me guía de regreso hacia sus cálidos senos y comienza a acariciar mi cabello. La abrazo, agradecido por el único ancla en este mundo en el que confío ahora mismo.

—Duerme un poco, mi amor —besa mi cabello otra vez—. Y por la mañana, tal vez puedas preguntarle a Mamá sobre todas esas visitas que Arlo hizo cuando eras pequeño.

Estoy tan contento de estar borracho como la mierda.

No hay forma de que me quede dormido de otra manera.

PASHA

—Entonces, ¿ahora eres *tú* el que evita nuestras reuniones?

Me pellizco el puente de la nariz, y rezo para que la migraña de la resaca deje de latir. —Tendrías que realmente programar una reunión para que yo la pueda evitar.

Brennan me mira con enojo y cierra de golpe la puerta de mi oficina. Entre sus gritos, los portazos y la falta de respeto, estoy extremadamente tentado de callarlo de una vez.

Para siempre.

—Déjate de tonterías, Chekhov —prácticamente escupe cada consonante—. Me has metido en un buen lío y vas a sacarme de él, ¿me oyes?

—Te oiré mucho mejor si bajas la maldita voz.

—Tienes un problema de oídos, ¿ah? Bueno, ¿cómo está tu vista?

Deja caer foto tras foto de mí hablando con Smithson y sus agentes cuando me acorralaron en la calle lateral. Otro conjunto de impresiones me muestra hablando con el superior de Smithson fuera de este mismo edificio el día que lo arrestaron.

—Estoy bajo investigación, hijo de puta. ¡Me traicionaste! Ahora, tengo que explicarles a ellos *y* al público que no, ¡no estoy aceptando ni traficando con sobornos!

Una bala. Eso es todo lo que haría falta. Ni siquiera necesitaría un vaso de agua. Una bala, un disparo, y este dolor de cabeza se habrá ido.

Pero, si no estoy de humor para escuchar las estúpidas teorías de Brennan, definitivamente no estoy de humor para lidiar con limpiar su cerebro de mi alfombra.

—Scott —suspiro—, si no te sientas y te callas la boca, haré que seguridad te escolte físicamente fuera de este edificio. *Después* de llamar al centro de paparazzi más cercano.

Eso al menos hace que se siente y deje de agitar los brazos como un maldito cacatúa.

—Ahora —pretendo examinar cuidadosamente las fotos, como si contuvieran alguna información que yo no sepa—. Esto es lo que hay que tener en cuenta: ya tenían un caso contra ti. Sin mí. Lo dijeron durante nuestra primera reunión.

No voy a decir que esto es una mentira descarada. ¿Hubo una primera reunión? Sí.

¿Fue la de estas fotos? No.

¿Mencionaron algo sobre investigar a Brennan? Tampoco.

¿Pero investigarme a mí también implica investigarlo a él? Joder si lo sé, pero sería lógico.

—Me vas a ayudar —su rostro se enrojece con cada segundo que pasa—. Vas a sacarme de esto.

—¿O qué?

—O te expondré. A ti y a tu pequeña compañía. Si caigo, ten por seguro que te llevaré conmigo.

A pesar del dolor de cabeza, tengo que reírme. —Eso es gracioso, ¿sabes? Eso es genuinamente muy gracioso.

—Hablo en serio.

—Yo también —me inclino hacia él—. Me resulta muy gracioso que pienses que tienes algo sobre mí o mi corporación. Me encantaría saber exactamente qué planeas "exponer" que yo no les haya mostrado ya a los federales yo mismo.

Brennan balbucea por un segundo. Sus ojos recorren la habitación como si estuviera buscando pistas.

No tiene nada… y ambos lo sabemos.

—¿Necesitas café? Sé que yo sí —me levanto de la silla y camino por la habitación hacia la máquina—. Tal vez un poco de cafeína te refresque la memoria.

Está completamente confundido. Bien.

—Como aparentemente no recuerdas —continúo—, soy *yo* quien tiene información sucia sobre *ti*. No al revés. De hecho, tengo tanta información sucia sobre ti que podría enterrarte vivo yo mismo y solo cobrar un cheque de los federales por hacerles el favor.

—No tienes nada.

—¿No? —observo el café caer en mi taza y no puedo evitar sonreír—. ¿Entonces no sé nada sobre el trío que tuviste anoche? ¿Ese par de brasileñas en el hotel casino?

El silencio llena la habitación. El único sonido entre nosotros es el burbujeo de la máquina de café.

Finalmente.

Gracias. A. Dios. Joder.

—Deberías ver la resolución de esas nuevas cámaras que acaban de instalar. Perfectas en píxeles, y lo suficientemente nítidas como para leer la letra pequeña de los recibos —agarro mi taza y tomo un sorbo—. O, en este caso, para permitir que las autoridades identifiquen a esas dos chicas desaparecidas para que puedan traerlas a casa.

Eso lo despierta de golpe. —¿Los *qué*? No. No sé… no sabes de lo que estás hablando.

—Oh, pero sí sé —me apoyo en el mostrador y lo miro—. Veras, tienes un hábito muy malo, senador. Te encanta gastar el dinero de impuestos en acompañantes… tanto, de hecho, que no te tomas el tiempo de investigar de dónde las sacas.

Puede que estuviera rojo de furia hace unos momentos.

¿Pero ahora mismo? Está pálido como un fantasma.

Todo este tiempo, he estado tratando de averiguar si lleva un micrófono. No me sorprendería que hiciera un trato con los federales para intentar tenderme una trampa entrando aquí, fingiendo, bla, bla, bla, puto bla. Es parte de la razón por la que sigo bailando alrededor de sus acusaciones.

La otra razón es que estoy cansado de que intente tomarme el pelo y capitular entre firmar el maldito contrato, no firmar, reunirnos, no reunirnos…

Si quiere jugar, jugaré.

Y ganaré.

—N-no s-sé… No sé qué…

—¿Vas a sentarte ahí y decirme que no sabías que eran menores de edad?

—¡No lo sabía! ¡Lo juro!

—No solo menores, Scott. Víctimas de *secuestro*, que probablemente fueron vendidas para el tráfico de personas y encontraron el camino a la agencia de dos dólares por la que pasaste para mojarte la polla. Y créeme cuando te digo que tengo una lente mucho mejor que la tuya.

Abro el cajón superior de mi escritorio y coloco la carpeta de archivos de todas sus indiscreciones recientes encima de las que él cree que son mías.

—Míralas muy de cerca. Y luego dime que no había forma de que no supieras que eran menores de edad.

—¡Vale! —Brennan aparta las fotos con un gruñido—. ¡Vale! ¡Como sea! ¿Crees que puedes ir detrás de mí con esto? ¡Buena suerte encontrándolas! Mejor aún, ¡buena suerte consiguiendo que *cualquiera* testifique en mi contra! ¡En *mi* contra! —se desploma en su silla y se cruza de brazos con un resoplido—. Dale unos buenos catorce años. Estarás sacando a tu propia hija de hoteles como ese.

Tomo otro sorbo, más lento, esta vez para disimular mi furia helada mientras hago algunos cálculos rápidos en mi cabeza.

Cuatro horas y $600. Ese es el tiempo y el dinero que me llevará limpiarlo del piso.

Cuanto más habla, más siento que vale la pena el gasto.

—Me alegro mucho de que hayas mencionado eso —dejo mi taza en la mesa para no arrojársela. Resulta que me gusta esta.

Regreso a mi escritorio y doy vuelta la mitad superior de la pila. La copia de un certificado de nacimiento que pedí recientemente descansa sobre el informe de otra persona desaparecida.

—Este es el pequeño bebé Jackson. Nació hace unas semanas, de una niña de quince años que llevaba unos años desaparecida. La última vez que alguien la vio, tenía diez años. La siguiente vez que fue vista en público, fue en un hospital en Detroit por fuertes calambres estomacales. Que resultaron estar relacionados con su embarazo.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

Su rostro dice lo contrario. Es la forma en que sigue mirando la foto de la chica. La forma en que la sangre sigue drenándose de su piel. La forma en que sus dedos tiemblan cuando intenta apartar los papeles de nuevo.

—Creo que sabes que sí —señalo con el dedo su foto—. Tenía *catorce* años. Catorce, maldito enfermo hijo de puta.

—No sé…

—¿Cuántos niños bastardos más hay por ahí, Scott? ¿Cuántas víctimas? ¿Cuántas vidas has arruinado?

Se levanta de un salto de la silla. —¡No tienes pruebas! ¡No tienes nada! ¡Solo estas acusaciones enfermizas y no las voy a tolerar!

Una bala. Sería tan rápido.

Presiono un botón en mi teléfono de escritorio, luego me acomodo en mi silla de oficina y le ofrezco una sonrisa magnánima. —Debo ser honesto contigo, Scott: soy el menor de tus problemas.

Los de seguridad llegan en un tiempo récord y, con un rápido asentimiento por mi parte, los dos hombres agarran a Brennan de cada brazo y lo ponen de pie.

No sé de qué sigue parloteando mientras lo arrastran. Estoy demasiado preocupado con curar el resto de esta resaca.



SOLO PASAN tres horas para que la noticia se rompa.

Veo que la notificación aparece en la pantalla de mi teléfono al mismo tiempo que Jack entra en la oficina y toma el control remoto del televisor de pantalla plana.

—Disculpe la interrupción, señor. Pero querrá ver esto.

La pantalla se ilumina con el rostro de Cora Brennan rodeada de micrófonos en un podio. Por lo que parece, está parada afuera de su casa.

—Estoy profundamente mortificada, más que avergonzada, por las acciones de mi esposo. Confieso haber hecho la vista gorda cuando supuse *erróneamente* que estaba involucrado en… bueno, ¿cómo debería decirlo? —respira con una risa cohibida que estoy seguro de que practicó antes de convocar esta conferencia de prensa—. Sabía que mi esposo estaba teniendo una aventura. Pero no tenía idea, en absoluto, de la profundidad de su depravación.

Respira hondo. Su respiración es temblorosa y transmite sus nervios desgastados a la audiencia absorta.

Casi puedo creer que está en estado de shock.

Casi.

—Con la ayuda de la FBI y mis propias contribuciones de su evidencia de ADN para las pruebas, hemos podido confirmar que el senador Scott Brennan ha participado en actividades sexuales ilícitas e ilegales con menores. Estoy… —otra exhalación temblorosa—. Me alegra decir que el lado positivo de todo esto ha sido la capacidad de identificar a varias personas desaparecidas que desde entonces han sido puestas bajo custodia protectora y devueltas a sus familias.

—¿Qué tiene que decir sobre los informes que afirman que tuvo hijos con menores? —pregunta un reportero entre la multitud.

Un destello de ira pasa por sus ojos. *Allí está*. —Este aspecto aún está siendo investigado por la FBI. No tengo más información sobre ningún embarazo resultante de los devaneos de mi esposo.

—¿"Devaneos"? —otro reportero se abre paso entre la multitud de periodistas—. ¿Así es como llama al abuso sexual del senador Brennan a las prostitutas infantiles?

Cora tartamudea durante su siguiente discurso, no tan ensayado. —Me expresé mal. Tendrás que perdonarme; todavía me cuesta procesar todo. Después de todos nuestros años combatiendo la trata de personas y la puesta en peligro de los niños, puedes entender por qué estoy más que horrorizada por el comportamiento de Scott.

—¿Pero no te molestaba que usara dinero de impuestos en trabajadoras sexuales adultas? ¿Es eso lo que debemos entender de tu declaración anterior?

Las lágrimas se acumulan en sus ojos. —Estoy admitiendo abiertamente que no tomé las mejores decisiones. Lo admitiré. Ahora que sé la verdad, *toda* la verdad, no descansaré hasta que se haga justicia para estas niñas y sus familias. Si esa es la penitencia que debo pagar por mi ignorancia, con gusto la pagaré y más.

—¿Eso significa que solicitarás el divorcio?

—¿Presentarás cargos penales?

—¿Qué pasa con la manutención de los niños?

—¿Cómo afecta esto a tu fundación benéfica?

Cora parece agotada. Tanto emocional como mentalmente. Sacude la cabeza y se aleja del podio, seguida por un mar de periodistas que le hacen todas las buenas preguntas que no quiere tener que responder.

Tengo que admitir que este es un resultado que nunca calculé del todo en el chantaje a Scott Brennan. Sabía, por supuesto, que sus acciones y su desenlace tendrían que afectar a su esposa.

Pero ¿ver la luz de la justicia social enfocada en ella?

Es catártico, si soy sincero.

Tomo el control remoto para apagar la televisión cuando veo algo justo por encima del hombro de Cora. Se acerca a su auto, y uno de sus guardias de seguridad le abre la puerta trasera del pasajero.

El rostro que pensé que vi a través de las ventanas se vuelve mucho más claro, aunque sea solo por un segundo.

Ophelia Hamish.

Lo sabía, joder.

DAPHNE

—¿Viste esto? —levanto el boletín de noticias de último momento que acaba de aparecer en las notificaciones de mi teléfono—. ¿Puedes creerlo?

Pasha mira de reojo la pantalla por encima de mi hombro, y luego se encoge de hombros. —Ya era hora.

Senador Scott Brennan Expulsado de su Cargo; Cargos Penales Pendientes

Nunca tuve tratos directos con Scott Brennan, pero la poca interacción que tuve con él me dejó un sabor amargo en la boca.

—¿Qué tipo de cargos enfrenta? —pregunto mientras mi esposo vuelve a llenar mi taza de café.

—Qué tipo de cargos *no* enfrenta es la mejor pregunta. Es corrupto, así de simple. —Pasha se sirve su propia taza—. Pero, si hago una suposición fundamentada, comenzaría con tráfico de personas. Prostitución. Poner en peligro a niños. Soborno. Lavado de dinero.

Mis ojos se salen de mis órbitas. —Mierda. ¿Por qué no solo agregar "asesinato" a la mezcla?

—Tarde o temprano, tal vez —su teléfono vibra en su bolsillo y él responde—. ¿Qué? No puedo… sí. ¿Qué coño quieres decir con "Están aquí"?

Mierda. Conozco ese tono. Cuando lo miro por encima del borde de mi taza, veo que su expresión se ensombrece.

—No digas nada. No hagas nada. Haz que Makari llame a nuestros abogados y que Sofiya… *¿qué?*

Ahora sí que estoy preocupada.

Pasha no es un hombre que entre en pánico.

—Voy en camino. No, no, lo sé. Esto es una mierda y sé exactamente a quién culpar. Voy a hacer las llamadas ahora.

Espero que salga volando por la puerta para encargarse de la crisis que acaba de ocurrir. En cambio, y tomándome por sorpresa, me toma en brazos y acuna mi cara entre sus manos. —Necesito que me escuches, Daphne.

—¿Todo bien? —sé que es una pregunta estúpida. Claramente, la respuesta es “no”.

Pasha suspira y presiona su frente contra la mía. —Los federales están allanando uno de mis hangares. Arlo los mantiene ocupados, pero ya han detenido a Mak. Tengo que ir allí.

—Vete —presiono una mano cálida sobre su pecho—. Estaré bien.

—No. Te. Vayas —me levanta la cara para que me vea obligada a mirarlo a los ojos—. ¿Me escuchas? No le abras la puerta a nadie. No revises el correo. No vayas a trabajar. Mi madre viene camino para hacerles compañía a ti y a Taty, pero, una vez que esté aquí, ninguna se irá hasta que yo regrese. ¿Entendido?

—Pero…

—Por favor, Daphne.

Suspiro. —Lo entiendo. Ten cuidado, ¿vale?

—Lo intentaré.

Lo agarro de la camisa y le hago ver que hablo tan en serio como él. —Lo digo en serio. Puedes mandarme todo lo que quieras porque eres mi esposo, pero no lo olvides: yo soy tu *esposa*. También puedo mandarte un poco.

—¿Me está dando órdenes, Sra. Chekhov? —pregunta con un pequeño atisbo de sonrisa.

—La primera de muchas. Vuelve a mí, Pasha.

Me besa. —Siempre.

Sentir que se aleja es como si se hubiera abierto un abismo en el suelo entre nosotros. En un nivel lógico, sé que estoy exagerando, pero no puedo evitarlo.

Lo amo.

Lo *amo*.

Lo escucho decirle adiós a Taty, escucho sus pequeños balbuceos cuando besa su dulce rostro. Mi corazón se encoge. Lágrimas calientes amenazan con llenar mis ojos.

¡Tranquilízate! Él solo va a limpiar este desastre.

Por suerte, Asya llega a la puerta justo cuando él la abre para irse. Entra corriendo con sus maletas, le dice algunas cosas en ruso rápidamente y le besa ambas mejillas para la suerte.

Pasha me mira por encima del hombro.

Mis extremidades se sienten como plomo. Pero aun así logro saludarlo con la mano.

Y luego se va.

—Ven, *malyshka* —Asya entra rápidamente a la cocina y revisa la cafetera—. Todavía no he tomado mi café de la mañana. ¿Me haces un café fresco?

Por lo general, es ella quien prepara el café. Pero agradezco la distracción de tener algo que

hacer. Estoy bastante segura de que es su objetivo. Me ocupo de moler una tanda nueva de granos, mientras ella revisa el refrigerador en busca de fruta y pasteles.

—Él ya ha lidiado con esto antes —dice al fin después de un largo silencio. Cierra el refrigerador para ofrecerme una sonrisa reconfortante—. Estará bien. Todos lo estarán. Esto es parte del precio que pagamos por ser quienes somos. Lo que somos.

Quiero creerle. Realmente quiero creerle. Ella siempre ha sido la fuerza que he necesitado en una madre, el consuelo y la calma en medio de una tormenta.

Pero no puedo.

No cuando la veo sacar una naranja del cajón de las frutas y verduras.

Le tiemblan los dedos.



—No. No, no había nada allí. Nada. Tuvieron que irse, ¿no?

Sofi camina de un lado a otro por la sala de estar, con una mano tirando de su largo cabello con frustración mientras con la otra sostiene el teléfono en su oído. Ha estado hablando por teléfono con este abogado durante casi una hora y parece que las cosas están yendo mal.

—Todavía no escucho nada sobre una causa probable. Te lo digo, las redadas fueron manipuladas. ¡Todo esto es inesperado!

Miro a Asya. Está bebiendo su tercera taza de té caliente. Puedo notar que está tratando de mostrarse fuerte, pero la fachada se está desmoronando.

—Ajá. Ajá. Lo sé. Sí, te escucho. Entonces, ¿qué tenemos que hacer? ¿Cuándo se pagará la fianza?

Los ojos de Asya se cierran con fuerza. Su taza de té cae sobre el platillo con más fuerza de la que pretendía. La veo respirar profundamente, pero esos dedos suyos no dejan de temblar.

—¿Necesitas una manta? —pregunto, teniendo cuidado de mantener la voz baja para no interrumpir la llamada de Sofi.

—Estoy bien. Gracias, *malyshka* —Asya intenta sonreírme. Extiende la mano y me aprieta, luego me acerca para sentarme a su lado.

Estoy agradecida de que Tatyanna haya decidido dormir en paz durante la mayor parte de la mañana. Será un oso por la noche, pero ahora mismo, los adultos necesitan discutir planes.

Sofi, que llegó poco más de una hora después de que Pasha se fuera, cuelga el teléfono y suspira. —Bueno, Mak definitivamente está en la cárcel. Están trabajando para sacarlo, pero los cargos son bastante serios. Nuestra mejor defensa es afirmar que la evidencia fue plantada, pero… —me mira.

Eso va a ser difícil de convencer.

Asya hipa. Sé que está tratando de mantener la calma. Pero no importa lo que haga, todavía veo las lágrimas desbordándose por sus pestañas.

Así que la envuelvo con mi brazo. —¿Qué pasó? —le pregunto a Sofi—. Parecía que todo estaba bien ayer. ¿Cómo es que todo esto salió de la nada?

Se desploma en el sofá, arrojando su teléfono sobre la mesa de café con un ruido sordo. —No lo sé. Lo mejor que cualquiera de nosotros puede pensar es que Brennan o Hamish les dijeron patrañas a los federales como una especie de represalia. Les dijiste a tus padres que se jodieran, así que están cabreados. Pasha le dijo al senador que se jodiera, así que ahora está humillado públicamente, desempleado y *también* cabreado.

—¿Hay alguien más? ¿Quién podría haber hecho esto, quiero decir?

—Paris era la única persona que quedaba con vida, hasta donde yo sé. Y está sana y salva en una institución mental en las afueras de Ohio. También en el país de los Amish, así que, ya sabes, allí no hay Internet.

Se me revuelve el estómago. —Así que es el senador o mi familia.

—*Nosotros* somos tu familia. Los Hamish son solo… —Sofi agita una mano irritada—. Sombras del pasado. Sombras molestas, pero igual.

—Algo terrible va a pasar —susurra Asya de repente.

Ambas nos volvemos para mirarla. Se retuerce los dedos, prácticamente balanceándose en posición fetal en el sofá. Sus ojos parecen vidriosos y no mira a nada en absoluto.

—¿Mamá…? —Sofi se desliza en el asiento junto a su madre y le toca la mano.

La mujer mayor sacude la cabeza lentamente al principio. Luego más rápido, y más rápido, hasta que grita y se pone de pie de un salto. —*¡No!* ¡Tenemos que sacarlo de ahí!

Intercambio miradas con mi cuñada.

Y veo el miedo en sus ojos.

Las lágrimas corren por el rostro de Asya mientras camina de un lado a otro, sus dedos tiemblan incontrolablemente y tiran de las puntas de su cabello. —Mi bebé… mi dulce bebé… Algo malo va a pasar… *milyy* Makari…

—Mamá, te lo prometo, él está bien. Está bajo custodia protectora. Él…

Sus ojos se clavan en los de Sofi con una ferocidad que nunca antes había visto en ella. —No pueden protegerlo. *No* lo protegerán. *Eti tupyye politseyskiye ne znayut, chto budet dal'she…*

—¡Mamá, por favor!

Sofi envuelve a Asya en un abrazo para calmarla. Reviso mi teléfono para ver si tal vez, por algún milagro, Pasha ya me envió un mensaje de texto.

Nada.

Reafirmo mi determinación de superar esto en una sola pieza, de que *nosotros* superemos todo

esto, y luego me uno a mi nueva hermana para sacar a nuestra madre de la oscuridad.

DAPHNE

Han pasado tres días.

Tres largos y tensos días de esperar que Pasha envíe un mensaje de texto, llame o aparezca en la puerta principal. Sofiya es la única que entra o sale, y nos trae regalos y noticias siempre que puede.

Makari está en una prisión federal. Su audiencia de fianza fue ayer y le negaron la libertad. Sala cerrada. Ninguna explicación.

—Seguridad Nacional nos está respirando en la nuca —explica Sofi mientras le cambio el pañal a Taty—. Se aseguraron de que Mak no pueda usar ninguna de nuestras conexiones que lo hubieran sacado de allí. Pasha está escondido en la torre corporativa. No puede irse sin encontrarse con un grupo de agentes de un departamento u otro. Están auditando toda la corporación, todas las filiales, todo.

Le hago cosquillas en la barriga a Taty para hacerla reír, un gorgoteo de sol que todos necesitamos durante esta tormenta. No funciona del todo, pero ella sonríe y le hace un gesto con los brazos a su tía.

—¿Cómo estás aguantando? —le pregunto a Sofi. Ella ha estado fingiendo ser fuerte, pero sé que esto debe estar agobiándola.

Exhala una bocanada de aire y se deja caer en el sofá. —Apenas. Tengo que fingir que soy una tonta que solo visita a sus hermanos y no sabe nada de nada.

—Eso no suena como tú.

—¿Verdad? Pero es la única razón por la que no estoy en prisión como Mak. Encontraron las armas en su campo de tiro, pero imagínate… —sacude la cabeza con una burla sarcástica—. Es un desastre. Es todo un gran jodido desastre.

—¿Por qué crees que no se han llevado a Pasha? —me alegro de que no lo hayan hecho, pero honestamente pensé que, de todos ellos, sería el primero en estar tras las rejas.

—Supongo que se trata de un retorcido temor al doble enjuiciamiento. Después de las patrañas de Smithson, todo el mundo quedaría terrible si lavaran, enjuagaran y repitieran el proceso sin dar vuelta cada hoja y poner los puntos sobre cada í, ¿sabes?

—Tiene sentido —hago un ovillo con el pañal sucio y lo tiro. Sofi se toma un momento para apoyar una mano sobre la barriga de su sobrina y murmura un largo y suave balbuceo en ruso.

Me estoy desinfectando las manos cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y casi grito de alivio.

—¡Pasha! —cuando la pantalla se llena con su rostro en la videollamada, siento que quiero llorar —. ¡Bebé! ¿Cómo estás?

—Olvídate de mí —se ríe entre dientes con cansancio—. Cuéntame sobre ti. ¿Cómo están las cosas? ¿Cómo está Taty?

Llevo el teléfono hacia donde Sofi la está haciendo rebotar en su rodilla. —Casi se está riendo. No del todo ahí, pero…

Unas voces apagadas interrumpen el fondo de la oficina de Pasha. Su mirada se aleja por un segundo, luego regresa con aún más cansancio tocando las comisuras de sus ojos.

—Lo siento mucho, nena. Papi se tiene que ir.

—Pero, Pasha…

—Las amo a ambas.

Y luego se va.

Me digo a mí misma que esta es una situación de emergencia. Que Pasha está haciendo lo que siempre me juró que haría desde el principio: protegernos, luchar por nosotros. Mantenernos a salvo de todos los que están dispuestos a destrozar a nuestra familia.

Pero han sido tres días de silencio, solo para tener cinco segundos con él.

Tres noches durmiendo sola.

Tres mañanas despertándome con una almohada fría en su lado de la cama.

Él no te abandonó. Esto NO es un trato silencioso. No te están castigando.

Miro hacia el pasillo que conduce a la habitación de invitados. Asya está durmiendo la siesta, tomándose un descanso de preocuparse tanto por sus hijos que le entran ataques de pánico.

Tranquilízate, Daphne.

Ellos te necesitan.

Él *te necesita.*

DAPHNE

Me quedo mirando el teléfono desechable que está sobre el escritorio de Pasha.

Está completamente cargado. Está encendido. Ahora, solo estoy esperando a ver si alguien realmente lo llama.

El teléfono llegó anoche, pero pasaron varias horas en las que Lev y Sofi lo revisaron y escanearon el paquete en busca de cualquier señal de peligro antes de que ella me lo trajera.

Hoy es el quinto día de redadas. Pasha sigue desaparecido. Asya sigue luchando por mantenerse a flote mentalmente, y Sofi es nuestra contrabandista dedicada de todas las noticias y cosas dignas de mención.

¿Y yo?

Estoy en la oficina de mi esposo mientras nuestra hija duerme la siesta, envolviéndome en su cálido aroma a cuero y sándalo. Esperando que esta cosa…

Bzzt. Bzzt.

—¿Hola? —cojo el teléfono al primer timbre. Mi corazón late tan fuerte que rezo por poder escuchar a la persona del otro lado.

—Daphne.

Voy a vomitar.

—Daphne, necesito que me escuches con mucha atención…

—Fuiste *tú* —me trago la oleada de bilis. Por mucho que quiera regañar al hombre al que una vez llamé "Padre", estoy demasiado aturdida—. Todo. Todo esto es tu culpa.

—No, Daphne. Todo esto es culpa *tuya*.

—¡Qué demonios!

—¡Cállate! ¡Joder! ¡Cállate! —grita Stewart al teléfono—. ¡Cállate la maldita boca de una vez y escúchame! ¡Soy tu padre!

Podría colgar. Podría colgar de sus insultos y tirar el teléfono por la ventana.

Pero, si tiene información que pondrá fin a este caos, necesito obtenerla.

—Vale.

Me odio tanto. Odio cómo suena mi voz.

Lo que sea necesario.

—¿Ves? Ahora, ¿fue tan difícil? Si hubieras sido tan obediente desde el principio, nada de esto estaría sucediendo. Pero no, tenías que ir y avergonzar a toda nuestra familia. Tú, jovencita… ¡nos *humillaste*!

Tengo que morderme la lengua dolorosamente fuerte para no interrumpirlo y corregirlo. Para recordarle que ellos han sido los que se han humillado durante años.

—Honestamente, si hubieras recordado tu lugar y hubieras mantenido la boca cerrada, creo que tu madre y yo podríamos habernos adaptado a tu nueva… situación.

Esa es una mentira descarada. Ambos lo sabemos. No digo nada.

—Pero, después de esa artimaña que hiciste, tenía que hacer algo. No puedo dejar que Chekhov o su gente piensen que han ganado solo porque se está follando a mi hija. ¿Me escuchas, Daphne?

Hay una parte de mí que quiere encogerse ante él solo para que deje de ser tan despiadado y cruel. La parte mucho más grande de mí la apaga rápidamente.

La nueva Daphne Chekhov que ahora, oficialmente, está cabreada.

—Te escucho, *Stewart* —escupo su nombre con disgusto—. ¿Cómo no podría? Siempre tienes tanto miedo de que la gente se olvide de que existes. Eres como un puto perro faldero. No sabes cuándo ni cómo dejar de ladrar.

Empieza a decir algo más, pero lo interrumpo.

—No. Ahora, es hora de que tú me escuches *a mí*. Si piensas por un segundo que mi esposo va a creer que estoy detrás de todo esto, estás completamente equivocado.

—No estaría muy seguro de…

—Ah, yo sí lo estaría. Pasha sabe… demonios, toda su familia lo sabe… sobre el tipo de abuso que tú y Ophelia me hicieron pasar. Las pesadillas que obligaste a Melanie a sufrir. ¿Por qué crees que eres un extraño para tus propios nietos?

—Escucha…

—Ya no voy a escucharte más. De verdad. Ya estoy harta. Ya no voy a inclinarme ante ti, ya no voy a escucharte y ya no voy a tenerte miedo. No tienes nada sobre mí. ¡No tienes *nada*!

Stewart se queda callado. Y luego, después de una larga pausa…

—Tengo a tu cuñado.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hiela la sangre. No quiero creerle, porque sé que está

lo suficientemente desesperado como para hacer… y decir… cualquier cosa.

—¿Qué hay de él?

—Sé todo sobre tu pequeña "familia de reemplazo". Como si tu insolencia no fuera una bofetada suficiente —se ríe entre dientes a pesar de su desdén—. Y ahora sé lo que le pasó anoche en prisión.

—¿Qué? —mis pulmones se contraen.

—Ay, cariño —canturrea con una dulzura enfermiza que gotea de cada sílaba—, ¿no te enteraste? Anoche apuñalaron a Makari Chekhov. Su compañero de celda. Qué lástima.

Me hundo más en la silla de cuero de la oficina de Pasha. Me alegro de no estar de pie, porque mis extremidades se sienten débiles. Incluso mis dedos se entumecen. Dejo caer el teléfono sobre el escritorio y presiono el botón del altavoz. —Explícate.

—Sinceramente, estoy tan sorprendido como tú. Sé que Pasha es un desastre protegiendo a los suyos, pero habría pensado que al menos a su hermano le iría mejor.

—No te creo.

—Y ese es tu problema, Daphne. Nunca crees en la gente que te quiere. Soy tu padre. ¿Por qué mentiría?

Inspiro profundamente. Y luego, alto y claro para que no haya malentendidos, digo—: Vete al infierno.

Algo se mueve en su fondo. La voz de Ophelia se escucha de repente.

—Escuchaste nuestras condiciones, señorita. No nos has dado otra opción que seguir mostrándote por qué somos tu mejor oportunidad de una buena vida. Para ti *y* nuestra nieta.

Mis manos agarran los apoyabrazos. —Aléjense de mi hija, joder.

—No podemos…

—La arrancarás de mis manos frías y muertas… o te mataré antes de que tengas la oportunidad.

Ophelia solo suspira. —Siempre fuiste tan dramática. Debiste tomar nota de tu hermana; al menos, ella tuvo la dignidad de aceptar la derrota en silencio. En cualquier caso, sabes dónde encontrarnos.

—Hemos terminado.

—Pero esto no. ¿Todo por lo que estás pasando? Eso nunca terminará. Nunca encontrarás alivio del infierno por el que te está haciendo pasar tu supuesto esposo. Pero, si decides que has tenido suficiente… bueno, estamos a solo una llamada de distancia.

La línea se corta.



TODO SE SIENTE TAN PESADO, tan opaco, tan apagado.

Tal vez sea la forma en que mi cuerpo maneja la noticia. Sin ese entumecimiento, no sé si hubiera sido lo suficientemente fuerte para atrapar a Asya cuando se desplomó después de que le conté la noticia sobre Mak.

Pero, a pesar de lo entumecida que estoy, mi mente todavía corre.

Me pregunto cuánta sangre ha perdido.

Quién ha hecho esto.

Si se recuperará.

Nos abrazamos, sus lágrimas humedecen mi hombro mientras la mezo en el sofá. Mientras mi mente corre, y corre, y corre.

Tú hiciste esto.

Tú eres quien lastimó a Makari.

Si muere, su sangre estará en tus manos.

No sé cuánto tiempo nos sentamos juntas. Lo suficiente para que sus sollozos se desvanezcan en hipo y luego en silencio. Para ser honesta, he perdido la noción del tiempo. Todo simplemente se funde.

Ya intenté llamar a Pasha. Incluso ahora, con Asya acurrucada bajo una manta y su cabeza en mi regazo, presioné su nombre en mi marcado rápido y recé para que realmente respondiera esta vez.

No lo hizo.

Así que le envié un mensaje de texto con todo. Hasta la última palabra vil que mis padres me dijeron.

Bueno, tal vez no *cada* palabra. Mis pulgares se detienen sobre el teclado… y luego borro. Y borro. Y borro.

Hasta que un último ultimátum crucial queda por fuera.

Esto es lo mejor, me digo. *Esto es lo que tengo que hacer*. A pesar de que el corazón me late fuerte dentro de la caja torácica, siento que estoy haciendo lo correcto.

O, al menos, espero estar haciendo lo correcto.

Asya no se mueve cuando la convenzo de que se levante de mi regazo y se mueva al sofá. También es el momento perfecto, porque, cuando reviso a Tatyanna, mi dulce bebé también está durmiendo en su cuna.

Escribo otro mensaje de texto, esta vez para Hazel.

YO: ***¿Estás ocupada?***

HAZEL: ***Ya voy en camino***

HAZEL: ***Tenía la sensación de que podrías necesitarme***

HAZEL: ***No tienes que explicarme. Solo sé que estaré allí en unos 10 minutos***

No la merezco.

Cuando llega, no me molesta con preguntas que sabe que no puedo responder. Simplemente me da un abrazo, me dice que tenga cuidado y se dirige directamente a la guardería para cuidar a su ahijada.

Me encuentro con un Lev muy aprensivo en el ascensor. —¿Estás segura de esto? —murmura.

—Tan segura como puedo estar.

—No me gusta.

—A mí tampoco. Pero esto tiene que terminar.

—El jefe se cabreará.

—El jefe lo discutirá conmigo —miro a mi guardia convertido en amigo—. Y creo que será más comprensivo, ya que no voy sola.

Lev intenta ocultar el gesto de satisfacción que tiene en la comisura de los labios.

—Además, puede que ya le haya dejado una nota. Así que no es como si no lo supiera.

Suspira. —¿Se supone que eso me hará sentir mejor?

—No. Pero ¿puedes culparme por intentarlo?

Las puertas del ascensor se abren de golpe. Lev las sostiene para mí, pero me agarra la manga antes de que salga del todo.

—Es mi trabajo protegerte, Daphne —dice—. No estoy haciendo mi trabajo si te estoy ayudando a hacer algo peligroso.

Toco su antebrazo y le doy la sonrisa más grande y tranquilizadora que puedo reunir. No es mucho, pero es algo. —Piensa en ello como… que me estás protegiendo de cosas peores. No puedes evitar que haga algo estúpido, pero puedes asegurarte de que no muera por ello.

—Ciertamente puedo intentarlo —dice con un suspiro cansado—. Ciertamente puedo intentarlo.

PASHA

Observo la camilla vacía junto a Makari y me pregunto si alguien me culparía por acostarme en ella. Solo por unos minutos. Solo unos momentos para descansar.

—Solo tú —le murmuro a mi hermano menor. Puede que tenga o no un poco de envidia de su capacidad para dormir durante lo que casi lo mata—. Solo tú saldrías lastimado y necesitarías que te cuiden. Jodidamente típico.

Mak gruñe sin abrir los ojos. —Ay, cállate la boca.

Me pondría de pie de un salto si tuviera algo de energía. El hecho de que lo apuñalaran me robó diez años de vida.

—Estás despierto. Joder, estás despierto.

Suspira y su rostro se tuerce en una mueca, aunque sus ojos permanecen cerrados. Su voz, cuando habla, es un ronquido hueco. —¿Qué pasó? Pensé que teníamos… amigos. Vigilando.

Traducción: *¿Dónde diablos estaban nuestros guardias?*

—No lo sé. Todavía estoy tratando de obtener respuestas —me paso una mano por la cara—. Tienes que concentrarte en recuperarte.

Un silencio incómodo pasa entre nosotros. Está cargado de cosas que no sé cómo decir.

Por un minuto horrible, no estábamos seguros de que él fuera a despertar de nuevo.

Creo que él lo sabe. No voy a presionarlo para que dé respuestas, pero veo las líneas en su rostro, que me hacen preguntarme si miró a la muerte a los ojos.

—Entonces —se lame los labios y abre un ojo, lo que me incita a entregarle un pequeño vaso de plástico con agua—. ¿Cómo van las cosas?

—Avanzando en una nueva dirección. El cuchillo en tu costado te hizo un favor, de hecho. Los abogados acaban de conseguir que te liberen bajo fianza. Ahora, puedes volver a casa y ser un dolor en *mi* costado.

—No lo cambiaría por nada —parpadea un par de veces y luego frunce el ceño—. ¿Están todos bien?

—Mamá es un desastre, pero estará bien. Sofi es Sofi. Tatyanna puede que sea la que más te extrañe, honestamente. No hay nada escrito sobre gustos.

Esboza una sonrisa irónica. —Ella es la única adorable de todos ustedes, miserables bastardos —se ríe por un segundo, antes de volver a ponerse serio—. ¿Y Daphne?

—Ella está… bien. Genial, de verdad. Más fuerte de lo que yo creía.

Mak sonríe ampliamente. —Y pensar que nunca quisiste casarte.

—No me lo recuerdes.

—Oh, lo haré. Para siempre. En cada aniversario y logro monumental de la vida. Tengo que mantenerte humilde.

Me aclaro la garganta y me levanto de la vieja silla de plástico. —Bueno, vamos a darte de alta y sacarte de este infierno. Tengo que mantenerte dentro de los límites del estado y lejos de los problemas. Y campos de tiro.

Mak hace una mueca, pero no sé si es porque lo ayudé a levantarse o porque el recordatorio a la redada en su campo de tiro. —Va a ser un largo camino de regreso, ¿no?

—Lo es. Pero por eso lo recorremos juntos.

~

LA ENFERMERÍA de la cárcel era una zona muerta de concreto y mi teléfono tarda mucho en volver a conectarse al servicio. No es hasta que salimos del ascensor hacia el piso de mi ático que cobra vida con mensajes de texto perdidos.

Una tormenta de ellos.

Todos de Daphne.

Intenté llamarte varias veces. Debes estar ocupado. Está bien, lo entiendo

Solo quería avisarte

Fueron mis padres

Están detrás de todo. De todo. Las redadas, el arresto de Mak, creo que incluso su ataque

Dicen que todo es culpa mía. Que solo están haciendo esto por mí. Lo cual es un montón de patrañas porque yo NUNCA lo haría

Por favor, créeme, Pasha. Si crees en algo, créeme que nunca en un millón de años te haría nada de esto a ti. Ni a tu familia. MI familia.

Así que me ocuparé de esto. Haré que se detengan.

Si están tratando de destruirte por mi culpa, se detendrán por mi culpa

Te amo, Pasha

Siempre

Intento llamarla por teléfono, pero va directo al buzón de voz.

—¿Pash? —Mak arrastra los pies en el ascensor, detrás de mí—. ¿Qué sucede?

No respondo… solo corro.

Entro a toda prisa por la puerta del ático y me encuentro con las miradas sorprendidas de Hazel, Mamá y Sofi, todas acurrucadas alrededor de mi hija. —¿Dónde está? ¿Dónde está Daphne?

Hazel traga saliva y mira a las demás. —Ella… ella ya se fue. Dijo que tiene que encargarse de algunas cosas.

Mamá es la que se da cuenta de inmediato de mi miedo. Probablemente, porque en realidad nunca he tenido miedo. No hasta ahora.

—¿Pasha? ¿*Milyy*? ¿Qué sucede?

La miro a los ojos. No sé qué responderle.

Todo, Mamá.

Todo está mal.

DAPHNE

—Voy a insistir respetuosamente, otra vez, en que volvamos al auto y conduzcamos de regreso al ático —Lev me mira con preocupación—. Nunca estuvimos aquí. Tu esposo no tiene por qué saberlo.

—No estoy aquí para guardar secretos, Lev —le ofrezco una pequeña sonrisa. Luego, miro la decrépita mansión que se alza frente a nosotros—. Solo… voy a casa.

—Tú y yo sabemos que es una trampa.

Dejo escapar un largo y profundo suspiro. —Lo sé. Por eso te voy a dar esto —le entrego el teléfono desechable, recién cargado y encendido.

Lev no aparta la mirada de mí, pero su ceño se profundiza.

—Déjalo encendido —digo—. Podrás escuchar todo lo que sucede allí, ¿vale? Y si hay algún problema, ven a sacarme. Cueste lo que cueste —lo miro a los ojos con una determinación férrea en los míos—. Volveré con mi hija esta noche. No lo quiero de otra manera.

Suspira mientras acepta el teléfono de mi mano, una llamada entre él y yo todavía activa.

—Si se queda en silencio —advierte antes de que me dé la vuelta para irme—, entraré. Grito o no, seguiré mi instinto.

—Lo sé, Lev —le doy una palmadita en el hombro—. Te aprecio más de lo que jamás podrías imaginar.

Luego, empiezo a caminar.

La mansión es muy diferente de lo que conocía de niña. Los jardines están secos, la hierba salvaje y descuidada, y la podredumbre ha comenzado a trepar por los troncos de los árboles como si el suelo mismo fuera veneno. Mis padres solían invertir miles de dólares en paisajismo, solo para asegurarse de que todos los que pasaban por allí supieran lo exitosos e influyentes que eran.

El verbo pasado es la parte importante. *Solían. Eran.* Las cosas han cambiado.

No me molesto en tocar el timbre o llamar a la puerta. Saben que voy.

Entro en el vestíbulo principal y reprimo mi jadeo de horror. Nunca esperé ver tanto polvo, tantas

telarañas, tantas cosas rotas sin posibilidad de reparación.

Pero tal vez esta sea la verdad que nadie quería ver.

Que todo era solo para mostrar. Exhibición para entretener.

Incluidas las hijas que criaron aquí.

Oigo pasos. Mi madre emerge del pasillo. Cuando me ve, levanta los ojos… al menos tanto como décadas de bótox y estiramientos faciales le permiten… y luego se da la vuelta y se dirige directamente al lugar de donde vino.

Luego: voces. Más pasos. Dos pares esta vez, cada vez más fuertes hasta que mis dos padres reaparecen.

Se ven desaliñados, sucios de maneras que no puedo explicar. Desgastados en los bordes. Al igual que los árboles de afuera, se están pudriendo desde el tronco.

Mi padre avanza a grandes zancadas hacia mí, con los labios casi fruncidos. Cuando está lo suficientemente cerca, empiezo a hablar. —Papá, yo…

El chasquido de su revés en mi cara resuena en la fría entrada. El sonido es la única advertencia que recibo antes de que el dolor se instale.

Y el piso se levanta para atraparme.

Stewart se inclina sobre mí donde caí, con la cara roja y echando espuma por la boca. —No puedes prostituirte con una pobre excusa de mafioso y luego actuar como si tuvieras la ventaja. ¡Lo que haces, pequeña perra egoísta, es *lo que yo te diga, joder!*

Me pongo de pie tambaleándome mientras él suelta su diatriba. La cara todavía me duele horriblemente, y estaría mintiendo si dijera que no me está asustando muchísimo con lo desquiciado que se ha vuelto.

Pero, más que asustada, estoy cabreada.

Realmente.

Jodidamente.

Cabreada.

—Entonces, ¿sabes qué? —se ríe oscuramente—. He decidido cómo puedes pagarnos por todo lo que has hecho. Ya que te encanta abrir las piernas, estarás…

No le doy la dignidad de devolverle un revés.

Le doy un puñetazo en la mandíbula.

Ophelia grita y lo atrapa mientras se tambalea hacia atrás. Stewart escupe sangre y, cuando se toca la nariz, veo cómo le tiemblan los dedos.

Bien.

—Vine aquí para hablar —giro mi postura y me hundo en la posición de lucha que Sofi me

enseñó. Codos hacia adentro, barbilla escondida detrás de mis puños, ojos a la altura—. Pero, si quieres ponerme las manos encima, te devolveré el favor.

—¡Esto es ridículo! ¡Los dos! —Ophelia le aprieta el brazo—. ¡Es nuestra hija, Stewart! ¡Somos familia!

—Dejaron de ser mi familia la primera vez que intentaron venderme —escupo con disgusto. —¿Tenía qué, ocho años? ¿Cuánto te habría dado si realmente hubiera sucedido?

Pone los ojos en blanco. —¡Deja de hacer que suene tan terrible! ¡Todo lo que hicimos fue emparejarte con un socio comercial exitoso y estable, que te hubiera dado el mundo una vez que tuvieras la edad suficiente! Y, honestamente, no puedo creer que todavía estés sacando eso a relucir…

—¡Tenía *ocho* años! ¡Era una *niña*! —la miro fijamente. A los dos—. ¿Te escuchas siquiera? ¿Qué enfermos y jodidos están los dos?

—¡Tal vez sea porque nos hiciste así, puta desagradecida! —Stewart escupe a mis pies y da un paso hacia mí a pesar de que su esposa se aferra a él—. ¡Todo lo que hemos hecho ha sido por ti! ¡Por *ti*! ¡Lo intentamos con tu hermana, pero ella era incluso peor que tú! ¡Al menos podrías estar agradecida por los sacrificios que hicimos!

Pensé que Lev ya habría venido, pero me alegro de que no lo haya hecho todavía. Tengo algunas cosas para decir antes de que todo esto se vaya demasiado lejos como para poder salvarlo.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que estás delirando.

Stewart suelta una carcajada. Y luego simplemente… sigue riéndose. Y riéndose.

Es profundamente inquietante.

—¡Lo estoy! ¡Debo estarlo! —se da una palmada en el pecho—. ¿De qué otra manera alguien podría describir mis constantes intentos de mantener unida a esta familia? ¿De darnos la mejor vida posible? Diablos, traicioné a mi propio jefe solo para asegurarme de que todos pudieran disfrutar de la vida en el regazo del maldito lujo… ¿y este es el agradecimiento que recibo?

Le frunzo el ceño. Incluso Ophelia se aleja un paso de él. —¿Stewart? ¿De qué estás hablando?

De nuevo, se ríe. —¿De qué diablos crees que estoy hablando, mujer? ¿Qué, creías que Kostya Chekhov me despidió sin razón? ¡Estaba *muerto*! ¡Y yo ayudé a apretar el gatillo!

Siento como si algo me acabara de golpear en el estómago. —Tú… espera, ¿qué?

—Así es como sé que su hijo no es bueno para ti. Te lo juro, Daphne, sé cómo es ese hombre. Cómo son todos esos Chekhovs. Kostya no podía guardársela en sus putos pantalones, ¡y era un completo gilipollas incluso *sin* haberse follado a la esposa de su mejor amigo en su escritorio! Así que sí, ¡lo delaté! Y recibí un pago increíble por ayudar a su rival a hacerse cargo de la empresa. ¿Quién diablos crees que pagó nuestras vacaciones en Mykonos ese año?

Mis cejas están firmemente apretadas a lo largo de la línea del cabello. No creo que vayan a bajar pronto. —Tú… tú no estás bromeando. En serio lo hiciste. Tú hiciste que mataran a Kostya.

—Le hice un puto favor al mundo. Al igual que he estado tratando de hacerte *a ti* el favor de

asegurarme de que su mala semilla no manche a nuestra familia —Stewart respira profundamente para calmarse y levanta una mano—. Sí, lo sé, ya has dado a luz a su hija. Podemos pasarlo por alto. Solo tienes que dejarlo a él y a su mundo atrás, ¿vale? Nadie necesita saber que tu hija es una bastarda. Ella puede ser… bueno, en realidad resulta bien que Conrad esté muerto. La gente no se entrometerá.

Voy a vomitar. —No puedes hablar en serio.

—Los Ewing necesitan un heredero —interviene Ophelia suavemente—. Ya hemos hablado con ellos. Están dispuestos a pasar por alto todo y le darán una vida cómoda…

—No puedes hablar en serio.

Debo estar dormida y teniendo una pesadilla horrible, porque no acabo de escuchar a mis propios padres decir que van a entregar a mi bebé a unos extraños que ni siquiera me agradan.

—Es la única manera. ¡Una vez que ese bebé esté fuera de escena, tendrás opciones! ¡Tal como dijo tu padre!

Están dementes. Ambos están clínicamente dementes. Esa es la única explicación para todo esto.

—Vale. ¿Sabes qué? —levanto mis manos en señal de rendición fingida—. Vine aquí para hacer las paces. Para negociar para que los dos paren mientras están ganando. Pero, claramente, necesitan ayuda psicológica profesional real. Esto es… Me voy.

Gracias a Dios, tengo todo eso en el teléfono desechable, sin embargo.

El que está en el auto, grabando todo.

—Lo que necesitamos, Daphne, es que estés aquí con nosotros. Apoyándonos. Restaurándonos.

—Absolutamente no. —me acerco unos pasos a la puerta. No sé si Lev se quedó dormido o está hablando por teléfono con Pasha, pero esta es definitivamente una situación cada vez más insegura—. Me voy ahora. Tienes un…

La puerta se abre de golpe detrás de mí.

Oh, gracias a Dios. Lev finalmente se une a este espectáculo de mierda.

Pero, cuando me muevo para darme vuelta y saludarlo, me agarran por la cintura y me empujan contra un hombre sudoroso, maloliente y mucho mayor…

Que me pone una pistola en la frente.

—Den un solo paso —les gruñe a los Hamish— y le vuelo la maldita cabeza.

Trago saliva con fuerza. Mi boca sabe a ácido.

—Vamos, vamos, Scott —de repente, Stewart suena tan tranquilo y sereno. El cambio es discordante—. No seamos tontos.

El senador caído en desgracia se ríe en mi oído y aparta el arma. —¿Sabes qué? Tienes razón. No tiene sentido volar su linda cabeza antes de obligarla a volarme la mía, si sabes a qué me refiero.

Sí. Voy a vomitar sobre el suelo de mármol. De todos modos, siempre odié ese diseño.

—Pero antes de hacerlo…

Apunta el arma a la cara de Stewart.

—Vas a darme una buena razón por la que no debería apretar este gatillo.

DAPHNE

No pensé que este viaje necesitaría una tarjeta de bingo para “Cosas Que Podrían Salir Mal”.

¿Mi padre confesando haber ayudado e instigado a un asesinato? Listo.

¿Ser informada de que ahora soy la prostituta de la familia? Listo.

¿Vender a mi bebé a los peores ex suegros de la historia? Listo.

¿Un ex senador caído en desgracia amenazando con violarme y asesinarme? Listo.

Si añadimos el espacio libre y/o el zombi de Conrad atravesando una ventana, tenemos un bingo.

Como Lev no está por ningún lado, solo me queda una opción si quiero salir corriendo de aquí: machacar el botón de pánico de mi pulsera.

Pero Brennan me ve hacerlo. Parece que él también sabe lo que es, porque agarra la pulsera por la cadena y me la arranca de la muñeca de un tirón doloroso.

Lo siguiente que sé es que su mano libre se mete en mis bolsillos y hurga sin dudar. Incluso se toma el tiempo de frotarme lascivamente a través de mi propia ropa mientras lo hace, sobre todo cuando revisa mis bolsillos traseros.

—Pensándolo mejor, querida… —se lame los labios agrietados—. Creo que tú y yo deberíamos pasar mucho tiempo de calidad juntos. ¿No?

—Puede que sea una puta, Scott, pero aún tenemos estándares —Stewart lo mira con ira, pero no hace nada para ayudarme—. Te voy a pedir que quites tus manos de encima de mi hija.

—No puedes pedir nada, Hamish. Estamos en este lío por tu culpa.

Encuentra lo que está buscando: mi teléfono. Y, cuando lo hace, lo saca de mi bolsillo y lo agita burlonamente hacia ellos, mostrando que la llamada está activa. —¿Ves? A diferencia de ti, ella es inteligente. *Demasiado* inteligente.

Tira mi teléfono al suelo y lo aplasta con el talón.

Mierda. Ahí va esa ruta de escape.

—Si tuvieras la mitad del cerebro que ella, la habrías cacheado antes de abrir la puta boca.

—¡Pero es nuestra hija! —Ophelia da un pisotón, como si eso fuera a hacer algo—. ¡Es familia!

—¡Lo dices como si significara algo! —Brennan se ríe y agita su arma hacia ellos—. ¿Sabes qué significa algo? ¡*Chekhov*! ¡Ya no es su hija, gilipollas sin cerebro! ¡Es su *esposa*!

Eso los calla.

—Pero ¿por qué me sorprende? Probablemente sean los idiotas más grandes que he tenido la desgracia de conocer —Brennan apunta su arma a Stewart, más en tono de conversación que de amenaza—. Quiero decir, vamos. ¿De verdad pensaste que podrías chantajear a un senador y salirte con la tuya?

Para ser justos, eso suena como algo que Stewart Hamish haría.

—¿Sabes cuál es tu peor defecto? —el ex senador empuja su arma bajo la barbilla de mi ex padre, obligándolo a levantar la cabeza—. Juegas tus cartas demasiado pronto. La clave del chantaje, pedazo de mierda idiota, es aferrarte a él tanto como sea posible. ¿Pero tú? Solo tienes que asegurarte de sentirte siempre poderoso. Te excita, ¿no? Esa es la única explicación razonable de por qué harías algo tan alucinantemente estúpido como contarle a mi esposa sobre mis pasatiempos.

—Yo… yo…

—¿Tú? ¿Tú? ¿Tú qué, Stew? ¡Arruinaste mi vida! ¿Me escuchas? —ahora presiona la pistola contra su sien, haciendo que mi padre se estremezca—. ¡Arruinaste mi *maldita vida*! ¡Lo perdí todo! Perdí mi trabajo, mi reputación, mi hogar, a mi esposa…

—¡Podemos hablar con ella! —suplica Ophelia. —Hablaré con ella, lo juro…

Brennan resopla. —¿Tienes una de esas tablas Ouija? Está muerta, perra estúpida. Habla con ella todo lo que quieras. Te contará cómo la hice suplicar por misericordia mientras la disfrutaba una última vez. Como compensación por el infierno por el que me hizo pasar.

Ay, Dios mío. Está enfermo.

Todos están enfermos.

Están enfermos de la cabeza y yo estoy muy por encima de la mía.

¡Vamos, Lev! ¡Pasha! ¡Alguien!

—Así es como va a ser esto —Brennan me agarra el brazo y mantiene la pistola junto a mi oreja —. ¿Tú, Stewart? Te voy a disparar en la polla. Te va a doler como el infierno, te desangrarás y morirás, pero será lento. A diferencia de ti, sé cómo disfrutar de una larga espera cuando me da ventaja —se encoge de hombros—. Además, confundirá a los policías el tiempo suficiente para mantenerlos ocupados mientras me escapo.

Se vuelve hacia Ophelia. —¿Tú? Eres un poco mayor para mi gusto, pero tienes una boca bastante decente. Si quieres tener alguna posibilidad de sobrevivir a esto, vas a convencerme de que no te mate con lo bien que puedes hacer que funcione. Muérdeme y te vuelo los sesos. ¿Entendido?

Ophelia palidece.

—Y tú, mi dulce bocado… —me huele el cabello y gime de placer enfermizo—. Te voy a *disfrutar*. Una vez que tu madre termine de rogar por su vida, te voy a follar justo delante de los dos. Que sea una verdadera ocasión familiar, ¿no?

Me trago la bilis que se filtra por mi garganta. —Pasha te va a matar. Lentamente.

Brennan se ríe entre dientes. —¿Tú crees? Yo no. Porque, a diferencia de los idiotas que te engendraron, sé jugar a largo plazo. Mientras te mantenga conmigo y te mantenga con vida, él no hará ningún movimiento estúpido. Hará lo que sea necesario para asegurarse de que no te mate. Y tú vas a hacer lo mismo, ¿entendido? Haz *lo que sea necesario* para asegurarte de que no quiera matarte.

Su mano se desplaza hacia mi trasero y lo aprieta cuando dice esa última parte.

Una gran parte de mí quiere entrar en pánico. No me gusta que me toquen, no me gusta que me amenacen de forma tan repugnante y definitivamente no me gusta la forma en que sigue blandiendo esa pistola.

No, Daphne. Recuerda lo que dijo.

Eres una Chekhov.

Y eso significa algo.

—Tengo una contraoferta.

Brennan se aleja de mí, genuinamente sorprendido. —Ah, ¿sí?

Tengo que admitir que yo también estoy bastante sorprendida. Sueno mucho más fuerte de lo que me siento. Más segura. Asertiva. *Poderosa*.

Incluso tengo las agallas de sonreírle, como la Chekhov que soy. —Sí. Quédate con tu arma. Dispárales a ambos por lo que a mí respecta, pero asegúrate de que no quede demasiado desordenado. Planeo heredar este lugar una vez que se hayan ido, y los honorarios por limpieza profunda son enormes.

Ophelia jadea horrorizada. Stewart parece querer abalanzarse sobre mí otra vez, pero no lo hará con Brennan todavía empuñando esa estúpida arma.

—Continúa —dice. En realidad, suena… interesado.

Apoyo mis manos en mis caderas e inclino mi cabeza hacia un lado. Nunca conocí a su esposa, pero la vi en las noticias algunas veces. Algo me dice que tiene una debilidad por las mujeres poderosas… y el bulto creciente en sus pantalones lo confirma. —Te daré una ventaja. Tú y yo sabemos que Pasha no descansará hasta que estés muerto y, como dijiste: no es divertido cuando es rápido. Así que lo distraeré lo suficiente para que al menos puedas escapar de la ciudad.

Brennan parece pensarlo seriamente. Esto podría funcionar. Podríamos…

—O… —me sonríe. Es frío, cruel y profundamente perturbador—. Mato a tus padres. Me follo ese dulce cuerpo tuyo. Luego te mato justo cuando él llegue para poder matarlo mientras está demasiado distraído lamentando tu cadáver profanado. Sí. Me gusta más ese plan.

Mierda.

No puedo pensar en una táctica diferente. No se me ocurre nada. Una cosa es enfrentarse a alguien perversamente inteligente, ¿pero trastornado?

Eso es un muro completamente diferente de lo imposible.

—Scott…

Hay un golpe repentino en la puerta. Es tan fuera de lugar y tan de la nada que casi me río.

Brennan se congela. —¿Qué carajo?

Otro golpe. Esta vez, un poco más fuerte. Más firme.

El senador se da vuelta, con la mano que sostiene su arma flácida a su costado. Está tan confundido como nosotros, pero, como tiene todas las cartas en la mano, tiene sentido que sea él quien abra la puerta.

La abre.

Veo una figura felizmente familiar oscurecer la puerta.

Y entonces me doy cuenta: Brennan me da la espalda. Está completamente distraído. Y yo estoy completamente cabreada.

Lo suficientemente cabreada como para hacer algo muy, muy estúpido.

PASHA

Ya sé que voy a asesinar a alguien.

Entonces, encuentro a Lev en el pasto, sangrando por una herida de bala, y estoy más seguro que nunca.

El auto ni siquiera se detiene por completo cuando salgo a toda velocidad, acortando la distancia entre uno de mis mejores hombres y yo. Me ha estado informando sobre la ubicación y la actividad de Daphne, así que, cuando de repente se quedó en silencio, supuse que había entrado para salvarla.

¿Esto?

Esto es mucho peor.

—¡Lev! —le doy vuelta con cuidado y le doy un golpe en el costado de la cara sin tanto cuidado —. Lev, hombre, despierta. ¡Por el amor de Dios, despierta!

Gime.

Gracias a Dios.

—Bre… —tose, resuella y trata de agarrar mi abrigo—. Brennan. Puto… Brennan.

Siento que se me hiela la sangre. —¿Está aquí? ¿Brennan está aquí?

—Él… él me disparó —resuella Lev de nuevo mientras intenta asentir—. Me disparó, maldita sea… Déjame… déjame…

—Me encargaré. Y vamos a conseguirte ayuda, ¿vale?

—Ella… está ahí dentro. Daphne…

La rabia dentro de mí hierve. Mis manos tiemblan con la necesidad de golpearlas contra algo. Alguien. *Brennan.*

Un par de mis otros hombres se apresuran a ayudar a Lev a subir a su camioneta. Cada vez más vehículos de la Bratva se acercan a la entrada de la mansión Hamish, con *vors*, guardias y soldados de a pie rodeando el edificio y barriendo el terreno.

Arlo cruza furioso el césped muerto, con el arma desenfundada y la mandíbula apretada. —¿Cuál

es el plan?

Me enderezo y desenfundo mi propia arma. —Saquen a Daphne. Ella es la prioridad. Maten a quien tengan que matar.

Él asiente. —Por supuesto —mientras empiezo a caminar hacia la casa decrépita, él se pone en marcha.

Todavía no estoy en condiciones de aceptarlo como mi padre. Pero puedo apreciar que, incluso ahora, frente a todo, él no me cuestiona ni se aleja de mi lado.

Me hace preguntarme si esto es lo que es tener un buen padre.

Se escuchan voces desde el interior de la entrada principal de la mansión. Me obligo a resistirme a entrar a toda prisa al oír la voz de Daphne, en lugar de eso miro a mi alrededor para asegurarme de que todos estén en posición.

Sofi corre por detrás. Cuatro de sus hombres la siguen, con armas y cuchillos en la mano.

Lev está cargado en la camioneta y se van, en silencio hasta que están lo suficientemente lejos de la casa para ir a toda velocidad al hospital.

Necesito cronometrar esto a la perfección. No puedo ver a través del estúpido vidrio esmerilado si Brennan tiene una pistola apuntando a la cabeza de Daphne.

—O… —lo escucho burlarse en voz alta—. Mato a tus padres. Me follo ese dulce cuerpo tuyo. Luego te mato justo cuando él llegue para poder matarlo mientras está demasiado distraído lamentando tu cadáver profanado. Sí. Me gusta más ese plan.

La *única* razón por la que no derribo la puerta de una patada aquí y ahora es porque Arlo extiende su brazo y me da una mirada fría y cómplice.

Luego, toca la puerta.

La voz de Brennan se apaga. Nadie más parece hablar.

Pasos se acercan a la puerta. Se abre y Brennan nos mira con asombro y estupefacción.

Mi primer pensamiento es asesinato. Mi segundo y tercer pensamiento también.

Pero entonces me distraigo. Movimiento, detrás de él. Un borrón familiar de cabello castaño rojizo brillante.

Mi corazón se detiene.

Entonces, Daphne se lanza a por sus piernas, no a por su arma. Es un movimiento suave y rápido, que toma a Brennan por sorpresa y literalmente lo hace caer al suelo.

Mi maldita reina.

Arlo entra en la habitación sin decir palabra, apuntando con su arma a los Hamish. Las puertas y ventanas de la casa se abren de golpe mientras mi Bratva irrumpe en el interior y comienza la búsqueda de trampas, guardias, cualquier cosa que pueda hacernos desaparecer del mapa sin previo aviso.

Daphne se aparta del camino justo cuando Brennan se derrumba en el suelo. Quiero alcanzarla, atraerla hacia mí y llevármela de aquí, pero este estúpido hijo de puta intenta agarrarle los tobillos.

—Eres un estúpido *mudak*.

El último hilo de mi autocontrol se rompe.

Ni siquiera necesito mi arma. Él sí que no necesita la suya, lo que dejo muy claro al aplastarle la muñeca contra el azulejo de mármol con una mano y romperle los dedos con la otra.

Brennan grita.

Solo alimenta mi sed de sangre.

No tengo nada que decirle, así que no lo hago. Simplemente lo inmovilizo y lo golpeo hasta dejarlo hecho polvo. No quiero reconocer su rostro cuando termine. Diablos, cuando termine, los registros dentales no serán suficientes. En el mejor de los casos, será una mancha en el azulejo.

Simplemente lo golpeo.

Y golpeo.

Y lo golpeo hasta convertirlo en una maldita pulpa.

Está flácido y morado cuando siento una mano en mi hombro. Casi la arranco, pero algo me detiene.

—Pasha —oigo su voz a través de la neblina roja como la sangre—. Mi amor. Está acabado.

Definitivamente no se mueve, eso es jodidamente seguro.

Daphne me da el espacio para tomar aire y recuperar la parte más humana de mí. También me ofrece mi arma.

Miro sus dedos envueltos alrededor de la empuñadura.

No sé cuándo realmente se convirtió en Bratva. Pero no puedo negar que ahora es una de nosotros.

Y estoy tan jodidamente orgulloso de eso.

De ella.

Tomo mi arma y ni siquiera pienso en lo que viene después. Simplemente apunto y disparo sin siquiera mirar. Una pequeña exhalación lo termina. Scott Brennan ahora está, oficialmente, muerto y acabado.

Me levanto de su cadáver y me limpio las manos ensangrentadas en mi abrigo. —Maldita sea, Brennan. No tenía que terminar así.

—Sí, tenía —Daphne lo mira fijamente, su voz tranquila pero fría—. Era un hombre enfermo. Ni siquiera un hombre, en realidad. Esto… esto tenía que suceder.

—Y esto también.

Me congelo. Ella también. Ninguno de los dos se mueve mientras Stewart se acerca a ella, con su arma apuntando a su cabeza.

Me las arreglo para echarle una mirada atónita a Arlo. ¿No tenía a los Hamish bajo control?

A juzgar por la expresión de su rostro, sí.

Stewart está lo suficientemente loco como para sacar esta mierda de la nada.

—Me voy de aquí —gruñe—. No me importa lo que les pase. Pero voy a salir de aquí, vivo. ¿Me oyes?

De nuevo, miro a Arlo. Pone su dedo índice sobre el gatillo.

Pero entonces Stewart se coloca detrás de Daphne y la usa como su escudo humano. —No, no. No vas a hacerme una mierda de la mafia Bratva, Chekhov. No si la quieres viva.

Ophelia chilla desde el rincón en el que se ha acurrucado. Ni siquiera intenta suplicarle a su esposo que perdone a su hija.

Jodidamente patética.

Arlo me murmura algo en ruso. Miro a Daphne y encuentro su mirada temerosa con mi propia confianza inquebrantable.

Confía en mí, moya plamya.

Ella cierra los ojos.

Yo respiro.

Y entonces, Stewart Hamish cae detrás de ella, con un agujero de bala en medio de su frente.

Ophelia grita. Sofiya se abalanza sobre ella y la agarra, arrastrando a la mujer hacia atrás para encargarse del asunto afuera.

Tomo a Daphne en mis brazos sin pensarlo dos veces. —¿Estás bien? ¿Estás herida?

Tiembla de pies a cabeza. —Estoy bien. Estoy bien. Nadie… nadie hizo nada.

Su voz se quiebra. Las lágrimas brotan de sus ojos. *Nadie hizo nada*, eso dice. Pero seguro que lo intentaron.

Acuno su rostro en mi mano y la obligo a mirarme. —¿Por qué? En serio, Daphne, ¿*por qué*? ¿Sabes lo jodidamente aterrorizado que he estado? ¿Y por qué demonios no usaste tu botón de pánico?

Su labio inferior tiembla. Lo toco con mi pulgar. No quiero asustarla, pero *maldita sea*, yo también estoy asustado.

Nunca había conocido el miedo verdadero hasta que me di cuenta de lo cerca que estaba de perderla. Para siempre.

Ella me alcanza y toca mi mano con la suya, lo que me muestra las marcas rojas profundas en su muñeca, huellas perfectas del brazalete que solía estar allí.

Quien se lo arrancó ya está muerto. Aun así, quiero traerlo de vuelta y matarlo de nuevo solo por marcar a mi esposa de esta manera. Por *atreverse*.

Tomo su mano y beso la piel. —Lo arreglaremos. Arreglaremos todo.

Luego, la arrastro hacia mi abrazo y no la suelto por un largo, largo tiempo.

Finalmente, escucho a Arlo aclararse la garganta. Hay más cabos sueltos que atender, así que, con un suspiro, suelto mi agarre en Daphne, aunque mantengo su mano en la mía. Juntos, seguimos a Arlo afuera.

Bajo un viejo roble en la extensión desaliñada del césped trasero, Ophelia lucha contra el agarre de hierro de Sofi en sus brazos. Ella está de rodillas, con el vestido sucio y el rostro manchado de maquillaje y lágrimas.

Tiene suerte de que no la hayamos pintado con la sangre de su esposo.

Y, cuando empiezo a avanzar hacia ella para realizar lo inevitable, tiene aún más suerte de que su hija levante una mano.

—Esta es mi lucha. No la tuya —dice—. Déjame manejarla.

Con un suspiro silencioso, cedo.

Sofiya arroja a la mujer a los pies de Daphne. —Intentó escaparse una vez que la trajimos aquí. Le dije que no podía abandonar a sus hijas. Otra vez.

Mi esposa se agacha frente a su ex madre, con el ceño fruncido por la ira y la tristeza. —Te di una oportunidad tras otra, tras otra, para arreglar las cosas. ¿Y qué hiciste en cambio? Dejaste que él me lastimara. Tú, *Madre*, dejaste que tu esposo lastimara a tu hija.

Ophelia estalla en lágrimas.

—¿Por qué? ¿Porque te "avergoncé"? ¿Porque no aplaudí y bailé como un mono de juguete para tu diversión? Estás enferma, Ophelia. Necesitas ayuda profesional.

—¡Lo hice por ti! —la mujer chilla y solloza y araña la tierra seca—. ¡Lo hice *todo* por ti! ¡Tu padre, él… él… él era un monstruo! ¡No sabes lo que soporté por ti! ¡Tú y tu desagradecida hermanita!

Daphne se endereza. Se gira hacia mí, sus ojos pidiéndome permiso para hacer lo que hay que hacer. Y, aunque no sé lo que tiene en mente, confío en ella.

Así que asiento.

—Te voy a hacer un favor —Daphne le hace un gesto a Sofi para que saque a la mujer desquiciada del suelo—. Porque, después de todo lo dicho y hecho, todavía eres… Bueno, todavía me diste a luz. En un momento, hace mucho tiempo, *fuiste* mi madre.

La mujer sigue luchando, con la respiración agitada, sus labios temblorosos.

—Te irás por mucho, mucho tiempo. A algún lugar lejos de mí y de mi familia. Mis hijos, los hijos de Melanie, nunca te conocerán. Tú nunca los conocerás. De todos modos, estarás demasiado concentrada en tu salud mental y en la terapia en cualquier instituto que encontremos

para ti, así que eso debería ayudar a sanar el dolor.

Sofi levanta las cejas y me mira. Yo me encojo de hombros.

Estoy bastante seguro de que hay un instituto psiquiátrico en algún lugar de Siberia.

Daphne parece querer decir algo más, pero lo deja así. Probablemente sea lo mejor. Se da vuelta hacia mí y camina directamente hacia mis brazos, enterrando su rostro en mi pecho mientras la sostengo tan cerca y fuerte que no podrá separarse de mi abrazo durante una semana.

O jamás, si tengo algo que decir al respecto.

Sofi toma a Ophelia del cabello y arrastra a la mujer salvaje hacia la camioneta más cercana. Sus gritos por Daphne son ignorados. Acaricio el cabello de mi esposa para cubrirle los oídos, solo para que no tenga que soportar el sonido más de lo necesario.

—Quiero decir que lo siento —murmura Daphne una vez que Ophelia se ha ido y el silencio finalmente se apodera de nosotros—. Pero no lo siento.

Le levanto la barbilla para que vea mi rostro. Para que pueda ver, en mis ojos, que lo entiendo.

Lo odio. Pero lo entiendo.

—Te amo, Pasha. Siempre lo he hecho. Siempre lo haré —respira profundamente y exhala, con los nervios temblando—. No podía dejar que siguieran así.

—Lo sé —le doy un cálido beso en los labios—. Todavía estoy muy jodidamente cabreado, pero lo sé. Yo también te amo.

Ella sonríe. Parece cansada, así que la aprieto más contra mí.

—Vámonos a casa.

EPÍLOGO: PASHA

UN AÑO DESPUÉS

—¿Quién entrega a esta mujer?

Miro a mis hermanos, que asienten. —Nadie, en realidad —digo.

Se escuchan murmullos entre la multitud. Típico.

—No podemos entregar a nuestra madre porque siempre ha sido suya. Solo estamos… —miro a Arlo mientras guío a Mamá hacia él—. Solo estamos devolviéndola.

Mamá se seca los ojos antes de volverse hacia mí y besarme la mejilla. Me aseguro de que le entregue con éxito su gran ramo a Sofiya, haciendo todo lo posible por calmar el calor que sube por mis mejillas.

Soy el *pakhan* de nuestra familia.

Pero también soy un hijo amoroso dedicado a ver a su madre feliz.

Estoy a punto de regresar a mi asiento junto a Daphne cuando Arlo de repente toma mi mano. La estrecha y luego me abraza con fuerza.

No…

No sé qué decir. Qué hacer.

Nunca he tenido una figura paterna que me haya demostrado este tipo de afecto.

Mierda. Nunca he tenido un *padre*.

Como mi cerebro está más o menos apagado ante lo nuevo e inusual, hago lo que él hace. Le devuelvo el abrazo, contra todo pronóstico, toda razón y todo lo que me han enseñado.

Arlo fue un cambio inesperado en nuestra dinámica familiar que nunca supimos que necesitábamos. Claro, queríamos que él amara y apreciara a nuestra madre como ella se merece. Eso siempre ha sido así.

Solo que nunca esperamos que él nos amara y apreciara a nosotros también.

Daphne desliza su brazo por el mío cuando finalmente regreso a mi asiento. —¿Estás feliz? —susurra, lo suficientemente suave para que nadie pueda escucharla excepto yo.

Me tomo un momento para pensarlo todo de verdad. ¿Estoy feliz?

Mi madre está radiante. Lo ha estado desde el día en que este hombre volvió a entrar en su vida. Fue como verla respirar de nuevo por primera vez en décadas. En realidad, por primera vez en toda mi vida.

Se ha confirmado que no tengo ni la más remota relación biológica con Kostya Chekhov. Es un peso que me quito del pecho, porque ¿cómo puedo llegar a ser alguien que realmente no soy? Ya no me persiguen sombras que no me pertenecen.

Mi imperio es fuerte. Mis soldados son leales. Mis negocios están floreciendo. Mi familia está creciendo.

Me doy vuelta para mirar a mi esposa. Está manejando a nuestra hija, la niña de las flores, que se retuerce en su otro brazo con gran habilidad, con una sonrisa tranquila en su rostro a pesar del pequeño caos.

—Sí —le doy un cálido beso en la frente a Daphne—. Estoy feliz.



El salón de recepción es una cacofonía de risas y música, gritos pidiendo más champán y pastel, y el llanto repetido de un niño cansado. *Mi* hija, la mayoría de las veces.

No lo cambiaría por nada del mundo.

—¡Lev, hombre! —lo llamo cuando lo veo caminar hacia mi mesa con su esposa—. ¡Me alegro mucho de que hayas podido venir!

—No me lo perdería por nada del mundo, señor —me estrecha la mano y mira a su alrededor—. Nunca pensé que vería este día, eso es seguro.

—Hemos recorrido un largo camino. Se avecinan tiempos mejores.

Su esposa frunce el ceño. —¿No te preocupa la reacción negativa a ese horrible escándalo? Todavía están hablando de eso en las noticias. El senador y sus… *pasatiempos*.

—Nora…

—No, es una buena pregunta —le digo a mi nuevo *vor* antes de que pueda reprender a su esposa por excederse—. Me gusta pensar que soy un buen juez de carácter, pero, lamentablemente, no soy perfecto.

—¿Puedo tener eso por escrito? —me pregunta de repente mi esposa desde donde está sentada con su culo entrometido.

Compartimos una risa mientras pongo los ojos en blanco. —Como les dije a los agentes que investigan, algunas personas son realmente buenas para ocultar sus yoes más oscuros. Afortunadamente, hemos podido deshacer su daño. Con nuestra ayuda, los federales han descubierto tres redes de tráfico hasta ahora.

Los ojos de Nora se abren de par en par. —¿En serio? ¡Eso es increíble! —se gira hacia su

esposo y le da un golpe en el hombro—. ¡Lev, cariño, nunca mencionaste esto antes! ¿Has estado ayudando?

El pobre hombre parece nervioso. Sabe que no debe divulgar asuntos de la Bratva a un civil como su esposa.

Decido darle un respiro. Después de todo, le salvó la vida a mi esposa. Muchas veces. —Lev ha sido uno de mis mejores. Estoy seguro de que entiendes que la naturaleza de este trabajo significa que no puede contar los detalles exactos.

Ella sonríe y le aprieta el brazo. —¡Estoy tan orgullosa de ti! Mi hombre. Mi Lev.

Me retiro para continuar haciendo las rondas como coanfitrión, asegurándome de que todos se diviertan en la boda de mi madre… no, espera… mis *padres*.

El otro anfitrión es Arlo, que casi me pelea por quién paga la celebración.

—¿Y cómo estamos disfrutando de nuestra velada? —le pregunto a la pareja que encuentro chupándose la cara en un rincón no tan discreto de la habitación.

Sofi se aparta de su nuevo novio y se sonroja. —¡Pasha! Hola… hermano mayor…

—Estábamos hablando de lo perfecto que ha sido el día —Derek, dicho novio, muestra una sonrisa que probablemente desarmaría a cualquier otra persona. Por desgracia para él, soy demasiado protector con mi hermana menor como para caer en ella—. El tiempo, ya sabes. Ni una nube en el cielo.

—Sí, perfectamente claro —me ajusto los gemelos de los puños del esmoquin mientras mi sonrisa se vuelve lobuna—. Como mis instrucciones de mantener esto como un evento “familiar”.

—Ay, danos un respiro —mi descarada hermana me acerca una copa de champán—. No es culpa nuestra que hayas elegido el vino caro. Esta bebida se te sube directamente a la cabeza.

—Tienes que agradecerle eso a nuestro nuevo padre.

Sonríe. —Debí haber sabido que ustedes dos eran la misma persona.

Riendo entre dientes, tomo el champán y los dejo con su juego de hockey de amígdalas. Les estoy dando un pase principalmente porque Derek es el hermano de Hazel, y no necesito la ira de mi esposa si se entera de que consideré darle un puñetazo en la cara.

El hombre que busco está contándole a una mesa de *vors* y a unos aliados de visita un chiste que escuchó en el Viejo País. No se traduce bien, pero implica la inserción de varias partes de animales en varios orificios humanos donde no deberían estar.

—Pasha, cariño, ¡momento perfecto! —Mamá se abanica la cara sonrojada con una servilleta y me atrae hacia ella—. Estoy bastante segura de que el alcohol se le ha subido a la cabeza a tu padre. ¿Lo vigilas? Necesito refrescarme.

Arlo cuenta el chiste entre risas estridentes, luego le guiña un ojo y le roba un beso abrasador que hace que la mitad de la mesa silbe y aplauda. —Refréscate ahora, *lyubov moya*. Nos vamos a ensuciar mucho más tarde…

—Y ya basta de *esto* —lo regaño mientras le saco el vodka medio bebido de la mano.

Los abucheos y las bromas de buen humor posteriores le dan una ventana de oportunidad para huir al tocador, al que acude junto con Daphne para recibir ayuda adicional. Paso un brazo por los hombros de Arlo y saludo a la mesa con el vaso robado.

—¡Por la feliz pareja!

Todo el mundo ruge y bebe.

Con la multitud satisfecha, llevo a mi padre… aún me estoy acostumbrando a ese término… de vuelta a la mesa nupcial. —Es hora de un poco de pastel.

—Ya comí pastel…

—Entonces *más* pastel. Cualquier cosa para absorber el alcohol.

—Siéntate conmigo, hijo —le da una palmadita a la silla junto a él—. Deberíamos hablar.

Suspirando, me siento en la silla, sin saber de dónde viene esto de repente. Hemos estado hablando, *mucho*, desde que ayudó a salvar a Daphne de sus padres y Brennan. Francamente, he hablado lo suficiente para toda la vida.

—¿Qué pasa?

—Una boda. ¿No te diste cuenta?

Hago una mueca. —Estás claramente borracho, así que voy a ir…

—No —Arlo señala la mesa con un dedo—. Quédate. Escucha a tu padre.

Miro hacia donde Mak está alimentando con cuchara a su cita y Sofi está una vez más prácticamente montando en seco a la suya. —No he hablado con nadie sobre… nosotros. Tú. Todavía. Así que deberíamos mantenerlo en secreto.

Hace hipo a mitad de una risa. —Se lo dijiste a la mitad de la Bratva.

—Pero Sofi y Mak no lo saben. No quiero que escuchen algo que no deberían.

—Entonces, díselos.

Lo dice con tanta facilidad, como si no fuera a sacudir por completo nuestro mundo y levantar un muro entre mis dos amigos más cercanos y yo. Mi propia carne y sangre… aunque sea solo la mitad. —No puedo simplemente…

—Claro que puedes. O yo puedo. De cualquier manera, estoy bien con eso.

—Yo no lo estoy —gruño—. ¿Qué pensarán cuando descubran la verdad?

Arlo se toma de un trago una copa de champán cercana. —¿“Ay, gracias a Dios”?

—Sé serio.

—Lo soy.

—¿Quieres que vaya allí y les diga a mis hermanos que solo somos parientes a medias?

Ahora, él es el que frunce el ceño. —No. Quiero que vayas allí y los felicites.

—Son los hijos de Kostya, Arlo.

Se burla y sacude la cabeza. —Sí. Ni en los sueños más locos de ese bastardo.

Me quedo mirándolo dos veces. —¿Disculpa? ¿Qué acabas de decir?

—Me escuchaste —se mete un bocado de pastel en la boca—. El hombre disparaba balas de fogueo. ¿Cómo crees que se salió con la suya follando por allí por tanto tiempo?

—¿Cómo… cómo sabes eso?

—Un accidente de equitación cuando éramos jóvenes. Le dieron una patada en los huevos. Le aplastó los huevos. No se lo contó a nadie —hipa de nuevo y toma otro vaso de la bandeja de un camarero que pasa—. Y sé contar.

Tal vez yo también deba dejar de beber, porque nada de esto tiene sentido para mí. —Explícate —pido finalmente después de varios minutos de estática mental.

Arlo gira su cabeza ebria para parpadear. —Te lo dije: éramos aliados. Así que lo visitaba. A menudo.

Hago señas a uno de los camareros y pido el trago más fuerte que tienen de barril.

Estoy demasiado sobrio para procesar esta información.

También tengo las manos vacías. Estamos en una boda, por el amor de Dios. Debería estar riéndome y bailando con mi esposa, no descubriendo cosas que sacuden el mundo y que pueden esperar hasta siempre.

Con el ardor del whisky deslizándose por mi garganta y calmando mis nervios deshilachados, le doy a Arlo una palmadita en el hombro y lo felicito una vez más. Luego, me levanto y me alejo de él lo más rápido que puedo.

—Ahí estás —ronroneo en el cuello de mi esposa cuando la encuentro hablando con Mel y Jameson. Mis manos se abren camino alrededor de su cintura—. Te he estado buscando por todas partes.

Daphne se sonroja de un bonito tono rosado y mira a su hermana y a su cuñado. —Huele como si hubieras encontrado el bar libre primero.

—Sí, pero tú sabes mejor.

Se ríe y me deja acercarla hacia mí. —Amor mío, estábamos hablando de programar una cita para que los niños jueguen. ¿Quizás un fin de semana fuera? ¿Encontrar una cabaña en algún lado?

—Parece un buen plan. Siempre son bienvenidos a mudarse a la mansión, ¿saben?

Jameson se ríe entre dientes. —Lo sabemos. Todavía nos estamos acostumbrando a la vida en el ático, así que vamos a pasitos de bebé, ¿sí?

“Pasitos de bebé” es todo lo que ha estado haciendo Tatyanna desde que descubrió el poder de los zapatos. Pasitos de bebé, a gran velocidad, con una batería ilimitada.

Es bueno que tenga esta energía, sin embargo. La necesitará cuando nazca su nuevo hermanito o hermanita.

Extiendo mis dedos sobre el estómago de Daphne y trato de sentir si hay signos de hinchazón. Es demasiado pronto, lo sé, pero no puedo evitarlo. Me encanta la forma en que brilla cuando está creciendo mi hijo dentro suyo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—La ginger ale es mi mejor amiga —saluda a Melanie con su vaso—. No sé qué haría sin ti.

—Lo recordaré cuando estés harta de ver mi cara todo el tiempo —se ríe Mel.

Dudo que eso sea posible. Han sido unos meses increíbles desde que Melanie, Jameson y sus hijos se mudaron a nuestro viejo ático.

Con Stewart Hamish muerto y Ophelia supuestamente igual, todos los títulos y escrituras pasaron oficialmente a manos de Daphne. Ella intentó ceder la casa de su infancia a su hermana, pero Mel se negó rotundamente y me empujó los papeles. Intenté que Jameson se quedara con el lugar, pero se puso del lado de su esposa y me aseguró que se siente más cómodo en espacios más pequeños.

Para ser justos, Daphne y yo *sí* necesitaremos la propiedad más grande.

Una vez que borre hasta el último rastro de la existencia de sus padres del lugar, claro.

—Creo que me gusta esto —murmuro en su oído cuando finalmente estamos solos en la pista de baile.

Ella me sonríe. —¿Qué? ¿Bailar con tu esposa?

—Mi esposa *embarazada*.

De nuevo el rubor besa sus mejillas. —Ah, ¿sí? ¿Hay algo particularmente especial en que lleve en mi vientre a tu pequeño engendro?

—Extremadamente especial —me inclino para besarla, lento y dulcemente—. Extremadamente sexy, también. Estaba pensando: voy a mantenerte embarazada, una y otra vez. Llámalo mi seguro para saber que no te levantarás y me dejarás.

Ante esto, Daphne inclina la cabeza hacia atrás y se ríe. Es una risa con mucho cuerpo, profunda y del alma.

—Ay, mi amor. ¿Crees que alguna vez te voy a dejar? *Definitivamente* estás borracho. No me voy a ir a ninguna parte.



Epílogo Extra: Daphne: Quince Años Después

¡Descarga el Epílogo Extra para echar un vistazo al final feliz de la extensa familia Chekhov!